

MONTENGÓN, PEDRO (1745-1824)

EUDOXIA

(hija de Belisario)

ÍNDICE

LIBRO I
LIBRO II
LIBRO III
LIBRO IV
LIBRO V
LIBRO VI

LIBRO I

Pocos hombres nos presenta la historia más célebres e ilustres que Belisario, general del Emperador Justiniano. Éste, después de haber recobrado por su medio muchos reinos y provincias en el Asia y África, con las victorias que obtuvo de Cosroes y de Gelimer, rey de los Vándalos, resolvió enviarlo a Italia contra Vitiges, rey de los Godos, que sacudido el yugo del Imperio aspiraba al entero dominio de la Italia.

Belisario, disfrutada apenas la gloria del triunfo del rey Gelimer, que llevó cautivo a Constantinopla, partió con un pequeño ejército a la nueva conquista, desprendiéndose de los brazos de su esposa Antonina y de su hija Eudoxia, a quien amaba tiernamente, por única y por las excelentes prendas que la adornaban. La naturaleza no la dotó a ésta de particular hermosura, pero la suplían su gentileza y gracias, como la amable suavidad de su genio y modesto carácter, que la hacían sumamente agradable en su edad ya núbil.

Su ilustre padre había sido su maestro desde su niñez, esmerándose en perfeccionar el talento de su hija con las luces y conocimientos de algunas ciencias, queriendo sacar en ella un particular modelo de educación. Éstas eran las miras de su paterno amor y su más gustosa ocupación siempre que el glorioso empleo de la milicia le permitía volver a descansar en el seno de su familia. Así le acontecía varias veces bajar del carro del triunfo y desprenderse de los brazos de la victoria para ir a entender en la instrucción de su Eudoxia, que mucho más que la gloria le tenía merecido su tierno afecto.

En sus frecuentes y forzosas ausencias descansaba su paterno cariño en los esmeros de su esposa Antonina, matrona respetable por su nobleza y por la integridad de sus costumbres, aunque acompañada de cierta soberanía de genio que inclinaba a la altivez y a la severidad, preludios de la ambición y soberbia de que no estaba exenta su alma, engréida con las victorias y honores de su marido.

No dejaba de conocer Belisario estos defectos, pero por comunes y casi connaturales al sexo y al estado de grandeza en que ella se hallaba, no le permitían a su prudencia afejar lo que era ya imposible de corregir. Bien que temiendo que su hija Eudoxia contrajese aquellos mismos defectos con el ejemplo y trato de su madre, echó mano de una sabia y virtuosa mujer para que en su ausencia cuidase de su hija y la instruyese en la virtud. Llamábase Domitila, viuda de un oficial que murió en la última guerra de África peleando esforzadamente contra un escuadrón de Vándalos, que en la batalla aspiraban a quitar la vida a Belisario.

Agradecido éste a la defensa y valor de Ancilio (que así se llamaba el oficial), ofreció su casa y bienes a Domitila, destinándola un rico dote caso que prefiriese otro estado a la amistad de su hija Eudoxia, que como hermana la encomendaba. Domitila, reconocida del mismo modo a la generosa oferta de Belisario y prendada del suave genio de Eudoxia, resolvió quedarse en su compañía. Así Eudoxia tuvo en ella una maestra de virtud, tanto más propia para enseñarla cuanto menos apariencia llevaba de ello, siendo considerada solamente como una amiga y compañera que la había dado su padre.

No desmentía tampoco estos títulos la edad de Domitila, contando apenas cinco lustros. Era a más de esto de lindo rostro y de muy graciosa presencia, ennoblecida de singular modestia y recato, y de genio igualmente dócil que el de Eudoxia, pero formado ya a la virtud en que su marido Ancilio la había doctrinado. La temprana muerte de éste y el amor que la tenía contribuyeron para consolidar en el corazón de Domitila las virtuosas máximas que le había inspirado y para que ella las infundiese en el ánimo de Eudoxia con el motivo de estar casi siempre en compañía suya, consintiéndolo Antonina por el grande aprecio y concepto que desde luego le merecieron las respetables prendas de Domitila y sus excelentes calidades de recato, moderación y prudencia.

Pasaba con ella Eudoxia suavemente sus más dichosos días, prestándose a los consejos que le insinuaba su amiga por vía de confidencial conversación y trato; con ella abría su pecho y no le ocultaba sus más íntimos afectos e inclinaciones, que Domitila fomentaba o reprendía según las circunstancias lo exigían. Se había ya insinuado el amor en su pecho y mantenía en él su inclinación, aunque inocente, a un joven noble llamado Maximio, con quien por razón de la inmediatez de la casa y de la amistad de sus padres se entretenía en los tiernos años de su infancia, creciendo después con la edad el afecto que concibieron sus corazones en la niñez, especialmente después que Antonina vedó a Maximio la entrada en su casa, no por otro motivo que por querer desprenderse enteramente de la amistad y trato de sus padres.

Eran éstos de una de las principales familias romanas que fueron a establecerse a Constantinopla cuando se trasladó a la Tracia, con tanto desacierto, el trono del Imperio.

Pero el tiempo y la suerte, que acaban con las familias más ilustres, sin perdonar tampoco a sus haberes y grandeza, redujeron a estrechos límites la de los padres de Maximio, el cual llegó a experimentar en su pasión que la nobleza, sin el apoyo de los caudales, es un vano sonido que redundaba en mayor confusión y abatimiento.

Pero lejos de que la riqueza y gloria del padre de Eudoxia solicitasen al interés del afecto de Maximio, la amaba éste con pura y desinteresada pasión, aun después que llegó a conocer el motivo por que Antonina le negó la entrada en su casa, engreída con las gloriosas conquistas y honores de su marido.

Cuesta tanto el conservar la moderación en el auge de la grandeza que no era de extrañar que Antonina, a pesar de sus inculpables costumbres, se dejase deslumbrar de los nuevos resplandores de la gloria, y que la vanidad y ambición la enajenasen poco a poco de la antigua amistad que tenía con los padres de Maximio, y que éste se viese privado del inocente trato con su amada Eudoxia. Mas en vez de entibiarse por ello sus inclinaciones, avivábalas al contrario la misma privación, con el motivo de poderse ver frecuentemente desde sus casas respectivas y darse pruebas de su constante afecto con los saludos y miradas de Maximio, y a las que ella no se mostraba esquiva, aunque a hurto de su madre Antonina.

Antes que la razón y el entendimiento conozcan el mal, engendra éste sospechas de sí mismo aun en la conciencia ajena todavía de malicia. No por otro motivo se recataba la inocente Eudoxia que su madre la sorprendiese en las vistas con Maximio, teniéndola siempre oculta la inclinación que sentía, hasta que la combinación de ponerla Antonina en lance de descubrirla, lo hizo ella con confesión ingenua antes que faltar a la verdad, y envilecer y empañar su bella alma con la bajeza de la mentira.

Ocasión de ello fueron las cartas que acababa de recibir su madre, en las cuales le participaba Belisario su victoria y conquista de Rávena con la prisión del rey Vitiges y de su familia, y el casamiento que acababa de concertar entre su hija Eudoxia y Basíledes, hijo del general Basíledes, mozo de singulares prendas y valor con que se había distinguido en aquella conquista. Alegre Antonina por tan inesperadas nuevas, especialmente por la del casamiento de Eudoxia, resolvió comunicársela preparando su ánimo con algunos consejos, como solía, diciéndola así:

«Hija mía, la modestia es la prenda más amable de una doncella, aun en cotejo de la hermosura.

Ésta, no hay duda, alaga y solicita mucho más la pasión del hombre, pero aquélla se granjea su mayor estimación y aprecio. La pasión nace de los atractivos que la hacen amar aquello que la provoca, mas el aprecio y estimación que infunde el decoro de la modestia proceden del respeto que adora en la exterior compostura de un rostro la belleza interior del alma, a quien aquélla retrata.

Aquella misma es también seguro indicio de la dulzura de genio y de la suavidad del carácter, a quienes sirve de alma, de la cual espera su mayor satisfacción y dicha en el

casamiento el hombre que pretende poseerla. La hermosura es don accidental de la naturaleza, que entre pocas la reparte; pero la hermosura interior del alma la da la virtud sola a cualquiera que desea conseguirla.

Connigo ni contigo, Eudoxia, no anduvo ciertamente muy liberal la naturaleza de exterior belleza de rostro; sin embargo, el aprecio que mis padres procuraron infundirme al decoro exterior de la modestia me granjeó la preferencia de tu ilustre padre Belisario en cotejo de mayores hermosuras, según él mismo me dijo. Sólo este ejemplo pudiera ser bastante para persuadirte lo que te aconsejo; y si todas las doncellas dieran crédito a la hermosura de la virtud, y si sus padres las aficionasen a ella desde niñas, me persuado que ella sola fuera capaz de reformar en parte las estragadas costumbres y acrecentar el número de casamientos, haciéndolos más apetecibles y dichosos.

Pueden los hombres mostrarse inclinados a la disolución, manifestar exteriormente desdén a la modestia que solicitan, mas no podrán sofocar al interior respeto y veneración que la engendra en sus corazones. Ella enfrena al atrevimiento que pretende avasallar nuestra flaqueza, ni nos dio otros medios más nobles la naturaleza para repeler sus atrevidas sollicitaciones que la modesta virtud acompañada de la dulzura y animada al mismo tiempo de la severidad del recato, que da a una doncella la semejanza de deidad respetable, y ennobleciendo todas sus acciones puede reprimir en parte, con sólo su llanto, la altivez del genio del marido, si a alguna le llegó a tocar por mala suerte.

Es, no hay duda, desgracia, y gran desgracia, un marido de genio áspero, extravagante y obstinado, mas si de algún modo se puede aliviar tal desventura, es con la fortaleza de la modestia y de la blanda conformidad con las combinaciones del destino; sin ella sólo agrazarnos nuestro infeliz estado en matrimonios cuyos sagrados lazos no se rompen con malos modos, ni se ablandan ni corrigen los duros genios a quienes estamos sujetas con demostraciones de resentimiento y enojo, ni la desesperación nos exime de su dominio.

Toda descompostura exterior de ira y de venganza parece que desdice de nuestra complexión blanda y de los alicientes suaves de las gracias de nuestro sexo, a quien competen al contrario la dulzura del recato y la mansedumbre de la exterior modestia y compostura. Yo no ceso, Eudoxia, de encomendártelas, y puedo parecer en ello importuna. Pero si las madres, hija mía, no se esfuerzan en esto, difícilmente podrán prender tales máximas en el corazón de una doncella, a quien todo la distrae y aparta para conocerlas por sí misma. Aquellas que jamás las oigan de sus padres, y que inducidas de los malos ejemplos las miran con desdén y con menosprecio, piensan tal vez que con darse aires desvanecidos, desenvueltos y libres conquistarán más presto el afecto de aquellos que las galantean.

Mas el hombre que manifiesta prenderse de aquella franqueza y desenvoltura, aunque llegue a cebarse en ella su pasión, quisiera, sin embargo, poder apreciar mucho más el recato y modestia que echa menos, y que es siempre la prenda más amable de la hermosura, y la que sólo consolida con el tiempo la constante estimación de los maridos. El hombre presto deja de amar la belleza que posee, mas las blandas y modestas calidades de la hermosura interior del alma fomentan de continuo el aprecio y se granjean la

amigable confianza que rara vez padece quiebra. Muy al revés sucede en aquellas que, haciendo alarde vano de sus exteriores atractivos, como poniendo en venta su hermosura, se exponen a encontrar malos compradores y peores apreciadores, que las hacen arrepentir de su liviandad.

Pero tengo, Eudoxia, el consuelo de conocer que son de más estos consejos para ti, bien que ahora más que nunca debo renovártelos, por cuanto tu ilustre padre tiene determinado darte un esposo digno de tu nacimiento luego que vuelva de su gloriosa expedición de Italia. Lo acabo de saber por carta que me envía desde Rávena, donde dice haber entrado victorioso del rey Vitiges y de su real familia. ¡Qué otro solemne triunfo se le espera a tu padre en Constantinopla! ¡Con qué nuevos honores premiará el Emperador esta victoria, que decide la conquista de toda la Italia!

Mas, ¿cómo es, Eudoxia, que no echo de ver en ti ningún asomo de júbilo por tan gran noticia? Otras veces salías de ti misma y casi llorabas de gozo al oír las victorias de tu padre; pero ésta, aunque procuro ensalzarla, parece que nada te toca, antes bien noto en ti una repentina alteración y mudanza que empaña tu natural jovialidad y la hace casi inclinar a la tristeza... ¿Nada me respondes, Eudoxia? Ese tu silencio, ese tu rubor y afligido semblante, ¿qué significa? ¿Qué me quieres decir con eso? Habla y explícate con tu madre. ¿No eché de ver por ventura tu sorpresa cuando te dije que tu padre te tenía destinado marido? ¿Acaso te sientes no inclinada al casamiento?»

«Si así lo determinó mi padre, respondió la modesta Eudoxia, nada tengo que decir; me casaré y obedeceré a sus determinaciones».

«¿Te casarás sólo por obedecer a las determinaciones de tu padre? No, hija mía, no es esto lo que yo ni tu padre pretendemos de tu obediencia. Si el esposo que tu padre te destina no merece tu afecto y tu inclinación, de ningún modo violentaremos tu voluntad. La elección depende de nosotros, pero la aprobación queda reservada a tu albedrío. Sin éste, nada se resolverá. Deseamos tu dicha y tu contento, no el sacrificio de tu libertad en el casamiento. Sobran a tu padre riquezas y gloria para que ningún motivo de interés le induzca a sacrificar su amada hija.

Háceseme por lo mismo mucho más extraña tu aflicción, ni acabo de comprender tu respuesta, pues sin saber cuál sea el esposo que tu padre te destina manifiestas en tu misma resignación que no apruebas el casamiento. Señal que o no quieres casarte, o bien que de antemano empeñó a tu corazón el amor de algún otro sujeto. Si es así, quisiera, Eudoxia, merecer de ti esta espontánea confianza antes que exigirla. ¿A quién puedes manifestar con mayor satisfacción tu pecho que a tu madre, que te ama tanto? ¿Quién más que yo querrá dejarlo satisfecho, si se inclina a sujeto digno de la gloria adquirida de tu padre y de la grandeza de tu estado? ¿Es éste, según sospecho, el motivo de tu aflicción?»

«Eso mismo es, madre mía. Amé y amo a...»

«¿A quién? ¿A qué viene ese reparo de declararlo?»

«A Maximio».

«¡A Maximio, hijo de padres, aunque nobles, tan pobres en tu cotejo!... Mas, ¿cómo es que lo amas? ¿Sabes por ventura que corresponda él a tu amor y a tu inclinación?»

«Me hace tan afectuosas demostraciones desde su casa siempre que me ve, que no me deja duda que está muy prendado de mí».

«¿De cuándo acá te hace Maximio esas demostraciones?»

«Sabéis, madre mía, que la inmediatez de su casa y la antigua amistad de sus padres nos proporcionaron el que nos conociésemos desde niños y que nos llamásemos esposos por juego. Aunque ya crecido Maximio le vedasteis la entrada en nuestra casa, no impidió tal prohibición que creciese también el afecto que me profesa y el que yo le tengo».

«¡Me pasas el alma, Eudoxia, con esa declaración! Jamás hubiera creído que la hija de Belisario se abatiera a poner sus ojos en el hijo de Septimio; y si no me prometiera de tu virtud que llegará a sofocar esa inclinación tan opuesta a la voluntad de tus padres, tendría motivo de un eterno dolor y pesadumbre».

«No, madre mía, no tendréis motivo para ello. Desde ahora procuraré apagar un afecto contrario a vuestra declarada voluntad, que me es respetable. No veré más a Maximio. Borraré, si lo puedo, hasta su nombre de mi memoria».

«¿Si lo puedes? Lo podrás sin duda si lo quieres. Ninguna cosa engaña más, Eudoxia, al corazón de una doncella, que el amor. Sus primeras impresiones son fuertes, no lo niego, ni se pueden borrar tan presto con la sola determinación de la voluntad. Mas ésta recaba suprimirlas con el tiempo, como me lo prometo de la tuya. No es esto, hija mía, pretender violentar tu elección. Antes bien, llevarla más allá del corto límite a que la ceñiste, y extenderla a objetos más dignos. Maximio no es el solo joven en el mundo que puede ser acreedor al afecto y a la inclinación de tu genio. Si te prendaste de él antes que de ningún otro fue solamente porque le conociste antes que a otro y porque fue el primero en solicitar tu corazón.

Es éste el primer engaño del amor en las doncellas. Aficionadas al primer objeto que se les presenta, cegadas de sus cariñosas demostraciones, ya no saben ver ni conocer a otro; y si no tienen quien contenga su desacertada pasión, se arrojan en los brazos de su contraria suerte, sin indagar antes el estado y circunstancias de los que las pretenden, ni sus costumbres y carácter, que deben ser los preludios de una aceptada y juiciosa elección. A pesar de estos necesarios conocimientos, se padecen, Eudoxia, frecuentes y amargos engaños. Las prendas exteriores de un sujeto contribuyen, tal vez, para mantener el afecto en los casamientos. Mas si estas prendas no corresponden a las interiores del alma, sólo sirven para acrecentar los disgustos y pesares de las que se dejaron llevar de aquella falaz apariencia.

Va bien que no sea contrahecho ni feo ni defectuoso el amante, y que sea antes apuesto y hermoso, si así lo quieres; pero a la larga, créeme, Eudoxia, vale más a las veces tener un marido no tan apuesto, aunque con honrados y virtuosos sentimientos, que otro lindo y bello pero de genio altanero, imperioso y disoluto. He aquí, hija mía, por qué la naturaleza, en primer lugar, luego la conveniencia y las leyes, dan a los padres el justo derecho y la autoridad, no de hacer servir la libertad y dependencia de las hijas a sus miras, intereses y caprichos, sino de alumbrarlas y de rectificar sus elecciones para que no yerren ni se engañen en ellas.

La poca edad de las doncellas, la falta de luces y conocimiento del mundo y de sus engaños, el retiro y recato a que el decoro de su sexo las condena, no les permiten conocer lo que más importa en los casamientos. La sola vista es un pésimo juez en este particular. Por lo mismo conviene que los padres sean los jueces de la elección de sus hijas. Ni yo ni tu padre violentaremos jamás tu genio para que tomes por esposo un sujeto antes que otro. Éste es derecho de tu libertad. Bien sí, nos opondremos a que escojas al que menos te conviene. Éste es el derecho de nuestra autoridad para que no yerres en tu elección, poniendo los ojos en aquel que te puede hacer arrepentir de tu temprano afecto.

Si no te agradare el primero que te proponemos, faltarás a la confianza que nos debes en no confesarlo ingenuamente. Habrá otros que podrán satisfacer a tu genio. Mas para esto importa que borres en tu pecho las primeras impresiones del amor, ya que tuviste la desgracia de recibirlas. Mientras éstas duraren, será difícil que te pueda contentar ninguno otro. Verdad es que la naturaleza, así como sujetó nuestro flaco sexo al más fuerte, así también nos hizo generalmente a las mujeres más fáciles en la elección del casamiento. Pero luego que el amor de un determinado sujeto preocupa el corazón de una doncella, hace tenaz presa en él, ni la deja libertad para aficionarse a otro, aunque por todos títulos preferible.

Ved por qué suele ser tan dañoso y nocivo a las doncellas el que encubran a sus padres sus primeros amores y pasión, especialmente con sujetos que no conocen y a cuyas pretensiones pueden tener los padres justos motivos de oponerse. Entonces la doncella ya enamorada, que no puede ver cumplidos los deseos de su pasión, se rebela interiormente contra la sagrada autoridad de sus padres. Su forzada dependencia, impelida de su irritado afecto, la fuerza a prorumpir en llanto, quejas y denuestos contra su suerte y contra los que...

Tiemblo Eudoxia, de acabar de proferir lo que pudiera hacer horrorizar tu oído y tu virtuoso y sumiso corazón. Por lo que pasa tal vez en él deducirás lo que quise decir. Tales son, hija mía, entre muchos otros, los efectos preciosos de los ocultos amores e inclinaciones de las doncellas, que por lo mismo no debieran dejarse avasallar de las primeras demostraciones de sus amantes, ni encubrir a sus padres sus declaraciones. Se hacen éstas sospechosas y suelen ser engañadas luego que toman secretos y desviados caminos.

Muchos mozos se aficionan por sola veleidad; otros por desvanecimiento; no pocos con traidoras intenciones; los más por pasatiempo que se quieren tomar del incauto candor e inocente facilidad de las doncellas para jactarse de ello con sus conocidos y amigos.

Siento, Eudoxia, no haber prevenido de antemano tu corazón con estas advertencias. Creía que el recomendarte tantas veces la modestia y recato bastase para precaver los fatales efectos que veo con dolor arraigados en tu corazón. Si me engañó mi confianza, tengo a lo menos el consuelo y la satisfacción que me causan tu confesión ingenua y la promesa que me acabas de hacer de que sufócaras en tu pecho la pasión que te inspiró Maximio. Para que lo consigas más fácilmente contribuirá el conocimiento del uso que debes hacer de la modestia, y que hubiera yo debido advertirte antes. Espero sin embargo, hacerlo a tiempo todavía que te pueda servir su explicación.

La modestia exterior es sólo un velo superficial y tal vez mentiroso si no dimana de la modestia interior del ánimo. Aquélla compone nuestros ojos y presencia, contiene nuestras acciones y ademanes dándoles cierta nobleza que realza las gracias y atractivo de nuestro sexo. Mas se envilece fácilmente si no la fortalece el interior recato. Éste se forma y nace del mayor o menor aprecio que hacemos de nuestro decoro, sostenido de cierta noble severidad, por decirlo así, que no desdice de la virtud, que antes bien se alimenta de ella, y con ella se fortalece para no rendirse a lo que no es honesto, y que por consiguiente pudiera abatir y ofuscar al pudor.

Estos nobles sentimientos, trascendiendo a nuestro exterior, ponen en él por guardas al recato y miramiento, que rechazan y apartan todo lo que le puede ofender, así de palabra como de obra o demostración que nos pierda el respeto, o que haga que se nos pierda, o bien que nos induzca a veleidades y bajezas indignas del decoro y de la majestad que debe conservar en nosotras la virtud. Puedes inferir de aquí, hija mía, que faltaste al recato y modestia prestando tus ojos y tu afecto a las demostraciones livianas con que Maximio solicitó tu sencillo corazón. Así quedaste avasallada de ellas, hecha juguete vil de los ademanes de un joven que, siendo pobre, busca antes tu rico dote y herencia que tu persona y la hermosura que te falta.

Quiero ceñir mis sospechas al solo interés de Maximio, sin ir a indagar las otras miras que puede tener en galantearte. No estando yo enterada de sus costumbres ni de su carácter no pretendo desengañar tu pasión a costa de la fama ajena. Basta lo dicho para que se te hagan sospechosas sus demostraciones. Tienes a más de esto luces y talento para apreciar algo más el honor y gloria de tu familia; y por último, no te falta virtud para recobrar la superioridad de tu decoro y recato, y para eximir tu corazón de los indignos lazos del amor, de cuyo triunfo, si se jactó tal vez Maximio, podrás hacerle arrepentir y humillarle con tu justo menosprecio».

«No lo dudéis, madre mía. Maximio no avasallará más mi corazón; éste recobrará su señorío; quedo convencida de vuestros consejos y dispuesta a avasallar mi pasión. Qualquiera que sea el esposo que mi padre me destina, a él consagraré mi afecto y lo preferiré a Maximio».

«Así me lo prometo, Eudoxia, de tu virtud. Y para que veas que quedo persuadida de ello, te diré ahora que el esposo que escogió tu padre lleva todas las ventajas a Maximio, así en gloria y nobleza como apostura y gentileza. Éste es Basíledes, hijo del general Basíledes, que manda el ejército en la Esclavonia.

Tu padre puso los ojos en él no solamente por las nobles calidades que lo adornan, sino también porque, entre todos los jóvenes ilustres que siguen sus banderas, ninguno dio mayores pruebas de consejo y de esfuerzo en las armas que él. Tuvo él mismo gran parte en el rendimiento del rey Gelimer, refugiado en las serranías del monte Pappuas, después de la batalla en que tu padre derrotó su ejército. Veo, hija mía, cuántos motivos tienes para olvidar a Maximio y para consolarte con la elección que hizo tu padre de tan digno esposo».

«Ninguno de todos esos títulos prepondera tanto en mi corazón cuanto el de haber sido elegido de mi padre para consorte mío. Éste solo hará que lo estime y aprecie como debo».

«No lo dudo, Eudoxia. Acabas con esto de restituir a mi pecho toda la complacencia y gozo que me acibaraste con tu declaración».

Así procuraba Antonina destruir del corazón de Eudoxia su concebida pasión. No contenta con esto, pensó en dar quejas a los padres de Maximio por el atrevimiento de éste en solicitar el afecto de su hija Eudoxia, para que lo reprendiesen y le vedasen galantearla en adelante. Ocurriéndole después que los padres mismos de Maximio pudieran tener interés y parte en su galanteo, y que en vez de reprenderle recibirían acaso su instancia con desdén, resolvió hacer llamar al mismo Maximio y hablarle de por sí, de modo que pudiera estar segura de la corrección, atemorizándole con su autoridad y amenazas a fin que desistiera de su empeño.

Hízole, pues, llamar por uno de sus esclavos principales. La novedad de este extraordinario e impensado llamamiento suscitó en el amoroso pecho del mancebo un tumulto repentino de esperanzas, de lisonjas y temores, sin poder atinar en el motivo y fin para que era llamado. El amor hacía preponderar en su corazón la lisonja de que Antonina lo llamaba para darle por esposa a Eudoxia, en fuerza de la declaración que hubiera podido hacerle la misma del afecto e inclinación que le profesaba. Mas el dudoso júbilo que le daba esta ocurrencia no podía levantar cabeza entre los recelos que lo contenían, haciendo el cotejo de su pobre estado con el rico y opulento de Eudoxia.

Sin embargo, agitado de mil encontrados afectos, entra palpitando en el templo de su adorada deidad y se presenta a Antonina, que lo recibió sin altivez pero con tan majestuosa seriedad que el consternado joven llegó a leer en su rostro lo que quería ella decirle. Antonina, a fin de empeñar más el ánimo del mozo en la atención y condescendencia de lo que deseaba, se comidió con él, haciéndole sentar, aunque en asiento un poco distante del que ella ocupaba, y le habló de esta manera:

«No deberá pareceros extraño, Maximio, el aviso que os hice pasar, si ponéis los ojos en vuestra conciencia. En ella habréis leído tal vez el motivo que tuve para ello, y que por su entidad merece que os haya incomodado. Sufrid, pues, el oírme por pocos momentos. Os quiero ahorrar el rubor de una confesión que no os pido, porque no la necesito. Estoy sobrado segura e informada de vuestra pasión a mi hija Eudoxia para perder el tiempo en oír fingidas excusas y vanas protestas. No podréis negar las demostraciones pueriles y atrevidas con que vais solicitando el inocente corazón de mi hija.

Esto sólo merecía que yo lo tomase de otra suerte, y que diese agrias quejas a vuestros padres por vuestra poco decorosa indiscreción. Atendiendo, no obstante, a que todo procede de liviandades antes que de esperanza o persuasión de que podáis obtener algún día a la que os es por todos títulos tan superior, resolví deciros en confianza mi sentir, para que en adelante desistáis de vuestras ridículas pretensiones.

Vuestra edad, no madura todavía, no os habrá dejado advertir el agravio que hacéis a una familia ilustre, ahora sean sinceras vuestras intenciones, ahora falsas y engañosas. De cualquier modo agraviáis a los padres de una doncella que no os compete; abusáis del recato y candor de la misma; pervertís (tal es a lo menos vuestra pretensión) sus virtuosos sentimientos, así acerca de la dependencia y sumisión que debe a sus padres como también de todas las otras obligaciones de su estado; enajenáis a más de esto su corazón, con fin de granjearos su solicitado afecto; sois causa de que, en caso que se le proporcione un partido digno, se halle descontenta o bien que se disguste de él, u de que viva inquieta y desasosegada en su retiro; conturbáis los más dulces años de su vida, y no queda por vuestra parte el que no se empañe la pureza y candor de su inocencia.

Si bien consideráis estos dañosos efectos que os hice advertir, echaréis de ver que, aunque deban reputarse delitos morales, pueden también ser adjudicados al fuero de la justicia, y entender ésta en castigarlos como merecen. Pero espero que me ahorraréis este paso, y que bastará el haberos prevenido sobre mi justo resentimiento y disgusto para que desistáis de una loca pretensión que debiera merecer antes mi desprecio que la formalidad con que la tomo; mas lo hago así en atención sólo de vuestros padres. Y para que acabéis de desengañaros, si por ventura os queda alguna lisonja acerca de mi hija Eudoxia, sabed que está ya prometida a otro, y que nada os queda que ver con ella».

«¡Oh, infeliz de mí...!», exclamó entonces Maximio, sacándolo de su turbación y enajenamiento las últimas palabras de Antonina sobre el casamiento de Eudoxia, que hirieron vivamente su corazón. Antonina, viendo que Maximio acompañó la exclamación con un violento ademán, revistiéndose de severidad le dijo:

«No es éste lugar, Maximio, para necios lamentos. Os hice llamar para haceros saber mi justa indignación, no para que la provoquéis con indignas exclamaciones. Estáis ya enterado de mi voluntad, no os queda ya qué hacer aquí».

«¡Ah, perdonad un involuntario desahogo de mi fiero dolor!, dijo Maximio. Dejasteis sobrado humillado mi ánimo para que me quede valor de ofenderos con un ademán inocente, a que me forzó la pasión que me devora.

A pesar de un sincero afecto ultrajado por vos, veneraré la tierna intimación de la ilustre madre de Eudoxia. Permitidme solamente que os diga que el hijo de Septimio no sabe ver en su amor, aunque desdichado, todos esos delitos que realizáis. Mi pobreza es mi mayor delito. Éste solo agrava los demás, lo veo. Los miraré sin embargo como tales, puesto que así lo quiere mi cruel destino. Vais a quedar satisfecha. Evitaré la vista de Eudoxia si así lo queréis; mas no será posible borrar su memoria de mi mente, ni que deje de quedarle mi amor para siempre consagrado, aunque otro... ¡Oh, suerte cruel la mía...!»

El llanto en que prorumpió no le dejó acabar. Mas Antonina, aunque conmovida, se esforzó en decirle con tono imperioso:

«Ya os dije, Maximio, que no es éste lugar de exclamaciones impertinentes. Id a desahogar a otro lugar vuestra indiscreta pasión».

Maximio, queriendo obedecer a la severa instancia de Antonina para que se fuese, se levantó del asiento. Mas no resistiendo su pecho a la fuerte impresión del dolor por perder para siempre a su Eudoxia, dijo:

«Os obedeciera si no faltase a mis ojos la luz del día y no falleciesen mis pasos. Mandad socorrerme... ¡Oh, Eudoxia! ¡Oh, eterno amor mío!...»

Dicho esto, cae sin sentido en el mismo asiento de donde se acababa de levantar para partir. Antonina, consternada a tal vista, comenzó a dar voces para que acudiese gente a socorrer al caído. Eudoxia, oyendo los gritos de su madre, acude asustada a su llamamiento con dos esclavas que estaban con ella, bien ajena de encontrar a su infeliz amante en aquel estado deplorable y en la estancia de su madre. Su tierno corazón, preocupado del sobresalto que le infundieron las voces, no pudo resistir a la fuerte y repentina impresión que la hizo la sorpresa de ver allí a su amante con aspecto moribundo, tendido en la silla como si de hecho hubiera muerto, pendiéndole un brazo fuera del que tenía el asiento, y su cabeza caída sobre él.

Avivándole a tal vista el amor las más funestas y tristes ideas, sacadas del discurso que poco antes la hizo su madre contra su amor a Maximio, oprimió de tal modo su ánimo que, perdidas las fuerzas, la obligara a dar consigo en el suelo si las esclavas que venían con ella y la misma Antonina, advirtiéndole su desfallecimiento en la sofocación de sus sollozos, no acudieran de pronto a sostenerla con sus brazos, en que quedó desmayada. ¡Oh, Eudoxia! No ha muerto, no, tu fiel Maximio. Él servirá de premio a tu virtud. La suerte, que se ríe y burla de todas esas ideales grandezas y honores de la vana opinión, y, que las da y quita a su antojo, te lo destina por esposo. Él será el mayor y más fuerte amparo de aquella misma que ahora le arroja de sí con desdén y con menosprecio.

El repentino accidente de Eudoxia hubiera causado otro igual a su madre Antonina si, resentida ésta contra Maximio y alterada por la llegada de Eudoxia en aquellas circunstancias, no sintiera disminuida la compasión y ternura en el desfallecimiento de su hija, quedándole presencia de ánimo para mandar a las esclavas que llevasen a Eudoxia a

su estancia, a donde la siguió luego que dio orden a los esclavos para que atendiesen a socorrer a Maximio y lo acompañasen a su casa.

Pudo éste recobrase antes que Eudoxia, y luego que se sintió con fuerzas, sin querer que lo acompañasen ni ver a Antonina, se encaminó a su vecina casa, procurando encubrir el suceso a sus padres, a quienes tenía contrarios en su desgraciada pasión, desdeñando ellos el parentesco de Antonina por lo mismo que ésta desdeñaba el suyo. La opinión de la propia nobleza no pierde su altivez aunque reducida a pobre estado, mirando desde él con cierto desdén las ajenas riquezas que le faltan y cuya ostentación y fasto la humillan. De aquí procedía la contradicción de Septimio y de Dantila, padres de Maximio, al amor que éste tenía a Eudoxia. Tales son las necias puerilidades de los desvanecidos mortales.

Pero el sincero y puro amor, más sublime que todas aquellas vanas etiquetas, no hace distinción sino de la sublimidad de los corazones. A ella había levantado los de Eudoxia y Maximio, víctimas de la oposición de sus padres. Pero Maximio, cuyo genio intrépido, irritado de su pasión, no sufría ni los consejos de sus padres ni temía sus amenazas, no reconociéndose en igual obligación a la que imponían a Eudoxia su sexo, su estado y su virtud, sentía mucho más que ella el peso de su desventura, y se abandonaba en su dolor a todos los excesos de su desesperación y resentimiento.

Qué hubiera sido si su desmayo ante Antonina le hubiera permitido ver a su amada Eudoxia privada por su causa de sentido en los brazos de sus esclavas, si hubiese podido oír los gemidos y dolorosas expresiones en que prorumpió, apenas recobrada de su fallecimiento, diciendo a su madre presente, que se esmeraba en aliviarla:

«¡Oh, madre mía! ¿Qué sucedió a Maximio? ¡Él murió sin duda! ¡Quiso venir a espirar a mis ojos para que fuese yo testigo de su desventura!»

La madre, que con el restablecimiento de Eudoxia acabó de recobrase del susto de su desmayo, oyendo las expresiones de Eudoxia, que indicaban conservarle toda su pasión, la dijo algo seria:

«¿Son ésas, Eudoxia, las promesas que me hicisteis de olvidar para siempre a Maximio?»

«Oh, mi amada madre, perdonad la indiscreción de mi enajenado sentimiento! No sé lo que me digo. No nombraré más a Maximio. Procuraré sofocar el dolor mismo que me privó de sentidos».

«Sosiégate, pues, hija mía. Experimentas en ti los funestos efectos de un inconsiderado amor».

«No han sido efectos del amor, sino del susto que me dio el verle muerto».

«Mal te lo parece, Eudoxia. Si de antemano no hubieras rendido tu pecho al indigno amor que todavía queda arraigado en él, a pesar de los esfuerzos de tu virtud, no hubieras

padecido ese accidente que me dio no poco que sentir. Mas ya que te hallas recobrada, no se hable más de la materia. Acaba pues de tranquilizarte».

Dicho esto, fue a saber el estado en que se encontraba Maximio, que dejó encomendado a los esclavos. Informada por éstos que acababa de partir, abrió su pecho a la entera complacencia y satisfacción que probaba por verse libre de aquel accidente y de los embarazos en que la puso el temor de que tuviera peores consecuencias el desmayo de Maximio. Creció luego su contento con el honorífico mensaje que recibió aquel mismo día de parte del Emperador, por medio de dos principales cortesanos que fueron a darle los parabienes por la victoria de su marido Belisario obtenida del rey Vitiges, y por la toma de la ciudad de Rávena.

Sabía ya Antonina la noticia por las cartas de Belisario en que le participaba también el tratado casamiento de Eudoxia con Basírides. Tuvo, sin embargo, motivo de mayor alborozo y satisfacción con la honra que el Emperador le hacía, y luego con el júbilo a que se entregó el pueblo de Constantinopla, celebrando con entusiasmo la nueva victoria de Belisario cuando se divulgó la noticia por la ciudad.

Era sobre manera grande el concepto que se ganó Belisario de todos los griegos, así por sus continuas y rápidas victorias como por su singular humanidad, que hacía mucho más admirable su gloria, viéndole de vuelta de sus ilustres conquistas ir sin vestidos de distinción, tratar igualmente los grandes que los plebeyos, parándose a ser juez de las diferencias que entre éstos nacían en los juegos y divertimientos públicos si accidentalmente daba con ellos, y entreteniéndose con los mismos menesterosos al tiempo que generosamente los socorría. Belisario era la continua materia de los discursos hasta en las remotas partes del Imperio. Dábanle los nombres más ilustres, las más sublimes alabanzas, que se oían celebradas con cantos en las ciudades y en las aldeas, aliviando con ellos en los campos los labradores su trabajo y fatigas.

Pero la nueva victoria obtenida de Vitiges parecía haber sacado fuera de sí al pueblo de Constantinopla. Viéronse todas las casas iluminadas; comparecieron con ingeniosos adornos todas las oficinas y talleres; presentaban muchas calles varios arcos de triunfo, formados del mismo pueblo. Se admiraban representadas en otros parajes las victorias conseguidas de Cosroes, de Gelimer y de sus generales. Los conquistados reinos y provincias del Asia, África, Sicilia e Italia. La defensa de Roma, en que lo sitió Vitiges con más de cien mil combatientes, derrotando Belisario con poca gente ejército tan numeroso y obligando al mismo rey a refugiarse en Rávena donde lo hizo prisionero, con que acabó de destruir la dominación de los Godos en Italia.

Iba el pueblo de tropel por las calles repitiendo a gritos el nombre de Belisario; llevaba sus estatuas coronadas de laureles, acompañándolas con sones y cantares, excediéndose en sus demostraciones delante de la casa del mismo Belisario, adornando los linteles de las puertas con festones de triunfo celebrando sus hazañas, llamándolo el mayor ornamento y gloria del Imperio y su principal sustento y defensa, y uniendo a su nombre el de Antonina y Eudoxia, que tenían la dicha de ser su mujer e hija. Disfrutaba Antonina estos honores tan apetecibles a su ambición abriendo de par en par su corazón a aquellos

loores con que desahogaba el pueblo su exaltado afecto y la veneración que profesaba a Belisario. ¡Cuán ajena estaba entonces ella de pensar que todos aquellos honores y gloria, que parecían haber de durar eternamente, tan presto y tan impensadamente se hubiesen de desvanecer, y que el hombre más ilustre del Imperio se había de ver derribado desde tan excelso asiento en el estado más abatido y miserable de la tierra!

Maximio entretanto, rabioso y desesperado por el fiero discurso de Antonina, se abandonaba a los excesos de su pasión y dolor, llamando la muerte en su retiro para que viniese a poner fin a sus males y desventura. Maldecía su suerte y su pobreza; culpábase a sí mismo por no haber abrazado con tiempo la milicia, que le hubiera podido llevar a merecer con alguna proeza a su amada Eudoxia, o bien la muerte en la batalla, que acabara de una vez con su vida miserable. El amor lo hacía valiente y esforzado.

Luego, ocurriéndole vivamente el dicho de Antonina de estar Eudoxia prometida a otro, le parecía sobrado largo plazo a su amoroso resentimiento el ir a buscar la muerte a manos de los enemigos, debiendo valerse de las suyas para conseguirlo antes que llegase el funesto día de ver a Eudoxia en posesión ajena. Irritada su fantasía de estas especies, lo inducía a buscar un cuchillo o a servirse de un lazo para hacer violencia a su vida. Contenta acaso su terca desesperación a vista del cuchillo que se le presentó, iba a echar mano de él para poner en ejecución sus furiosos intentos, cuando al tiempo de dar impulso al golpe lo sorprende y contiene la grito del pueblo que llegaba celebrando las hazañas de Belisario ante su misma casa.

Ignorando Maximio el motivo de aquella repentina vocería, que le pareció de tumulto semejante al que poco tiempo antes había casi despoblado la ciudad, acude sobresaltado a satisfacer su agitada curiosidad. Viendo lo que era, aunque se sosegó su agitación quiso volver a ejecutar sus furiosos designios. Pero la tregua que le puso el pasado sobresalto le hizo también ver la locura de las pretensiones de su amor en aspirar a la posesión de aquella que le era tan superior; y los cantares del pueblo lo obligaron a detenerse para ver si entre los elogios que daba también a Eudoxia apuntaba algo de su tratado casamiento, porque siendo éste el motivo de mayor consideración para un amante, esperaba que el pueblo no lo ignoraría ni lo pasaría en silencio.

No oyendo nada de esto, cobraron nuevo aliento sus temores y recelos, sugiriéndole el amor que tal vez Antonina le había supuesto el casamiento de Eudoxia sólo a fin de hacerle desistir de su apasionado empeño, pues nada la obligaba a hacerle esta confesión, aunque fuese verdadero el casamiento, y no fingido como lo comenzaba a sospechar. No pudiendo descansar su corazón sobre estas dudas y sucediendo nuevas esperanzas a su desvanecida desesperación, le ocurrió que podría darle alguna luz sobre ello un amigo suyo, hijo de uno de los principales señores de la corte, a quien le tenía confiados sus amores. Determinado a esto, sale de casa en busca de su amigo, pasando con dificultad por entre el pueblo que todavía celebraba en la calle las hazañas de Belisario.

Luego que cesaron sus demostraciones y honras, que tanto llenaron el corazón de Antonina y aliviaron en parte el de Eudoxia, volvió ésta a su retiro, donde acabó de desahogar la aflicción de su pecho comunicando a su amiga Domitila todo lo que le había

pasado con la vista de Maximio y el discurso que la hizo su madre sobre su pasión, a que añadió la promesa que le había hecho de no pensar más en Maximio y de sofocar enteramente el afecto que le tenía, rogando a su amiga le diese algunos consejos para conseguirlo.

Domitila, después de haberla oído, la dijo:

«Eso, hija mía, no se alcanza con solos los consejos y deseos, o se consigue tarde y difícilmente, y yo quisiera veros presto sosegada y contenta. El amor es la pasión más viva que nos infundió la naturaleza. Nuestro sexo, como más blando y fácil, está sujeto a sus más fuertes impresiones, que se hacen más sensibles según las contrariedades que experimentan, y a las veces son funestas al ánimo que las padece si, como os dije en otras ocasiones, no fortalece nuestros afectos la virtud. De ésta depende, Eudoxia, el sosiego de nuestro corazón. Ella es el bien mayor del ánimo y la más eficaz medicina de sus penas y disgustos. Los que acabáis de probar os deben ser motivo para exercitaros más en la moderación, que es aquel sentimiento y afecto del ánimo que vela sobre todas las siniestras inclinaciones y deseos, a quienes no deja pasar los límites de la decencia y conveniencia que nos debemos a nosotros mismos y a todos los demás.

Ella ciñe con fortaleza todos nuestros anhelos a los límites del estado en que la suerte nos coloca: si pobre, para llevar con magnanimidad la falta de las riquezas y de las comodidades; si rico, para no dejarnos engrair de ellas y de la ufana satisfacción y confianza que las mismas infunden. Ella nos aconseja a no desear con ansia ni con solicitud lo que no podemos alcanzar, ora sea el objeto que amamos, ora el estado superior en que vemos levantados a otros. Ella refrena las solicitudes y afanes que solemos padecer por lucir, por parecer ricas y hermosas, y los limita a una aseada decencia y compostura.

Verdad es que las pasiones nos prometen mayor satisfacción y complacencia en las galas, en las ricas preseas, en los honores, en los divertimientos públicos y particulares y en los galanteos. Casi todas las mujeres nos dejamos llevar y seducir de estas falsas lisonjas, porque no nos enseñaron a ejercitar la moderación; pero de hecho experimentamos todas que donde nos lisonjeábamos encontrar nuestra dicha y consuelo sólo probamos mayores cuidados, disgustos y pesadumbres. Esto mismo sucede en los anhelos de una amorosa pasión, como lo experimentáis en la vuestra por sola la oposición que encuentra en la autoridad de vuestra madre. ¿Qué fuera si pudiéndola satisfacer probarais con el tiempo los fatales efectos que tuviera tal vez vuestro casamiento con Maximio?»

No dejó pasar adelante a Domitila en su discurso comenzado la llegada de Antonina, que recibido el honroso mensaje que la enviaba el Emperador sobre la victoria obtenida de Belisario fue inmediatamente a dar orden a Eudoxia para que se compusiese y adornase para ir con ella a palacio. Era costumbre que las damas honradas con semejantes demostraciones del Emperador fuesen a agradecerlas en persona. Antonina, ambiciosa de tales honores, se afanaba en sacar las joyas y adornos más ricos para su tocado y prendido, y también para el de Eudoxia.

Como no había entonces ningún particular más rico ni opulento que Belisario, por las riquezas y preseas que adquirió con las victorias de Cosroes y de Gelimer, no había tampoco ninguna dama que pudiese igualar a Antonina en las joyas de un valor inestimable que poseía. Ni pudo resistir a la tentación de hacer alarde en aquel lance de todas ellas a los ojos de la corte, a la cual se había de presentar. Parte de aquellos preciosos joyeles envió a Eudoxia para que se los pusiese, y parte reservó para sí.

Domitila, que estaba con Eudoxia y que ayudaba también a su atavío, reparando en el aire triste con que ella se dejaba engalanar de las esclavas, la dijo:

«Parece, Eudoxia, que no os dejáis vestir de buena gana. Me movéis la curiosidad de saber si ese dejamiento que manifestáis procede en vos de la contrastada inclinación a Maximio, o bien de repugnancia que sentís a la molestia del prendido».

«No sé decirlo, Domitila. A un pecho afligido y en disgusto suelen sentar mal las más ricas joyas. Por otra parte, éstas alegran naturalmente al ánimo, según oigo decir, aunque a la verdad yo no lo experimento por ahora; tal vez acertáis en vuestras sospechas. Espero, sin embargo, que la ida a palacio acabará de volverme la serenidad y suplirá al remedio de vuestro discurso interrumpido».

«Os lo deseo, Eudoxia, por lo mucho que me intereso en la tranquilidad y sosiego de vuestro ánimo, que es nuestro mayor interés; pero recelo que si ese adorno y compostura engañan por un poco los afectos de vuestra amorosa pasión, sean al mismo tiempo fomento de otra pasión, acaso igualmente dañosa para el ánimo que la del amor».

«¿De la vanidad queréis decir? Mas os puedo asegurar que si probé los funestos efectos del amor, no conozco hasta ahora los de la ambición y vanidad, que dicen ser muy comunes a todas las mujeres, especialmente la pasión que padecen por las joyas y adornos».

«Las pasiones, Eudoxia, obran en los ánimos al tenor de la fuerza que las hacen cobrar los genios y complexiones que las fomentan. Las unas son más fuertes en unos corazones que en otros. La vanidad no os causará todavía desazones e inquietudes como el amor; ninguno se aflige ni se atormenta por lo que le sobra, sino por lo que le falta y desea. El amor mismo os fuera dulce y delicioso si no encontrara oposición. Sentís sus daños, no pudiendo satisfacer vuestros deseos. Lo mismo os sucedería acerca de las joyas si os faltasen en vez de sobraros».

«Aunque debo confesar que no me disgusta adornarme con ellas, me parece, sin embargo, que ningún afán me causaran si me faltasen».

«No sé si será eso efecto de haber abierto vuestro pecho a los consejos de la moderación, o bien de genio inclinado a ella y enemigo de la vanidad, de cuyos dañosos efectos raras mujeres se libran, o por los pesares y disgustos que les acarrearán o por las acciones indecorosas que las inducen a cometer si les faltan honestos medios para satisfacer a su ambición. Otras viven tristes, abatidas y disgustadas de su estado, con el cual atropellan

otras, a pesar de sus estrecheces, a fin de salir con sus vanos antojos; y otras, sin respetar la fidelidad conyugal y decoro, sacrifican y venden su honestidad al lucimiento y al deseo de parecer lo que no son y mucho más de lo que son.

Otras, que como vos abundan de joyas y de riquezas con que fácilmente pueden satisfacer sus ansias ambiciosas y vanas, fomentan una altivez y jactancia que se les echa de ver entre los resplandores con que brillan, mirando con desprecio interior y tal vez exterior a las que no las igualan en lucimiento, como si las piedras abillantadas o el oro de sus adornos les dieran un ser superior. De aquí nace en muchas de ellas la mortal aflicción y abatimiento, si la fortuna llega a oprimir su jactancia y vanidad, privándolas de todas las riquezas para dejarlas pobres y necesitadas.

A muchas señoras principales les parece esto imposible; pero dejando aparte los tristes ejemplos que vimos con nuestros ojos, os traeré sólo a la memoria el reciente caso de la reina Tealda, mujer de Gelimer, que perdiendo con la libertad y el trono todas sus joyas y riquezas, la vimos llevar cadenas por las calles de Constantinopla en el carro del triunfo en que vuestro padre Belisario la entró cautiva. Y si no me engaño, Eudoxia, ese precioso brinquiño fue de aquella infeliz reina».

«¡Ah, Domitila, qué memoria me renováis! No es posible que yo me ponga ese brinquiño. No lo llevaré. Dejadlo escondido; mi madre no reparará si me falta este adorno. ¡Pobre reina! ¡Su memoria oprime mi corazón!»

«No lo dije por tanto, Eudoxia. No quisiera que os lo dejaseis de poner en fuerza de mi discurso. Sólo sí deseara que esa memoria contribuyera para que moderaseis los sentimientos de la ambición y vanidad, en caso que con el tiempo asaltasen vuestro corazón. Ningún mal es llevar todas esas joyas llevándolas con interior desestimación de las mismas, como bienes sólo prestados de la fortuna y que ésta puede quitar. El cuerpo puede ir cargado con toda la riqueza del suelo sin que el alma se engría por ello, ni pierda la noble superioridad de los sentimientos de la moderación y soberanía de la virtud».

«¿Creéis, Domitila, que conseguiré esa superioridad si echo al suelo estas joyas y las piso? Poco me costará el hacerlo. El triste ejemplo de la reina Tealda me exhorta a ello».

«Contribuyen tal vez las demostraciones exteriores para fortalecer los afectos de un ánimo virtuoso. Mas la virtud, Eudoxia, obra antes por convicción del entendimiento y de la voluntad que por exterioridades que poco o nada aprovechan. Pero si os persuadís, en fuerza de las ventajas que os puede acarrear el menosprecio de toda riqueza exterior, que con pisar esas joyas lo adquiriréis, aunque yo no os lo aconsejo, no supiera tampoco oponerme a ello».

«Vedlo, pues, ejecutado».

Diciendo esto Eudoxia, echó mano de las joyas que quedaban sobre la mesa y las echó al suelo para hollarlas, al tiempo que entraba su madre Antonina en busca de una joya que inadvertidamente envió a Eudoxia, y que entonces la quería para sí, muy ajena de

sorprender a su hija en aquella acción. Turbose no poco Eudoxia de la inesperada vista de su madre, temiendo que la reprendiese; mas su alma, fortalecida del mismo acto del menosprecio de las joyas, recobró luego su noble serenidad, sin bajarse a recogerlas, haciéndolo una de las esclavas que la vestían.

Antonina, que vio la acción de Eudoxia, creyendo que fuese efecto de resentimiento por la reprensión que la hizo sobre sus amores con Maximio, se dejó llevar del ímpetu del enojo que le causó el ver tratar con tan mal modo aquellos adornos que ella estimaba tanto, y acercándose a su inocente hija la dio un recio bofetón, olvidada de su carácter y diciéndola con airada severidad:

«¿Acción tan indigna podía yo esperar de ti? ¿De esta manera te vengas de la justa reprensión que te hice por tus indignos amores? ¿Éste es el aprecio que haces de los preciosos dones de tu padre Belisario, frutos de sus gloriosas victorias? Agradece a las circunstancias del día y a la obligación de presentarse al Emperador el que no acabe de castigar tu atrevimiento como merece».

«¡Santa y adorable virtud, a quien Eudoxia prepara ya en su corazón inocente un digno templo, fortalécela para que sepa recibir sin bajeza ese castigo, aunque no merecido, de su respetable madre!

Aturdida Eudoxia de aquel golpe repentino, dejó asomar el llanto a sus ojos, en fuerza de la vergüenza y confusión que la causaba al verse maltratada de su madre, que hasta entonces jamás se había propasado con ella. Mas sin rendir su ánimo al menor resentimiento por tan indigno castigo, llena al contrario de heroica sumisión y respeto, se postra de rodillas delante de ella diciendo:

«Os pido humildemente perdón, madre mía; no pensé que os debiese ofender una acción que nada tiene que ver con el resentimiento que sospecháis, y que no me causaron vuestras respetables correcciones».

Domitila, compadecida entonces e interesada por su amada Eudoxia, se interpuso, diciendo a la madre:

«Señora, yo y estas esclavas somos testigos de las inocentes intenciones de Eudoxia. La mayor culpa del hecho recae sobre mí, que no procuré impedirlo, y que en cierto modo fui la causa principal de la acción».

Mas Antonina, sin querer atender a las razones de Domitila, vuelta a las esclavas les dio orden que continuasen en vestir luego a Eudoxia, y tomando la joya que buscaba se fue, dejando a su hija en la misma postura humilde y suplicante.

Abrazola Domitila, luego que desapareció Antonina, diciéndola con ternura:

«A mí, a mí se me debe, amada Eudoxia, el perdón que os pido. ¡Cuán sensible me ha sido este lance! ¡Si hubiese podido oponer mi rostro, cuán de buena gana recibiera el golpe que traspasó mi corazón!»

«Mucho más que el golpe sentí el haber enojado y ofendido a mi madre».

«Su enojo y ofensa cesarán luego que yo la entere del fin y motivo que tuvisteis en aquel exterior desprecio; no quiero diferirlo, voy ahora mismo a hacérselo saber, y vuelvo luego a enteraros de mis cariñosos oficios».

Lo cumplió Domitila, y mientras las esclavas acababan de vestir a Eudoxia fue ella a verse con Antonina, a quien encontró casi del todo vestida y en estado de salir, aunque arrepentida de haber mortificado de tal modo a su hija. Todo arrebató de enojo, aunque con motivo en apariencia justo, engendra arrepentimiento. Así lo prueban aquellos mismos que se reputan autorizados de su carácter para reprender y castigar. La cólera y la venganza animan comúnmente a los deseos de corregir. Los padres mismos no están exentos de esta tacha en los castigos que dan a sus hijos. Raro es el que se muestre y sea sabio en dar corrección.

Esto mismo pasó en Antonina, castigando tan indecentemente a su virtuosa hija e hiriendo su rostro, que siendo el asiento de la modestia y hermosura de la mujer como del decoro del hombre, parece que debiera estar exento de todo agravio y castigo, propio sólo de los hombres más bajos y soeces. Semejante reflexión hizo suceder el arrepentimiento al enojo en el ánimo de Antonina; y así, luego que vio comparecer a Domitila, la previno diciéndola:

«Debéis perdonar, Domitila, el indigno arrebató de mi cólera. A la verdad me propasé, aunque Eudoxia me ofendió sobremanera, no tanto por el desprecio de las joyas cuanto porque con él manifestó el resentimiento que conserva a la corrección que la hice sobre su pasión a Maximio».

«Está muy ajena Eudoxia de fomentar ese resentimiento que decís; al contrario, recibió vuestra corrección con todo respeto y con firme voluntad de sofocar su afecto e inclinación a Maximio».

«Qué es, pues, lo que la motivó a cometer esa locura de echar las joyas por el suelo?»

«Fue un motivo inocente y en apariencia virtuoso, que os voy a decir. Trataba con ella sobre el bien que alcanza el alma con el ejercicio de la moderación, y recayendo el discurso sobre la vanidad que engendran y fomentan las joyas y riquezas, hizo tal impresión en su ánimo que me dijo se sentía movida a echarlas de sí, pareciéndole que con este acto se sobrepondría a la vanidad. Yo la respondí que así como no se lo aconsejaba tampoco me oponía, pero que de hecho poco o nada contribuían tales demostraciones exteriores para adquirir el sabio e interior menosprecio de esos dijes de la ambición. Veis que en cierto modo fui yo la causa principal, siendo la consejera de ello».

«No hay culpa donde no hay culpable intención; sólo recae sobre mi indiscreto enojo, por no haber advertido que estando Eudoxia con vos no podía propasarse a una acción que desdijese de vuestros prudentes consejos. Perdonad, Domitila, pues siento haberme propasado tan injustamente con mi inocente Eudoxia. Ella quedará sin duda muy mortificada y afligida».

«La sola aflicción que le queda es por haberos dado motivo, aunque inocente, de disgusto, como me lo acaba de decir, poniéndose inmediatamente en manos de las esclavas para dejarse adornar. Tan lejos está también de fomentar resentimiento alguno por el castigo que le disteis, que me dijo que aquel accidente contribuiría para perfeccionar su corazón en la virtud».

«Tenía de ella sobradas pruebas. Veo ahora que me cegó el demasiado aprecio que hago de mis joyas. Id inmediatamente a enterarla de la persuasión en que quedo de su inocencia, y del sentimiento que tengo de haberla ofendido tan injustamente».

Domitila, alegre con tan gustoso encargo, fue a llevárselo a Eudoxia, que con ansia la esperaba y que por su rostro conoció el buen despacho que traía. Se lo confirmó Domitila diciéndola:

«Consolaos, Eudoxia, vuestra madre queda enterada de la inocencia de vuestras intenciones y arrepentida del transporte de su enojo. Me encarga que os lo participe, y vendrá ella misma a daros pruebas de la ternura que os conserva».

«No podíais darme nueva más agradable. Mucho os lo agradezco, Domitila. Mi corazón se hallaba sobradamente angustiado por el pesar y disgusto que la di, para que deje de probar el más tierno consuelo de vuestro oficioso cariño».

Apenas acababa de decir esto Eudoxia cuando Antonina, llevada de la ternura de su materno amor y del ansia de borrar con sus brazos el exceso de su cólera, entró en la estancia. Olvidada del resplandor de su preciosa compostura, se acerca a Eudoxia con los brazos abiertos para recibirla en ellos. Eudoxia, conmovida de la demostración de su madre, postrose de rodillas, prorumpiendo en tierno llanto. Enternecida mucho más entonces Antonina con aquel humilde y respetuoso ademán de su hija, no pudo contener tampoco las lágrimas, con que la decía:

«No te conviene más, hija mía, esa postura; levántate. Yo fui la que ofendí tu virtud y tu inocencia con un injusto e indecente castigo. Estos abrazos te sean prueba de mi dolor y arrepentimiento. Así levántate, dame este gusto y consuelo».

Eudoxia, obedeciendo al orden de la madre, se levantó diciendo:

«Siempre respeté, madre mía, vuestros consejos, y tengo sobradas pruebas de vuestra materna ternura para que queráis mortificar mi reconocimiento con vuestras justificaciones».

Unió también Domitila sus expresiones y llanto al de Eudoxia y Antonina, con que desahogaban sus tiernos afectos hasta que, avisada Antonina para partir, desistió de ellos y se encaminó con su hija al palacio del Emperador.

Fueron recibidas allí con todas las demostraciones de respeto y estimación que los grandes las hacían, esmerándose en cortejarlas hasta que fueron introducidas a la presencia del Emperador. No cabía en sí de gozo Antonina por aquellos gloriosos parabienes que recibía. Reconocíase en la cumbre de la gloria y se echaban de ver los asomos de su ambiciosa satisfacción en la misma afable majestad con que agradecía las adulaciones de los cortesanos, y de que se reían interiormente ellos mismos, teniendo ya tramada la ruina de Belisario. Igual engaño padecen frecuentemente los que se dejan engreír de las alabanzas ajenas, haciéndose juguetes del sonido de voces mentirosas y de embusteros ademanes.

Llegadas a la presencia del Emperador, le hizo Antonina su estudiado cumplido, diciéndole en breve que el honor con que se había dignado distinguirla, haciéndola participar la victoria de su marido, la obligó a llegar en persona para manifestar su eterno y respetuoso agradecimiento. El Emperador mudó luego discurso en otros familiares que denotaban confianza y estimación, deseando saber de Eudoxia qué edad tenía, si se casaba y con quién. Estas preguntas del Emperador no nacían de sola familiar curiosidad, como lo parecían. Acababa de saber el tratado casamiento de Eudoxia con Basíldes, y queriendo impedirlo bajo mano, por tener ya determinada la prisión y ruina de Belisario, deseaba certificarse de la verdad.

Confirmósele Eudoxia, satisfaciendo con gran modestia y gracia a las preguntas del Emperador, y aunque éste se entretuvo en hacer otras a Antonina, jamás le mencionó en ellas ni en todo su discurso a Belisario y su victoria. Antonina, que se lisonjeaba de tener también la complacencia de oír de boca del Emperador las alabanzas de su marido, salió de su presencia no poco mortificada y suspensa, aunque bien ajena de sospechar la vecina y funesta desgracia de su marido. Volvió a recibir, sin embargo, con la misma ufana complacencia las enhorabuenas y agasajos con que los grandes la cortejaban en su salida, y volvió a su casa igualmente confiada y satisfecha de todas sus demostraciones.

Eudoxia, agobiada de aquel largo ceremonial, ansiaba llegar al libre asilo de su quietud y a su amada Domitila, a quien contó las angustias y mortificaciones que padeció con tan enfadosa sujeción, que la hacía mucho más amable la libertad de su retiro. Quiso luego despojarse de todas aquellas joyas y adornos que le dieron tanto que sentir y que fueron cabalmente motivo para que los grandes agravasen las delaciones contra Belisario y Antonina. Porque algunos de ellos, que habían militado en la guerra de África contra Gelimer, sabiendo que Belisario se apoderó de los tesoros de aquel rey, fueron inmediatamente a referir a la Emperatriz Teodora que Antonina y su hija se habían presentado ante el Emperador adornadas de algunas preseas de la infeliz reina Tealda.

La adulación no pudo ser más fina para con quien estaba ya prevenida contra la altanería de Antonina, y con quien no le cedía en codicia y ambición. Así, creyendo ganarse

Antonina mayor respeto y estima con la ostentación de toda aquella riqueza, no la sirvió sino de instrumento para apresurar su desventura y la ruina de su marido y familia.

LIBRO II

Maximio entretanto, ansioso de certificarse sobre el casamiento de Eudoxia, no paró hasta encontrar el amigo a quien buscaba, llamado Faustino e hijo de uno de los cortesanos que acababan de presentar a Antonina al Emperador, y émulo también de Belisario. El joven Faustino, oída la pregunta de Maximio, le dice que nada había oído sobre el casamiento de Eudoxia con Basíldes, pero que sí sabía una funesta noticia sobre Belisario. Maximio, a quien tanto interesaba todo lo que pudiese interesar a su amada Eudoxia, insta y ruega para que le comunicase lo que sabía.

Faustino le dice ser cosa de gran importancia y que no se atrevía a comunicársela sin exigir antes juramento de su amistad de guardarle inviolable secreto sobre ella. Avivada con todas estas precauciones la curiosidad de Maximio, le promete y jura de guardarle el secreto que le pedía. Cuéntale entonces que dos días antes, habiéndose echado por antojo entre unos mirtos del jardín de su casa, después de comer, vio llegar luego sus padres y sentarse cerca de donde estaba sin reparar en él. Que entonces, viniéndole curiosidad de oír lo que trataban entre sí, oyó que su madre se quejaba de Antonina por el aire de superioridad y soberanía que tomaba entre las otras damas principales, por las etiquetas de preeminencia que pretendía le fuesen debidas y por la manifiesta presunción que le infundían los honores de su marido.

Que su padre, oído todo esto, le respondió que no quedaba largo plazo a la altivez de Antonina, pues estaba ya decretada la prisión de Belisario luego que volviese de Italia, a donde habían ido ya órdenes para que se embarcase inmediatamente y se restituyese a Constantinopla. Maximio, al oír esto, comienza a temblar interiormente por la desgracia que amenazaba a Eudoxia. Disimula sin embargo su turbación, prometiendo de nuevo a Faustino que le mantendría el juramento hecho. Pero apenas se separó de él cuando, el amor avivándole la lástima y dolor por la inminente desventura de su amada Eudoxia, sintió vivos impulsos de valerse de la noticia para verse con ella y comunicársela, con fin de que la previniese y evitase si se podía.

Por otra parte, tuvieron luego en freno a estos impulsos no solamente la promesa que acababa de hacer a su amigo, sino también los órdenes de Antonina para que no se acercase a su casa ni viese ni hablase a Eudoxia, y las amenazas que le hizo si a ello se atrevía. A pesar de todo esto, prevaleciendo en su corazón amante las ansias de poder ser causa de evitar la desgracia de Belisario y de su hija, resuelve verse con ésta a cualquier coste, pues se trataba de lo que pudiera interesar a la vida y gloria de su padre.

Abrazada esta resolución, iba trazando medios en su mente para verla cumplida, mas ninguno cuadraba a su acobardado atrevimiento: temía de ir a dar en el escollo de Antonina o que ésta lo llegase a saber. En medio de las dificultades que se cruzaban a sus intentos, sugirióle el mismo amor ardiente, que suele a las veces inspirar acciones

heroicas, ir a presentarse a la misma Antonina y usar con ella de la generosidad de descubrirla el secreto que, siendo de tal importancia y que tanto pudiera interesarla, sería causa de que ella trocarse su antiguo resentimiento en mayor aprecio de quien se lo comunicaba. Mas acordándosele vivamente no tanto su altanería cuanto el menosprecio que hizo de la pobreza de sus padres y de su estado, dejó de llevar adelante su resolución, temiendo no ser creído, y ultrajado de nuevo de la misma.

Busca, pues, otros medios en su imaginación ardiente y fecunda para poder ver y hablar a Eudoxia sin que su madre lo supiera, en que llevaba día y noche ocupado su corazón amante. Parecióle el más seguro expediente valerse de una de las esclavas para conseguirlo. Mas al tiempo que espiaba el momento oportuno, se le ofreció a la memoria la traza de Ulises para ver y hablar al joven Aquiles cuando éste estaba encerrado en el palacio del rey Licomedes bajo el nombre de Pirra.

Esta traza, así por su celebridad como por convenir mejor al heroísmo del amor, cuadró sumamente a su osadía, y sin detenerse comienza a proveer todo el arreo y traje de mercader para imitar en todo la astucia del hijo de Laertes, y poder llegar más fácilmente a la presencia de su amada, entrando en su casa disfrazado con aquel traje so color de vender a precio barato cualquiera de las bujerías que llevase.

Mientras se ocupaba Maximio en proveerse de todo lo necesario para ejecutar sus intentos, se empleaba Antonina en los preparativos para el casamiento de Eudoxia, debiéndose celebrar su boda luego que llegase a Constantinopla su padre Belisario. Quiso que la misma Eudoxia cosiese parte de su ropa nupcial, pareciéndole que esta ocupación contribuiría para que acabase de disipar su inclinación a Maximio. No necesitaba Eudoxia de esta tarea para procurar destruir en su pecho su arraigado afecto, pues de cualquier modo se esforzaba en hacerlo, arrojando de sí cualquiera idea o pensamiento que le venía, reputándolo enemigo de la tranquilidad de su corazón. Así esperaba la misma arrojar, con el tiempo, de su ánimo una pasión que le era imposible sofocar de presto, a pesar de todos sus esmeros y de los sinceros deseos que fomentaba para obedecer y complacer a su madre.

No era ya esto lo que más pena le daba, sino la repugnancia que se le avivaba al casamiento de Basíledes. Toda afición se concibe por los ojos y por ellos se pierde. Ninguno ama por violencia que el amor no sufre. Valíase sin embargo Eudoxia de razones que buscaba para destruir aquella repugnancia que sentía. Se esforzaba en persuadir su mente diciéndose a sí misma para ello que, amándola tanto su padre Belisario, no hubiera hecho la elección de Basíledes por esposo suyo si no concurrieran en él todas las prendas y calidades que pudiesen granjearla su amor y tierno afecto.

Nada de todo esto aprovechaba, antes bien, su contrastada repugnancia del casamiento con Basíledes; resolvió confiársela a Domitila y pedirle consejo para vencerla. Domitila la dijo que uno de los motivos por que es tan conveniente aun a las mujeres el estudio de la ciencia moral es por la luz que nos da para conocer las pasiones, su origen y grado, pues así las podemos tener más fácilmente en freno o remediarlas según las mismas exigen.

«Por esto no dudo que os será más fácil vencer esa repugnancia que me confiáis tener a Basílides luego que lleguéis a conocer de dónde procede.

En primer lugar, si bien lo consideráis, es sola repugnancia de imaginación antes que de la voluntad, porque no conociendo vos a Basílides ni habiéndolo visto jamás no podéis tener motivo ni para amarlo ni para aborrecerlo. De donde infiero que es sola aversión a casaros con cualquiera otro que no fuese Maximio, porque prevenidos vuestro corazón y sentidos con la vista, especies y afecto al mismo, no os deja admitir ninguna otra determinada afición. Cualquiera que sea el afecto, se concibe en la fantasía antes que ésta lo engendre en la voluntad en que aquélla lo aviva. Sin ojos y sin fantasía no se forma ninguna fuerte pasión ni afecto, como tampoco se puede odiar y aborrecer lo que jamás se conoció, y sin tener motivo para ello.

No obstante, sentís suma repugnancia al casamiento con Basílides, a quien no visteis jamás. Esto, en vez de destruir mi proposición, es prueba de que tal repugnancia es un mero antojo engendrado de la previa pasión a Maximio. Para convenceros de ello conviene recurrir a las sabias reflexiones, que como sabéis son el remedio más eficaz contra todos los males del ánimo opuestos a la virtud. Casi todos ellos proceden de la irreflexión y por lo mismo con la reflexión se destruyen. La voluntad no se convence con esfuerzos, ni con ellos se ama o se desama; cede sólo a la fuerza de la razón que la convence. Busquémosla, pues, con la reflexión.

Llamé mero antojo vuestra repugnancia a tal casamiento porque le falta causa física que a ello induzca la voluntad, no excitándola ningún motivo visible cual lo fuera la fealdad, el mal continente, el estado o cualquiera otra cosa o defecto que pudiera engendrar esa aversión que sentís. Otra reflexión se me ofrece para convencer vuestra voluntad, y es que tal vez ese mismo Basílides os podrá agradar más que Maximio luego que lo veáis, y tener él mismo mejores prendas y partidas que éste, y amaros finalmente con más puro amor y seros más constante y atento que Maximio.

Veis que prescindo de todas las otras cosas que se aprecian en los casamientos, como son honores y riquezas, pues sabéis que en ellas es tan superior Basílides a Maximio. Me ciño sólo a las prendas del cuerpo y ánimo, que son todavía inciertas en vuestro concepto porque no podéis formar juicio con vuestros ojos. No obstante, bajo esta supuesta incertidumbre formo otras dos opuestas reflexiones. Esto es, que os pueda agradar más Basílides cuando lo veáis, o bien que os pueda de hecho desagradar y acrecentar vuestra repugnancia.

En la primera suposición padeciera ahora injustamente engaño y disgusto vuestro ánimo, afligiéndose y atormentándose por aquello mismo que dentro de poco le ha de dar complacencia y consuelo. Esta reflexión es sobrado persuasiva para que inculque sobre ella; y la opuesta, que os haya de desagradar Basílides, supone sobrado para que yo saque buen partido de convicción; sin embargo, me permitiréis que lleve adelante mi discurso, que fundo sobre una duda que varias veces me ha ocurrido, y es si por ventura la naturaleza, así como dio al hombre con la fortaleza cierta preeminencia sobre la mujer, así también le haya concedido con ella el derecho de la elección, pues a él solo le es lícito

el buscar y elegir, y a la mujer condescender o desaprobar la elección de los que se declaran, entre quienes hubiera comúnmente poco que escoger.

Esto lo vemos establecido en todas las partes del mundo, y si la naturaleza nos hizo esta injusticia, la resarcio en parte con los dones de hermosura y sus fuertes atractivos a que sujetó y avasalló en cierto modo aquella preeminencia, y haciéndonos más fáciles en acomodarnos a la elección de la persona y estado que se nos presenta. No niego por esto que deje de hacer impresión en el ánimo de la mujer la belleza y gallardía del hombre, pero aunque generalmente agraden más tales prendas, no son ellas los vínculos más fuertes del amor en los casamientos. La pasión más ardiente, que parecía prometernos la más dulce felicidad, nos lleva al contrario a nuestra mayor desventura. La diferencia o bien la repugnancia que probamos a un propuesto casamiento se suele trocar del mismo modo en nuestra mayor satisfacción y consuelo.

Lo que a muchas sucede os puede también acontecer a vos, y lo que de otras se puede esperar sin el estudio de la virtud me lo debo prometer de vos que la profesáis. Saco esta lisonja de la naturaleza de las pasiones humanas y de la experiencia. Se supone que los casamientos estén cimentados en el amor, aunque no siempre suceda así, llevando otras miras de interés o de vanidad o de ambición, que son a las veces más poderosas que la hermosura. Ésta puede encender una pasión fuerte y vehemente, pero vemos que fácilmente también se apaga. Así acontece que los que dieran reinos por conseguir un hermoso objeto se cansan de él después que lo han conseguido, y tal vez lo aborrecen porque ven y prueban entonces los defectos y vicios que acompañan a la hermosura, y que antes no conocieron.

Otras, que se casaron sin pasión y tal vez con repugnancia, la vieron trocada en sólido y constante afecto, por haberse engañado en el aprecio de la persona que no conocían, apreciándola por sólo su exterior. Todos experimentan finalmente que la interior hermosura y bondad del alma y genio es preferible a la del cuerpo, y hácese con el tiempo más estimable, aunque no engendre como la exterior belleza una viva pasión, sino que produzca un afecto dulce, quieto y continuado, una sincera estimación que no se cansa, y que en vez de disminuirse con el tiempo, se fortalece.

La pasión fuerte, avivada de los incentivos de la hermosura, transporta y enajena al corazón. Mas el afecto, nacido de la hermosura de un amable y virtuoso genio, llena al alma de suave satisfacción y dulce tranquilidad. Aquélla desasosiega y perturba el ánimo y la mente, y pone en movimiento otros dañosos y molestos afectos que acarrear celos, inquietudes, vanidad y zozobras. El puro amor y tierno afecto produce sólo pacíficos y morigerados sentimientos que fomentan la moderación, la modestia y la suave concordia».

No dejó acabar a Domitila su discurso una de las esclavas, que entró entonces diciendo a Eudoxia:

«Señora, acaba de llegar un mercader de Smirna que deseara haceros ver las bujerías que trae y que dice dará a precio barato, a trueque de deshacerse de ellas para poder restituirse a su patria».

Eudoxia, que se ocupaba en la labor de su ropa nupcial, desea ver lo que traía aquel mercader, esperando encontrar algún particular adorno, y lo hace entrar. ¿Cómo pudiera ella imaginarse que aquel supuesto mercader fuese su amante Maximio, que llevando adelante sus osados pensamientos había tomado aquel disfraz para poderla avisar de la desgracia que amenazaba a sus padres?

Era muy diverso el traje que llevaba de aquel que había determinado tomar cuando le ocurrió la especie de Ulises, echando de ver que éste, no siendo conocido de Aquiles ni de Laodamía, podía presentarse con su rostro descubierto, aunque disfrazado en mercader, pero que, siendo él conocido de Eudoxia y de Antonina, le convenía disfrazarse también el rostro. Para remediar este inconveniente le ocurrió que habiendo en Constantinopla un mercader de Smirna que llevaba a vender sus mercaderías con un parche en uno de los ojos por tenerlo dañado, podría esconder su fisonomía con un parche semejante, representando en un todo a dicho mercader si conseguía que éste le prestase uno de sus vestidos.

Esta feliz ocurrencia, prendiendo en su imaginación, no le dejó descansar hasta que dio con él. Pídele entonces uno de sus vestidos, pretextando motivos especiosos y ofreciéndole logro por el préstamo, que aceptó de contado el mercader. Maximio, lleno de gozo, carga con el vestido, y luego que supo el día y hora en que se había de ausentar de casa Antonina sin su hija Eudoxia, a fin de evitar cualquier accidente que pudiera acontecer si por ventura llegaba ella a conocerle, se puso luego el vestido, se aplicó al ojo el parche sostenido de la gorra, calada hasta las cejas, cubriendo en cuanto pudo lo restante del rostro con las guedejas sacadas, y tomando la cajuela de las mercaderías se presenta atrevidamente a Eudoxia, confiado en la ausencia de su madre Antonina.

El amor había fomentado en su ánimo las esperanzas de hallarla sola para comunicarle el secreto, o en compañía de alguna esclava que no se le estorbaría. Mas viendo que trabajaba con ella Domitila se turba, ni sabe qué hacerse, ni qué decirse. La turbación engendra temblor a sus miembros, haciendo temblar también al armatoste que tenía en las manos, hasta que lo dejó en un asiento para que pudiese satisfacer Eudoxia su curiosidad. La vista de las mercaderías se llevó toda su atención, sin reparar en el mercader que, con afectuosa agitación, a su grado la contemplaba sin atreverse a desplegar sus labios.

De todas aquellas bujerías sólo cebaron sus ganas unas flores artificiales, que mostró querer comprar. No hubo regateo en el precio, ateniéndose el mercader amante al que las quiso poner Eudoxia, a quien hubiera dado en aquel dichoso momento todos los tesoros de la tierra. Mas en medio de la deliciosa satisfacción y consuelo que disfrutaba con su vista padecía no poco, así por no encontrar ocasión ni expediente para comunicarle el secreto que deseaba como también por el temor que lo angustiaba de que llegase Antonina y lo sorprendiese.

Recelaba por otra parte que le sería muy difícil podersele proporcionar ocasión más feliz que aquella, si la perdía yéndose sin avisarla de la desgracia de su padre. Luchaban así su temor y atrevimiento hasta que la misma Eudoxia le proporcionó otra ocasión de verla, diciéndole que no podía entregarle el precio de las flores si no esperaba que volviese su madre. Esto era cabalmente lo que más temía Maximio y lo que quería evitar a costa de perder las flores y su precio, y como con el motivo de evitar la llegada de Antonina se le proporcionaba el volver otro día para cobrar el dinero, se atuvo a este partido diciendo que las flores quedaban en buenas manos, que no podía esperar y que otro día volvería por el dinero.

Dicho esto, se despide con afectuosa demostración que Eudoxia no comprendió, y se fue lleno de lisonjas de volverla a ver y hablarla, sin temor de que Antonina le conociese, pues no lo había conocido Eudoxia, bien ajena ésta de sospechar que aquel mercader fuese su fiel amante. Llegada la madre, la hace ver las flores, diciéndola no haberlas pagado, pero que volvería por el dinero el mercader. Antonina se muestra satisfecha de la compra y apresta el dinero creyendo que el mercader volviese aquel mismo día o el siguiente, mas viendo que no comparecía en muchos días consecutivos, aunque estaban solícitas por su tardanza, sospecharon que se hubiera embarcado para su patria, como él mismo les había insinuado.

Continuaba entretanto Eudoxia su labor, perdiendo poco a poco las especies de Maximio al paso que iba también disminuyendo su repugnancia al casamiento de Basírides en fuerza de los sabios discursos de Domitila, con que ésta solía aliviar el ocio de su trabajo. Un día, con la ocasión de tratar sobre la educación que la había dado su padre Belisario, instruyéndola de por sí en la geometría, en la historia y geografía, como se quejase Domitila de la ignorancia en que comúnmente eran educadas las niñas, deseó saber Eudoxia el motivo por que generalmente se hacía esta injuria a las mujeres, dejando de instruir las en cosas que les pudieran ser útiles y tal vez necesarias en una culta sociedad.

Respondió Domitila ser muchos a su parecer los motivos fundados en el carácter del sexo, a quien no era permitido por el continente decoro y honestidad acudir a las escuelas públicas ni tener particular enseñanza de los que se las pudieran dar, como sucede en los muchachos.

«A más de esto se cree, proseguía en decirle Domitila, que tenemos las mujeres hartas ocupaciones en cuidar de los hijos y en atender a su crianza y a la economía para que podamos perder tiempo en el estudio de las ciencias, ajenas de nuestro estado y que de poco o nada nos pueden servir.

No hay duda que no todas las doncellas están en estado de dedicarse al estudio, pero hay muchas a quienes por las circunstancias de su nacimiento no sólo les fuera útil tal enseñanza, sino que también les conviniera. Antes bien, de muchas de ellas y de la educación que les dan infiero la consecuencia general de la preocupación de los hombres en este particular y la de los mismos padres, que esmerándose en que sus hijas aprendan las artes que contribuyen a pulir y perfeccionar su presencia exterior, descuiden tanto de

las ciencias que ilustran el entendimiento y ánimo de las mismas, sirviéndolas de adorno más apreciable toda su vida.

La más hermosa mujer apenas dilata el imperio de sus gracias y belleza más allá de la mitad de su carrera vital. Entonces ve descaecer insensiblemente su estimación si no la sostienen las luces adquiridas de las ciencias y los conocimientos que recibió con la educación o con su privado estudio, pues aunque la naturaleza organizó con alguna diversidad nuestros cuerpos, no diversificó nuestras almas y entendimientos, ni hizo de inferior, especie nuestras almas, ni de peor condición nuestros talentos. Estoy antes bien persuadida que si las mujeres hubiésemos tenido siempre igual instrucción que los hombres en todos tiempos y edades, los hubiéramos aventajado en las producciones del genio, a pesar de las mayores ventajas y mejores proporciones que puedan ellos tener para ilustrar su entendimiento.

Esto agrava la injusticia que se nos hace en criarnos ignorantes, y añade extrañeza al general motivo que los hombres tuvieron para ello, y que yo atribuyo a la antigua barbarie de los tiempos y al continuo ejercicio de las armas, a que dieron siempre los hombres la preferencia sobre todas las demás artes y ciencias, que cuestan tanto de adquirir. La civilización y cultura de las naciones fue siempre obra de los siglos. El sexo fuerte, y sólo superior en esto de las mujeres, así como quiso que todo plegase y se humillase al poder y fuerza de su brazo, así también quiso avasallar nuestra flaqueza, a la cual impuso todas las leyes que se le antojaron.

Así se vio humillado nuestro sexo, reducida nuestra industria a la economía de la familia, empleadas nuestras luces en los solos cuidados y ocupaciones caseras y arrinconado en el hogar nuestro entendimiento, mientras los hombres, llevados de la loca pasión de dominar la tierra, se extendían, armados de hierro, por las vecinas y remotas provincias, a fin de robarlas y dilatar así su señorío, o exponían sus pechos por la defensa de las mismas, de sus hijos, hogares y mujeres. Tales fueron siempre las miras y anhelos de la ambición, con el furioso empleo de las armas, que tan injustamente ennoblecieron los hombres para robar y adquirir. De esta ennoblecida ferocidad proceden nuestra sujeción y dependencia.

No habrá quien pueda llevar la luz de sus conocimientos entre las tinieblas con que cubrió el tiempo las historias de los egipcios y de los pueblos que los precedieron. Son pocas e inciertas las noticias que nos quedan de sus ciencias y cultura, pero la Grecia, que después del Egipto fue la primera en cultivar el ingenio, vio redundar sus gloriosos efectos en las producciones de los talentos de las mujeres célebres que en ella florecieron, y que quedan todavía por aventajar de todos los esfuerzos que hicieron para ello los hombres en los siglos posteriores.

Otras tales hubiera visto y admirado Roma si los romanos, cimentando también su gloria en las armas y en la ambición de señorear al suelo, no tardaran en pulirse y civilizarse con el estudio de las ciencias y de las artes liberales. Luego que con el ocio de la paz se dedicaron a ello, parecía que hubiesen de igualar y aun aventajar a los griegos en la cultura. Mas las disensiones civiles y las guerras que inmediatamente nacieron turbaron

los tiempos más felices de la república, dieron lugar a una cruel dominación que envileció sus ánimos y que, agravada de su mismo peso y grandeza sin el apoyo de su antiguo esfuerzo y patriotismo, cedió al impulso de los pueblos bárbaros que la aniquilaron y la devolvieron a su antigua rudeza.

En ella quedó otra vez envuelta la cultura de nuestro sexo, que por consiguiente continuó en experimentar el menosprecio y humillación en que nos tienen los hombres, porque somos flacas en su cotejo y porque no podemos, armadas de acero, herir, matar y conquistar como ellos. Mas cuando lleguen los hombres a apreciar la humanidad y a detestar la guerra, si por ventura llega ese tiempo feliz, cuando pongan la mayor dicha y gloria de una nación en la paz, en la cultura del ingenio y de las artes, entonces verán redundar sus benéficos influjos en nuestra mejor enseñanza, disipándose, aunque lentamente, las preocupaciones que fomentan acerca de nuestra instrucción. Con ella se desvanecerá el bajo concepto en que son tenidos nuestros talentos, disminuyéndose en parte el aprecio que hicieron siempre del esfuerzo y valor en que los aventajan los tigres y leones.

De aquí nacen, a mi parecer, las preocupaciones que todavía fomentan sobre nuestra educación y sobre los inconvenientes que se imaginan y dicen que nacerán si nos instruimos en las ciencias; porque piensan que el estudio nos distraerá de nuestras principales ocupaciones, que nos hará más presumidas de lo que somos naturalmente, que seremos por lo mismo bachilleras, que los libros no nos convienen o que no nos convienen otros que los de devoción, que somos fáciles en admitir nuevas máximas y que por consiguiente las contraeremos dañosas en los libros en que nos distraerá nuestra curiosidad, que con el deseo de parecer sabias e ilustradas tendremos mayor trato y más frecuentes galanteos, y así de otros daños con que pretenden cargar nuestro sexo si se les diera a las doncellas una científica educación.

Pero, en primer lugar, me parece que tal enseñanza contribuiría para sacar su entendimiento de las tinieblas de la ignorancia y del error, y no para hacerlas letradas ni doctas. Éste es un empeño arduo y difícil a los mismos hombres que se emplean en el estudio toda su vida, y dado caso que una u otra mujer lo consiguiese, dedicándose sólo al estudio de las letras y ciencias, aunque desatendiendo a las ocupaciones de su familia, no digo yo que quedase recompensado el daño, pero sí que sería menos malo que si desatendiera a sus obligaciones, como muchas lo hacen, o por la natural e invencible desidia, o por el cortejo, o por vanos pasatiempos, o por emplearse días enteros en tocarse y adornarse a fin de desmentir lo que son.

No veo tampoco por qué debiesen tener las mujeres motivo de presumir por saber los primeros rudimentos de las ciencias, mucho menos si esta enseñanza se hiciese entre ellas común, y si las precediera el estudio de la virtud o ciencia moral, que jamás se enseñó y de que se ignora hasta el nombre; pero si a pesar de esto hubiera algunas que presumieran de sí por haber aprendido algunos problemas de geometría o adquirido algunas noticias de la extensión y situación de la tierra y de la esfera, o de algunas causas de la naturaleza y sus efectos, o de los sucesos de la historia, fuera a la verdad risible tal presunción si la manifestasen. ¿Mas los hombres no presumen también de sí, y a las veces por saber

ciencias ridículas que les valiera más que las desaprendiesen, por estudios y conocimientos insulsos y miserables?

No pretendo por esto defender nuestra vanidad en este particular, mas no veo por qué sólo a nosotras nos deba ser nociva tal presunción y se nos achaque sólo el defecto. ¿No mereciéramos a más de esto más indulgencia por presumir de saber que por ser hermosas, ricas y bien nacidas? Éstos son bienes accidentales y aquél es adquirido. Y si fueran entonces bachilleras y hiciesen ostentación de su saber, recaería el daño en el mismo buen concepto de las mismas por cuanto, en vez de ser reputadas sabias, se granjearían el menosprecio de las demás.

Tampoco sé por qué deban competirnos libros solos de devoción. Este celo no nace en los hombres de deseo de nuestro aprovechamiento, sino del bajo concepto en que nos tienen. Raros son los libros científicos que contengan máximas dañosas, y es falso que seamos más fáciles que los hombres en embeberlas. Esta opinión nace también en ellos de la presunción que alimentan por haberse erigido en jueces de los modos de opinar y con ellos el derecho de juzgar, al tiempo que nos apartan de ellos y nos los vedan, temiendo que a más de todos aquellos daños se nos siga también el otro de acrecentar nuestros cortejos y galanteos. Mas los hombres buscan antes para ello la hermosura y la disolución que las ciencias y la sabiduría; lo consiguen más fácilmente en el libre trato de las ignorantes que en la compostura y seriedad de las entendidas y discretas.

¿Cuántas mujeres se entregan, aun sin querer y de mala gana, a cortejos que, aunque honestos en sí, dan sin embargo que decir, y a los cuales renunciaran de contado para eximirse de los engaños del trato si desde niñas se hubieran aficionado a las letras, pues con el estudio no se aburrirían en la soledad de su retiro? Las ocupaciones caseras, por muchas que sean, exigen descanso y dan comúnmente muchos días y horas de tregua, mas no hay descanso ni tregua peor que el no saber qué hacerse ni en qué emplearse.

El descanso debe servir de alivio al ánimo, distrayéndolo de la tarea y de la labor, pero en vez de aliviarle engendra enfado y aborrecimiento no encontrando el alma con qué divagar el ocio, peor que la fatiga. Esto es lo que produjo el juego, los cortejos y otros divertimientos perniciosos. ¿De cuánto mayor y más útil recreo les fuera a muchas el estudio de las ciencias que el juego, que los bailes, que otros pasatiempos insulsos? ¿Cuántas mayores ventajas les acarrearía para la instrucción y enseñanza de sus hijos e hijas, y para destruir en sí mismas muchos errores vulgares y muchos vanos antojos?

Entonces no pondrían todas sus miras en el tocador, ni su único estudio en sus peinados y vestidos, ni se apasionarían tanto por extravagantes modas y adornos, más costosos de lo que pueden sufrir tal vez las circunstancias de su estado y condición, ni tendría tanto cebo y fomento el lujo. Se ceñirían a la sola modesta elegancia y aseo, que sin hacerlas malgastar tantas horas ni causarlas tantos desvelos las haría más estimables. Y aunque así no fuera, adquirirían a lo menos con el estudio y tal cual aplicación muchas luces y conocimientos, que las harían respetar mucho más en el trato, en las conversaciones, en las visitas, en los concursos, y fueran causa de que muchos hombres se instruyeran, a

quienes harían rebajar algún tanto de la presunción en que viven de sí mismos y de su saber.

Pero demos, Eudoxia, que las mujeres instruidas tuvieran mayores cortejos y galanteos que las que se quedan en su ignorancia y rudeza. ¿Dejarían por eso de ser honestas? ¿Por tener mayores luces debieran por eso ser menos recatadas? ¿El número mayor de visitas haría inclinar sus ánimos a la disolución? ¿Cuánto más fácil es fomentar una particular pasión con el trato de pocos que con el de muchos? Los libertinos y disolutos no van en busca de las luces del entendimiento, sino de las tinieblas de la ignorancia. Ésta no exime nuestro sexo de caída, ni la falta de conocimientos precave que se pervierta el corazón».

«Mucho gusto tengo de oíros, Domitila, pero me despertáis la curiosidad de saber qué enseñanza hubierais dado a vuestras hijas si las hubierais tenido, y qué ciencias enseñado».

«La aritmética la primera. Ésta es la ciencia más útil y la más necesaria después de la moral. A cada paso ocurre servirse de ella en las familias, así al hombre como a la mujer. Esta misma supone de antemano la lectura y la escritura, cuya falta hácese sumamente sensible y dañosa a muchas mujeres, a quienes sus padres, o por ignorancia o por descuido o por preocupaciones ridículas, dejan de enseñársela o de hacérsela enseñar. Después de la aritmética las instruiría en aquellas ciencias que contribuyen para rectificar las ideas y los juicios y para ayudar al entendimiento a discernir la verdad, a conocer algunas causas y efectos de la naturaleza, sin grande ni profunda meditación; y si en alguna de mis hijas reconociera un talento extraordinario, no rehusaría que se dedicase al estudio y ciencias que más empeñasen su genio y voluntad.

Sabéis que mi marido Ancilio solía darme algunas lecciones, como a vos vuestro padre Belisario. De las luces que entonces adquirí me valdría para comunicarlas a mis hijas, y si me faltasen tales conocimientos me valdría de ancianos respetables que se las enseñasen en mi presencia, y no de otro modo. Y cuando la instrucción de nuestro sexo fuera general y se hiciera común habría, no lo dudo, mujeres que enseñarían también las ciencias a las niñas, y éste sería un nuevo ramo de noble industria con que muchas remediarían las estrecheces de su estado, y que supliera la falta de bienes heredados. Ésta os parecerá una extraña ocurrencia, pero cosas más extravagantes en sus principios nos hacen ver los tiempos que después se reciben con aprecio y cunden con utilidad».

«¿Y no las enseñaríais la labor?»

«Ésta debe ser el fundamento de la enseñanza y educación de las doncellas. Por la labor deben comenzar desde niñas, y tenerla aprendida antes que ninguna otra ciencia, a que debe ser preferida por la real utilidad que acarrea a las familias y a las mismas costumbres de las doncellas. La afición a la labor la pongo entre las principales calidades del sexo. Por ella evitan el ocio, por ella dejan de poner sus pensamientos en el galanteo y en otros devaneos de donde dimanen los pesares y desarreglos de las familias.

Comprendo en el ejercicio de la labor todas las ocupaciones caseras, hasta las que tocan a la limpieza. La mujer limpia es otro tanto estimable. Un genio amigo de la labor y de la limpieza supone una alma superior a la desidia y dejamiento, vicios muy aborrecibles y dañosos en las mujeres. Me acuerdo que tratando un día con una amiga mía sobre esto, me contó un caso de una dama principal muy devota, la cual, a fin de ejercitar en la humildad a tres hijas que tenía, las hacía emplear en todas las ocupaciones caseras que llaman bajas, como el barrer, entender en ciertos días en el hogar y en limpiar los muebles de la casa, como si fueran criadas. Pero si no consiguió con esto el fin principal de hacerlas humildes, logró a lo menos que saliesen excelentes madres de familia.

El efecto era natural. La inclinación y afición a las cosas materiales y hacenderas se forma con el ejercicio material de las mismas y con la costumbre de hacerlas. No se convence así el entendimiento y el corazón, sino con razones que inspiren en ellos sentimientos blandos y moderados. Las materialidades no persuaden. Yo tal vez imitaría el ejemplo de aquella dama en mis hijas, pero no con el fin de hacerlas devotas, sino de que saliesen hacendosas. Los moderados afectos se los procuraría inspirar diciéndolas así: *Hijas mías, es verdad que nacisteis nobles y ricas y que no tenéis necesidad de emplearos en la labor más aseada, pero es bien que os empleéis en ella porque no sabéis lo que el tiempo venidero dará de sí. Las desgracias son frecuentes en este mundo, y de ellas no se eximen ni la nobleza ni las riquezas. Lo que a otras muchas acontece os puede suceder también a vosotras.*

No os deberá parecer imposible teniendo a la vista tantos ejemplos de señores grandes e ilustres que por odio del príncipe o por pérdidas de pleitos, o por guerras o por malas conductas y propios vicios ven arruinadas sus familias y reducidas a estado muy inferior; y si por desgracia de vuestros maridos llegáis a estado semejante, cogeréis entonces el fruto de esta presente ocupación, haciéndola con ánimo esforzado; los señores ricos y principales ponen también sus ojos y aprecio en esta calidad de una doncella, aunque sea noble. Las familias mismas más opulentas e ilustres tienen también sus límites. Las mayores riquezas son motivo de mayores gastos y ostentación; las mismas padecen también sus estrecheces, que exigen industriosas y económicas miras de una rica madre de familia, especialmente si tiene muchos hijos.

Lejos, pues, de dejar de inspirar a las doncellas la afición a la labor y la economía, deben al contrario poner las madres su mayor cuidado en ello, por ser ésta la parte más principal de la educación de las hijas. Las ciencias y su estudio lo reservaría yo para las horas de distracción, especialmente en los días festivos. De esta manera haría de la enseñanza de mis hijas tres objetos principales. El de la labor y economía, en que comprendería también todo lo que toca a pulir y ennoblecer su exterior y sus naturales gracias. El del entendimiento, reduciéndolo a los principios de las ciencias más útiles, a fin de ilustrar su mente y disipar las tinieblas de la ignorancia y de los errores vulgares y del ánimo, que es el objeto principal de la virtud, para moderar los siniestros afectos del corazón y las pasiones. Éste merece particular discurso, que os dará una idea del estudio de la ciencia moral, y espero que no os disgustará el oírlo».

«Antes bien, lo oiré de muy buena gana, Domitila, hacedme el favor de continuar».

«Bien pues, proseguiré. Por ciencia moral entiendo el estudio de los afectos y pasiones del ánimo, para conocer cuáles inclinan al bien honesto y loable, cuáles al mal dañoso y aborrecible. Unos y otros tienen su origen...»

Parose aquí Domitila, sobresaltada no menos que Eudoxia del gran alboroto que oyeron en la casa, de voces y corridas de esclavas y esclavos; y acudiendo a ver lo que era oyen que Antonina se hallaba de repente en peligro de la vida por haberla picado una araña. Eudoxia se conmueve sobre manera oyendo el peligro de su madre, y se encamina con agitada zozobra a su estancia. Domitila, algo más sosegada, sabiendo lo que era, la sigue sin embargo, y entra con ella en la estancia de Antonina.

Hallábase ésta reclinada en su asiento, llorando amargamente y desesperándose por la picadura, temiendo que fuese mortal. Tenía aplicada la mano al rostro con un pañuelo donde la había picado la araña, e instaba para que llamasen cuanto antes a los médicos. Creció su llanto y desesperación al ver entrar a su hija Eudoxia, que unía sus lágrimas y consternación a las de su madre. Ésta, asiéndola cariñosamente de la mano, comenzó a lamentarse desesperadamente diciéndola que viese su desventura, que no había mujer más infeliz que ella, reducida a morir emponzoñada sin poder tener el consuelo de ver sus desposorios, sin probar otra vez la gloriosa satisfacción de ver triunfar a su marido Belisario. Decía no saber en qué había merecido tal castigo de los cielos, que el dolor de morir y de dejar a su dulce hija para siempre despedazaba su corazón.

Así proseguía Antonina en lamentarse, afligiendo al sensible y tierno ánimo de Eudoxia, que sollozaba con ella mientras Domitila se esforzaba en consolar y persuadir a la madre que las arañas no mataban, que sólo causaban dolor e hinchazón, pero que se desvanecerían luego con los remedios. Hacía vanas las persuasiones la temerosa aprehensión de Antonina, que proseguía en sus lamentos sin quererla dar oídos, moviendo cielo y tierra para ser socorrida cuanto antes, instando replicadamente para que viniesen los médicos. Éste es el efecto de las opiniones ridículas en que suelen ser criadas las mujeres desde niñas, y que una vez embebidas son difíciles de desarraigar, y causa de muchos males y temores frecuentes que después padecen.

Llegaron finalmente los llamados médicos, y examinando el mal le aplicaron los oportunos remedios. Se le alivió luego el dolor en fuerza del antídoto, ni tardó a ceder la hinchazón, dejando en breve restablecida y sana a la enferma, que no por eso dejó su concebida preocupación y temor. Sosegada también Eudoxia con el restablecimiento de la tranquilidad de su madre, volvió a su labor interrumpida, donde con el motivo de la pasada agitación y susto, tratando con Domitila sobre la aprehensión de su madre, le contó haberla oído decir que murió un labrador picado de una araña en el campo, a quien ella había conocido.

«Pudo ser muy bien, respondiolo Domitila, que ese labrador muriese picado de alguna araña muy ponzoñosa, cuyo mal, despreciado y dejado sin remedio, le acarrearía tal vez la muerte. Mas las tales arañas no se crían ciertamente entre tapicerías.

Sabéis que yo estuve una temporada en el campo, donde me crié desde niña. Sin embargo, no oí jamás que hubiera tales arañas en la casa, antes bien advertía que los labradores no reparaban en matar con sus propias manos las que veían discurrir por las paredes, estrujándolas con los dedos. Basta formar una opinión temerosa, aunque ridícula, para que dure toda la vida. Yo esperaba que los médicos desimpresionasen a vuestra madre, pero sin duda no les debió ocurrir. Por lo que ha pasado podéis inferir, Eudoxia, cuán dañosos efectos tienen todas las vulgares preocupaciones que concebimos desde la niñez. Visteis las mortales angustias de vuestra madre, sus desesperados lamentos, la agitación y susto que causó en toda la familia, las quejas en que prorumpió contra su desgracia, contra las esclavas y esclavos, como si con toda su atención pudiesen ellos estorbar que se desprendiera una araña del techo y la picase.

Estas cosas y muchas otras a éstas semejantes entran en el número de los males del ánimo, contra los cuales conviene prevenir el corazón para que no le perturben ni alteren su tranquilidad, fin principal de la ciencia moral, cuyo discurso nos interrumpieron y cuyo estudio nos es tan necesario para que no nos dejemos avasallar de ridículos temores ni perdamos la interior quietud y soberanía del alma, en que consiste la más segura felicidad.

Vuestra madre, no hay duda alguna, es devota y de muy santas costumbres; sin embargo su devoción no la exime de muchas pequeñeces y de inconvenientes que la conmueven y alteran a cada paso, por haberle faltado el estudio de la ciencia moral, sin la cual conserva y fomenta toda la preocupación con que la educaron. No se cree que éstos hayan de tener con el tiempo malas resultas, pero de hecho se padecen otros efectos peores que los que experimentó vuestra madre de ideas semejantes. Tal fue el de una dama principal que murió desgraciadamente por el terror pánico que la hicieron concebir a los ratones, pues estando ocupada en su labor en compañía de dos hijas suyas, como le saltase accidentalmente encima un ratón, fue tal su susto y sobresalto que con el ímpetu de quererle evitar cayó de espaldas con la silla, y dando con la sien en la punta de un brasero que allí había quedó muerta de repente.

Hácese por esto muy culpable el descuido o imprudencia de los padres y de las esclavas que nos crían, quienes en vez de disminuir tales temores o de no infundirlos en los ánimos de los niños, se los fomentan y acrecientan no solamente con ademanes risibles y con narraciones verdaderas que debieran pasar en silencio, sino también con impertinentes cuentos y ridículas consejas. No niego que a las veces es natural el miedo en las niñas, especialmente a los ratones, mas este mismo miedo se puede destruir con el tiempo. Yo a lo menos lo recabaría, a mi parecer, en mis hijas si las tuviera, haciendo hacer algunos de esos insectos al natural, que les daría a manosear y se los pondría en los cestos de su labor para que con la frecuencia y costumbre de ver y familiarizarse con la semejanza dejasen de temer el original.

Nuestra complexión, por su delicadeza, está más sujeta al miedo que la del hombre. Sentimos, a más de esto, cierta inclinación a hacer alarde de nuestra misma flaqueza y timidez, sea porque nos parece que acrecentamos con ello nuestras gracias, sea porque nos persuadimos que no nos compete el esfuerzo y animosidad. Cualquiera que sea el

motivo, siempre es mejor que sacudamos el miedo en cuanto podamos para precaver los sustos y sobresaltos que nos causa. La flaqueza de nuestro sexo no es tal que no se pueda fortalecer con la buena educación.

Oí una vez decir a un médico que en la larga experiencia que tenía en curas, así de hombres como de mujeres, había notado que éstas resistían con mayor esfuerzo el dolor y sufrían con mayor animosidad que aquéllos los filos de sus instrumentos. Si esto fuera así probaría que nuestro sexo no es tan flaco como se cree, y que lo que nos falta de fuerte agilidad y desenvoltura de nervios en la organización, que nos impide el ejercicio de las armas, lo podemos suplir con la fortaleza del alma y de los sentimientos, avivados con el estudio de la virtud, sobre el cual proseguiré ahora, si os parece, el discurso que dejamos comenzado, ya que se nos viene a las manos».

«Con mucho gusto, Domitila. Decidlo, os oiré con atención».

«Dejé dicho, si no me engaño, que todo bien y mal moral tenía origen en el ánimo del hombre, en que la naturaleza infundía afectos enteramente opuestos para que pudiera ejercitar el albedrío de su voluntad, sin el cual no se le imputaría a delito el mal que obrase, ni a virtud el bien que hiciese. El libre albedrío caracteriza, pues, las acciones del hombre, y lo distingue del bruto que obra por solo impulso de su apetito, ni puede salir de los límites de su natural rudeza. Mas el hombre libre, ayudado de las luces de la filosofía moral su entendimiento, puede mejorar y perfeccionar su ser, destruyendo sus pasiones y afectos viciosos, con que hace su corazón templo de la virtud, que es una imperfecta imagen de la divinidad.

Las otras ciencias iluminan el entendimiento del hombre y disipan en parte las tinieblas de su ignorancia, pero poco o nada contribuyen para moderar los siniestros afectos y pasiones del ánimo, que tenemos comunes con los brutos y que nos agitan, perturban e inquietan como a ellos, y emponzoñan nuestra felicidad aun en medio de las riquezas y honores que se reputan las cosas más apetecibles en la tierra. Mas éste es un engaño de la ambición, por cuanto no puede haber dicha sólida y verdadera sin la virtud.

Las pasiones nos aconsejan lo contrario. Ellas inclinan a los placeres, a los honores, a la grandeza, y nos incitan a que las busquemos y apreciemos sobre todas las demás cosas de este suelo. La virtud, con la luz de la filosofía moral, nos hace ver que todas esas cosas no son sino bienes inciertos que da y quita la fortuna, que jamás llegan a satisfacer enteramente al corazón humano, cuya dicha mayor consiste en disfrutar esos bienes si los tiene, y el pasar igualmente sin ellos si la fortuna se los niega; que así alcanzará la mayor soberanía y satisfacción interior, y se sobrepondrá a sus afectos viciosos sin que la adversidad lo altere ni entristezca, ni se ensoberbezca en la prosperidad.

Mas el ánimo que prueba en sí esta contrariedad de afectos, ¿cómo formará justo aprecio del bien que la virtud le aconseja y del provecho que se le ha de seguir en resistir los anhelos de las pasiones? Él mismo lo puede quilatar en sí por los efectos mismos que experimenta, obrando lo honesto o lo deshonesto, como también por el juicio que formaron siempre los hombres de todas edades y pueblos, a pesar de la diversidad de sus

ritos, costumbres y religiones, conviniendo todos en apreciar y ensalzar las acciones virtuosas y en aborrecer y castigar las malas y deshonestas.

De esta antigua y constante opinión de los hombres deducen los sabios que el ánimo y entendimiento racional recibió del autor de la naturaleza un destello de luz superior que le hace discernir y apreciar lo bueno en cotejo de lo malo, por más que las pasiones lo inciten a obrar mal antes que bien. Verdad es que por lo común no combate ni resiste a sus sugerencias, sino que se deja vencer y arrastrar de ellas. Su opinión queda convencida de la mayor utilidad de lo honesto, pero no lo ejercita porque le falta la fortaleza de la virtud necesaria, que saca el hombre de los motivos sublimes y de los ejemplos de la religión, que añade nuevas luces y razones a la filosofía moral.

Una y otra nos persuaden que las pasiones no llevan por mira sino una felicidad aparente, dudosa e inconstante, un interés momentáneo y sólo exterior, y que al contrario, la virtud aspira a la sólida y duradera felicidad, que tiene su trono en lo interior del ánimo. Mas como estas felicidades falsas y verdaderas se forman de bienes y males físicos e ideales o de opinión, engañándose así el hombre en apreciarlos, conviene examinarlos a la luz de la ciencia moral, sin intervención de las preocupaciones de la ignorancia y del amor propio.

Mal físico y real no hay otro que el dolor, como no hay tampoco otro bien físico que la salud. La naturaleza no reconoce otros males y bienes; con ellos constituye nuestro ser y existencia, o la destruye y disuelve. Todos los demás son ideales y de opinión, extraños al hombre. Hay quienes los buscan y estiman, hay también quienes los desestiman y desprecian. Tales son los honores, las riquezas, la gloria, la desgracia, la pobreza, la ignominia, de los cuales nacen otros bienes y males físicos, no porque tengan su principal origen en la naturaleza sino porque ella los experimenta, nacidos y suscitados de la opinión que formamos de los objetos; por esto yo los llamara mejor males y bienes morales: tales son el gozo, la satisfacción, el consuelo, la imperturbabilidad, la tristeza, los afanes, la agitación, las zozobras que contribuyen a formar nuestra dicha o desdicha.

Establecido, pues, que fuera de la salud y del dolor y del contento y tristeza que ellos engendran no hay bien ni mal físico sino en nuestra fantasía y en el engañado aprecio que hacemos de las cosas de la tierra, debemos convenir (no pudiendo pasar los hombres sin el uso de ellas y sin sentir los efectos que causa el poseerlas o el estar privados de las mismas, de donde proceden nuestro gozo o tristeza moral en su posesión o privación) importa que aprendamos a hacer buen uso de los bienes si los tenemos, y a soportar los males si nos vienen, disminuyendo la opinión que de ellos nos formamos, pues sólo así conseguiremos la paz y sosiego interior, la soberanía del ánimo, la sublime satisfacción e inalterabilidad, aun en la desgracia, en la pobreza y en la ignominia.

Éste es el toque en que se quilita la verdadera felicidad del ánimo que posee la virtud, y en que muestran su liga miserable los bienes apetecidos de las pasiones, pues a prueba de la menor desgracia y de un fatal accidente se desvanece su felicidad, aunque en medio de la mayor grandeza y opulencia. Esto me confirma mucho más que el origen de nuestra dicha o desdicha está en el ánimo y en los sentimientos principales, que son el fómite, por decirlo así, de todas las pasiones, que las avivan y agitan sirviéndose para ello de la

opinión que formarnos del bien y del mal, porque el hombre desea y busca necesariamente el bien conocido, y teme y evita el conocido mal.

Apenas nacidos, deseamos lo que nuestros ojos alcanzan; luego deseamos lo que vemos que estiman y desean los demás. Del mismo modo tememos primero lo que nos amedrenta y luego lo que vemos que temen y aborrecen los demás. Así la opinión propia y ajena es siempre el móvil de nuestras pasiones. Veamos cómo éstas nacen de nuestros deseos y temores mediante la opinión, pues de este modo tendremos mayores luces y motivos para moderarlas y conseguir así nuestra interior felicidad y contento inalterable, que es el fin que se propone la virtud.

Dejamos asentado que es principio innato en el hombre el desear. Todo deseo engendra agitación en el ánimo mientras espera alcanzar el bien a que aspira; luego disgusto y pesar si no puede alcanzarlo o si lo pierde. Para conseguirlo nos desvelamos, trabajamos, rogamos, nos abatimos a medios tal vez ruines e indecorosos, pues nada contiene a un deseo vehemente. Vemos los otros ricos, luego deseamos las riquezas, y de este deseo se forma la codicia; los vemos levantados a los primeros empleos, aspiramos luego a los honores y empleos, de donde nace la ambición. Deseamos luego el rico traje, el adorno, la presea, la fruslería con que vemos parecer bien a las demás, y esto forma insensiblemente nuestra vanidad. Demos que todas estas cosas que podemos desear o deseamos son honestas, mas engendran pasión si se desean con ansia, con inquietud y porfía que conturban el ánimo y lo desazonan mientras se desean, y lo hacen infeliz si no las consigue.

Para vivir, pues, feliz, conviene que yo no desee, o que a lo menos no desee con ansia y con afán; esto no es posible si yo no destruyo primero la errada opinión que formé de las cosas que deseo, y si no tengo de ellas el verdadero conocimiento de lo que son y de lo que dan de sí, suministrándome luces y razones la ciencia moral y la experiencia. Éstas me enseñan que ninguna cosa de cuantas desean las pasiones apagan sus deseos y los satisfacen enteramente. Se desean mientras no se poseen; poseídas las miramos con indiferencia o suscitan otros mayores deseos. Me enseñan, a más de esto, que no todo lo que se desea se alcanza, aunque las esperanzas nos lo prometan; que aunque lo consigamos con gozo lo podemos perder con mayor dolor, no dependiendo de nosotros ni de nuestra voluntad el disfrutarlo, sino de los antojos de la fortuna y de otros accidentes. Que lo mismo que con mayor anhelo y ansia pretendemos nos puede ser fatal y funesto, y de donde esperábamos se nos siguiera la mayor felicidad se nos sigue la mayor infelicidad y desdicha.

Que al contrario, por refrenar mis deseos, se me alcanzará un consuelo dulce, una satisfacción imperturbable en medio de la falta que padezco sin culpa mía; sacaré la paz pura y constante del ánimo, el sublime señorío de mis afectos, la fuerte y noble indiferencia que probaré, ora alcance lo que no tengo, ora lo pierda después de poseído; que no seré vana, codiciosa ni ambiciosa, sino que conseguiré la soberanía de la moderación, que me hará superior a todos los falsos bienes de la tierra y hará que no les eche menos, porque nada falta a quien nada desea.

Mas esto no se alcanza fácilmente. El ejercicio de la virtud dura toda la vida. Ni son solos aquellos grandes deseos de honores y de riquezas que padecemos. Los siniestros afectos renacen de continuo en el ánimo y engendran otros deseos inferiores que no se vencen a brazo partido, sino con el tiempo y con la reflexión. Los mismos no se echan de ver a las veces, ni se repara en ellos porque no hacen gran impresión en el ánimo; pero despreciados, fomentan y engendran poco a poco las pasiones mayores. A vos os parecerá que os halláis exenta de todo dañoso deseo, no deseando ni honores ni riquezas; pero si ponéis los ojos en vuestro interior hallaréis que sentís deseo de parecer bien, de ser tenida por rica, por hija de Belisario, y así de otros muchos efectos de la vanidad, de la codicia y ambición, que retoñan de continuo en el ánimo y que lo sorprenden y sojuzgan si no vela en su guarda la moderación.

El sentirlos no es falta de virtud, bien sí el engreírse y complacerse con ellos, y véncense fácilmente con el menosprecio luego que quedamos instruidos por el estudio de la ciencia moral de los engaños que comúnmente padecen los que fomentan deseos de la alabanza y de la estimación ajena, que todos naturalmente apetecemos porque el amor propio no nos deja apreciar la entidad del ajeno concepto ni ver el interés o miras que llevan los que nos alaban. Así los que con ellas nos engreímos nos hacemos juguetes por lo común de cortesanos embustes y del eco de expresiones engañosas. Mas el ánimo que va sobre sí y que tiene sus afectos y deseos al freno de la moderación, conociendo la liviandad de las honras y de los aplausos que se le hacen, aunque exteriormente parece que los recibe con reconocimiento, los rechaza de su corazón sin dejarse avasallar de sus falsos alhagos y dulzura.

De este modo pudiera internarme en otros muchos deseos que brotan de continuo en el ánimo y lo molestan si no se oprimen con el ejercicio de la virtud; pero así como fuera cosa muy larga, así no me dejaría tratar del otro origen de nuestras pasiones, que dije ser el temor, sobre el cual haré algunas reflexiones semejantes a las que hice sobre los deseos.

Todo viviente desea y teme; afectos indestructibles en el ánimo, infundidos por la naturaleza como medios de la conservación de su ser o como preservativos de su destrucción. Mas no todo temor lo infunde la naturaleza; hay muchos temores que nacen de la ilusa fantasía, de las preocupaciones y de nuestro viciado natural. De donde deduzco que hay temores verdaderos y falsos, unos y otros susceptibles del freno de la moderación y de las luces de la sabiduría. Los brutos padecen muchos menos temores que los hombres. A éstos se los acrecientan sus ridículas o vanas opiniones, que contribuyen para acrecentar también el número de sus males y desazones. Y como son tantas las inquietudes que causan, conviene sobreponerse a ellos en cuanto se pueda con la ayuda de las reflexiones morales, para conservar la serenidad y contento del ánimo y la dicha constante que de ello se le sigue.

Todo lo contrario de lo que el hombre desea y teme. Teme la pobreza, el deshonor, el abatimiento, la pérdida de su fama, de su concepto, de la salud; teme finalmente la muerte, que es su mayor temor, por lo común, y la que barre y disipa como al polvo todas las mayores grandezas y felicidades de la tierra. Siendo, pues, la muerte la cosa más

temible al mortal, comencemos por ella, pues si el ánimo llega a tener como sofocado este temor recabará tener avasallados...»

Apenas llegó Domitila a esta parte de su discurso, entró una esclava, diciendo a Eudoxia con alborozada agitación:

«Señora, señora, compareció el mercader de Smirna; viene con nuevas mercaderías que os desea mostrar».

Eudoxia, que ya no pensaba más en él, oyendo su inesperado arribo lo recibe con complacencia y lo hace entrar, curiosa de saber el motivo de su larga ausencia y de ver las nuevas mercaderías que traía.

Hasta entonces estuvo alerta Maximio, esperando que Antonina saliese otra vez sola de su casa sin su hija para entrar con menor afán, pues aunque no temía que Antonina le conociese con aquel disfraz, quería entrar con mayor seguridad y satisfacción. No pudo sin embargo ver cumplidos sus deseos y esperanzas, que le hacían diferir el plazo, hasta que se lo proporcionó la picadura de la araña. El alboroto que movió entonces Antonina fue tan grande que se divulgó inmediatamente por el barrio que moría. El impaciente Maximio, certificado del caso, no tardó en aprovecharse de aquella circunstancia para dar a Eudoxia la urgente noticia de la desgracia que amenazaba a su padre, para que pudiese hacerlo avisar de ella cuanto antes y la evitase.

La vista de los médicos que entraron sucesivamente en la casa confirmó a Maximio en la verdad del accidente, y arrojó de su pecho todos los reparos y recelos que le quedaban y le detenían, yendo sobre la marcha a disfrazarse. Lo ejecutó con tanto mayor aliento y satisfacción que la vez primera, por cuanto no le quedaba ahora, como entonces, a su corazón fiel y honrado el escrúpulo de faltar a la promesa de su amigo y al juramento hecho de guardarle el secreto. El tiempo que pasó le sugirió medio para que sin faltar al juramento hecho pudiese descubrir el secreto a Eudoxia. Fue, pues, el fingirse astrólogo y decir a Eudoxia su desgracia por vía de pronóstico. Alegre con este medio término y con la excusa que imaginó para pretextar su tardanza, en caso que le preguntasen el motivo, se encamina disfrazado como antes a casa de Belisario, persuadido que se hallase Antonina en el estado en que la fama la representaba, y aunque hallase a Eudoxia afligida por tal causa pensaba hacerla avisar de lo que igualmente debía importarla como la vida de su madre. Mas entretanto que fue a tomar el vestido y la mercadería, los médicos curaron a Antonina, sosegaron la casa y restituyeron a Eudoxia su serenidad.

Ignorante de esto Maximio, extrañó por lo mismo no ver en la casa ni en los esclavos ningún indicio de la turbación y tristeza que suponía. Maravillose mucho más de la jovialidad y complacencia con que lo recibieron Eudoxia y Domitila, cuando las creía oprimidas del dolor por la desgracia de Antonina. Alegrose en parte su corazón por el padecido engaño, realzado de la dulce afabilidad con que Eudoxia le dijo:

«Bien venido seáis, mercader; nos tuvo con cuidado vuestra tardanza no sabiendo el motivo de ella; temíamos que os hubieseis embarcado para Smirna. ¿Cómo es que no vinisteis a cobrar vuestro dinero?»

«Agravóseme el mal de este ojo, y en vez de embarcarme para Smirna me embarqué en la cama».

«Siento que haya sido ése el motivo, y deseara que curaseis enteramente».

«Hágalo el cielo, señora, y me conceda el mismo que llegue a ver con mis dos ojos sanos lo que más amo y deseo».

«¿Qué nuevas mercaderías traéis? Veámoslas».

«Éstas son telas finísimas de Sidón, y estas otras de Canopo».

«Cabalmente las que mi madre, deseaba comprar. Venid conmigo, que tal vez las tomará y os entregará con su precio el de las flores que os compramos».

Dicho esto, sin detenerse se encamina a la estancia de su madre, arrastrando tras sí, en fuerza de su insinuación, al aturdido y turbado Maximio, que la seguía temblando y temiendo ir a encontrar la presencia de Antonina, que con tanto cuidado había procurado eludir. Pero puesto en el lance, atendió a salir felizmente de él, sosegando algún tanto a su ánimo las renacidas lisonjas de que Antonina no le conocería.

Confortábalo no poco la amable presencia de Eudoxia, que le introducía, y la inocente confianza con que le presentó a su madre, la cual le hizo casi las mismas preguntas sobre su tardanza y sobre las mercaderías que traía. Satisfizo a todo Maximio y le mostró las telas, que agradaron de contado a Antonina, y mucho más el precio barato a que las daba a fin de salir cuanto antes del embarazo y recelos en que se hallaba. Rebosó por lo mismo su corazón de gozo cuando vio que Antonina se levantaba para ir a contar el dinero y entregárselo. Por otra parte estaba solícito e impaciente por hacer a Eudoxia el pronóstico de la desgracia de su padre, y como le daba ocasión para ello la detención de Antonina en contar el dinero, se aprovecha de ella, diciendo a Eudoxia que lo miraba:

«¡Cuán mal me viene la revolución de los astros para volver a mi patria! ¡Rara vez salen las cosas a medida de los deseos del hombre! Ahora que el mitigado mal me concedía satisfacer a mis ansias, los astros me lo vedan».

«¿Qué tienen que ver ellos con vuestra resolución?»

«Más de lo que os parece; a impulso de sus influjos acaecen todos los accidentes buenos y malos de este suelo. Los consulté sobre mi navegación a la patria, y me hicieron ver por ciertas señales infalibles que me será infausta si el erizado Jove no deja de mirar con áspero ceño al acobardado Saturno».

«¿Cómo? ¿Vos entendéis de astrología?»

«Esa ciencia aprendí desde niño. Yerro pocos de mis pronósticos. Si deseáis saber los accidentes que os han de suceder en la vida, pudiera satisfacer a vuestros deseos sin que falle ninguno de cuantos os pronostique; permitidme solamente que vea la palma de vuestra mano».

«¿No tenéis bastantes indicios sin ver la mano?»

«La palma de la mano los ha de verificar; permitidme, os ruego, que la vea; y si yerro en lo que os diré de importante, tenedme por loco».

«Eso no lo permitiré yo aunque me cueste el ignorarlo».

«¡Ah...! ¡Cuánto deseara no ver lo que observo con dolor!... Eudoxia, el pronóstico os ha de ser funesto».

«¿Cómo funesto? ¿Por qué?»

«Debo sin embargo preveniros que avisándoos con tiempo podéis precaverle y evitarle. A este fin solo os lo diré. ¡Ojalá sea yo creído!»

«Como quiera que sea, decidlo; me tenéis impaciente por saberlo».

«Lo diré, pues, con dos condiciones: la una, que lo debo decir en secreto a vuestro oído. La otra, que lo debáis sólo comunicar a vuestra madre, y a ningún otro».

«Las admito; decidlo».

Maximio, transportado de la sublime satisfacción y consuelo de tener la licencia de su amante, no pudo dejar de exclamar en ademán de inspirado adivino, diciendo:

«¡Ah, señora, digna de los respetos de los mortales y de los míos! ¡Ah, Eudoxia! La inminente desgracia de vuestro padre Belisario y vuestra interrumpe mi más dulce discurso. Fuerza es acabar de decirlo. Él salió ya de Rávena, más con agüeros bien infaustos. El Emperador lo hará prender luego que llegue a Constantinopla si desde luego no hacéis que le llegue esta noticia enviándole un barco con este secreto mensaje. Creedme, Eudoxia, su desgracia es inevitable si no hacéis lo que os digo con el más vivo sentimiento».

«¿Cómo es posible? ¡Cielos! ¿De dónde sacáis este pronóstico?», exclamó Eudoxia luego que Maximio acabó de decírselo en voz baja al oído, y al tiempo que volvía Antonina con el dinero; la cual, oyendo la exclamación de Eudoxia, deseó saber de ella lo que era. Díjola entonces Maximio que se lo comunicaría todo Eudoxia, pues tenía ya su palabra que ninguno fuera de ella lo sabría. Decíalo esto Maximio por mira de Domitila y de una de las esclavas que estaban presentes, lo que entendido de Antonina, sin persistir en su

curiosidad le entregó el dinero diciéndole que lo contase. Rehusó el hacerlo Maximio, pero obligado de las instancias de Antonina obedeció, no cabiendo en su corazón el gozo por haber salido tan felizmente con todos sus deseos, y por la dicha de haber comunicado su secreto a su amada.

Mas si pudo pronosticarla la desgracia de Belisario, negáronle los astros que previese la desdicha que a él mismo le amenazaba de ser descubierto a los ojos de Eudoxia y de Antonina, por medio de un accidente extravagante que había de agravar su dolor y su impostura; y fue que, esparcidas por la ciudad las voces de la inminente muerte de Antonina, como llegasen éstas, aunque tarde, a los oídos de su hermano Severo, movido él de aquella repentina novedad acudió a saber el estado de su hermana Antonina. Pero antes de entrar, informado por los esclavos de su restablecida salud, se sosegó y pudo presentarse a Antonina con toda la jovialidad y franqueza que le era natural, dándole los parabienes por haber vuelto tan presto a la vida.

Entraba diciendo esto al tiempo que el supuesto mercader, recobrado el dinero, se despedía. Desgraciadamente para Maximio, aconteció que aquel mismo mercader que le prestó el vestido y las telas había engañado el día antes a Severo, cambiándole una pieza de tela fina que le había vendido por otra muy inferior, que substituyó en su lugar mientras Severo contaba el dinero para pagarle. Partido el mercader, conoció el engaño, que lo enojó sobremanera, incitando su pecho a vengarse de él a cualquier coste si lo encontraba.

La inesperada vista del disfrazado Maximio en la estancia de su hermana, el vestido talar, el parche, la misma gorra, las telas vendidas, todo lo hace ver y creer que sea el mismo mercader que le engañó; y arrebatado de su resentimiento, usando de la libertad y confianza que le daba su hermana Antonina, acomete al desventurado Maximio y de un fiero torniscón hácele saltar la gorra con el fingido parche, llamándolo bribón y bellaco y descubriendo así enteramente el rostro de Maximio con su embuste, sin cesar de darle puntapiés y maltratarle.

¡Oh, Timante, si yo supiera como tú retratar al vivo los sentimientos del ánimo, cuán atrás quedara Agamemnon, bajo el velo con que expresaste su paterno dolor por su degollada Efigenia, en cotejo del atónito Maximio, descubierto tan sin pensar a los terribles ojos de Antonina y de su amada Eudoxia! ¿Cómo explicar el tumulto de encontrados afectos que acometieron de un golpe su corazón aturdido, y que quitándole de los ojos la luz del día no le dejaban ver el lugar en que se hallaba ni lo que le sucedía, sin saber tampoco defenderse de los insultos con que Severo agravaba su humillación?

Desistió éste de atropellarlo luego que Antonina, certificada con gran sorpresa suya de ser Maximio aquel a quien creyeron mercader, le comenzó a decir muy alterada:

«¿Con tan descarada ficción osasteis venir a insultarme en mi propia casa, hijo indigno de Septimio, y envilecer con ese disfraz vuestra condición y nacimiento, a fin de ultrajarme?»

Severo, contenido de las palabras de Antonina, reconoce, no sin admiración, a Maximio, a quien acababa de maltratar creyéndole el mercader, y sentido de lo hecho se comidió luego con él, diciéndole:

«Perdonad, Maximio, si me propasé con vos sin conoceros, tornándoos, engañado de ese traje, por un mercader que lo lleva semejante, y que ayer mismo me dejó una pieza de tela ruin en vez de otra fina que le compré».

Eudoxia, atónita, confusa, compadecida e interesada por la turbación y aturdimiento en que veía al descubierto y ultrajado Maximio, quedó muda, palida y revestida de los sentimientos de su infeliz amante, que con el pretexto de aquel disfraz y de la astrología había tenido en sus manos la suya, y pronosticádole tal desventura. Mil agitados efectos y dudas nacidas de estas circunstancias agravaban las solicitudes y angustias de su corazón, pareciéndole un pesado sueño lo que la pasaba y veía. Maximio, como si saliera de un abismo de tinieblas, llamado de las excusas y del comedimiento de Severo, no podía proferir palabra, mucho menos continuando a decirle Antonina, exasperada de su ficción:

«¿Es éste, Maximio, el respeto que tenéis a mi casa, a mí misma y a mi hija, que vinisteis por la segunda vez a solicitar con ese mentido traje, que realza vuestro descaró y atrevimiento?»

Maximio, que a pesar de su consternación y vergüenza se hallaba confortado de la pureza de sus intenciones, tan diversas de lo que Antonina se imaginaba, la respondió:

«Llamo por testigo al todo poderoso del fin compasivo por el cual tomé este disfraz. Seducido solamente de vuestro bien y del de Eudoxia entré en vuestra casa. Ojalá deje el tiempo de aclarar y hacer patente lo que no puedo descubrir, desmintiendo los pronósticos de mi astrología aunque sea a costa de mi mayor confusión e ignominia».

Mas Antonina, vivamente resentida contra él, le dijo:

«No penséis, Maximio, con palabras solapadas, misteriosas, ni con supuestos bienes preocupar mi corazón, justamente indignado contra vuestro descarado proceder. Os amenacé que haría mis debidos recursos si volvíais a poner los pies en mi casa; no hay ya para que repita vanamente lo que debo poner en ejecución. Partid».

Severo, que nada sabía de lo que Antonina insinuaba, y que arrepentido de los ultrajes hechos a Maximio se sentía movido a compasión por él, quiso sosegar a su hermana e interceder por el ofendido, diciendo que todo se podía componer buenamente sin romper lanzas, y que así desearía saber lo que antes había pasado entre ellos. Pero Antonina, implacable en su enojo, le respondió, persistiendo en su resolución, que nada había que saber ni que componer, sino que fuera muy en hora mala aquel atrevido y descocado embustero.

Maximio, penetrado de estos nuevos improperios de Antonina, haciendo un compasivo ademán con la mano, exclamó:

«¡Ah! ¡Quiera el cielo, Antonina, que esa mala hora en que me enviáis no caiga sobre vos y sobre vuestra familia! Me iré, sí, pero con el dolor de no poder decir de veras lo que pareciendo embuste me granjea vuestros injustos ultrajes y maldiciones. A Dios».

Dicho esto, dando una dolorosa y ardiente mirada a Eudoxia partió Maximio, dejando a su amante consternada con lo que acababa de proferir, pues parecía aludir con afirmación al pronóstico que la hizo.

Creció la tristeza y desconsuelo de Eudoxia viendo resuelta a su madre en hacer instancias a la justicia para que castigase el atrevimiento de Maximio, sin que pudiesen apartarla de su determinación los consejos de su hermano Severo para que desistiese de aquel ridículo empeño, después que supo que se reducía todo a haberse disfrazado Maximio dos veces para ver a Eudoxia; y aunque dejó a su hermana persuadido de su silencio que no delataría el caso a la justicia, no fue así, pues inmediatamente envió uno de sus mayordomos para pedir satisfacción y castigo.

No contenta con esto, recelando que Eudoxia estuviese de inteligencia con él, por cuanto la vez primera que estuvo Maximio disfrazado en su casa se hallaba ella ausente, quiso examinarla para certificarse de la verdad, como también para saber el pronóstico que la dijo al oído y que sólo debía comunicar a su madre. Fue fácil a Eudoxia justificar su inocencia con las ingenuas protestas que la hizo, y aunque la turbó no poco con el pronóstico de la prisión y muerte que amenazaba a su marido Belisario luego que llegase a Constantinopla, le costó poco también sacudir los asomos de sus temores, reputándolo todo ficción y embuste de Maximio, y no desistió por eso de agravar su delación a la justicia.

No tardó a tener su recurso el fin que Antonina deseaba. El desgraciado Maximio fue preso y llevado a la cárcel, sin que nada supiesen sus padres y sin que pudiesen sacarlo de ella después que lo supieron, a pesar de sus manejos y diligencias, llorando día y noche el infeliz Maximio su desventura, y mucho más que su propia ignominia y desgracia la que sabía que amenazaba a su amada Eudoxia, cuyo nombre repetía con ternura al paso que detestaba el de su orgullosa madre. No estaba menos afligida ni triste Eudoxia por la prisión de su deplorable amante, sofocando en su interior el dolor que probaba por la severa resolución de su madre y por las penas de Maximio, que el amor le acrecentaba en su fantasía entre los horrores del calabozo.

Ni tenía otro consuelo que el de aliviar su sensible corazón con Domitila, la cual se esmeraba en fortalecer su virtud con sabios consejos y reflexiones, especialmente contra los temores y celos de la desgracia de su padre que le había pronosticado Maximio, y que poco después de su prisión le avivaron las cartas de su padre Belisario, confirmando el mismo su salida de Rávena y dando mayor peso al pronóstico que al principio parecía despreciable. No sirvieron de grande alivio a su ánimo afligido las cartas de su prometido esposo Basíledes que Belisario incluyó en las suyas, y en que le participaba su tratado casamiento. Le decía la suma satisfacción que probaba por suerte tan feliz, atendidas las gloriosas circunstancias y mucho más las adorables prendas que la adornaban, y que

ansiaba llegar cuanto antes a Constantinopla para darle con la entrega de su mano y de su fiel y apasionado corazón la mayor y más segura prenda de su amor eterno.

Nada de todo esto podía acallar los temores de Eudoxia sobre la desgracia de su padre, ni borrar de su memoria las funestas especies de la prisión de Maximio, que interesaba más a su corazón triste y compasivo que las glorias de su casamiento con Basíides. Sólo le sirvieron de algún confortativo las nuevas demostraciones de júbilo que hizo el pueblo luego que se divulgó en la ciudad la vuelta de Belisario. Creían todos que venía a triunfar del rey Vitiges como había triunfado del vencido Gelimer, y en esta persuasión hacían costosos preparativos para que fuese más solemne y pomposo. Esmerábase también Antonina en hacerlos en su casa en atención de las bodas de Eudoxia y de Basíides, según Belisario la prevenía. ¡Cómo pudiera ella imaginarse que se hubiese de verificar tan presto el pronóstico del preso Maximio!

Guardaba sobre ello la corte un riguroso silencio, y si la casualidad de escuchar el amigo de Maximio el discurso de sus padres sobre la prisión de Belisario no descubriera las intenciones del Emperador, ninguna sospecha de ella hubiera podido caber en la imaginación de ninguno. Eran bien visibles y notorios al Emperador los extremos del júbilo del pueblo y las disposiciones que tomaba para honrar a Belisario, pero no se daba por entendido, dejándole obrar para disimular más las tomadas resoluciones. Para poderlas ejecutar con mayor seguridad se envió orden a Narsés, general del ejército que guardaba las fronteras de la Bulgaria, para que se fuese acercando a Constantinopla con el cuerpo de gente más escogida, a fin de contener al pueblo si por ventura se alborotaba en la prisión de Belisario, como era muy temible atendido al entusiasmo de afecto que se había granjeado su valor e ilustre fama.

No tardó a manifestarlo el mismo pueblo luego que la armada estuvo a vista del puerto y que se esparció por la ciudad la noticia, desamparando todos sus casas, sus oficinas y los trabajos en que se empleaban para acudir a la playa en que hacían resonar el ilustre nombre de Belisario con sus repetidas voces y aclamaciones. Las madres llevaban en brazos a sus tiernos hijos para que pudiesen también ellos tener el gozo de contar a los venideros que habían visto y conocido aquel hombre singular.

Luego que tuvo aviso Antonina de la entrada de la armada en el puerto, agitada del ardiente gozo y de las ansias que fomentaba de ver cuanto antes a su triunfante marido y de darle los parabienes de su llegada, se encaminó inmediatamente con su hija Eudoxia hacia el puerto, seguidas del mayor número de sus lucidos esclavos y esclavas. Mas fue con esto la primera en recibir los primeros indicios de la mudanza de su fortuna, vedándole los guardias pasar adelante como pretendía para ir a la nave a saludar a su marido.

Este agravio y sonrojo, reputados tales de su resentimiento, aunque excusados por las centinelas que le dijeron no tener orden para ello, obligaron sin embargo a la ofendida Antonina a volver a su casa sumamente confusa y enojada. Volvía también con ella Eudoxia, ¡mas con cuán diversos sentimientos! Veía verificados en las quejas y dolor de su madre los efectos de los deseos desordenados cuando no quedaban satisfechos, sobre

los cuales le había dado Domitila tales consejos. Deshacíase en llanto Antonina, hacía resonar las estancias con sus lamentos, que hallaban pábulo en las ideas de su ofendida ambición por su ultrajado decoro, representándosele la entrada triunfante de su marido, las aclamaciones con que el pueblo lo recibiría, la solemne embajada que le enviaría el Emperador a la nave para darle los parabienes de su llegada; honores de que ella hubiera participado si los desatentos guardas no la hubiesen impedido el embarco.

Era de hecho costumbre de los Emperadores enviar esta especie de honorífico mensaje a los generales cuando llegaban victoriosos al puerto, y el mismo Emperador Justiniano lo había enviado otras veces a Belisario. Mas ahora que estaba ya decretada su prisión y su muerte, dejó de usar con él todas las demostraciones que pudieran manifestar aprecio de su conducta, permitiendo al pueblo las que le hacía por no poder impedir las, contentándose de duplicar los guardas en las cercanías del puerto, con pretexto de que no naciese alguna desgracia con la confusión del concurso del pueblo.

Belisario, que según costumbre esperaba el mensaje y aviso del Emperador para desembarcar, no se movía de la nave con la mira de no defraudar al carácter de general victorioso, antes que a su persona, aquel honor acostumbrado, que pudiera redundar en pérdida del derecho que hasta entonces habían conservado los generales vencedores. Pero luego que se le hizo saber que no se le enviaba el mensaje por hallarse indispuerto el Emperador, desembarcó inmediatamente sin aquella honra que ni su adquirida gloria ni su ánimo excelso echaban menos, a pesar de la extrañeza que le causaba aquella excusa por parte del Emperador, la que unida a su repentino llamamiento, cuando estaba para acabar la conquista de toda la Italia, no dejó de acrecentar sus sospechas sobre su desgracia.

Suplió a todos los honores que se le negaron el ardiente afecto y entusiasmo del pueblo, que ansioso e impaciente por ver y honrar a Belisario atropelló con las duplicadas guardas que se lo vedaban, amontonándose con porfía en la orilla del puerto donde había de desembarcar, y sin dejarle poner el pie en tierra, entre sus repetidos gritos de gozo le puso por fuerza en sus hombros y le introdujo así en la ciudad, llevándolo en triunfo por las calles y haciéndole pasar por delante del palacio del Emperador sin cesar de aclamarlo, dándole los más extraordinarios elogios, hasta que le introdujo de aquel modo en su casa y en la presencia de Antonina y de Eudoxia, que salieron desaladas a recibir con lágrimas de indecible gozo y consuelo sus tiernos abrazos.

A la suma y tierna satisfacción de sus mutuos parabienes sucedió la declaración del resentimiento que todavía conservaba Antonina por haberle impedido las centinelas llegar a la nave como lo deseaba, privándola con este sonrojo de la complacencia que hubiera tenido de verle cuanto antes. Procuró Belisario sosegarla, disimulando sus acrecentadas sospechas para no alterar el contento en su llegada. Antes bien, se esforzaba en animarla con festivas expresiones, manifestando con ellas su consuelo y complacencia, especialmente a su amada hija Eudoxia, en cuya dulce modestia y seriedad suave sumamente se complacía, como también de la vista y presencia de la virtuosa Domitila, a quien profesaba sumo aprecio.

Aunque Belisario, atendidas todas las circunstancias de su venida y recibimiento, no dudaba ya de su desgracia, no creía sin embargo que llegase al exceso de privarlo de su libertad, y mucho menos de la vida. Sus señalados servicios y su inocencia no le dejaban entrar en tales sospechas, persuadiéndose solamente que se le quitase el mando y se le negasen los honores del triunfo. Crecieron estos sus recelos al otro día de su llegada con la venida de Sulpiciano, enviado del Emperador. Era éste uno de sus mayores émulos en la corte. Acompañábanlo otros dos caballeros principales para dar color de honorífico a aquel fingido mensaje. Recibioles Belisario con atentas y oficiosas demostraciones, y ya juntos, sin otros testigos, Sulpiciano, que llevaba la voz, le habló de esta manera:

«La indisposición de que desgraciadamente adolecía el Emperador a vuestra llegada al puerto, así como le impidió enviaros el mensaje acostumbrado, así también privó al mismo de la complacencia que hubiera tenido de ir en persona a recibirlos. Quiso, no obstante, poner el colmo a su dignación enviándome a mí y a estos caballeros para que le informásemos del estado de vuestra salud, pues a la verdad le pareció extraño que habiendo vos entrado en la ciudad os hayáis encaminado antes a vuestra casa y familia que a su palacio, donde os esperaba. Esta extrañeza por su parte procede sólo de las ansias que tenía de veros. Por lo tanto, os ruego queráis insinuarme alguna disculpa y satisfacción que pueda sosegarlo».

Belisario oyó con sorpresa este inconsecuente discurso de Sulpiciano; revistiéndose de toda la grandeza de su ánimo, como también de su sabia cautela, le respondió:

«La suma dignación del Emperador que me insinuáis, Sulpiciano, y que con complacencia experimento, es sobrada recompensa y premio de mis servicios para que deje de apreciarla con todo el respeto y reconocimiento que debo. Ella me hace mucho más sensible su indisposición, a pesar de esta nueva honra que de su parte recibo con vuestro encargo, que pone el colmo a su augusta beneficencia. Por lo que toca a la dilación de presentarme al mismo, no puedo excusarla sino con la violencia del pueblo, que sin dejarme sentar el pie en tierra me trasladó, a pesar mío, en sus hombros, desde el borde de la lancha al seno de mi familia, donde, apenas satisfechos los paternales oficios, me disponía para ir a cumplir con mi obligación principal, dando parte a su augusta persona de mi expedición y llegada. Debo prometerme que esta satisfacción llenará sus deseos, mucho más siendo vos, Sulpiciano, a quien tengo el honor de encargarla».

«Por lo que a mí toca, dijo entonces Sulpiciano, podéis estar seguro, Belisario, que miraré por vos, como lo hice siempre, con apasionado afecto. Si no tenéis otro encargo que darme iré a cumplir con este con que acabáis de honrarme. Mas debo preveniros que el Emperador os dispensa de la ida a palacio que insinuáis. Cuando me honró con esta gustosa comisión comenzaba a agravársele el mal, y hasta mañana no me será posible participarle vuestro encargo. Le haré saber entonces vuestras intenciones y justos deseos, y en caso que quiera dignarse daros audiencia, como lo espero, no tardaré en comunicaros su determinación».

Dicho esto se despide Sulpiciano, dando mayores motivos de sospecha a Belisario con aquel discurso doloso y lleno de contradicción, en el cual se le vedaba el cumplir con un

oficio que al mismo tiempo se le echaba menos, y se le pedía satisfacción por haberlo dejado de hacer aunque no se ignoraba el patente motivo que se lo impidió. Tan extraña es la política en sus refinadas cavilaciones siempre que maquina la maldad para oprimir la inocencia coronada del mérito. Pueda una vez arrojar lejos de sí y de su excelso asiento a la vil envidia que le inspira tan bajos celos y temores, dando, en vez de ella, cabida a la noble integridad de los sentimientos que suele infundir la prudencia iluminada de la sabiduría.

LIBRO III

Partido apenas Sulpiciano, Antonina, que estaba muy solícita y curiosa de saber el motivo de su venida, fue inmediatamente a verse con Belisario para preguntárselo. Procuró Belisario referírsele de modo que nada pudiese sospechar de infausto Antonina. Mas como ella dedujese así de su relación como de las cosas pasadas la inevitable desgracia, comenzó a lamentarse de su suerte, acordándosele vivamente el pronóstico de Maximio que antes había menospreciado, especialmente las últimas palabras que profirió el mismo, que ojalá no recayese jamás sobre ella aquella mala hora, y que se iba con el dolor de no poder decir de veras lo que pareciendo embuste le granjeaba su vituperio.

Belisario, que nada sabía de Maximio ni de su pronóstico, oyendo que Antonina lo repetía en sus quejas y lamentos deseó que le informase. Refiérele entonces ella los amores de Maximio y de Eudoxia y la prohibición que le hizo a Maximio de poner los pies en su casa, como de solicitar el afecto de su hija. Mas que él, apasionado por ver y hablar a Eudoxia, se disfrazó en mercader para obtener sus intentos, y que con este motivo hizo el pronóstico a Eudoxia de la desgracia que amenazaba a su padre luego que llegase a Constantinopla. A esto añadió el modo como le descubrió Severo, que llegó accidentalmente, creyendo que fuese de hecho el mercader cuyo traje había tomado Maximio.

Belisario, oyendo esto, después de manifestar su sentimiento con un ademán de aflicción la dijo:

«La habéis errado, Antonina; os tocará llorar ese lance toda la vida, haciéndole poner en la cárcel por tal causa. Si Maximio es hijo de pobres padres, nos sobran las riquezas para hacerlo también rico. Su nobleza no es inferior a la nuestra, y por lo que se me acuerda del mismo las veces que lo vi en sus tiernos años, debe ser de corazón excelente y honrado. Si Eudoxia estaba prendada de él, ¿por qué no prevenírmelo cuando os avisé de mi determinación de casar a Eudoxia con Basíledes?»

«Supe sólo sus amores después que me participasteis el casamiento ya establecido».

«¿Está todavía Maximio en la cárcel?»

«No se que le hayan dado la libertad».

«¡Cuánto deseara poder recompensar su fiel y constante amor a Eudoxia y el interés generoso que llevaba en su disfraz! ¿Qué otra cosa pretendía con su pronóstico sino el deseo de que yo evitase la desgracia que me amenazaba, y que él debió saber sin duda por algún accidente? Si hay lugar y las circunstancias me lo permiten, él será el esposo de Eudoxia».

«¿Y Basíledes?»

«¿Habéis visto comparecer en vuestra casa al llegado Basíledes? ¿Ha enviado por ventura a disculparse o decir el motivo de no venir a ver a su esposa prometida? Esto os sea prueba de que Basíledes no piensa más en ella ni en nosotros».

«¿Mas no está establecido el casamiento?»

«¿Qué importa eso cuando se mudaron las circunstancias? Basíledes está ya enterado sin duda de cuanto me amenaza, o se le vedó el desembarcar. ¡Cuánto más digno de Eudoxia era Maximio, a quien tratasteis con tanto rigor! La gloria y la fortuna nos deslumbran, Antonina. La desgracia nos hace sólo abrir los ojos y conocer la verdad».

«¡Éste es el gozo y complacencia que me prometía en vuestra llegada y en vuestro triunfo!»

«No esperéis ya más triunfos, Antonina. Conviene que comencemos a armarnos de constancia contra la mudanza de la fortuna. Por lo que vi y toqué, temo que no tardará la suerte en ponerme a prueba de sus reveses, y que se cumpla en mí a la letra el pronóstico de Maximio».

«¡Ah, hubiese yo a lo menos seguido su consejo de enviaros un barco para avisaros de lo que se tramaba en la corte!»

«Ese aviso hubiera servido solamente para hacerme apreciar antes la fidelidad y amor de Maximio que para evitar la desgracia, aunque estuviera cierto de venir a encontrarla. Cuando la fortuna nos levanta al grado en que me veo no deja otro partido en sus desfavores y contrariedades que el soportarlas con fortaleza. Con ésta haréis menor vuestra aflicción, cualquiera que sea la suerte que amenaza».

«¡Despedazáis mi corazón!»

«Vale más, Antonina, que os acostumbréis a oírlo de mi boca, que no que os llegue el golpe impensadamente y que se os haga más sensible. Voy entretanto a verme con Eudoxia; quiero examinar sus sentimientos sobre Maximio».

Dicho esto, deja Belisario a su mujer Antonina sumergida en llanto. Su ambición, vivamente acometida de la desgracia que parecía inevitable, se abandonó fácilmente a las fieras penas y congojas que acabaron poco después con ella. Tenía sobre todo en su alma Belisario a su amada hija Eudoxia, y quería prevenirla con tiempo sobre la mudanza de su

fortuna para consolarla y fortalecer su corazón con sabios consejos. Ignoraba él lo mucho que había contribuido Domitila para consolidar en su ánimo la virtud; después de haber renovado el gozo de su mutua y tierna confianza, la dijo:

«Siento, amada Eudoxia, haber ignorado tu afecto a Maximio antes de establecer tu casamiento con Basíledes, y siento mucho más que su constante y apasionado amor haya sido motivo de su prisión. Pero si por su causa sentiste en tu pecho repugnancia al casamiento con Basíledes, consuélate, hija mía, pues recelo que no le verás efectuado».

Eudoxia, que estaba bien ajena de oír tal discurso de boca de su padre, aunque sorprendida y penetrada del reconocimiento al amor paternal, le respondió:

«Mi mayor consuelo, padre mío, es el obedecer a vuestras determinaciones y dejar satisfechos vuestros deseos. Amé, es verdad, apasionadamente a Maximio y sentí por su causa aversión al casamiento con Basíledes, pero Domitila no solamente disminuyó esta repugnancia mía con sus sabios consejos, sino que también moderó mi amor a Maximio. Así me tenéis dispuesta a tomar por marido aquel que sea propuesto por vuestra voluntad. Cualquiera de vuestras determinaciones me será siempre respetable».

«Alabo, Eudoxia, vuestra virtuosa resignación, y me dais motivo para apreciar mucho más los sabios consejos de Domitila, que os la inspiraron. Con mayor satisfacción podré, pues, participaros que temo se desvanezca vuestro establecido casamiento con Basíledes, especialmente si se llegan a verificar los fundados recelos que padezco sobre mi desgracia. Mas si ésta sucede, temo también que no se pueda efectuar tampoco vuestro casamiento con Maximio. Sintiera sobre todo no poder recompensar de algún modo las generosas intenciones que éste alimentaba, y los mismos medios de que se valió para que fuese informado de las amenazas de mi contraria suerte a fin que la evitase tomando el pronóstico, que recelo se cumpla».

«¡Ah, padre mío! ¿Qué decís? Él me pronosticó vuestra prisión y muerte».

«¿Y bien? ¿No pudiera suceder uno y otro? ¿Qué cosa podemos extrañar en este suelo? En ese caso, deseara saber, hija mía, cómo llevaríais la desgracia de vuestro padre».

«Oh, amado padre! ¡La sola insinuación oprime mi pecho y despedaza mis entrañas!»

«Esto no es más, Eudoxia, que una suposición de mi amor para hacer prueba de vuestros sentimientos, aunque todo nos esté diciendo que no hay desgracia que no pueda suceder al hombre. Supongámosla, pues, a pesar del dolor, para fortalecer así de antemano el corazón en caso que la veamos cumplida. ¿Cómo os comportaríais si vierais llevar a la cárcel a vuestro padre y sacarlo de ella para darle la muerte en un cadahalso, hecho triste ejemplo y fatal espectáculo de la mudanza de la fortuna y de la inestabilidad de las grandezas humanas?»

«No más, padre mío, no más! ¡Oh, cielo! No resisto... ¡Ah, padre! ¡Me dais la muerte...»

«¡Oh, amada Eudoxia!... Perdona, hija mía, perdona; creía que el renovar por mí mismo la idea de mi muerte pudiera seros menos sensible, y que lo fuera también a mí mismo. Pero es sobrado funesta para un padre y para una hija, de suerte que deje... de unir sus lágrimas a esas vuestras... ¡Ah, fortuna, no podrás ya grabar en mi pecho herida más profunda que esta que me acabo de hacer a mí mismo! Eudoxia, hija mía...»

«¡Oh, padre mío, yo muero! ¡Me falta aliento...!»

«Fui sobrado cruel, hija mía, lo veo. Se desmintió mi corazón, que aprendió a no temer la muerte en el campo de batalla. Mas el amor paterno es más fuerte que tu virtud y que Belisario.

Lo que no recabara de mi pecho la fortuna ni la muerte en otros lances, lo obtienen en éste con vuestro llanto y desconsuelo. Mas ni el cadahalso ni la ignominia misma podrán ya amedrentar, Eudoxia, a tu padre Belisario después que su dolor mas intenso no lo sofocó en tus brazos. Tal vez la representación en idea de lo que reputaba más terrible para mí lo hará menos sensible de hecho, si acaso sucediere. Dimos ya, hija mía, todo el justo tributo de llanto y de dolor a la Naturaleza; en ninguna otra deuda le quedamos. Hicimos la experiencia más cruel de nuestros corazones; demos tregua a nuestro acerbo sentimiento. Se sienten mucho más los males si nos asaltan de repente, cogiéndonos desprevenidos. Es bien que recobren nuestros pechos su alterado sosiego. El temor de la desgracia no debe turbar ni borrar la memoria de nuestras obligaciones.

Entre las mías cuento, Eudoxia, el aliviar las penas de Maximio. Él está encerrado en la cárcel, no por otro motivo que por haber querido desviar mi desgracia. El justo reconocimiento a sus generosas intenciones me sugiere que me emplee en conseguirle la libertad, mientras la tengo yo de hacerlo. Creo que será grato este mi oficio a vuestro amor para con él. Esto mismo aliviará en parte las funestas ideas que os suscité».

«¡Todo se acabó ya, padre mío, para mí!

¿Cómo es posible que ningún objeto en la tierra alivie mi corazón, penetrado de la imagen de vuestra muerte?»

«Hija mía, la suposición que os hice de ella no es prueba cierta de que deba suceder. Pero si acontece, tu virtud queda ya prevenida; tu padre puso a prueba los consejos que te dio Domitila».

«¡Cómo puede hacer la virtud que permanezca insensible el corazón de una hija que ve a su amado padre expuesto..! ¡Oh, Dios mío...!»

«La muerte, Eudoxia, es el término de todos los males y accidentes de esta vida. Sea de enfermedad o de herida en la batalla o al golpe del verdugo, muere con la misma constancia el hombre fuerte. Se somete del mismo modo en cualquiera de estos lances a la superior fuerza de la necesidad, que todo lo avasalla en la tierra. La ignominia acompaña solamente al delito. La gloria de tu padre no se ofuscará en el cadahalso; no lo

permitirá mi inocencia. Las suertes desgraciadas de los reyes que vencí, en vez de engrer mi corazón con las victorias conseguidas, me enseñaron, al contrario, que no hay gloria ni grandeza en este suelo que no esté sujeta a mudanza. Si Cosroes, si Gelimer, si Vitiges vieron trocadas sus fortunas, no deberá extrañar Belisario ver mudada la suya, no lo deberá su hija Eudoxia».

«No lo extraño, padre mío, no lo extraño. No es tampoco la pérdida de vuestra grandeza y honores la que oprime mi corazón. Viles son para mí todos los bienes y riquezas de la tierra en cotejo de vuestra vida».

«Esa misma vida, Eudoxia, es un bien incierto y sujeto como los otros a la variación de la fortuna. Nacemos para morir. El rico y cómodo lecho no hace siempre la muerte más dichosa, ni es tampoco la peor la que padece el hombre honrado a vista del pueblo que lo llora y lo justifica. Insta el tiempo, hija mía, y quiero ir a verme con el juez para excusar, si puedo, la conducta de Maximio a fin de conseguirle la libertad.»

«¡Oh, padre mío...! ¡Ah, vais a la muerte...! ¡Oh, infeliz de mí...!»

«¡No es así, hija mía. Sosiégate. Si fuera a morir no pudiera dispensarse mi amor de darte el último abrazo. Voy a obtener la libertad para Maximio, si esto se me concede».

Mal asegurada la inconsolable Eudoxia de las protestas de su padre, no se hubiera podido desprender de él si, acudiendo Domitila, no hubiera persuadido y confortado su corazón con sus amigables razones y consejos. Pudo así Belisario, sin comunicar a ningún otro de su familia sus intenciones, encaminarse a boca noche hacia la casa del juez, a quien conocía y que hizo encarcelar a Maximio, para disculpar su proceder a fin de obtenerle la libertad. Se habían combinado entretanto en una junta de corte todos los expedientes y medios que se debían tomar para prender aquella misma noche a Belisario juntamente con su mujer Antonina y su hija Eudoxia, sin que el pueblo lo sospechase, pues así no le quedaría al siguiente día ningún objeto que pudiese excitarlo a revolución.

Ninguna pequeña circunstancia se perdió de vista en el plan de la ruina de Belisario. Entraba también en él el humillar la ambición y altanería de Antonina, muy mal vista de la Emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, y odiada y envidiada de las mujeres de los cortesanos enemigos de Belisario. Antonina y su inocente hija Eudoxia debían ser llevadas fuera de la ciudad a una pequeña casa alquería que era porción de los bienes que tuvo en dote Antonina, la que, concediéndosela por gracia del Emperador, hacía campear la misericordia cruel que se usaba con ella, dejándola disfrutar aquel techo y término para que pudiese subsistir con los escasos productos que cultivaban algunos esclavos a quienes habían también prendido, y sentir así mucho más el peso de su desolación, miseria y abatimiento.

Se envió al mismo tiempo orden secreta a la armada para que se hiciese a la vela aquella misma noche, después que se hubiese hecho desembarcar el prisionero rey Vitiges y su familia. A Basíledes, prometido esposo de Eudoxia, se le dio el mando de aquella expedición, estorbando así su casamiento con la hija de Belisario. Sólo se esperaba con

impaciencia la llegada de Narsés con parte de la tropa que guardaba las fronteras de la Bulgaria, para contener al pueblo e impedir algún alboroto en la determinada prisión. Mas perdidas enteramente las esperanzas de que Narsés llegase, no quisieron dejar pasar aquella noche sin haberse asegurado de Belisario, valiéndose para ello de la tropa que había en la ciudad y de la que hicieron desembarcar de las naves a este mismo fin.

Aunque Belisario preveía su prisión, quiso cumplir con el generoso oficio en favor de Maximio, intercediendo con el juez para que lo sacase de la cárcel. Mas no pudiendo conseguir por entonces su libertad, volvió más satisfecho a su casa con la promesa del juez de restituir cuanto antes el preso a sus afligidos padres. Llegado a ella encontró a dos deudos de Antonina que la estaban consolando, atendidos los temores y congojas que ella misma manifestaba sobre la desgracia de su marido. Desmintió Belisario con su jovial serenidad los recelos de su mujer y los que él mismo fomentaba de que no pasaría aquella noche sin verse preso, deduciéndolo del mensaje de Sulpiciano y de no haber comparecido en su casa ninguno de los oficiales de la armada, especialmente Basíldes, para ver y saludar a lo menos a su prometida esposa.

Movido de esto quiso cumplir cuanto antes con los oficios de marido, de padre y de amigo, otorgando en favor de los suyos el testamento. Para ello halló pretextos a fin de ausentarse por poco tiempo de la compañía que había venido a saludarlo, y que empeñada en consolar a Antonina le dio tiempo para declarar su postrera voluntad en escrito, dando por razón de hacerlo entonces el prever de antemano su prisión y su muerte, aunque no veía en sí ningún motivo que lo acusase reo en su conciencia. Que por lo tanto de todos sus haberes dejaba heredera su mujer Antonina y su hija Eudoxia, determinando dos cantidades expresadas que mandaba a Domitila y a Maximio para manifestarles la gratitud que les debía. Rogaba por último al Emperador quisiese atender antes a la inocencia de los que dejaba heredados que a los servicios y victorias con que había procurado extender la gloria del Imperio.

Acabado de otorgar el testamento, volvió a la estancia donde lo esperaban algunos de sus deudos y amigos para despedirse, por ser ya tarde. Mas apenas comenzó a entretenerse con ellos cuando entran dos esclavos consternados diciendo que la casa estaba llena de soldados que iban apresando a cuantos encontraban. Túrbanse los presentes al oír esto; Antonina se abandona al terror que sofocó su llanto y lamentos; algunos de sus deudos, vencidos del susto, iban a esconderse en otras estancias, al tiempo que los sorprende Sulpiciano, que entraba capitaneando los soldados. A él, como al mayor enemigo de Belisario, se le había confiado la prisión.

Antonina, poseída del terror, no pudo resistir a la vista repentina de toda aquella gente armada, sino que, rindiéndose a la terrible consternación que le infundió y que le confirmaba el funesto pronóstico de Maximio, cayó casi muerta en el mismo asiento de donde se había levantado, después de haber arrojado un fuerte grito. Belisario, en pie, sin mudar la postura en que estaba conversando con un allegado suyo, esperó que llegasen allí a prenderlo sin manifestar alteración en su presencia. Sulpiciano, atento a su comisión, y conservando en ella su taimado carácter, se acercó a él, diciéndole con comedimiento severo:

«Belisario, la determinación del Emperador no me dejó ningún arbitrio para excusarme de una comisión la más triste para mí. Espero por lo mismo que no me obligaréis a que falte a los modos atentos que deseo guardar en ella. Ignoro los motivos que tiene el Emperador para mandarme vuestra prisión. Vuestra entereza me hace esperar que se os concederá plazo para justificar vuestra conducta».

Belisario, después de haberle dejado decir, con sosegada serenidad le respondió así:

«Sulpiciano, no me llega de nuevo mi prisión. La preví en el mismo mensaje que me trajisteis de parte del Emperador. Esto os debe asegurar que no hallarán ningún estorbo los atentos modos que quisieseis usar conmigo. Mi justificación o mi condenación inquietan poco a la entereza de mi conciencia. Asegurado de mi conducta, poca pena me da lo demás. Aquí me tenéis. Sólo os hago presente que dejo otorgado el testamento de mi puño, y sólo os ruego me permitáis dar el último abrazo a mi mujer e hija Eudoxia».

Pero habiéndolo ya rodeado los soldados, se excusó Sulpiciano diciendo que los órdenes que tenía del Emperador no sufrían ulteriores dilaciones.

Fueron también presos los deudos y amigos que se hallaban presentes. Mas al tiempo que sacaban de la estancia a Belisario, su hija Eudoxia, que se hallaba en otra parte con Domitila, buscando alivio a su acerbo sentimiento, avisada por una de las esclavas de la prisión de su padre, salió llevada de su fiero dolor para verle y abrazarle, juntamente con Domitila que la seguía. Pero como no las dejasen acercarse los soldados, se abandonaron a las tristes demostraciones de su acerbo dolor con altos sollozos y lamentos. Eudoxia especialmente, levantados los brazos, deshecha en llanto decía a los soldados:

«Si es que le lleváis a la muerte, aquí estoy, crueles, aquí me tenéis. ¡Desmentid vuestra crueldad uniendo la hija infeliz a su desgraciado padre!»

Belisario, penetrado de la vista de su amada hija, sintiendo casi desfallecer su heroica fortaleza, hizo ademán de querer pararse para abrazar a su Eudoxia. Mas no permitiéndoselo los soldados, sólo se despidió de ella diciéndola *a Dios* y encomendándosela a Domitila, la cual sintió faltarle la virtud, agitada del terror de aquel funesto espectáculo. Mas viendo que Eudoxia iba a caer desfallecida, penetrada de la fatal despedida de su padre, la pudo sostener en sus brazos y llevarla a la estancia más vecina, donde acabó de perder enteramente sus sentidos. Pero socorrida al instante de los remedios y esmeros de Domitila, los recobró en breve y con ellos la constancia y virtud bastante para llevar con mayor esfuerzo la nueva desgracia que la amenazaba y que no tardó a llegar, viniendo a prenderla también otros soldados luego que sacaron de la casa a su padre Belisario. Eudoxia, que se abandonó al dolor en la funesta separación de su amado padre, sostuvo con decoro y esfuerzo heroico su prisión sin manifestar asomo de terror ni de flaqueza. No así la desdichada Antonina, pues, aunque fue socorrida de sus esclavas en el desfallecimiento que padeció, cuando vio entrar a Sulpiciano parecía sin embargo haber perdido enteramente el uso de sus sentidos, quedando éstos como embotados y sin conocimiento de cuanto pasaba por ella. En este estado la sacaron los

guardias para unirla a su hija Eudoxia, la cual, al ver a su madre, aunque prorumpió en llanto lo sofocó para decirla:

«Madre mía, la fortuna nos pone en una de sus mayores pruebas; pero después que vi sin morir arrancado de nuestro seno a mi buen Padre Belisario, no creo que haya desgracia en la tierra que pueda acobardarnos, aunque sea la misma muerte».

Nada le respondió Antonina en su enajenamiento, manifestando no conocer a su hija y dejándose llevar de los soldados, que no se opusieron a la resolución de Domitila de seguir presa a su prisionera amiga, a quien confortaba con su ejemplo y consejos. Así las sacaron a todas tres fuera de casa y de la ciudad para llevarlas a la alquería, indicada ya a los soldados, sin saber ellas a dónde las conducían.

Apoderáronse entretanto otros comisionados de todas las riquezas, preciosos muebles y alhajas de la casa, que en otro tiempo y aun poco antes eran el cebo de la ambición y vanidad de Antonina. Prendieron a todos los esclavos y esclavas para que no pudiesen dar indicio de la prisión de Belisario, pretendiendo tenerla secreta hasta la llegada de Narsés, a quien esperaban de un momento a otro. Así en una sola noche y en pocas horas desaparecieron los grandes haberes y gloria del ilustre Belisario, vencedor de tres reyes y conquistador de tantos reinos y provincias. ¡Oh, fortuna inconstante y desconocida! ¿Y habrá quien inciense tus altares, quien vilmente se abata y humille para implorar tus funestos favores?

Luego que el Emperador tuvo aviso de la prisión de Belisario, envió orden a la armada para que zarpase a fin de impedir que los soldados, aficionados a Belisario, se alborotasen si llegaban a saber su prisión. En fuerza de estos miedos se había resuelto en la junta de corte que se le diese garrote luego que llegase a la cárcel. El mismo Emperador condescendió tácitamente a esta cruel determinación, pero rehusó ratificar tal sentencia, no viendo en tan ilustre general manifiesto delito de la infidelidad que se le imputaba de quererse alzar con el reino de Italia, pues las solas sospechas y temores de que hubiese podido hacerlo quedaban satisfechos con su venida a Constantinopla y con su prisión.

Así se pasó aquella noche infausta, cuyas tinieblas habían facilitado el prender sin tumulto al vencedor de Vitiges. Pero a pesar de todos los expedientes y cautelas que se tomaron para ocultar la prisión al pueblo, la descubrió la luz del siguiente día, divulgándose inmediatamente por toda la ciudad con consternación y dolor de cuantos la oían. Novedad tan extraña y sensible tuvo al principio en suspensión los juicios de gran parte de la gente, que no sabía atinar la grandeza del delito que suponía un proceder tan severo por parte de la corte. Mas apenas se sosegó la consternación de los ánimos dieron lugar en ellos a las verdaderas sospechas sobre el motivo de la prisión de un hombre tan ilustre, que por lo mismo era temido.

Cuanto mayor era el concepto que de él tenían y el afecto que todos le profesaban, tanto más creían lo que sospechaban, excitándose la indignación en sus pechos. Luego no reparaban los más atrevidos a quejarse, ya en secreto, ya en público, de la ingratitud del Emperador con el hombre más glorioso y benemérito. Estas quejas cundían en públicos

corrillos y las avivaban las noticias que iban adquiriendo sobre la prisión y sobre los que tuvieron parte en ella, lo que provocaba más sus pechos a la venganza. Toman de aquí motivo los más poderosos para excitar bajo mano a los más osados de la plebe para que comenzasen a gritar por las calles que fuese puesto en libertad Belisario y muriesen sus enemigos.

Cunden estas voces y cobran cuerpo con los que se iban llegando a los primeros. Su número, creciendo bastante para no temer a los soldados, los hace más atrevidos y se declara el motín, repitiendo a gritos por las calles que muriesen los enemigos de Belisario y obligando a cuantos encontraban a formar cuerpo con ellos. Hechos así más fuertes y licenciosos, no dudan en acometer las principales casas de los cortesanos de quienes sospechaban haber contribuido a la ruina de Belisario. Cayó desgraciadamente en sus manos Sulpiciano y otros, en quienes desahogaron el rencor de su venganza; sacándolos ignominiosamente de sus casas y arrastrándolos por las calles hacían mofa y escarnio de ellos, atormentando cruelmente sus cuerpos hasta que espiraron a fuerza de sus fieros ultrajes.

Cebados en su sangre los sediciosos y en la de los soldados que quisieron oponerse a sus crueles insolencias, no dudan presentarse ante el palacio del Emperador, pidiendo a gritos la libertad de Belisario y amenazando incendiar la ciudad si no se lo entregaban vivo. Al primer aviso que recibió el Emperador del tumulto y de las voces del pueblo que pedía la libertad de Belisario, sintió no haber seguido el parecer de los que le aconsejaron darle luego la muerte, y aunque hubiera deseado enviar luego orden para que lo ejecutasen, lo contuvo el temor que le infundió el pueblo furioso que instaba por la libertad del preso y que unía sus ruegos a las amenazas, sin poderle hacer resistencia.

Pero temía por otra parte que el mismo pueblo osase proclamar Emperador en vez suya a Belisario si se lo entregaba libre como lo pretendía, y se verificasen las sospechas sobre las acusaciones que le hicieron sus enemigos de aspirar al Imperio. Entre estas temerosas congojas le sugieren el expediente de enviar orden secreta a la cárcel para que sin ninguna dilación lo privasen de la vista, pues así no tendría ya por qué temerlo sin ojos aunque se le diese la libertad.

El Emperador aprueba el sugerimiento y lo manda poner luego en ejecución. Los verdugos, recibido el orden, cumplen con él a toda priesa, obligando a Belisario a recibir en los ojos el humo ardiente del vinagre que derramaban sobre las ascuas, teniendo estirados por fuerza sus párpados. Prestose Belisario a este tormento sin quejarse ni desplegar sus labios hasta que, conociendo que quedaba enteramente sin vista, dijo a los que le atormentaban que no había ya que temer que alcanzase otras victorias ni trajese otros reyes cautivos a Constantinopla. Este funesto premio le destinaba la fortuna, por colmo de sus favores, a todas sus gloriosas empresas. Quedaron así en eternas tinieblas aquellos ojos cuya luz, unida a la de su gran mente, formó aquella admirable táctica que lo hizo uno de los más ilustres generales de su tiempo y de los siglos venideros.

Prometía entretanto el Emperador a los amotinados que instaban la libertad de Belisario que condescendería con su petición si se sosegaban, obligando para ello su real palabra.

Tal era su ánimo, pero les daba largas con esta promesa condicionada, esperando el aviso de haberse ejecutado el orden de la privación de la vista del preso. Mas ellos, enfurecidos viendo que no se les concedía luego y de grado lo que pedían, resuelven obtenerlo con la fuerza, y sin detenerse corren a forzar las cárceles para dar libertad a cuantos presos había en ellas, para acrecentar el número de los facinerosos y proceder con ellos a mayores desacatos. Consiguieron entrar en algunas con violencia, mas no pudieron forzar las torres donde se hallaba Belisario, defendidas del mayor número de soldados que se habían recogido en ellas, y cuya oposición fue causa que creciese el motín y que, sueltos la mayor parte de los presos, cometiesen en la ciudad mil desafueros.

Entre los puestos en libertad se hallaba también el desdichado Maximio, a quien sacaron de la cárcel los amotinados, muy ajeno de pensar que se hubiese verificado tan presto su pronóstico, ignorando todavía la llegada de Belisario. Mas luego que supo hallarse preso y que habían sacado de la ciudad a su mujer Antonina y a su hija Eudoxia, olvidándose de su casa y de sus padres sólo atendió a informarse del paradero de su amada, cuya memoria, arrojando de su pecho todas las pasadas angustias y afanes, avivaba en él las esperanzas de poseer en la desgracia a la que le negaban antes la fortuna y grandeza de la misma. Informado, pues, del sitio en que se hallaba, sin detenerse a descansar de sus padecidos trabajos ni a consolar con su presencia sus afligidos padres, resuelve ir en busca de su amada Eudoxia, determinado a servirla, y a servirla de esclavo. ¿A qué no obliga y de qué no es capaz un amor tierno y ardiente?

Tomando, pues, el camino de la indicada alquería, lo seguía con un ardiente gozo mezclado del contrario afecto de tristeza que le infundía el estado de miseria en que la hallaría, perdidos todos sus grandes haberes, grandezas y gloria, con la pérdida más sensible de su amado padre, a quien ella lloraría en su acerba aflicción y abatimiento. Se lisonjeaba, sin embargo, poderla prestar algún alivio y consuelo en su desgracia con sus servicios y con ellos merecer su posesión, mucho más después que supo en la ciudad haber partido Basíledes con su armada, noticia que llenó de júbilo su corazón y que avivaba sus pasos hacia el sitio que se le había destinado a su infeliz amante, de la que iba tomando lengua por el camino.

Mas antes de llegar, acordándosele que Antonina podía servir de estorbo a sus amorosos intentos y que tal vez lo echaría de sí, desdeñando sus ofrecimientos si los hacía a cara descubierta, pensó fingirse mendigo como se había fingido antes mercader, pues de este modo, con el pretexto de entrar a pedir limosna, vería el estado en que se hallaban madre e hija y las circunstancias de la casa, para tomar mejor sus medidas y conseguir lo que quería. Apenas le vino esta feliz ocurrencia, la abraza y resuelve poner en ejecución sobre la marcha, y sin detenerse se disfraza en mendigo del mejor modo que pudo. Para ello se desprende del manto bastante decente que llevaba y lo deja sobre un ribazo, a la ventura del primero que lo encontrase; ciñese la frente con un pañuelo sucio que le había servido en la cárcel, dejando caer las greñas por las mejillas, a fin de desfigurar su fisonomía. Ensucia con polvo y lodo su túnica, en que hizo muchos rasgones, y con algunos pedazos de ella se vendó una pierna, con que fingía tener en ella una llaga, sosteniendo a este fin su cojera con un tosco ramo que le vino a las manos por el camino.

De esta suerte se presenta Maximio, palpitándole el corazón, a la infeliz casilla que le indicaron, solo y triste asilo que dejó la fortuna a las que poco antes aventajaban en riquezas y abundancia a los mayores grandes del Imperio. Tenían orden los soldados que las condujeron a ella de dejarlas inmediatamente, sin prestarlas ningún socorro, y así lo hicieron, obedeciendo a quien los capitaneaba. Por todo el camino la desdichada Antonina continuó a estar en su entorpecido enajenamiento. Eudoxia, aunque oprimida de dolor y de susto, viéndose llevar de aquella gente armada entre las tinieblas de la noche, creía que las condujesen a la muerte a un lugar apartado de la ciudad; y en esta funesta idea plañía la muerte de su buen padre antes que la propia, y la de Domitila, su constante amiga, que quiso acompañarla en aquel terrible lance, temiendo que la matasen también por su causa. La misma Domitila no iba ajena de estos temores, pero su esforzada resolución en seguir a su amada Eudoxia le servía de algún consuelo en caso que hubiese de morir con ella.

Duraron estas funestas sospechas hasta que, llegadas a la casilla, las intimó el capitán las órdenes que tenía de dejarlas en ella, destinándose por morada la clemencia del Emperador. Eudoxia, al reconocerse y verse sola con su madre y con Domitila, desamparadas de los soldados que las condujeron, aunque sintió desvanecerse de un golpe los temores de la muerte no pudo dejar de abrazarse con su madre, prorrumpiendo en tan ardientes sollozos que casi la sofocaban, sin poder proferir palabras. No pudo contener tampoco los suyos Domitila a tal vista, y a la de la miseria y pobreza que le presentaban los desnudos cuartos de aquella infeliz habitación, a la escasa luz del día que comenzaba a despuntar, sin ver otros muebles ni otro lecho donde poder descansar que unas pajas amontonadas en un rincón.

Esta vista avivó en su pecho los fuertes sentimientos de la virtud y los santos consejos que dio sobre ella a Eudoxia; de los mismos se sirvió entonces para consolarla y confortarla en aquella miseria y desolación; sofocando, pues, su propia ternura y el llanto que la arrancaba su inconsolable amiga, abrazada con su madre, la dijo que aquellos sollozos y lamentos no remediaban a su buena madre en el infeliz estado en que se hallaba, pues no pudiendo tenerse en pie sería bien que la llevasen a descansar sobre las pajas que allí había. Eudoxia, echando de ver en su dolor la necesidad de su madre, condescendió con la instancia de Domitila, sin desistir de su llanto, y entre las dos la dejaron colocada en aquel lecho miserable.

Pareció que despertase ella entonces de un profundo letargo, arrojando algunos suspiros y dejando caer de sus ojos por las mejillas algunas lágrimas. Eudoxia se sentó junto a ella continuando en su llanto, compadecida e interesada por su madre, cuya infelicidad sentía antes que la propia; y asiéndola de una mano, movida de su tierno amor la decía:

«¡Oh, madre mía, el cielo ha querido probarnos con estos terribles trabajos y desventuras! Una sola de ellas hubiera podido acabar con nosotras, mas ya que no se nos concedió la muerte saquemos partido de la virtud para soportar nuestros trabajos con resignación y constancia».

Aunque Antonina mostraba irse recobrando poco a poco de su fiera consternación y aturdimiento, nada respondió a su hija, que se esmeraba en confortarla y consolarla, arrojando sólo profundos y dolorosos suspiros. Domitila, atendiendo a las fatales circunstancias en que se hallaban, pensó en ir registrando aquella infeliz habitación para ver si encontraba algún utensilio o comestible para socorrer a la desfallecida Antonina. No encontrando cosa alguna, y echando de ver que las habían privado de todo socorro humano, reduciéndolas a la más horrible mendicidad, resolvió ir a implorar la compasión de los primeros labradores que encontrase para poder socorrer de algún modo a la desdichada y casi moribunda Antonina.

Propone, pues, a Eudoxia sus intenciones, cuando al tiempo de ir a ponerlas en ejecución oyen tocar a la puerta. Era cabalmente el disfrazado Maximio, el cual antes de llegar a la casilla, haciendo, compungido a su vista, un rápido cotejo en su imaginación de aquella pobreza y soledad con la magnificencia y riqueza de la casa que antes habitaba su adorada Eudoxia, servida de tantos esclavos y esclavas, no pudo contener las lágrimas que casi enfriaron las ardientes ansias con que llegaba. Ocurriéndole luego que aquel mismo llanto podía contribuir para remedar mejor el mendigo que representaba, se esforzó en llegar a la puerta, que halló abierta; y tocando a ella con el palo que llevaba decía:

«¡Buenas almas, apiadaos de un miserable que no puede ganar la vida con sus manos, impedido de los ayes con que quiso mortificarlo su desventura! Quiera el cielo remunerar la misericordia que con él usaréis y que os pido con llanto, animado de la mayor veneración y respeto».

Domitila, que iba a poner en ejecución sus piadosas intenciones, contenida del repentino llamamiento y voces del pobre volvió atrás para decir a Eudoxia que el cielo les enviaba oportunamente aquel mendigo, porque siendo tal vez de aquellos contornos las podía servir en la necesidad y falta de todas las cosas en que se encontraban; que para esto iba a llamarlo. Así lo hizo, diciendo luego que vio a Maximio sin conocerle:

«Entrad, que estamos también en estado de recibir caridad de vos; así nos la haremos mutuamente».

El accidental hallazgo de una prenda amada no suele causar tanto gozo cuanto la vista de Domitila al ansioso Maximio, y mucho más el convite que le hacía para que entrase, que era lo que principalmente anhelaba, y así la respondió que lo haría de muy buena gana, que allí le tenía a su servicio. Diciendo esto entró, siguiendo a Domitila que le precedía, hacia el cuarto en que se hallaba Antonina tendida sobre la paja, y Eudoxia a su lado, que la confortaba.

Maximio, al descubrir el objeto de sus amorosos anhelos en aquel estado de miseria, sentada sobre la paja, sin ver ningún mueble, en un negro cuarto que horrorizaba; la ternura, el amor, la compasión y el sentimiento oprimieron tan improvisamente a su pecho que, dando al través con su instantáneo gozo, le obligaron a apoyarse de veras al tosco palo que llevaba para no caer en el suelo, prorrumpiendo al mismo tiempo en tales

y tan recios sollozos que llamó la atención de Eudoxia y Domitila, que en vez de hacerle el encargo que quería se vio precisada a preguntarle por qué lloraba tanto, y si eran tan grandes sus males y desventuras que le obligasen a ello.

El sollozante Maximio, que llevaba de antemano meditado lo que había de fingir para encubrirse más a sus ojos, se valió entonces de su meditada ficción, que disimulaba y excusaba su gran llanto, respondiendo a Domitila sin cesar de llorar:

«Oh, y si son grandes mis males! Mi nombre solo os dirá bastante cuáles son ellos, pues no habrán podido dejar de llegar a vuestros oídos. Soy el infeliz Damasio, de la villa de Esterobea, poco distante de aquí».

«Ninguna noticia tuvimos de vuestras desgracias, le respondió Domitila muy compadecida, ni oímos tampoco jamás vuestro nombre, mas grandes deberán ser vuestras desgracias si por el solo nombre hemos de tener conocimiento de ellas».

«Largo fuera contarlas por entero, dijo Maximio, ni el llanto en que día y noche me deshago me lo permite. Sabed en breve que mi padre Enehisio fue privado de la vida y despojado de sus grandes haberes por el Emperador; y yo, aunque inocente, echado de mi casa y desposeído de la herencia paterna, me veo precisado a mendigar el sustento en la horrible laceria y pobreza en que me veis».

Eudoxia, oyendo una semejanza cabal de su estado en aquel infeliz mozo que hacía tan interesante su relación, no pudo dejar de renovar sus sollozos. Domitila, aunque enternecida también, se esforzó a decirle:

«En igual desgracia nos encontramos nosotras. Bien tenemos motivo para compadeceros, y nos vemos necesitadas a rogaros queráis ayudarnos en nuestra necesidad. No conocemos a ninguno de estos contornos, y faltas de todo mueble y comestible quisiéramos proveer algún sustento para socorrer a esa enferma que veis ahí tendida sobre la paja».

«¡Ah!, exclamó Maximio, permitid que os manifieste también mi enternecida compasión y maravilla al ver el extraño contraste de objetos que se me presentan a la vista. Esta pobre casa desnuda, tres mujeres solas en traje de ricas ciudadanas, vuestros rostros que llevan impresos el terror, el dolor y la aflicción, la falta de aquellos pobres muebles de que están abastecidos los más miserables labradores; todo, en fin, me está diciendo que hay aquí una extraña novedad y desgracia que ignoro, y que deseara saber».

«En dos palabras vais a quedar enterado, dijo Domitila. Aquélla es la mujer, ésta la hija de Belisario.»

«Oh, cielos!, exclamó con llanto Maximio y levantando las manos al cielo; luego volvió a decir: ¿Aquélla la mujer, ésta la hija de Belisario?... ¡Ah! Perdonad si mi aturdida admiración manifiesta en cierto modo desconfiar de lo que me decís. A quién no deberá parecer imposible ver a la hija del ilustre Belisario, del vencedor...»

No pudo pasar adelante Maximio, prorrumpiendo en nuevos sollozos y haciendo prorrumper en ellos a Eudoxia, inconsolable con la memoria que le renovaba Maximio de su amado padre Belisario, a quien nombraba en sus lamentos. Viose precisada Domitila a decirles:

«Con esos llantos no remediamos la urgente necesidad de socorrer a la enferma.

Y así, Damasio, excusad el renovar pasadas memorias y hacednos el favor de proveernos algún sustento. Aquí tenéis estos pendientes que podéis vender en la vecina villa de Esterobea; con ellos...»

«No, Domitila, no, dijo Eudoxia interrumpiéndola, me despedazáis el corazón. Conservad esos pendientes, aquí está este collar de perlas que llevo. Éste debe servir para proveer lo necesario para mi madre».

«Ése servirá para otra ocasión, dijo Domitila, quiero hacer primero experiencia con estos pendientes, que valen mucho menos, de la fidelidad de Damasio. Su sincero llanto y su ingenua compasión no dejan ninguna duda a la confianza que me merece».

Mas persistiendo Eudoxia en querer entregarle el collar, Maximio rehusó uno otro diciendo:

«Ah! Para manifestaros mis sinceros sentimientos no necesito de prenda alguna de vuestra confianza. Espero socorrer sin ella vuestra presente necesidad. ¿Qué se me negará de cuanto pidiere en nombre de quienes tan de cerca pertenecen al ilustre Belisario?»

Dicho esto, sin querer atender a sus instancias las vuelve la espalda y se va afectando su cojera, que avivaba la satisfacción que sentía de no haber sido conocido.

Le quedaba algún dinero del que le suministraron sus padres en la cárcel, y con él esperaba socorrer la necesidad de su amada Eudoxia y Domitila, y de aquella misma Antonina que fue causa de su prisión y cuyo horrible estado de abandono y miseria acabó de sofocar en su pecho el resentimiento que conservaba a su altanería y a los soberbios modos con que le trató hasta hacerlo poner en la cárcel. Ahora, movido a compasión por ella, se encaminó a una vecina casa de labradores a quienes rogó quisiesen venderle todo lo necesario para socorrer y alimentar a la mujer e hija del ilustre Belisario, que se hallaban en la más terrible miseria.

Ignoraba todavía aquella gente la desgracia de Belisario, y que tuviesen tan cerca la mujer e hija del mismo. Les parecía por esto imposible lo que aquel pobre les decía, temiendo que les quisiese engañar con aquel pretexto. Mas diciéndoles él que a más de desmentir con su dinero lo que reputaban ficción podían ir a certificarse con sus ojos de la verdad de lo que les decía, le entregaron parte de lo necesario para alimentar a la enferma, y parte quiso llevarlo por sí una labradora y su hija, curiosas de ver y averiguar aquella novedad, que no acababan de creer hasta que se certificaron con asustada admiración de lo que les parecía imposible.

Enternecidas de aquella lastimosa vista que les presentaban las tres ilustres desgraciadas, se ofrecieron a servir las en todo lo que quisiesen mandarlas. Eudoxia y Domitila agradecieron a las labradoras sus compasivos ofrecimientos y la diligencia y servicios a Damasio, el cual, recibidas sus agradecidas expresiones, atendía a disponer el hogar que había en aquel mismo cuarto para poner el puchero a la lumbre, yendo también a este fin a recoger leña por el campo. El amor enardecía sus pasos y sus esmeros. La labradora entretanto, apiadada del infeliz estado de Antonina, que parecía querer morir de dolor, propuso a Eudoxia y a Domitila que si querían podía dar en su casa a la enferma un lecho, aunque pobre, pues no lo tenía mejor.

Eudoxia, oído esto, deseando aliviar a su madre y sacarla de aquella paja en que estaba casi sumida, le refirió el ofrecimiento de aquella caritativa labradora, exhortándola a que se aprovechase de él a lo menos hasta que se restableciese de su consternación y mortal abatimiento. Pero Antonina, abandonada a su tétrica desesperación, le respondió que nada quería sino la muerte, que ella sola podía poner fin a sus males intolerables. En vano se esforzaba también Domitila en persuadirla a aceptar aquella oferta. Desechaba Antonina todos los atentos oficios y alivios que se le querían prestar, resuelta a dejarse morir de la fiera aflicción que hizo terrible presa en su ánimo ambicioso y vano al verse tan abatida y desgraciada, diciendo que quería seguir voluntariamente al sepulcro a su infeliz marido Belisario.

Esta obstinación y las expresiones con que la acompañaba sobre la infeliz suerte de Belisario, renovó el dolor y la memoria de su padre en el ánimo de Eudoxia, que prorumpió en nuevos sollozos y lamentos, como si el dicho de su madre Antonina confirmase de hecho la muerte de su padre. Damasio, que la oía mientras acababa de disponer el hogar, se sintió movido a sacarla de sus dolorosas dudas yendo a la ciudad para saber el éxito del motín y de la prisión de Belisario, estando ya seguro que sería bien visto y recibido siempre que volviese a aquel infeliz asilo que dejó la fortuna a su adorada Eudoxia.

Se lisonjeó, a más de esto, que si los amotinados conseguían sacar de la prisión a Belisario, según manifestaban querer cuando lo sacaron a él de la cárcel, podría ir a darle noticia del lugar en que se hallaban su mujer y su hija, con lo cual ganaría su amor aquellas albricias y las que también se prometía de Eudoxia, volviendo a darle las alegres nuevas de la libertad de su padre. Avivadas con esta ocurrencia sus ansias dirige la palabra a Eudoxia, que continuaba en sus lamentos y sollozos, diciéndola con afectuosa expresión nacida de la amorosa ternura:

«Señora, quedáis servida en lo que os dignasteis mandarme; si queréis iré también a la ciudad a informarme del paradero de vuestro padre».

«¿De mi padre?», exclamó Eudoxia. ¡Oh, cielos, lo perdí para siempre!»

«No por cierto, replicó Damasio, a no ser que haya muerto en el tiempo que me hallo aquí; pues antes de venir supe que vivía».

«¿Será posible?, continuó a decir Eudoxia en sus sollozos. ¡Ah! ¿Cómo podré satisfacer a tan señalado servicio que me queréis hacer?»

«No pretendo otra satisfacción, señora, que la misma que yo pruebo en serviros y en el cumplimiento de vuestros deseos; si no queréis más que esto, voy inmediatamente a ejecutarlo».

Parte luego al punto Damasio, impelido del gozo de servir a su amada, llevando consigo la deliciosa satisfacción de haberla visto y hablado tan a su grado sin haber sido tampoco conocido de la misma.

Un sucesivo tumulto de dulces lisonjas y esperanzas nacía a cada instante en su corazón, pareciéndole que ya la poseía, que la suerte había derribado a Eudoxia de su grandeza y abundancia sólo para que él la consiguiese y para hacerle con ella el hombre más dichoso de la tierra. Con tan suaves afectos iba prosiguiendo a largo paso su camino, ansioso de llegar a la ciudad y de saber el éxito del motín. Mas comenzaron luego a enfriar sus ansias y deseos los muchos que iba encontrando y que, huyendo de la ciudad, le decían que el general Narsés había entrado en ella y hacía una horrenda carnicería de los amotinados, sin perdonar a edad ni a sexo.

Asustado y contenido de esta triste noticia no se atrevió llegar aquella tarde a Constantinopla, resolviendo pasar la noche en algún establo o pajar de las vecinas alquerías, para poder tener noticias más individuales al siguiente día y entrar así con más seguridad y confianza encubierto con su disfraz de mendigo, pues esperaba que la noche pondría fin al estrago que hacían los soldados de Narsés en los ciudadanos.

Entretanto que Damasio se encaminaba a la ciudad, viendo la oficiosa labradora que quedó con su hija en la alquería que eran inútiles las instancias de Eudoxia y Domitila para que Antonina pasase a su casa y a la cama que en ella le ofrecía, quiso traerla allí, esperando que a su vista se resolvería a aceptarla la enferma. Vinieron bien en ello Eudoxia y Domitila, que entraron en las mismas lisonjas de la oficiosa labradora. Domitila, para empeñarla más y manifestarle su reconocimiento, le dio en regalo los pendientes que rehusó Damasio, y que ella aceptó de mil amores sin que lo echase de ver Eudoxia, de la cual quiso recatarse Domitila para que no lo sintiese.

Traída la pobre cama, conoció Antonina el oficio que se le quería hacer, y después de haber manifestado oponerse exclamó:

«¡Ay de mí, la más infeliz y miserable de todas las mujeres! Dejadme morir, os ruego, dejadme morir».

La afligida Eudoxia, esperando hacerla condescender a sus ruegos, le dijo entonces:

«¡Oh, mi muy amada madre! El cielo permitió que nos viésemos pobres e infelices para que purificásemos nuestros corazones en el crisol de tantos trabajos y desdichas. Con ellas nos quiere manifestar que no hay ningún bien ni grandeza segura ni permanente en

la tierra sino la virtud. Ésta nos aconseja a que conformemos nuestros sentimientos con la determinación de la divina providencia».

«¡Ah, infeliz hija mía! ¿Cómo es posible sobrevivir a tan horrible ignominia y abandono? ¿Qué se dirá de mí? ¿Qué pensarán de mí, miserable, reducida a tal oprobrio y necesidad? ¡Ah!..»

«Oh, madre mía, esas ideas sólo sirven para acrecentar vuestra mortal aflicción! El pobre que acaba de partir y de prestarnos sus atentos y compasivos servicios perdió también su padre, sus haberes y comodidades, y se ve reducido como nosotros a un estado miserable. No somos solas desgraciadas en la tierra, ni nuestra pasada grandeza debe ahora contribuir para agravar nuestra tristeza y desventura; comencemos, madre mía, a llevarla con resignación».

«¡Tantas preciosas joyas perdidas! ¡Tantos honores desvanecidos! ¿Y en tan grande miseria se pudo ver la mujer de Belisario? ¡Oh, crueles memorias, me dais la muerte!»

«Ahora experimentáis que ni esas joyas ni esos honores y riquezas eran nuestras, sino bienes prestados de la fortuna, que los quiso recobrar cuando se le antojó. Por lo mismo los debéis ahora mirar con menosprecio, así no sentiréis tanto su pérdida ni vuestra presente pobreza y necesidad».

«¿Y Belisario?... ¿Qué se hizo Belisario? ¿Qué es de él? ¡Oh, cielos!...»

«Ese solo bien excusa nuestras lágrimas y nuestro justo dolor. Mas todavía no sabemos haberlo perdido enteramente».

«Sí, sí lo perdimos. ¡Me lo asegura el fiero dolor que me sofoca, que taladra mis entrañas!»

«Su inocencia y entereza deben antes, madre mía, fomentar las esperanzas de recobrarlo. El pobre que encaminó aquí el cielo se fue a la ciudad a informarse de su paradero y me prometió que me traería nuevas, asegurándome que vivía. Tranquilizad vuestro espíritu y sobreponéos a vuestra terrible aflicción, la cual puede acarrearos la muerte».

«Ésa es la que deseo. Ella sola puede poner fin a una vida aborrecible y que detesto».

Así proseguía en lamentarse Antonina y en consolarla, aunque en vano, su hija Eudoxia, sin poder recabar que pasase a la cama que aderezaron las labradoras, ayudadas de Domitila, mientras Eudoxia la estaba confortando. Siendo inútiles sus esmeros tentaron ofrecerle el alimento que podía ser de alivio a su flaqueza, pero Antonina lo rehusó también con obstinación diciéndoles que no se cansasen, que estaba resuelta a morir, que desistiesen de querer prolongar su intolerable desventura. Persuadida entonces Eudoxia de la firme resolución de su madre en querer morir, no pudo contener el llanto, temiendo perderla de hecho. Movida de su dolor postróse ante ella de rodillas, y juntas las manos la decía, bañada en lágrimas:

«¡Oh, amada madre! ¿Por qué queréis que la muerte os usurpe el mérito que pudiera adquirir vuestra resignación y paciencia? Éstas harán vuestra alma acreedora, en medio de tantos males, a la piedad del Omnipotente, único autor de nuestra vida y muerte. A su divino arbitrio queda reservado el derecho de disponer de la vida que nos concede».

«Me despedazas el alma, Eudoxia! ¡Me despedazas el alma!»

«Conceded a lo menos a mi llanto, a mi dolor, el consuelo de veros recibir este escaso alimento. Tomadlo siquiera por amor mío, por amor de vuestra hija Eudoxia, que aquí de rodillas os suplica con el más ardiente afecto. Mostrad en esta condescendencia que me amáis, que no me queréis desamparar por ceder al dolor de vuestros perdidos bienes antes que a mis esmeros y cariño. Si llegáis a morir, si os pierdo, madre mía, pierdo con vos mi mayor alivio y consuelo en la desgracia. Con vos se me hará llevadera la pobreza, la mayor miseria. Con vos soportaré con esfuerzo, y si queréis con complacencia, la ignominia y el oprobrio. Por vos arrostraré el menosprecio, y se atreverá vuestra hija, la hija de Belisario, a implorar la commiseración de los hombres, pidiéndoles el sustento para aliviar vuestra necesidad.»

«No más, Eudoxia, no más... ¡Oh, infeliz Antonina! ¡Oh, muerte, acaba...!»

«No, madre mía, no me será sensible pedir limosna por vos. Antes bien, lo haré con dulce satisfacción, que yo prefiera a toda nuestra antigua grandeza si sólo así pudiera sustentar vuestra vida. Mas antes de vemos reducidas a pedir limosna nos quedan brazos y firme voluntad para ganar vuestro sustento con la labor. La buena Domitila nos ayudará y nos confortará con sus consejos. No queráis, madre mía, desconocer sus atentos esmeros y los cuidados que puso en proveer ese alimento que con tanto cariño os ofrece».

«A lo menos con voluntad, dijo Domitila, de verla recobrar sus piadosos afectos. La mujer de Belisario en ese mismo infeliz estado debiera reputarse superior a todos sus perdidos bienes y grandeza.

No, Antonina, la fortuna adversa no os puede quitar este glorioso título que os hace más respetable, tendida en esa paja, que ataviada con las ricas galas y joyas. Si os vieran en tal estado los que os redujeron a él, en vez de tener motivo de complacerse de vuestra miseria, se llenarían de confusión si os vieran en ella mayor que todos los males que os causaron, llevándolos con heroica serenidad y resignación. Os fuera entonces más ilustre esta pobre casa, esta miseria y abandono en que os halláis que vuestros magníficos palacios y los mentidos cortejos y honores que os hacían aquellos que antes os acataban en vuestra riqueza y fortuna».

«¡Ah, desdichada de mí! Todo lo perdí, Domitila. ¡Todo lo perdí!»

«Nada habréis perdido si nada de todo lo perdido continúa a merecer vuestra estimación y aprecio».

«¡Antes tanta riqueza, y ahora tanta miseria y oprobrio! ¡Ah! No os canséis, dejad que muera en mi funesta humillación y abatimiento».

Dicho esto, arroja un profundo suspiro volviendo luego a su enajenamiento e insensible inmovilidad, que hizo vanos los ulteriores ruegos e instancias que le hacían con llanto Eudoxia y Domitila. La labradora, viendo la resistencia de Antonina en pasar a la cama ya dispuesta, pensó en ir a llamar a su marido y a un hijo suyo para que ellos la trasladasen en brazos, obligándola a condescender con los ruegos de su hija Eudoxia. Llegaron éstos al tiempo en que Antonina, sorprendida de su doloroso parasismo, no pudo impedir ni resistir su atento oficio, siendo trasladada por ellos a la cama sin que lo conociese ni sintiese, lo que infundió tristísimas sospechas a Eudoxia de que hubiese muerto. Sosegola Domitila, reconociendo en ella vital palpitación, y asegurada de esto agradeció a los labradores su compasivo servicio y les rogó, por ser ya tarde, se volviesen a su casa, pues habían de madrugar para volver a su trabajo.

Partidos todos los labradores, quedaron solas Eudoxia y Domitila en compañía de la enajenada Antonina. Mas las tinieblas de la noche, realzando el horror de aquella oscura y triste soledad a la escasa luz de la lumbre que ardía en el hogar, agravaron la aflicción y dolor en que Eudoxia se hallaba por el infeliz estado de su madre, a quien, sin embargo, quiso despertar de su letargo con llorosas instancias y lamentos. Antonina a las voces de su hija dolorida respondió sólo con algunos suspiros por respuesta. Le aconsejó entonces Domitila que no la molestase más, sino que la dejase descansar, pues si podía tomar el sueño tal vez éste contribuiría a dar tregua a su suma aflicción y sentimiento.

Condescendió Eudoxia con la insinuación de Domitila, e impelida del tierno reconocimiento a la cordial bondad y virtud de tal amiga se abraza de repente con ella, sollozando amargamente, y con lágrimas le decía:

«¡Oh, dulcísima y respetable amiga mía! ¿Qué fuera de mí si me hubiese faltado vuestro amparo, vuestra asistencia, vuestros santos consejos? Sin ellos, sin vos, cómo hubiera podido yo resistir al peso de las desventuras que todas a una se desplomaron sobre mi corazón sensible? Mil veces hubiera yo muerto; por lo mismo no extraño los crueles efectos del sentimiento a que se rindió mi buena madre».

«La debemos compadecer, no hay duda, le dijo Domitila, mucho más no habiendo tenido su corazón de antemano luz alguna de sabiduría ni estudio moral que la fortaleciese contra las desgracias y males que la pudieran sobrevenir. Verdad es que vuestra madre era devota, piadosa y de inculpables costumbres, pero esto mismo os servirá de prueba que la devoción y piedad, sin el estudio moral que instruya y convenza al entendimiento, no son bastantes para que el ánimo se sobreponga a los males y desgracias que le acontecen. Suelen algunos, al verse humillados y oprimidos de la desgracia, recurrir al cielo y a su Criador para que los conforte y saque de su oprobrio y miseria.

Este expediente es loable, mas fuera un milagro que el cielo los hiciese superiores a su tristeza y abatimiento, por cuanto el Criador deja obrar en la tierra a las causas que recibieron su primer impulso, quedando al albedrío del hombre el valerse de los medios y

luces que le ofreció para gobernarse en este suelo y perfeccionar su interior, sin lo cual lo avasallaran necesariamente su ignorancia, sus preocupaciones, sus pasiones; y el alma, señoreada de la vanidad, de la ambición, del demasiado aprecio de las riquezas, humillada y abatida en la pérdida de las mismas, saca alguna especie de satisfacción de su fervoroso recurso a la piedad omnipotente, por cuanto aquella confianza que pierde en los hombres que la desamparan la pone con certidumbre en la divina misericordia. Mas este alivio es pasajero, ni destruye la tristeza ni el sentimiento, que quedan pegados al corazón, que lo oprimen y atormentan, avivando el aprecio de los bienes que le quitó la desgracia y en los cuales confiaba.

Así pues, como fuera milagro que un idiota adquiriese una ciencia en fuerza de sus súplicas al cielo, lo fuera así también que en fuerza de iguales súplicas adquiriesen los desgraciados la serena superioridad y la fuerte indiferencia que conserva la virtud en las desgracias que le suceden, y que la misma infunde a los que en ella de antemano se ejercitaron, pues su adquisición, en términos naturales, exige mayor estudio y ejercicio de reflexión que las otras ciencias que se aprenden, debiendo luchar la razón y el entendimiento con los rebeldes afectos del ánimo, con las opiniones del mundo, que debe combatir con opiniones enteramente opuestas para alcanzar aquella sublime fuerza de sentimientos y aquella imperturbabilidad de que dijeron los mismos gentiles que no había cosa más digna del Criador y de las adoraciones de los hombres.

Lo es, no hay duda, por cuanto se reputa lo más arduo y difícil de conseguir. Mas no por eso se hace imposible a quien se ejercita por grados en la virtud, pues lo consigue insensiblemente y sin que se eche de ver. Podrá bien, sí, conmovirse y resentirse al golpe de la desventura, podrá padecer aflicción y dolor a vista de la pobreza y del oprobrio que lo asalta, cederá a la fuerza que lo arroja en el seno de la miseria, mas volviendo luego en sí hallará remedio en las reflexiones y afectos virtuosos que adquirió su mente y su corazón, los cuales le servirán de alivio y de consuelo en medio de la miseria y de los males que la cercan, le harán llevaderos sus trabajos y tal vez alegrarse con su ignominia.

En este caso nos hallamos, amada Eudoxia. Vos recibisteis luces y conocimiento de sabiduría moral; os ejercitáis en la virtud y con sus reflexiones y ejercicio dispusisteis poco a poco vuestro ánimo para resistir a la desgracia, aunque parecía imposible que viniese. Mas vino y tronó impensadamente. El rayo tocó vuestro corazón sensible y aturdió vuestros sentidos, mas no pudo abatir enteramente vuestro ánimo ya fortalecido. Sobrevino, es verdad, el dolor, la aflicción, el llanto, pero si éstos no cedieron del todo a la dulce fuerza de la virtud, también consternada del repentino acontecimiento, no tardarán a recobrar el señorío de la misma en vuestro corazón, que os hará sobreponer a todos vuestros flacos afectos y tristeza.

Entonces, ¿con qué segura satisfacción y confianza podréis recurrir al cielo para que haga permanente vuestra fortaleza, y con ella la serenidad y el consuelo en medio de la miseria y de la falta de todo lo necesario? Entonces, del mismo llanto con que regaréis los cadáveres de vuestros padres y del dolor mismo de verlos espirar en vuestros brazos veréis nacer una no digo complacencia, mas bien sí un equivalente que lengua mortal no sabe expresar, pero que hará vuestro ánimo como impasible y superior a todas las cosas

mortales. Entonces, abrazada con la misma miseria, experimentaréis el inalterable señorío de vuestra indiferente voluntad en el uso de las cosas pobres que deben servir a la vida, y lo que es más, el sosiego sereno a vista de la muerte que, cuando llegare, no exigirá con terror y espanto, como de los demás, el forzoso tributo de la vida, sino que os lo pedirá con respeto y lo esperará con sumisión de vuestra serena conformidad a las leyes de la naturaleza».

«Siempre me interesaron, amada Domitila, vuestros discursos llenos de sabiduría, mas éste en las presentes circunstancias en que nos hallamos me sirve de consuelo particular. Con él aliviáis en parte mi dolor y aflicción; ni me quedan ya otros motivos de sentimiento que el infeliz estado de mi madre y la penosa incertidumbre en que me veo de la prisión de mi buen padre Belisario. Otra cosa no queda ya en la tierra a mi parecer que me pueda afligir ni conturbar, antes bien, ahora experimento el provecho que me redunda del ejercicio de la moderación y del menosprecio que procurasteis infundirme a las joyas y riquezas, pues os aseguro que nada siento su pérdida y la de las comodidades y abundancia en que me vi. Aquellos dos únicos motivos tienen todavía a mi alma en triste agitación, aunque contenida en parte de vuestros consejos. ¿Mas creéis que llegue yo a regar con mi llanto los cadáveres de mis padres, y que de ese llanto haya de sacar ese indecible consuelo que decís?».

«No quisiera que tomaseis mi dicho por pronóstico. Comúnmente mueren los padres antes que los hijos. Si esto sucediere a los vuestros, espero que vuestro sentimiento podrá tener un gran alivio en la virtud, mas ésta necesita también, Eudoxia, de descanso exterior. No hemos dormido ni descansado en dos días consecutivos, y será bien que lo hagamos ahora para fortalecer la naturaleza contra los accidentes que nos pueden sobrevenir en adelante».

Condescendió con lo propuesto por su virtuosa amiga, echándose con ella sobre la paja que había servido de lecho a su madre, después que les pareció que ésta durmiese, lo que no disminuyó la solicitud de su buena hija en toda la noche, como tampoco la que fomentaba por su amado padre, ansiando que llegase el siguiente día para saber las nuevas que le prometió traer el pobre Damasio.

No tuvo éste mejor lecho que Eudoxia aquella noche, en el pajar en que se recogió por no haberse atrevido a entrar la tarde antes en la ciudad, amedrentado de las noticias del estrago que hicieron en el pueblo los soldados de Narsés. No por eso quiso dejar de satisfacer sus deseos y curiosidad al siguiente día, en que esperaba se hubiese sosegado el tumulto y mortandad. Se lisonjeaba a lo menos que no tendría por qué temer en aquel traje y disfraz que había tomado de mendigo. Animado de estas lisonjas, apenas los primeros albos del día iluminaron al establo se levanta y prosigue su camino. Informado que se había sosegado el tumulto, sin saberle dar razón ninguna de Belisario, resolvió entrar en Constantinopla, confortado de la dulce memoria de su amada Eudoxia y de la esperanza de poseerla.

Ningún obstáculo halló en las puertas, mas se le acrecentaba el miedo y el horror al paso que se internaba en la ciudad, viendo los charcos de sangre que quedaban en las calles, y

en algunas los cadáveres tendidos en el suelo, que no habían cargado todavía en los carros que iban y venían por la ciudad a este fin. Acrecentaba su espanto el triste y horroroso silencio que la ocupaba, cerradas las oficinas y tiendas de los artesanos y mercaderes, resonando sólo a lo lejos el llanto y lamentos que entreoía al pasar por algunas casas. Estaba tentado Damasio de volver atrás, pero el amor que lo animaba le sugirió llegarse a las torres en que sabía se hallaba Belisario, pues así podría más fácilmente y con mayor disimulo informarse de su paradero. Así lo ejecutó, poniéndose a vista de las mismas en un sitio un poco apartado, donde comenzó a remedar el mendigo, importunando con sus lamentos a los que pasaban.

Después que triunfaron la fuerza y la violencia de los amotinados, quedó hartos tiempo al Emperador para determinar el suplicio de Belisario, mas habiendo perecido a manos del pueblo sus mayores émulos y enemigos no quedaba ninguno que solicitase su muerte, antes bien, compadecidos todos de aquel ilustre reo a quien se le había ya privado de la vista y de todos sus bienes y riquezas, aconsejaron al Emperador a que lo pusiese en libertad, atendida la palabra que había dado de hacerlo, pudiéndola cumplir sin ningún miedo y sirviendo esta misma gracia para hacer campear la irresistible de su poder y para acrecentar el terror del mismo pueblo, viendo a Belisario libre, condenado a su ceguera y a la mendicidad a que debía recurrir para sustentarse.

Prevaleciendo este parecer, se dio luego orden para que lo sacasen de la cárcel y lo dejasen en la calle a su ventura. Así lo ejecutaron los guardias, dejando ciego, pobre y desamparado al que poco antes había sido la admiración de todo el Imperio, y que había llevado en el carro del triunfo por aquellas mismas calles al vencido rey Gelimer y a su familia, donde ahora ninguno osaba llegarse para darle la mano y mucho más para socorrerle, viéndose obligado aquel ilustre miserable a tantear el viento con las manos y el suelo con los pies para llevar con alguna seguridad sus pasos en medio de las funestas tinieblas que le circundaban.

Maximio, que estaba muy atento a la cruel formalidad con que los soldados dejaban libre en la calle a Belisario, no pudo resistir a la palpitación y terror que le causó al ver al victorioso padre de Eudoxia reducido a tan miserable estado y a la cruel privación de la vista, como lo manifestaban los ademanes que hacía con los brazos y el tiento y cautela con que arrastraba sus pasos sin quejarse ni decir palabra, pareciendo buscar una pared que le sirviese de guía. Mas no pudiendo dudar de aquella funesta pena de Belisario, a quien veía caminar a tientas y sin acierto, aunque sentía impulsos de ir a ponerle en camino y de darle noticias de su mujer y de su hija, le retenía, sin embargo, el temor de los soldados, que estaban contemplando el embarazo de aquel respetable ciego desde la puerta de la cárcel, a donde se habían retirado después que lo dejaron en medio de la calle.

Pero el amor, avivando los impulsos en el corazón de Maximio con la memoria de Eudoxia, le hizo atropellar con todos sus temores y reparos y lo indujo no solamente a que se llegase a él sino también a decirle con compasiva resolución y franqueza:

«Belisario, dad acá la mano, os serviré de guía hasta el lugar que me insinuéis».

Belisario, aturdido todavía, a pesar de la excelsa fortaleza de su ánimo, de todo lo que acababa de pasar por él, reconociéndose libre entre las funestas tinieblas que iba palpando, y necesitado de ajena mano que lo condujese, mostrose reconocido a aquella persona que le ofrecía la suya, diciéndole:

«Quien quiera que seáis, pues no puedo tener el gozo de conoceros, os agradezco vuestra compasiva y generosa atención. Mal asegurado de la cruel libertad que se me concede, y abandonado a mi funesta suerte, no sé si me queda asilo en la tierra ni quién me ampare. ¿Sabéis, por ventura, si viven mi mujer y mi hija?»

«Si deseáis que os conduzca a donde están, lo haré de mil amores; dad acá la mano, venid conmigo».

«¿Mas ellas dónde se hallan, pues me intimaron que quedaba enteramente privado de todos mis haberes y que se me abandonaba a la pobreza por clemencia del Emperador?»

«Oí decir que las sacaron fuera de la ciudad; nos informaremos por el camino de su paradero».

«Vamos allá, os ruego. ¡Ah! No lo perdió todo Belisario».

No se atrevió el supuesto Damasio a declarar a Belisario el sitio en que se hallaban su mujer e hija mientras caminaban por las calles de la ciudad, ni contestaba tampoco a otras preguntas que él le hacía hasta que, hallándose ya fuera de las puertas, le paró para decirle así:

«Belisario, estamos ya en el campo. Os puedo decir ahora con toda libertad lo que antes no me atrevía.

Sabed, pues, que vuestra hija Eudoxia, sumamente afanada y solícita por saber el éxito de vuestra prisión, me encargó que viniese a Constantinopla para que pudiese, a lo menos, tener alguna noticia de vuestro estado. A este fin me puse cerca de la cárcel, esperando se me proporcionase un momento oportuno para satisfacer a los deseos de vuestra hija y a los míos, cuando impensadamente vi que os sacaban de las torres y os dejaban en libertad. Así pude atreverme a ofreceros mi mano, y hacer con vos este piadoso oficio, mucho más honroso y estimable para mí que todos los honores y riquezas que me pudiera dar el Emperador».

«¿Qué escucho? ¡Cielos!, exclamó Belisario: ¡No, no soy del todo infeliz! ¿Esto quién lo creyera? Hallo quien prefiere servirme en mi miseria a los dones y favores de la fortuna. Vuestras increíbles expresiones me hacen sentir mucho más la falta de la vista, no pudiendo conocer a quién debo tan estimable oficio y tan generosos sentimientos. Decidme a lo menos quién sois».

«Un pobre infeliz, que como vos perdí también todos mis haberes y me veo reducido a la mendicidad. Empleado en este miserable estado de vida di accidentalmente en la pobre

casa a donde llevaron a vuestra mujer y vuestra hija, la cual, con el motivo de pedirle yo limosna y de decirle que iba a Constantinopla, me hizo con lágrimas el encargo que os insinué».

«¡No esperaba tener tan presto este consuelo! ¿Eudoxia vive, pues, y vive también Antonina, aunque en esa pobre casa que insinuáis? No podéis pensar cuán grande es el consuelo que me causáis. El cielo os lo remunere, pues yo no puedo satisfacer a medida de mis deseos a tan generoso favor».

«El consuelo es el mío de servir de guía al ilustre vencedor de Gelimer y de Vitiges».

«Viste, hijo, los males que me han acarreado esos honores. Nada puede ya interesarme en la tierra sino mi mujer, mi hija y vos, que sobremanera empeñáis mi reconocimiento. Por lo tanto os ruego, ante todas cosas, me digáis vuestro nombre y cómo es que perdisteis vuestros haberes».

«Llámome Damasio y soy de la villa de Esterobea; perdí a mi padre hace tres años y con él la paterna herencia, que confiscó el Emperador. Así me veo reducido a vivir pordioseando mi sustento».

«Sobremanera siento vuestra desgracia, y quisiera poder remediarla. Mas decidme también si sabéis de qué modo se sustentan mi hija y mi mujer. ¿Hanlas dejado bienes con que pasar la vida o las han reducido también a la pobreza?»

«No puede ser mayor la miseria en que se hallan. No me atrevo, Belisario, haceros la descripción del lastimoso estado en que las vi. La sola memoria me entenece».

«Hijo, en mi prisión preví el exceso de las desventuras que podían acompañar mi desgracia. Nada me parecerá extraño. No tenéis, pues, por qué recelar y temer en hacerme una pintura de ellas; ninguna cosa será ya capaz de envilecer y abatir al corazón de Belisario».

«Sabed, pues, que con el motivo de llegar a la puerta a pedir limosna, salió a mi llamamiento una señora joven a quien oí que llamaban Domitila...»

«¿Cómo? ¿Qué me cuentas, hijo? ¿Domitila está con ellas?»

«Ella me introdujo en la estancia donde vi a vuestra mujer Antonina tendida sobre la paja, y a vuestra hija Eudoxia que a su lado lloraba».

«¡Oh, Antonina! ¡Oh, hija mía! ¡Ah! ¿A qué no está expuesto el hombre en la tierra?... Pasa adelante, Damasio».

«Domitila, que las confortaba y que atendía a aliviarles sus penas, me rogó que fuese a proveerles un poco de sustento, dándome para ello sus pendientes, lo que visto por Eudoxia no quiso permitir que yo los recibiera, sino que quitándose un precioso collar de

perlas que llevaba al cuello me lo ofrecía para que lo vendiese y comprase con él lo necesario. Rehusé aceptar uno y otro, lisonjeándome traerles sin ello el sustento de que necesitaban, como lo hice, dejándolas allí para venir a Constantinopla a informarme de vos, según vuestra hija me lo rogó encarecidamente».

«Ellas, pues, ignoran que estoy libre y que me privaron de la vista. El gozo y consuelo que probarán por verme en libertad y en su dulce compañía compensarán al dolor de verme ciego y necesitado».

«A la verdad, han ejercitado con vos una cruel ingratitud. ¡Privaros cabalmente de la vista a que debe el Imperio su mayor gloria y su dilatada grandeza!»

«No lo extrañes, Damasio. No hay cosa más liberal ni más ingrata al mismo tiempo que la fortuna. Sin la dulce satisfacción de mi inocente honradez y entereza, sería yo muy infeliz».

«¿No lo sois del mismo modo?»

«No; Belisario, inocente aunque mendigo y ciego, no tiene por qué echar menos sus perdidos bienes. La fortuna pudo despojarle de los adornos de la grandeza, mas no de sus sentimientos».

Proseguían así su razonamiento Belisario y el supuesto Damasio, interrumpiéndoles frecuentemente las personas compasivas que conocían a Belisario, a quien ofrecían sus vecinas habitaciones. Él les agradecía sus atentos ofrecimientos sin aceptarlos, ansioso de llegar cuanto antes al sitio donde se hallaban su mujer y su hija con Domitila. ¿Qué sintiera y dijera aquel ilustre ciego si supiese que aquel Damasio que espontáneamente le servía de lazarillo era aquel mismo Maximio a quien él procuró sacar de la cárcel en que le hizo poner Antonina, y el digno y fiel amante de Eudoxia, cuyo casamiento prefería al de Basíledes el mismo Belisario después que supo el afecto que Eudoxia le tenía?

Tentado estaba a cada paso Damasio de descubrirse a Belisario por Maximio, pero contenía sus deseos e impulsos no tanto el mismo Belisario cuanto Eudoxia, a cuyos ojos quería quedar todavía encubierto, pareciéndole que sería muy inoportuno su descubrimiento en medio del sumo alborozo de la misma con el recobro de su amado padre. Resolvió, pues, diferirlo a otra ocasión mejor, contentándose por entonces de la dulcísima satisfacción de cumplirle la palabra que le dio de traerle nuevas de su padre, conduciéndosele en persona. Pero persuadido que el consuelo que ella probaría sería tanto mayor cuanto más impensadamente la presentase su padre, no quiso avisar ni tocar a la puerta cuando llegó, sino que, hallándola abierta, entró conduciéndole de la mano hasta la estancia.

Estaban entonces Eudoxia y Domitila muy afanadas y tristes junto a la pobre cama en que habían incorporado a Antonina, sumamente extenuada, persuadiéndola a que recibiese el sustento que le presentaban y persistiendo ella en rehusarle y en querer morir, cuando llamada toda su suspensa atención de la voz de Belisario que entraba y del pobre

Damasio que le conducía, los reconocen. Eudoxia, aturdida y arrebatada de la vista de su padre y deslumbrada al mismo tiempo del gozo excesivo e inesperado que le infundió, fue a precipitarse en sus brazos sin reparar en su ceguera, diciendo con sollozos, arrimado su rostro al esforzado pecho de su padre, que la tenía entre sus brazos:

«¡Oh, padre mío!... ¡Oh, padre mío! ¡Recobro mi mayor bien! ¡Cuánto debo a Damasio! Nada falta a mi dicha...»

«¡Te reconozco, amada Eudoxia, le decía su padre sumamente enternecido; te abrazo, hija mía, te abrazo. Mas, ¡ah!, no quiso la cruel fortuna concederme el consuelo también de volverte a ver con mis ojos».

Eudoxia, advertida entonces de aquella nueva desgracia de su padre en que no había reparado, prorumpió en llanto, diciendo:

«¡Oh, desventurada de mí! ¿Qué veo? ¡Ah! Era sobrada dicha para vuestra hija el recobraros, amado padre, aunque pobre y mendigo. ¿Pero ciego? ¡Oh, cielos! ¿Ciego?...»

«Pero tu padre, hija mía, aunque pobre y ciego, te recobró y te abraza».

«Aquí me tenéis, dijo Domitila, penetrada de dolor al ver la crueldad que han ejercitado con vos».

Antonina, que estaba incorporada en la cama y arrimada de espaldas a la pared, llamada de la voz de su marido, como reconociese todo el exceso de la cruel ingratitud que habían usado con él, no pudo resistir al más fiero impulso de su dolor, que la oprimió enteramente haciéndola arrojar un agudo grito, que fue el último aliento de su vida.

Aunque su cuerpo cayó sin alma sobre la cama en que estaba medio incorporada, ni Eudoxia ni Domitila repararon en su trance, sumamente aturdidas y dolientes de la vista y expresiones de Belisario, hasta que éste insistiendo en que le llevasen hacia la cama para abrazarla, se ofreció Domitila diciéndole:

«Ahí en la cama está donde la postró su mortal aflicción».

Y llegada con Belisario a la cama, no creyéndola muerta, aunque la vio tendida, la llamó diciéndola:

«Aquí tenéis, Antonina, a vuestro marido Belisario».

Éste, palpando el cuerpo para asirla de la mano, la decía:

«Aquí me tenéis, Antonina, no lo perdimos todo. ¿Mas, cómo? ¿No me responde ni me da señal de vida?... ¿Mas qué significan esos recios sollozos? ¿No sois vos, Domitila, la que sollozáis? ¿No es también Eudoxia la que prorumpe en tan amargo llanto?... ¿Qué viene a ser esto?... ¿No me respondéis?»

Reconoció luego Domitila que había muerto Antonina y se confirmó en ello Eudoxia por los sollozos de Domitila y por la postura de su madre, sin poder una ni otra responder a Belisario ni certificarlo de su trance, vedándose sus sollozos y su dolor hasta que Domitila, forzada de sus instancias, se lo dijo con medias palabras. Confirmado entonces Belisario en sus sospechas, póstrase con dolor sobre la cama y sobre la mano de Antonina que había asido, y aplicando a ella sus labios exclamó:

«¡Oh, infeliz Belisario!... ¡Oh, Antonina!... ¡Este golpe cruel me reservaba también mi enemiga suerte para amargar mucho más el gozo de mi libertad y de vuestro recobro!...»

En estas y otras expresiones dolorosas prorrumpió Belisario, postrado sobre la cama y sobre el cuerpo de la difunta, avivando mucho más con este espectáculo el dolor de Domitila y de Eudoxia, que se había arrimado a su buena amiga buscando naturalmente alivio a su sentimiento en la pérdida de su madre. Mas esta misma confianza, avivando su enternecimiento y dolor con las tristes demostraciones de su padre, la hizo desfallecer, dejándose caer sin sentidos en los brazos de Domitila, que la recibió en ellos advertida de su ademán. Damasio, que hasta entonces había sido mudo espectador de aquella escena lamentable, no pudo resistir a la fuerte conmoción que le causó el ver a su amada, que privada de sentidos y con rostro moribundo parecía querer espirar en los brazos de su amiga. E iba a descubrirse, impelido de su amor que lo reducía a postrarse ante ella de rodillas, cuando Domitila, solícita por el desfallecimiento de Eudoxia, le rogó que fuese luego a traer agua para rociarla el rostro.

Contenido Damasio del ruego de Domitila, que le pedía el agua con instancia, se dio prisa en traerla, y con ella y mucho más con sus lágrimas y tiernas expresiones pudo recobrarla, ayudada del encubierto amante, que la roció también el rostro con su enternecido llanto, temiendo que muriese y que su muerte le robase el fruto que se prometían sus esperanzas. Mas luego que la vio volver en sí volvieron a jubilar las lisonjas de su amor en su entristecido pecho, y a fin de impedir que volviese Eudoxia a caer en igual deliquio pensó en hacer desistir a Belisario de sus dolorosas demostraciones en que continuaba, arrancándolo de la cama y del cadáver de Antonina, que tenía abrazado.

Lo consiguió con sus exhortaciones y con la fuerza de que también se valió para llevarlo a un asiento que había algo distante de la cama, donde lo dejó sentado. Le ocurrió también sacar cuanto antes del mismo cuarto el cadáver de Antonina, para quitar con su vista el fomento de dolor que debía causar necesariamente a los que tanto sentimiento acarrea su trance. Fue para ello a llamar a los vecinos labradores, los cuales, condescendiendo con sus ruegos, dejaron el trabajo del campo en que se empleaban para ir a hacer este piadoso oficio al cadáver de una mujer poco antes la más ilustre y rica del Imperio, y ahora tan infeliz y tan pobre en su muerte que causaba compasión a los más miserables.

Eudoxia, mal recobrada de su desfallecimiento, estaba todavía en los brazos de Domitila, que se esmeraba en confortarla y consolarla, cuando llegaron los labradores con Damasio. Advirtió éste entonces con sus ademanes a Domitila de las intenciones que tenía de

llevarse el cadáver, de modo que Eudoxia no pudiese reparar en ello. Lo entendió Domitila, y a pesar del dolor que le renovaba aquel postrer oficio hecho al cadáver de la difunta, cubrió de modo el rostro de Eudoxia con el suyo que los labradores, ayudados de Damasio, pudieron llevarse el cadáver sin que ella ni Belisario lo advirtiesen.

Hecho esto, no le pareció bien tampoco a Damasio diferir el entierro, recelando que Eudoxia, llevada de su dolor, fuese en busca del cadáver de su madre luego que lo echase menos. Movido de esto indujo a los labradores a que le abriesen cuanto antes la huesa en el campo, lo que ellos ejecutaron ayudados también del mismo Damasio, y luego que la tuvieron abierta depositaron en ella el cadáver sin otras exequias que las que sus compasivas manos y corazones le hacían. ¡Oh, ambición! ¡Oh, fortuna! ¡Ah! ¡Cuán diferentes honras prometíais a la que pocos días antes, desdeñando pobre a aquel mismo Damasio, reputándole indigno del casamiento de su hija y haciéndole poner en la cárcel como reo de su ofendida presunción, había de tener en él el solo amparo en la tierra y recibir de sus propias manos las honras postreras, después de verse reducida por su adversa suerte a la más horrible necesidad y miseria! ¿Y habrá quien, a vista del infeliz trance de la mujer de Belisario, se ensoberbezca en la grandeza y en los honores, solos préstamos de los caprichos de la fortuna? ¡Santa y noble moderación, tú sola puedes hacer a los mortales mayores que su grandeza y fortuna y superiores a su desgracia, si en ella los hace caer su contraria suerte!

LIBRO IV

Después que Damasio dejó enterrada a Antonina, volvió solícito a la casa y estancia, donde encontró a Belisario sentado en el mismo asiento en que le dejó. Había sucedido a sus lamentos un triste silencio con que mostraba dar atención a Domitila, que teniendo todavía en su regazo a Eudoxia la decía:

«Vuestra madre pagó ya el tributo a la naturaleza, y vos lo disteis también del justo dolor y llanto que su sensible pérdida os exigía. Todos sus males acabaron con su muerte. Nada os queda por que doleros ni lamentaros de ella. Tenéis con vos a Domitila, que no os ama ni amará menos que aquella misma que os tuvo en el vientre. Habéis experimentado mi amor, Eudoxia, y me lisonjeo de haber también merecido vuestra apreciable correspondencia».

«¡Oh, amada Domitila!, le dijo la recobrada Eudoxia, si vivo es sólo por vuestros esmeros, y por efecto del amor que os debo me restituisteis a la vida y a mi amado e infeliz padre...»

«Fui infeliz, Eudoxia, dijo Belisario, rompiendo su silencio; tal vez se burló de mí la fortuna viéndome oprimido de un justo dolor. El corazón de Belisario no se rindió al aparato y dolor del tormento que lo privó de la luz del día; cedió por pocos instantes al sentimiento de la pérdida de la buena compañera de su tálamo. Era mortal, y murió. El amor que yo la debía, y al que el suyo fue acreedor, arrancó de mi pecho los lamentos y

quejas que no me merecieron ni la pérdida de mis bienes y honores ni la de mi vista, ni la pobreza y necesidad presente a que me condenó la suerte.

Pero pagada ya la deuda de mi forzoso duelo, no le queda ya ninguna otra a mi corazón, mucho menos dejándome el cielo a mi amada Eudoxia. Ven, pues, hija mía, deja que avive en tus brazos el tierno consuelo con que recompensa a mi sufrido sentimiento la memoria de tu posesión. Árbitro omnipotente de los mortales, dignate hacer duradero este mi gozo. Otro bien no le queda a Belisario en la tierra que su hija virtuosa. Consérvasela, pues, a un tierno padre que os lo ruega con el más sumiso y ardiente afecto, y que en la misma y en su feliz recobro reconoce el mayor don de tu piadosa beneficencia».

Eudoxia, que sostenida de Domitila obedeció a su padre que la llamaba, y en cuyos brazos hizo él aquella tierna oración al Criador, luego que vio haberle dado fin le dijo:

«Recibo, padre mío, en esta vuestra tierna demostración no pequeño alivio de mi sentimiento. Vuestra hija Eudoxia, en su miserable estado, echaba solamente menos a su amado padre, y se dolió justamente de la pérdida de su madre. ¡Ah! No extrañéis si su memoria renueva otra vez el llanto...»

«No, hija mía, no lo extraño, dijo Belisario. Reconozco a Eudoxia en sus expresiones y sentimientos. Aunque estoy sin ojos, te veo, hija mía. A la privación exterior de mi vista compensa la del alma, en que quedan impresas tus facciones y con ellas la imagen de tu virtud. El mayor de todos sus bienes le queda todavía a Belisario, y en ti lo posee.

Pudo la fortuna despojarme de todos aquellos bienes con que engrandece, si se le antoja, al hombre más bajo y ruin en este risible teatro de la tierra, pero la fortaleza y la constante entereza del alma se eximieron siempre de los caprichos de la suerte. No le demos, pues, más el gozo de que oiga en adelante nuestras quejas y lamentos, y neguémosle la satisfacción de que nos vea tristes y abatidos. Dejemos que se lamenten de ella los que, engreídos en sus favores, se reputan viles, deshonorados e infelices si los pierden. Belisario ni su hija no deben pensar así. Su mayor gloria, sus títulos mayores y su mayor grandeza están cimentados en sus sentimientos. Éstos ennoblecerán, hija, nuestro presente estado, aunque infeliz y miserable, en esta pobre casa. De aquí no me sacaré ya ni el sonido de la guerrera trompeta ni los favores soberanos. Verdad es que no podré, como el honrado Régulo ni como el honesto Fabricio, arar ni sembrar el campo de mis mayores, pues la falta de la vista me lo veda, pero igualmente satisfecho que ellos podré, a la sombra de un árbol, tratar con vos y con Domitila de los afectos del alma y de las pasiones, y contigo también, Damasio, si te dignares quedar en nuestra compañía».

Creía Belisario que Damasio estuviese allí presente, mas él, que advirtió de antemano la falta de todo lo necesario en que estaban aquellos ilustres desgraciados, luego que notó que Domitila continuaba en consolar a Eudoxia se aprovechó de aquellos momentos para ir a proveer mesa y manteles y los más necesarios utensilios. No pudiendo, pues, responder, ausente, a lo que le decía Belisario, que le dirigió el discurso, respondió por él Domitila diciendo que Damasio no estaba allí, que hacía poco que había desaparecido. Mas temiendo Belisario que le hubiese desamparado, volvió a preguntar por él y si sabía

a dónde había ido, pues no podía persuadirse que les hubiese dejado del todo sin prevenirse antes, atendidas las pruebas que le había dado de su noble y generoso corazón.

Contestáronle lo mismo Eudoxia y Domitila, que contaron el caso de los pendientes y del collar, que indicaba que sus sentimientos eran superiores a los de mendigo como él lo era, aunque hijo de ricos padres, según les había contado él mismo antes de ir a Constantinopla. De esta manera proseguían en hablar del ausente Damasio, comenzando a recelar haberle perdido cuando lo ven entrar cargado de muebles y con una mesilla que traía sobre la cabeza. Cuanto más sensible se les hacía su pérdida, tanto mayor gozo les dio su impensada vuelta con aquella nueva prueba de su compasiva y generosa atención. Eudoxia y Domitila, transportadas del tierno reconocimiento que les causó, acudieron a él para ayudarle a descargar aquellos trastos.

Domitila, que se adelantó a Eudoxia luego que le vio entrar, fue la primera en decirle al tiempo que le iba aliviando la carga:

«Esta generosa atención que usáis, Damasio, con Belisario y con su hija Eudoxia, no solamente es acreedora al reconocimiento de los mismos sino también a la veneración que merecéis con un hecho que acredita la grandeza de vuestra alma».

«Nada hay aquí que admirar, y mucho menos que venerar, Domitila, le respondió Damasio; no hago sino lo que hubiera hecho cualquiera otro en mi lugar. Sigo el natural impulso de la compasión que me mereció la desgracia de Belisario y de su hija, y el del aprecio que hago de la honra que me proporcionó la suerte de servir en su desgracia y miseria al hombre más glorioso del Imperio».

Belisario, oyendo esto desde su asiento, no pudo contenerse, preguntando con vivo interés y curiosidad:

«¿Es por ventura Damasio el que eso dice?»

«Es Damasio, le responde Domitila, que vino cargado con los muebles que nos faltaban».

Belisario entonces, abriendo los brazos, le dijo:

«Ven acá, Damasio, hijo mío, ven acá, deja que Belisario te manifieste con sus brazos el entrañable agradecimiento y aprecio que te debo».

No rehusó Damasio esta tierna demostración de Belisario, antes bien, abrazándose con él le decía:

«¡Ah! Si supierais, Belisario, cuán grande recompensa es ésta para mí, y mucho más el título de hijo que me acabáis de dar. ¡Oh, cuánto empeñáis mi corazón sensible y agradecido!»

«Si a tan poco coste puedo recompensar tus inestimables servicios llamándote hijo mío, sabed que Belisario, a más de dártelo, te tendrá siempre por tal si quisieras quedar con él».

«¿Si quisiera quedar con él? ¿Puede haber honor ni dicha en la tierra que anhele yo más que permanecer con vos y que serviros?»

«Me haces enternecer, hijo mío. Empeñas sobremanera mi reconocimiento».

Oyendo esto Eudoxia, dijo inmediatamente a su padre:

«Si deseáis manifestar a Damasio vuestra gratitud, aquí tenéis este collar de perlas que fue la sola alhaja que me quedó».

«Sí, hija mía, dijo Belisario, dadle acá, tendrá Damasio esta prenda de mi aprecio. Tómale, hijo mío, tómale».

«¿Que yo lo tome?, dijo Damasio; no se envilecerán mis manos recibiendo un don que desmintiera el desinterés de mi afecto, aunque fuera para mí una dádiva inestimable no tanto por lo que vale cuanto por pertenecer a quien pertenece. Respetable Eudoxia, quedan ya sobradamente recompensados todos mis servicios, basta que os dignéis aceptarlos y con ellos mi sincera voluntad, con que procuraré no desmerecer el título de hijo con que me honró vuestro ilustre padre. Conservad, os ruego, ese precioso collar. De hoy en adelante emplearé con mayor tesón mis brazos y mis sudores para impedir que llegue el lance de veros necesitada a desprenderos de él».

«Oh, mozo digno, exclamó Belisario, no sólo de mi más tierno aprecio, sino también de que bese esas tus manos! Dalas acá, Damasio, hijo mío, deja que desahogue en ellas con mis labios la gratitud que me aviva tu noble desinterés».

«No, no lo permitiré jamás, Belisario», decía Damasio, apartando las manos que quería besarle Belisario. Mas éste instaba con cariñosa porfía, diciendo:

«No me niegues, hijo, este consuelo. Confirmaré con esta tierna demostración que te tendré siempre por hijo y por hermano de Eudoxia. Hija, dame la mano, acércame a Damasio. No será tan desconocido en su magnánima compasión que huya y rehúse prestarse a la demostración de quien se le declaró por padre».

«No, no huyo, ¡Belisario, dijo Damasio postrándose de rodillas, antes bien prevengo aquí a vuestros pies que esa demostración, como padre, no os compete. Uniré mi rostro al vuestro; impriman en ellos nuestros labios con mutua gratitud la dulce obligación que la misma impone».

Diciendo esto se abrazaban y besaban Belisario y Damasio, haciendo enternecer a Eudoxia y a Domitila, que con lágrimas en los ojos veían y oían las demostraciones y expresiones tiernas con que desahogaban los afectos de sus ánimos sensibles y

reconocidos. Desprendiéronse de sus abrazos no sin sentimiento de Damasio, por no haberse atrevido a servirse de aquella ocasión tan propicia para descubrirse a Belisario, temiendo que le fuese contrario como Antonina al casamiento con Eudoxia.

Mas como determinaba quedar allí con él, esperaba que se le proporcionaría ocasión para salir de estos recelos y para indagar antes los sentimientos de Belisario sobre este particular, pues si le fuesen favorables podría entonces descubrirse con mayor seguridad, que dejaría más satisfecho su amor y realzaría su ficción. Animado de estas lisonjas atendió a proveerles de sustento, a que hasta entonces no les había dejado pensar la muerte de Antonina, cuyo cadáver, echado menos de Eudoxia, le renovó las lágrimas y el sentimiento, que procuró disminuir Belisario con sus exhortaciones mientras Damasio fue en busca de la comida.

Con el motivo de haber él ido antes al campo a enterrar a Antonina, supo de los labradores que aquellas tres o cuatro tierras y un huerto que había inmediato a la casa pertenecía a la difunta. Esta noticia le consoló mucho, acordándole que aquel campo podía servir, aunque corto, a su subsistencia, sin verse necesitados a pedir limosna, expediente forzoso a que hubieran debido recurrir sin aquellos campos y sin aquel huerto donde quedaban algunas frutas y alguna hortaliza que trajo Damasio, y que les sirvió de comida aquel día sobre la mesilla que él mismo había traído antes, y en que Belisario quiso tenerle a su lado para darle nuevas pruebas de su estimación y reconocimiento. Rebosaba de sublime satisfacción y consuelo el alma de Damasio, no sólo por las expresiones de Belisario sino mucho más por tener junto a sí sentada a Eudoxia, pudiendo disfrutar sus ojos sosegadamente del dulce objeto de su amor, tierno y casto, y conocer las realizadas prendas de su bella alma.

Dio motivo para esto el discurso que movió Damasio después que desahogaron los afectos de su gratitud por el sustento que les había traído, diciéndoles él:

«Consolaos, pues no somos enteramente infelices; estas frutas y hortaliza las traje del vecino huerto que os pertenece, con algunas tierras contiguas, como patrimonio de Antonina. Yo lo cultivaré con mis manos y así sacaremos de ellos nuestra necesaria subsistencia, con lo cual pasaremos, pobres sí, pero muy felices si con ello nos contentamos. Aunque veo que ahora en los principios no os acomodaráis fácilmente a una comida y sustento tan parco, mucho menos estando acostumbrados a la exquisita abundancia y riqueza que alegraba a vuestras antiguas mesas».

Eudoxia, oído esto, fue la primera en decir:

«Ningún atractivo tiene ya todo eso para mí. Toda mi antigua abundancia no la trocara, Damasio, por estas frutas, que provistas por vos realzan vuestra generosa compasión para con mi padre. Domitila acostumbró de antemano mi corazón al menosprecio de todos aquellos bienes y riquezas de que nos despojó la fortuna. Y así os aseguro que no probé tan dulce satisfacción en medio de mi antigua abundancia cuanto ahora en este escaso manjar, en compañía de mi recobrado padre, de mi amada Domitila y de vos, Damasio, en quien reconozco un digno hermano después que mi padre os reconoció por hijo. Otro

motivo de tristeza no me queda que la pérdida de mi buena madre. Todas las demás memorias no podrán entristecer a mi corazón, aunque reducida a ganarme el sustento con el trabajo de mis manos».

Damasio, al oír esto, no pudo dejar de exclamar:

«¡Autor omnipotente de todo lo criado, que sois testigo de la admiración y del gozo que infunden a mi pecho las sublimes expresiones de Eudoxia, queráis poner fin a sus males y a los de su digno padre, y hacer su presente estado el más dichoso de la tierra!»

Dicho esto iba a descubrirse, impelido de su enfervorizado afecto, haciendo a Eudoxia una amorosa demostración, pero lo contuvo el respeto que exigió de él el continente de su amada y las lágrimas que vio asomadas a sus ojos, que tuvieron en freno los impulsos de su amor enardecido. Lo contuvo también la expresión que le hizo al mismo tiempo Belisario para agradecerle de nuevo el empeño afectuoso en servirles y cuidar en adelante de su sustento trabajando los campos, como había insinuado.

Aviváronse con esto mucho más a Damasio los deseos de quitar el velo a su ficción y de sacudir enteramente la molestia que sufría en llevar el rostro sucio y tiznado, como de propósito lo llevaba para no ser conocido, y mal arropado como iba con aquellos andrajos, que cuanto más caracterizaban su miseria tanto menos contribuían para granjearse el afecto y correspondencia de Eudoxia, como hubiera deseado y como le convenía para que tuviese su descubrimiento un éxito más feliz. No por esto perdió las esperanzas de que se proporcionase cuanto antes ocasión que todo lo combinase. Animado de estas lisonjas, luego que acabaron aquella parca comida se despidió de ellos diciéndoles que iba a buscar varias cosas que les faltaban.

Mas no quedándole dinero bastante para suplir todo lo necesario que sus amorosos deseos le sugerían, viose precisado a buscar expedientes en su fecunda imaginación. El de pedir limosna no podía prestar para tanto, las cosechas de los campos no podían tampoco serles de provecho por entonces por estar en cierne todavía. El huerto suministraba alguna fruta, legumbres y hortaliza, mas no habiéndose ejercitado en su cultivo veía que no podía salir bien de presto con su manifestado empeño, y recelaba que a la larga fuese dañoso aquel solo alimento a los que no estaban acostumbrados a él, por más que quisiesen esforzarse en sus circunstancias a acomodarse a tales manjares con su heroica resignación.

También le ocurrió el servirse del precioso collar de Eudoxia, puesto que le era ya alhaja inútil por cuanto no quiso llevarlo más al cuello desde la vez primera que se lo quitó para entregárselo al mismo Damasio en lugar de los pendientes que Domitila le ofrecía. Mas antes que resolverse a este paso, a que sentía suma repugnancia, pensó en volver a Constantinopla y a la casa de sus padres para tomar algunas alhajuelas que le pertenecían, con cuya venta podría suplir a la presente necesidad y ver y abrazar a sus padres, que estarían muy solícitos y afanados por su ausencia, no pudiendo ellos ignorar que había salido de la cárcel que forzaron los amotinados.

Pensar y resolver esto fue todo un punto, tomando con gran aliento el camino de Constantinopla. Pero luego comenzaron a presentársele vivamente las dificultades que encontraría para volver a la casa de Belisario si llegaba a ver a sus padres, que querrían saber de él los motivos de su ausencia y del traje infeliz de mendigo que llevaba, que lo detendrían y le impedirían finalmente la vuelta. Estas ocurrencias le retraen de su resolución y le paran, obligándole a buscar nuevos medios para deshacerse de las dudas y temores que le acometían y suplir a la necesidad en que se hallaba. Tanto pensó y meditó sobre este afán, que al fin dio con un expediente que le pareció admirable, y fue que podría vender las cosechas en cierne a alguno de los ricos aldeanos de aquellos contornos, y mantenerse todos con el dinero que sacase de la venta, pues entretanto se ejercitaría en el cultivo del huerto y de los campos y encontraría otros medios para subsistir.

Este feliz expediente, prendido de su imaginación, le obliga a volver atrás. Mas para no llegar vacío y desprovisto a la casilla determinó ir a implorar la compasión de los labradores que trabajaban cerca de una grande alquería por donde pasaba, pidiéndoles un poco de paja y sustento que debía servir para el ilustre Belisario, reducido al extremo mayor de miseria por su ingrata y cruel suerte. A éstas añadió otras expresiones con que movió la piedad de aquella gente, que sabía ya la desgracia de Belisario, dándole de buena gana no solamente la paja sino también abundantes comestibles con que llegó cargado al suspirado asilo donde lo recibieron Belisario, Eudoxia y Domitila con nuevas demostraciones de su enternecido reconocimiento a tan desinteresados y caritativos servicios.

En el tiempo que Damasio estuvo ausente fue a la casilla la labradora vecina para dar a Eudoxia y a Domitila algunos lacticinios en prueba de su gratitud y aprecio por los pendientes recibidos. Aquellos lacticinios y parte de los otros comestibles que trajo Damasio sirvieron de cena aquella noche. Sobre ella propuso Damasio a Belisario la ocurrencia que le vino de vender las cosechas de los campos a un rico labrador, añadiéndole que, habiéndose informado sobre ello en la casa de campo donde le dieron la paja y los comestibles, le insinuó uno de aquellos labradores que tal vez le compraría las cosechas un rico aldeano llamado Scipión, que vivía retirado de la corte en la vecina villa de Astabia.

Aprobó Belisario el pensamiento de Damasio agradeciéndole sus perspicaces miras, que dieron materia para un discurso semejante al que tuvieron después de la comida. Llegada la hora de ir a dormir, como rehusase Belisario servirse de la cama, que era la sola que tenían y prestada de los vecinos labradores, debió Damasio recoger la paja que había traído, llevándola a otro cuarto para que pudiese descansar en ella Belisario, y él en su compañía. Despidiéronse a este fin afectuosamente de Eudoxia y de Domitila, que quedaron en la estancia en que había fallecido Antonina, cuya memoria avivó a Eudoxia, con las tinieblas de la noche, toda la tristeza y sentimiento que probó en su trance, y que Domitila no podía templar con sus razones, consejos y compañía, pasando toda aquella larga noche en continuo llanto.

No se eximió tampoco de llorar Damasio con el motivo de ayudar a Belisario a tenderse sobre la paja para dormir. Representósele tan vivamente el estado de gloria y de grandeza en que había conocido poco antes a aquel héroe memorable del Imperio, reducido entonces a la mayor miseria y necesidad, debiendo servirse de aquella paja para descansar como el más menesteroso mendigo, que no pudo resistir a la conmoción del enternecimiento que le causó, prorrumpiendo en sollozos repentinos. Belisario, oyéndole con sorpresa, le dijo:

«¿Qué te sucede, Damasio? ¿Qué significa ese repentino llanto?»

«¡Ah! Me quebranta el corazón la vista del infeliz estado a que os redujo la inconstante y cruel suerte. ¡Suerte ingrata! ¡Cómo es posible dejar de detestarte viendo al vencedor de tantos reyes, al grande Belisario, reducido por tus caprichos a reclinarsse en tan humilde lecho!»

«¿Y eso extrañas, hijo, en un soldado? El mismo Belisario, cuando mandaba a sus victoriosas legiones, dormía también muchas veces al cielo raso y sobre el desnudo suelo. Si no es otra cosa la que te aflige, échate y duerme tranquilo y sosegado. Mañana iremos a vernos con ese rico aldeano para proponerle la venta de las cosechas, y si saliere vana nuestra tentativa nos ingeniaremos en pedir limosna. Ves cuán encontrados van nuestros modos de pensar. Lloras y te afliges por verme descansar sobre esta paja, y yo lo contemplo con gran indiferencia. Esto no parece bien, Damasio, porque habiendo de dormir y vivir juntos los dos, conviene que pensemos y sintamos del mismo modo».

«¡Ah, si vuestros émulos y enemigos os viesan mirar con tal indiferencia vuestra desgracia!»

«Nada de todo eso hace al caso, hijo mío; no te afanes por lo que no se afana Belisario. Lo que importa es que reconcilies luego el sueño, pues hemos de partir temprano para vernos con ese aldeano que dijiste».

Calló Damasio oyendo esto, conteniendo también por entonces los deseos que sentía de aprovecharse de aquel comenzado discurso para descubrirse a Belisario, a cuya instancia quiso obedecer para dejarle descansar. Luego que la siguiente aurora comenzó a dorar la tierra con sus plácidos resplandores, Eudoxia, que había pasado en llanto aquella noche, salió con Domitila de la casa para tomar el aire de la mañana, y fueron a esparcirse en el vecino huerto antes que Belisario y Damasio se despertasen. Este recreo, que le aconsejó Domitila para que pudiese aliviar su aflicción, tuvo el efecto que esperaba en el ánimo de la desgraciada hija de Belisario.

Comenzó a serenarse su tristeza al eco armonioso de las aves, que con sus cantos saludaban a la nacida aurora, y a la vista de las flores, de los frutos y verdura que le rendían deliciosos tributos a sus sentidos, borrando en ellos las tristes especies y pensamientos que la soledad y lobreguez de la noche fomentaron en su fantasía. Allí las sorprendieron poco después de su llegada Belisario y Damasio, que las oyeron salir. Renováronse las tiernas demostraciones y palabras de mutuo afecto y cariño entre aquella

amena frondosidad, en que tanto más amable y hermosa pareció Eudoxia a los ojos de Damasio, cuyo amor se aprovecha de la crecida confianza con las prestadas atenciones y servicios para hacerle más afectuosas expresiones y ademanes con pretexto de darle los buenos días.

Después de haberse entretenido allí un rato con apacibles discursos, dijo Belisario a Eudoxia y a Domitila que habiendo resuelto el día antes el ir a verse con el rico aldeano para proponerle la venta de las cosechas, iba a ponerlo luego en ejecución en compañía de Damasio, por cuanto no les quedaban otros medios para subsistir. Eudoxia, oído esto, aunque sentía separarse de su amado padre, cedió a la necesidad y se le encomendó a Damasio, el cual aceptó con toda el alma aquella recomendación, prometiéndola con no menor afecto todos los esmeros y el cuidado que le encargaba. Aseguro la también el mismo Belisario, que asido a la mano del supuesto Damasio y apoyado a su bastón partió en busca de quien le adelantase los escasos medios para subsistir en la miseria.

¡Quién pudiera poner los ojos en tan triste espectáculo, viendo al conductor de victoriosos ejércitos, y cuyo nombre hacía temblar las naciones, conducido ahora él mismo por un roto lazarillo para mendigar su sustento, sin contemplar con los ojos del alma la inestabilidad de la humana grandeza, juguete de los antojos de la fortuna! ¡Ni quién tampoco, uniendo el triste ejemplo de Belisario a los de tantos otros, querrá fomentar en su corazón el demasiado aprecio y confianza en los inciertos bienes y favores de la inocente suerte!

Luego que los interpuestos árboles robaron de los ojos de Eudoxia y de Domitila la presencia de Belisario, a quien seguían con la vista compadeciendo su desgracia, volvieron a la casilla, donde Eudoxia, con el motivo de la ausencia de su amado padre, se dejó apoderar de nuevo de su aflicción y sentimiento. Mas no le dio tiempo Domitila para que los fomentase. Conociendo ella que procedía también en parte su tristeza de la ociosidad en que se hallaban por falta de materiales e instrumentos de labor con que pudieran entretenerla, le dijo así:

«La soledad y el ocio engendran naturalmente, amada Eudoxia, tristeza y abatimiento, mucho más en aquellos ánimos a quienes, como al vuestro, le sobran los motivos para ello. Se suele decir que el alma no tiene más dañosos enemigos que el ocio y la tristeza.

Verdad es que nosotras nos hallamos sin telar, sin rueca o cosa semejante y sin materiales con que ocuparnos. Mas siempre encuentra qué hacer la mujer que lo desea. La limpieza de una casa suministra siempre ocupación a la que no desdeña ninguna, y la limpieza suelen decir también que es una de las principales prendas de nuestro sexo. Veis, pues, que esta casa nos ofrece hartos motivos para ejercitarla, así en los techos entapizados de telarañas como en su pavimento sembrado de basuras. Ésta sea, pues, nuestra ocupación mientras vuelve vuestro padre, y nos servirá al mismo tiempo de remedio virtuoso contra la tristeza, la que siempre holgara estar mano sobre mano.

En las cosas pequeñas y humildes se echa de ver a las veces mucho más el alma grande, que se acomoda a ellas sin bajeza y con fuerte voluntad de sobreponerse con indiferencia

a la suerte que intentó abatirla y entristecerla. Con esta firme resolución voy a dar principio a la maniobra».

«No veo, Domitila, cómo queréis llegar a los techos, aunque bajos».

«Lo preví todo. Ahí en el corral vi tres o cuatro cañas que bien podrán alcanzar al techo, y en el huerto descubrí algunas matas de las que suelen servir para hacer escobas. Aunque verdes, servirán del mismo modo atándolas a los cabos de las cañas, con que podremos limpiar los techos y luego el suelo. Las paredes quedarán negras porque así nos las dejaron los antiguos inquilinos, y la necesidad en que nos hallamos no nos permite comprar lo necesario para enjalbegarlas.

Pero sabéis que la virtud sabe pasar, a más de esto, sin tantos adornos; usa de ellos si los tiene, si no está igualmente contenta de un modo que otro. Vamos, pues, a ocuparnos en esto».

El ejemplo de Domitila, unido a sus consejos, empeñó el ánimo de Eudoxia en aquella humilde ocupación que fortaleció mucho su virtud, acomodándose sin quejas y sin lamentos por su perdida grandeza y comodidades a la necesidad en que el destino la ponía. Mientras ellas se empleaban en esto llegaron Belisario y Damasio a la villa de Astabia y a la casa de Scipión. Era éste señor de algunas haciendas, y aunque bastante rico había quedado harto pobre su familia en cotejo de los muchos haberes que poseían sus mayores; pero cuanto era humano, generoso y compasivo, otro tanto presumía de su antigua nobleza, teniendo por cierto haberla heredado de los antiguos Scipiones romanos.

Su abuelo, desgraciado en la corte, se había retirado a aquella aldea, donde él había nacido y casado; aunque ya viudo, sólo le quedaba un hijo mozo de su matrimonio. Era el tal algo viejo, y acababa de saber la desgracia de Belisario. Oyó por lo mismo con gran sorpresa la llegada de Belisario a su casa, haciéndole avisar de ella Damasio. Movido de la curiosa compasión que le causó tal aviso quiso ir él mismo en persona a su encuentro para recibirle, como lo hizo, diciéndole con afectuosas demostraciones:

«¿Qué es, oh, desgraciado Belisario, lo que os trae a honrar la casa de Scipión? ¡Ah, no es posible miraros sin acusar de cruel a la fortuna que redujo a tan infeliz estado al hombre más aplaudido y glorioso de todo el Imperio! Pero venid, sentaos, dejad que tenga el consuelo de manifestaros que aprecio la honra que me hacéis y cuyo motivo no alcanzo».

«La fortuna, ¡oh, generoso Scipión!, nos hace grandes o pequeños a los hombres. Ella es la que señorea al suelo. Su favor me levantó sobre muchos, su contrariedad me redujo pobre, ciego y necesitado a venir a implorar vuestro favor».

«¿Mi favor? ¿En qué os puedo servir? Dadme motivo para manifestaros la complacencia que tendré en dejar satisfechos vuestros deseos, si a ello alcanza mi imposibilidad».

«Esta misma fortuna, que hubiera podido forzarme a venir a pedir os limosna, me dejó unos campos y porción de terreno de donde pudiese sacar mi escasa subsistencia y la de mi hija Eudoxia. Mas estando todavía atrasadas las cosechas, necesitaría de algún dinero adelantado sobre su fianza. A este fin vengo a implorar vuestra generosa compasión. Si estáis en grado de ejercitarla conmigo, podéis venir a ver los campos, y a tenor de lo que vos mismo apreciaréis sus cosechas me adelantaráis lo que os parecerá conveniente, remitiéndome en todo a vuestra honradez».

¿Cómo si estoy en grado? Es sobrada honra para mí el que hayáis querido, ¡oh, Belisario!, valeros antes de mi buena voluntad que de la de otro que tuviera igual interés de afecto en serviros. Vuestra desgracia es respetable para mí. Creyera hacer agravio a mí mismo si dudase un instante en contribuir al alivio de una persona desgraciada que venero. Para ello no necesito tampoco de ir a ver los campos como me insinuáis».

«Sobremetida empeñáis, ¡oh, generoso Scipión!, mi reconocimiento. Vuestra compasiva voluntad alivia el peso de mi desgracia, y quedará siempre impresa en el corazón del agradecido Belisario».

«Aquí tenéis esta cantidad, disfrutadla en compañía de vuestra hija Eudoxia y dejad crecer las cosechas sin tomaros afán en su fianza».

«Quisiera tener, ¡oh, respetable Scipión!, expresiones correspondientes a mi sumo agradecimiento. Os puedo asegurar que todos los premios y honores que recibí de mano de la fortuna no me dieron a probar tan puro gozo y complacencia cuanta es la que experimenta mi ánimo con vuestra generosa beneficencia».

Iba a proseguir Belisario en sus gratas expresiones, pero se las atajó Scipión, que no quiso oír las y que en vez de ellas le hizo instancias para que honrase su mesa.

Excusose Belisario con el cuidado en que había dejado a su hija Eudoxia, que estaría muy impaciente por su vuelta si tardaba en verla llegar. Con esto se despidió de él, renovándole las demostraciones de su vivo reconocimiento, con lo que tomó vuelta a su casilla muy gozoso por el feliz éxito del sugerimiento de Damasio, que tampoco cabía en sí de gozo por haber salido tan presto y tan felizmente del ahogo en que se hallaba. Pudo así de camino proveer comida para aquel día con parte de la abundante cantidad que les entregó Scipión, con lo cual no vio reducida la mesa a las solas frutas y legumbres del huerto, a que hubieran debido ceñirse sin aquel generoso socorro.

Eudoxia y Domitila habían ya limpiado y aderezado la casa, según sus circunstancias les permitían, y estaban esperando con ansia a Belisario y Damasio, a quienes vieron llegar de allí a poco, y los recibieron con tiernas demostraciones de gozo. Creció éste con la relación que les hizo Belisario de la generosa acogida que les dio Scipión, y de la liberalidad que había usado con él adelantándole el dinero sobre las cosechas. Esto dio materia para que explayasen sus ánimos con gustosos discursos, antes y después de la comida, con que se disminuyó en parte la aflicción de Eudoxia y se le avivó a Damasio el deseo que fomentaba de descubrirse. Creció tanto su confianza que no pudiendo resistir

más tiempo a los impulsos que sentía, resolvió finalmente, buscando sólo oportunidad en el discurso que hacían para causar más interesante y tierna sorpresa a su amada Eudoxia y a Belisario.

Pero la misma fuerte palpitación que sentía se lo hacía diferir, y se lo estorbó un impensado accidente que debía servir para hacer su descubrimiento con mayor seguridad y satisfacción del mismo. Dio ocasión para ello los afanes y congojas en que estaban sus padres, no viendo comparecer a su hijo desde que los amotinados abrieron la cárcel en que sabían estaba detenido, sin poder tener tampoco ninguna noticia de él a pesar de sus muchas diligencias y continuos desvelos para encontrarle. Ocurrioles por último expediente enviar persona de su satisfacción para que espíase los contornos de la alquería donde sabían haber enviado el Emperador la familia de Belisario, porque siendo tan grande la pasión que Maximio tenía a su hija Eudoxia, pudiera haberle inducido el amor ir a vivir cerca de donde ella vivía, y facilitar la pobreza de la misma el casamiento a que antes se oponía la presunción de Antonina y su riqueza.

Avivándoles más su paterno amor estas sospechas, que no les dejaban descansar, resuelven salir de ellas valiéndose a este fin de su fiel esclavo Evanio, a quien encargaron se informase en todas las alquerías vecinas a la casa de Belisario si acaso habían visto o tenían noticias del mozo; y cuando esto no bastase, que viese por último de entrar en la misma casa de Belisario para informarse de él si por ventura le hubiesen visto.

El fiel Evanio, que había criado a Maximio desde niño, cumple escrupulosamente con el encargo de sus amos, dando todas las señas de Maximio en las casas en que entraba y diciendo su nombre, que él mismo se había cambiado en el de Damasio, lo que Evanio no sabía. Mas siendo vanas todas sus atentas diligencias y pesquisas, resuelve por última tentativa entrar en la casa de Belisario como se lo habían mandado, esperando que pudiesen darle alguna razón del mismo. Estaba cabalmente Maximio en el extremo lance de descubrirse a Belisario, cuando Evanio tocó a la puerta. Su inesperado llamamiento rompe los palpitantes anhelos de su amor y le obliga a levantarse de su asiento para ir a ver quién era el que tocaba.

La turbación y sorpresa que le causó la impensada vista de Evanio, a quien mucho amaba, le tiene mudo y suspenso, renovándole la palpitación que preocupó sus consternados sentidos, sin dejarle preguntar qué quería ni a quién buscaba. La gran palidez que se apoderó de su sucio rostro a vista del esclavo contribuyó para desfigurarle mucho más a los ojos del mismo, que le tenía presente y le veía sin conocerle, preguntándole si vivía allí Belisario. El disfrazado Maximio, echando de ver entonces que Evanio no le había conocido, confía y se asegura mucho más en su disfraz, pierde todo temor y para mayor disimulo, después de haberle contestado que vivía y se hallaba allí Belisario, le introduce en la estancia y le presenta al mismo.

Todos los criados suelen por lo común revestirse de los sentimientos y modos de sus amos acerca de los extraños. Evanio manifestó en los suyos los que fomentaban los padres de Maximio en la desgracia de Belisario, nacidos de los antiguos disgustos y etiquetas de familia a que dio motivo la altivez de Antonina, y de que estaba tan ajena la

grandeza del alma de Belisario. A pesar, sin embargo, del modo con que Evanio se presentó, no pudo dejar de rendirse al compasivo respeto que le infundió la vista y presencia de aquel héroe, pobre, ciego y reducido a tal estado de miseria en que lo veía en aquella habitación.

Dejó, no obstante, de manifestar la compasión que sentía para decirle, oyéndole el mismo Maximio que estaba presente, aunque con algún disimulo:

«No creo que ignoréis, Belisario, el grande amor que tenía Maximio, hijo de Septimio, a vuestra hija Eudoxia, y que en fuerza de las extravagancias que le obligó a cometer su pasión fue preso y puesto en la cárcel por recurso que hizo para ello vuestra mujer Antonina. Sus padres supieron haber salido de la cárcel el día del motín, mas no habiéndole visto comparecer desde entonces ni tenido ninguna noticia de él a pesar de sus muchas diligencias, sospecharon si por ventura hubiese venido a veros, y me dieron el encargo de informarme, rogándoos primero queráis perdonar a sus paternos afanes y congojas la nota del indiscreto atrevimiento que pudieran llevar sus curiosos deseos en mi mensaje».

«Nada hay aquí que perdonar, respondió Belisario. Antes bien, les debo agradecer tal encargo pues me renueva la memoria de ese joven, digno de mi mayor aprecio y estimación. Ojalá me hubiera permitido la fortuna manifestar a él mismo la gratitud que le debo y que conservo a las generosas atenciones con que quiso mirar por mi bien. Pero ni la privación en que estoy de la vista me concedió el verle, ni supe de él cosa alguna desde que me dijeron hallarse en la cárcel, ni sé que después de salido de ella haya puesto los pies en esta casa, ni creo que Eudoxia haya tenido la menor noticia de él».

«No, padre mío, dijo entonces Eudoxia, no la tuve ni sé cosa alguna de Maximio».

Qué eco tan dulce y delicioso hacía toda esta escena en el ánimo del presente Maximio, oyendo la solicitud de sus padres, los descubiertos sentimientos de Belisario acerca de él mismo y la aseveración de Eudoxia en no haberle visto ni tenido noticia de él, habiéndole tenido presente de continuo. Creció su júbilo y satisfacción cuando Evanio, oída la sincera respuesta de Belisario y de su hija Eudoxia, les dijo:

«Deberé, pues, volver para certificar cuanto antes a sus padres de lo que me aseguráis, y perdonad de nuevo mi importuno encargo».

«Podéis, sí, asegurarlos de ello, replicó Belisario, pues ninguno ha estado conmigo sino ese pobre mozo, Damasio, de la villa de Astabia, que ahí veis».

Maximio, que procuraba recatarse de la vista de Evanio, oyendo el dicho de Belisario se turbó sobremanera; mucho más cuando Evanio, en fuerza de aquel mismo dicho, puso los ojos en él diciendo:

«La estatura es la misma, mas nada tiene que ver en lo demás con Maximio. No necesito, Belisario, de otras justificaciones. Quedad con Dios».

Dicho esto, sin detenerse más parte el esclavo, aliviando Maximio con su ida el tumulto de afectos que le suscitó en su pecho cuando fijó en él sus ojos. Reaviváronse en su ánimo la suma satisfacción y complacencia con que lo consolaron las expresiones de Belisario, diciendo el grande aprecio que hacía de él y la gratitud que le debía por sus miras y atenciones generosas.

No cabía en sí de gozo, prometiéndole su amor la segura posesión de Eudoxia si se descubría. Mas quiso permanecer todavía encubierto con su disfraz, deseando saber antes cuáles eran los sentimientos de Eudoxia para con él, ya que estaba asegurado de los de su padre Belisario. No tardó en ver satisfechos sus deseos, pues apenas volvió la espalda el esclavo se lo proporcionó Belisario, diciendo:

«¿Cuánto hubiera yo deseado, amada Eudoxia, poder manifestar a Maximio la gratitud que debía a sus afectuosas intenciones, y satisfacer al mismo tiempo vuestro afecto con su casamiento! Pero se mudó la suerte, y Dios sabe dónde para Maximio».

El mismo Maximio, sumamente enternecido al oír esto, se esforzó en decir, con voz casi anudada a la garganta:

«¿Quién es, Belisario, ese mozo Maximio, a quien manifestáis apreciar tanto?»

«Es un joven de una antigua y noble familia de Constantinopla, el cual se enamoró de Eudoxia y la pretendió en casamiento. Mas yo, ignorando sus amores, la prometí a Basíledes».

«¿A Basíledes, hijo del general Basíledes?»

«A ese mismo».

«¿Cómo es, pues, que no se efectuó su casamiento?»

«La suerte lo impidió con mi prisión y desvaneció la promesa de Basíledes».

«No lo extraño. De la desgracia huyen hasta los amantes. Raros son los que permanecen fieles en ella. ¿Mas, cómo es que dijo el esclavo que Antonina hizo poner en la cárcel a Maximio?»

«Antonina, que miraba con desdén sus amores, le vedó la entrada en su casa, mas él, habiendo sabido la desgracia que me amenazaba, se atrevió a entrar en ella disfrazado en mercader, y con el pretexto de vender a Eudoxia sus mercaderías se fingió astrólogo y se la pronosticó, instándola para que me enviase luego secreto aviso y la evitase, poniéndome en salvo. Mas fue inmediatamente descubierto y puesto por ello en la cárcel a instancias de Antonina».

«¡Pobre Maximio!. ¡Cuánto me interesa su suerte desgraciada!»

«Luego que supe esto hice cuanto pude para obtenerle la libertad, mas no me fue posible conseguirlo. ¡Cuánto temo que haya perecido en el motín!»

«¡Gran lástima sería! Mas no puedo inducirme a creerlo por cuanto sus padres lo hubieran sabido y no le buscarían ciertamente con tan grande solicitud. Tal vez se habrá ido a otras tierras, temiendo ver efectuado el casamiento de Eudoxia con Basíledes. Mucho lo habrá sentido Eudoxia y lo sentirá todavía, si correspondía al grande amor de Maximio».

Eudoxia, que oía en silencio y con alguna satisfacción este discurso, respondió con modesto recato a Maximio diciendo:

«Lo amé mientras me fue lícito amarlo».

«Un natural afecto del corazón se exenta de toda prohibición. ¿Mas, según lo que decís, habéis dejado de amarle?»

«Maximio se hizo acreedor a mi eterno reconocimiento».

«¿Dudaríais, sin embargo, de hacerle la entrega de vuestra mano y corazón si se presentase a pedirlos por esposa?»

«Si en ello viniera bien mi padre, sólo el fiel y generoso Maximio fuera mi esposo».

«¿Si yo viniera bien en ello? ¡Ojalá, dijo Belisario, pudiera darle yo esta prueba de mi reconocido afecto concediéndole la mano que manifestáis quererle entregar! Mas, ¿quién sabe si os amara del mismo modo, pobre y desgraciada como os veis, que rica y en la grandeza?»

«Por lo que habéis contado, dijo entonces el alborozado Maximio, infiero que Maximio permanece todavía constante en su amor. Tales pruebas como las que os dio de su pasión me confirman en mi parecer, y si Eudoxia deseara certificarse de ello, cuasi, cuasi me lisonjearía de traerla cabales informaciones».

Conmovida Eudoxia del tono de confianza con que dijo esto Damasio, y de la sonrisa con que lo acompañó, comenzó a entrar en alguna sospecha, aunque sin imaginarse que Damasio pudiese ser Maximio, diciéndole:

«Mas, ¿cómo lo queréis hacer? ¿Sabéis por ventura el lugar en que se halla Maximio? ¡Ah! Su hallazgo me sirviera del mayor consuelo».

«¡Oh, cielo!, exclama Maximio, ¡vuestro mayor consuelo, Eudoxia! ¡Ah! ¿Cómo es posible llevar adelante tan molesta ficción? Aquí, aquí, a vuestros pies tenéis, amada Eudoxia, a vuestro fiel y constante Maximio, con el falso nombre de Damasio».

Diciendo esto se postra a sus pies quitándose de la frente el sucio pañuelo que la cubría, y confirmando con su ademán y con las asomadas lágrimas de gozo la verdad de sus palabras.

Eudoxia, consternada de aquel imprevisto descubrimiento y del súbito júbilo que le causó, apenas pudo acabar de proferir la exclamación que arrojó diciendo:

«¿Qué veo? ¡Cielos! ¡Maximio...!»

«¿Qué es? Qué decís? ¿Maximio está ahí?», preguntaba el regocijado Belisario.

«Sí, Belisario, aquí está, aquí lo tenéis, le respondió el mismo Maximio. El que os servía con el nombre de Damasio, ese mismo era Maximio. Me valí de tal ficción para poder manifestar mejor a Eudoxia el amor eterno que me merecía».

«Oh, luz de mis ojos!, exclamó Belisario, éste es el momento en que siento mucho más haberte perdido. Tengo a lo menos, incomparable Maximio, el consuelo de abrazarte y de confirmarte con estos abrazos la gratitud que te debo, como Maximio y como Damasio».

«Y yo, glorioso Belisario, le decía Maximio, la suma, la inexplicable complacencia de agradecer tal demostración con el más puro afecto de mi alma».

Dicho esto se desprende de Belisario, y dirigiendo la palabra a Eudoxia, que no acababa de salir de su gozosa sorpresa:

«Eterna prenda de mi dicha, la dice, aquí tenéis para siempre a vuestro deseado Maximio; ese llanto aviva mucho más la dulce confianza de mi amor enardecido».

«¡Dios mío! ¿Qué me sucede?»

«Lo que os debíais prometer de quien confirmó su afecto con tales y tan repetidas pruebas».

«Oh, generoso Maximio! ¡Oh, único amparo y sustento de mi buen padre!»

«Dejad que, postrado de nuevo a vuestros pies, os ame con el más ardiente respeto, aunque en este vil traje de mendigo».

«¡Ah! Levantaos, os ruego. A mí me conviniera hacer esa demostración a quien de tantos modos manifestó sus generosos sentimientos para con mi padre desgraciado».

«Ven acá, Maximio, volvió a decir Belisario; ven, hijo mío, no quiero diferir el momento de confirmarte mi suma gratitud dándote a mi hija por esposa».

«Oh, Belisario! ¡Ah! No puedo sino con lágrimas declarar la redundancia del sumo gozo que no cabe en mi pecho con tal promesa».

«Todo se te debe, hijo mío; ven acá, Eudoxia, deja que confirme tu padre con tu mano la promesa que acabas de hacer a tan fiel y generoso amante».

«Mano amada... ¡Ah, el gozo me sofoca!»

«¡Oh, mi amado Maximio...! Tampoco puedo expresar lo que siento...»

¡Cómo era posible que abarcasen sus corazones el exceso del gozo y del consuelo que los inundaba! Suplió a sus expresiones el llanto que caía de sus ojos. El mismo Belisario, en el colmo de su contento, sentía caer sobre su corazón las lágrimas del júbilo que no podía derramar por sus cegados ojos. Ni de ellas se eximió la atónita Domitila, que unió también sus exclamaciones de asombrada admiración a las de Eudoxia en el acto del descubrimiento a que estuvo presente, y participaba de la dulce ternura de los amantes en las afectuosas prendas que se daban de su mutuo amor y de su reconocimiento a Belisario por haber puesto el colmo a sus ardientes deseos.

Puso fin Belisario a los efectos y expresiones con que desahogaban sus pechos, curioso de saber el modo cómo se le proporcionó a Maximio encontrarse con él cuando le sacaron de la cárcel, y el motivo de haber tomado el disfraz de mendigo y de haber permanecido con ellos encubierto hasta entonces. Satisfizo Maximio renovándole la memoria de lo que le contó, salido apenas de la ciudad, sobre el encargo que le hizo Eudoxia de traerle nuevas de su padre, y cómo se puso cerca de la cárcel a este fin. Hizo luego la relación de la manera como le sacaron de la prisión los amotinados, y que sabiendo ellos la causa del motín y el lugar a que habían conducido a Eudoxia y Antonina, sin detenerse ni aun para saludar a sus padres, se vino en derechura a encontrarlas.

Mas que temiendo que Antonina no le permitiese servirla en la desgracia, le ocurrió tomar aquel disfraz de pordiosero y fingir aquella historia con el nombre de Damasio para no ser conocido y obtener su amoroso fin. Manifestóles los grandes impulsos que tuvo varias veces de descubrirse, y la turbación y temores que le causó la llegada de su esclavo Evanio, que le proporcionó el descubrimiento dándole ocasión para saber antes cuáles eran los sentimientos de Eudoxia y de Belisario acerca de él y de su casamiento, que era lo que deseaba saber antes que todo para descubrirse con más cumplida satisfacción y gozo, como lo hizo.

Acabada la relación, volvió a renovarle Belisario las expresiones de su tierna gratitud y afecto, exhortándole inmediatamente a que fuese cuanto antes a ver a sus padres, a quienes tenía en tan grandes afanes y congojas por su ausencia, ni les difiriese el consuelo que probarían en verlo. Rehusaba Maximio condescender con las instancias de Belisario, pues temía que sus padres le impidiesen su casamiento con Eudoxia. Prometió sin embargo hacerlo luego que la misma Eudoxia le manifestó el disgusto que le daría si se negaba a los justos ruegos de su padre, y quedó en ejecutarlo al siguiente día.

No acababan de salir entretanto de la admiración que les renovaba la memoria de los dichos y hechos que con él pasaron en el tiempo de su disfraz, que realizaba tanto su amor

con aquellas ficciones y se los hacía mucho más apreciable. Pasaron así aquella tarde, cuyos lances y discursos, que tanto empeñaban a todos, llegaron casi a borrar la memoria de su pérdida grandeza y la aflicción en parte que conservaban, especialmente Eudoxia, por su difunta madre. Ni echaba ya ninguna otra cosa menos en su presente estado de pobreza. Hízoseles con esto mucho más gustosa la cena que tuvieron, y pasó Eudoxia más tranquila y descansada la noche, después que renovó con Domitila las pruebas del constante amor de Maximio, que manifestaban las excelentes calidades de su generoso corazón.

Amanecido el día siguiente y levantados todos, Belisario exhortó lo primero de todo a Maximio a que cumpliera la promesa que le había hecho de ir a ver a sus padres. Aunque se le hizo de nuevo sensible a Maximio el separarse tan presto de su amada Eudoxia, debió cumplir con su palabra, pero les dijo que le importaba sumamente volver a tomar el disfraz de mendigo, pues no se presentaría de otro modo a sus padres. Aunque Eudoxia y Belisario ignoraban los fines que en ello llevaba Maximio, vinieron bien de contado en que le tomase, lo que ejecutó él con tanto mayor gusto cuanto que la misma Eudoxia deseó ceñirle el pañuelo y le ayudó a extender por el rostro las guedejas, con que volvió a parecer Damasio, aunque, ¡cuán diferente a los ojos de Eudoxia, que recibía en su despedida las tiernas demostraciones de su descubierto afecto y promesa de volver a verla cuanto antes!

Se la dio también a Belisario, el cual le abrazó de nuevo estrechándole a su seno y dándole el dulce nombre de hijo, con que avivado su consuelo y satisfacción partió para la ciudad, dejando algo suspensa y afligida a Eudoxia con su partida, pues el amor comenzó a fomentar en su fantasía los temores que los padres de Maximio pusiesen estorbo a su casamiento, como el mismo Maximio lo recelaba. Distrájola Belisario de estos pensamientos rogándole que lo condujese al huerto a tomar el aire fresco de la mañana. Domitila fue también con ellos, y todos tres se sentaron bajo de una parra que los defendía de los rayos del sol.

Belisario, sentado sobre un terrazo bajo vestido de grama, que le daba cómodo asiento, fue el primero en decir a Eudoxia y a Domitila, sentadas a su lado:

«¡Ah! Yo no puedo disfrutar con los ojos el hermoso espectáculo que os deben presentar a los vuestros estos frondosos árboles y plantas con sus frutos y flores, pero la imaginación puede suplir a la falta de la vista. Con aquélla me formo tal vez un espectáculo más ameno y agradable, bien si como aquellos que se forman mucho más en visión que si de hecho la poseyera.

Pero puedo también gozar, como gozo, el dulce canto de las aves, la suavidad del ambiente regalado del céfiro con los tributos que exige de las plantas y de las flores, y pruebo el contento de esta deliciosa paz y soledad que tanto anhelaba mi alma en medio del tumulto de la guerra y de sus turbulentos desasosiegos y peligros, que buscan los hombres para adquirir honores, riquezas y gloria, como yo los busqué, engañado de la aparente dicha que presentaban a mis ojos. Algún consuelo es, y grande tal vez, alcanzar victorias, recobrar reinos y provincias, llevar reyes cautivos en triunfo, ser aclamado de

los soldados y del pueblo, ver cundir la fama y gloria del propio nombre y abundar de honores y de riquezas. Mas si debo decir ahora lo que siento, toda la satisfacción y gozo que probé en esas felicidades, así llamadas, no igualan al puro contento y complacencia que ahora prueba mi alma en esta dichosa quietud, aunque olvidado del mundo y condenado a la pobreza.

Eudoxia, hija mía, tu padre no es tan infeliz cuanto lo puede parecer y cuanto lo parece en la opinión de los hombres que miden las desgracias ajenas por los anhelos de su ambición y por las ideas que les formaron sus deseos de la dicha y fortuna. Pero si de hecho pudieran apreciarlas como yo las aprecié por experiencia, verían que la mayor satisfacción y contento que acarrear no equivalen a la dulce complacencia y consuelo que ahora disfruto, aunque privado de todos los honores y grandeza de que antes abundaba, y aunque ciego y sentado sobre esta humilde yerba, pues ahora echo de ver que el corazón humano no es susceptible de mayor gozo y contento que aquel que puede abarcar su pequeñez, y que ésta no permite que la complacencia del más ilustre triunfo sea mayor que la que prueba el alma con la vista de un ameno espectáculo de la naturaleza, exento de inquietudes, zozobras y peligros.

Desde que se apartaron los hombres del sencillo estado de la naturaleza corrompieron su verdadera felicidad fomentándose otra ideal y engañosa, delineada en su fantasía por la codicia y ambición que los indujeron a aguzar el acero para oprimir a sus vecinos, pues con su vencimiento adquirirían los campos que ellos labraban, las ciudades en que vivían, con lo cual se harían poderosos y alcanzarían el nombre de fuertes y de valientes. De aquí procedieron luego los honores, los triunfos, las insignias y timbres que dieron los soberanos para condecorar a los más esforzados, y las larguezas y premios en haciendas para distinguirlos de los demás. ¿Qué mucho que naciesen deseos en los otros de querer y desear lo que veían que ensalzaba tanto a los que lo poseían? ¿Qué mucho que desamparasen los campos que cultivaban y revolvían con sus brazos y con fatiga para acudir al son de los militares instrumentos que los convidaban a la adquisición de aquellos honores y nobleza?

¡Oh, cuánto se engañaron y cuánto se engañan los que así piensan todavía! ¡Ojalá pudiesen los hombres ver mi desengaño en el estado en que me veo, y en que les da en mí la fortuna un ejemplo terrible de la inconstancia de sus favores y de aquella gloria y grandeza que ellos apetecen! Me vieran, sin embargo, más contento y satisfecho aquí, a la sombra de estos árboles, que levantado sobre el carro del triunfo en que conduje al cautivo rey Gelimer y a su familia. Ni este puro contento nace sólo en mí de verme aquí contigo, Eudoxia, y con la virtuosa Domitila, sino también de conocer que me devolvió la suerte al primitivo y sencillo estado del hombre y a la vida que le señaló la naturaleza en este suelo.

Aquí me veo finalmente libre de los pesados aunque ilustres cuidados de la guerra y del mando, de los trabajos y peligros que los acompañan, de las asechanzas de la envidia, que consiguió derribarme, del asiento de gloria y de grandeza en que me vi levantado, en el de la necesidad, despojado de las riquezas que parecían tan apetecibles a quien las anhela y tan cortas y escasas a quien las posee, y de los honores que tantas molestias y enfados

acarrear; de todo, finalmente, lo que los hombres más ciegos que lo que lo estoy ahora solicitan y anhelan, y que yo, instruido de mi desgracia, pospongo a esta dulce paz y sosiego que me dan a gozar estos cortos campos y este huerto que nos dejó la fortuna. Espero, Eudoxia, que este mi desengaño contribuirá para que no eches menos nuestros demás perdidos bienes y grandeza, y para que dejen los mismos de fomentar tu tristeza en nuestra presente situación, que aunque falta de comodidades puede también vemos contentos y satisfechos».

«Todo eso, padre mío, que decís, sólo sirve para confirmar lo que Domitila me enseñaba antes de nuestra desgracia, diciéndome que la dicha verdadera del hombre no estaba fuera sino dentro del ánimo en que la cimentaba la virtud. Que ésta daba más sólido y permanente consuelo al ánimo que todos los honores y riquezas y que cuanto desean las pasiones. Que aun los mismos ricos y grandes no podían ser felices sin ella».

«¿Te hallas, pues, hija mía, contenta en tu presente estado?»

«Tan contenta y satisfecha que si no fuera por la aflicción que todavía me causa la memoria de la pérdida de mi buena madre, no creo que la más rica doncella, ataviada con las joyas más preciosas, esté más contenta que yo, privada de ellas y reducida a sustentarme con estas legumbres y hortaliza».

«Esto, a la verdad, no te lo enseñamos ni tu madre ni yo. Bien haya la sabia Domitila, que tan a tiempo te inspiró tan provechosas máximas».

«Esos mismos consejos, dijo Domitila, dados a otras doncellas no hubieran producido el mismo fruto que en Eudoxia. Para formar el corazón a la virtud contribuye también el carácter y el genio de la persona que se presta a las máximas de la sabiduría. Lo que Eudoxia supo apreciar y retener, otras doncellas tal vez lo despreciaran como cosa triste, inútil y seca, de que no pocas hacen befa como cosa que no les compete».

«Sin embargo, dixo Belisario, contribuyen mucho los sabios consejos y el modo con que se dan para que el ánimo los reciba con provecho. Conviniera mucho que todas las doncellas tuvieran su Domitila. Aseguro que habría entonces genios más dulces y moderados, mucho menos ambición y vanidad, y más honestas y suaves costumbres. Habría también mucho menos lujo, muchas más casadas contentas y más felices y satisfechos maridos en sus casamientos».

«Pero para ello no veo, Belisario, replicó Domitila, que haya necesidad de Domitilas. Esas mismas sabias máximas y consejos no las adquirí yo de otras mujeres sino de mi buen marido Ancilio, como sabéis. Y así creyera yo mucho mejor que si hubiera muchos Ancilios hubiera también muchas Eudoxias. Verdad es que vuestra hija Eudoxia podrá ahorrar a su marido esta enseñanza...»

Un repentino llamamiento a la puerta de la casilla, que oyeron desde el huerto donde estaban, interrumpió el sabio y dulce coloquio de Belisario, Eudoxia y Domitila, que acudió la primera a ver quién era el que tocaba a la puerta. Y viendo un hombre anciano

con otro mozo, vestidos ricamente, que le preguntaban por Belisario, los introdujo en el huerto para presentarlos al mismo, sin saberle decir quiénes eran.

Belisario, recibido su saludo, fue el primero en decirles que la ceguera hacía naturalmente curiosos a los que la padecían, que por lo mismo no extrañasen si deseaba saber de ellos quiénes eran y en que podía servirles.

«Soy Lucio Scipión, Belisario, respondió el más anciano, en cuya casa estuvisteis ayer en la villa de Astabia».

Belisario, oído apenas el nombre de Scipión, hizo ademán de levantarse, diciendo:

«A tan generoso bienhechor es corta cualquiera demostración, dame la mano, Eudoxia».

Scipión, conociendo por el ademán que quería levantarse para recibirlo, se lo impidió diciéndole:

«De cualquier modo, Belisario, me es un honor el ser recibido de vos. Antes bien, si me lo permitís, me sentaré aquí a vuestro lado».

«Muy enhorabuena, respondió Belisario, como queráis; pues aprecio sumamente una visita con que honráis a quien por tantos títulos se os profesa reconocido».

«Ninguno de esos títulos iguala al que conseguí dignándoos aceptar, Belisario, una pequeña demostración del aprecio y veneración que me merecieron vuestras gloriosas hazañas».

«Todas esas cosas, Scipión, pararon en humo y en tinieblas».

«A la verdad os compadezco viéndoos reducido a un estado tan infeliz».

«Lo contrario estábamos diciendo mi hija Eudoxia y yo, que no somos tan infelices cuanto lo parecemos».

«Me engañé, pues, en mi juicio, que me indujo a venir para proponeros un expediente que pudiera aliviaros en parte vuestra necesidad, si así vos como vuestra digna hija Eudoxia no lo quisieseis rehusar».

«¿Qué expediente es ése? No puede haber ninguno que proviniendo de vuestra generosa compasión rehúse Belisario ni su hija, que antes bien no acepte con el más vivo reconocimiento».

«Lo propondré, pues, mas antes me importa saber, Belisario, si tuvisteis algunas noticias de mi antigua familia».

«No es posible, Scipión, en un número tan grande de ilustres familias como contiene el Imperio, conocerlas a todas; mucho menos a mí, que jamás anduve tras esas cosas, y que criado desde niño entre las armas en remotas provincias, no hubiera podido adquirir tales noticias aunque lo hubiese deseado. Sin embargo, no pongo duda alguna que sea muy antigua vuestra familia, ni porque lo sea añadirá precio en mi concepto al expediente que deseáis proponerme. El corazón humano y benéfico es para mí el más noble y el más respetable».

«Perdonad, Belisario. Siempre en el mundo, en todos tiempos y naciones, se hizo gran caso de la nobleza y antigüedad de las familias. Por la nobleza exponen los hombres su vida y su sangre a los peligros de la guerra. Por ella se afanan en los empleos y en la contratación. Por la misma son respetados y envidiados los grandes de los que no lo son, ni creo engañarme si pienso que vos mismo, empleado desde niño en el ejercicio de las armas, lo hicisteis sólo para dar mayor lustre y mayores timbres a la nobleza que heredasteis de vuestros mayores».

«Oh, generoso Scipión! Ninguna cosa me sirve de mayor desengaño de esas vanidades que haberlas yo mismo experimentado. Sudé, es verdad, me afané, expuse mi vida a mil riesgos por esos mayores timbres de nobleza, y creo haber alcanzado alguno con las armas. Pero por lo mismo, creedme, Scipión, que el verdadero noble en la tierra es el sabio que mira con indiferencia todos esos vanos objetos por que andan los hombres tan ufanos y desvanecidos. En mis expediciones militares fui testigo de proezas admirables de soldados rasos que les hicieron acreedores a la mayor nobleza, y sin embargo quedaron soldados rasos o gimen reducidos a la mendicidad a pesar de mis recomendaciones, porque éstas no fueron atendidas y porque no dijo el Emperador: *Os hago nobles*, pues no tiene otro origen la nobleza que estas tres palabras.

Por el contrario, vi otros viles y cobardes, que temblaban antes de ver el rostro al enemigo, levantados por el favor y la intriga a excelsos grados y empleos eminentes. De tal origen, ¿habré de reputar tan estimable la nobleza de los descendientes que otro mérito ni título tienen para jactarse de ella que la fecundidad de sus madres y de sus abuelos? No, Scipión; Belisario no piensa así».

«Pero cuando quedan pruebas auténticas de la antigüedad de la familia, no veo por qué se le deba negar el respeto y aprecio que merece, como las tengo yo de la mía, que reconoce su antiquísimo origen de los primeros tiempos de la República Romana. Vano fuera decirlos de los Scipiones que militaron en España, y de aquel Publio Scipión que mereció ser llamado el Africano.

Otro Gneyo Scipión se halló alférez en el ejército de Pompeyo, y otro fue general de la caballería en Alemania, en tiempo del Emperador Claudio, y así de otros que fuera importuno contar, hasta que uno de ellos pasó con Constantino a estas partes, donde mi familia conservaría sus antiguas preeminencias y honores si mi bisabuelo Marco Scipión no se hubiera alejado de la corte por manejo de sus émulos, y obligado a retirarse a la aldea de Astabia donde yo nací, aunque bastante rico para mantener el decoro de mi nacimiento».

«Veo por lo que me decís que no hay hoy día en el mundo familia más antigua que la vuestra, pues ninguna podrá contar su origen desde los primeros tiempos de Roma. La vuestra es la sola que se eximió de la burla que hace el tiempo de esas antigüedades. Lástima es que por manejo de la envidia haya perdido vuestro bisabuelo Marco Scipión sus honores y preeminencias, pues hoy día os hallaríais vos favorecido del Emperador o gobernador de alguna de sus provincias».

«Me basta, Belisario, que quedéis enterado de la antigua nobleza de mi familia, y nada se me da de esos honores y gobiernos que yo pospongo al partido que vengo a proponeros, sin cuyo motivo fuera muy odioso el mencionar la propia nobleza».

«No veo, Scipión, qué necesidad haya de ello para el partido que me queréis proponer. A la verdad acrecentáis mi curiosidad».

«No es bien, pues, que difiera el satisfacerla. Sabed que tengo un hijo único, heredero que es de todos mis bienes, y que traigo aquí conmigo para ofrecerle a vuestro servicio».

«A mi solo reconocimiento, pues lo debo también al hijo de quien se dignó socorrerme tan liberalmente en mi necesidad».

«Cumplimientos a parte, sabed que todos mis haberes están a disposición vuestra, como también mi hijo Mucio, si os dignáis reconocerle por esposo de vuestra hija Eudoxia».

«¿De mi hija Eudoxia? ¿Qué decís? Por lo que a mí toca, Eudoxia fuera desde este instante esposa de vuestro hijo Mucio si no pusiese un invencible impedimento a mi gratitud el estar la misma prometida a otro».

«¿Prometida a otro? No lo creía... ¿Se pudiera saber quién es el sujeto?»

«Aquel pobre que me servía de lazarillo cuando llegué a vuestra casa».

«Oh, cielo! ¿Qué escucho? ¿Qué decís, Belisario? Os confieso que no son tan grandes mi admiración y sorpresa cuanto la compasión y lástima que me causa Eudoxia al verla destinada a un vil mendigo. ¿Os pudisteis resolver a ello, Belisario? ¿Dar una doncella tan ilustre a un desnudo pordiosero, cuando tantos nobles y ricos se tuvieran a honra el obtenerla, a pesar de su presente estado de pobreza?»

«¿Qué le queréis hacer, Scipión? Ese pordiosero fue el primero que la pidió, y la obtuvo; está ya prometida, y Belisario no puede faltar a su palabra».

«Permitidme, no obstante, que os advierta que vuestra hija Eudoxia, no habiendo tal vez dado su consentimiento, os ofrecerá justo motivo para desembarazaros de esa promesa».

«Sin su espontáneo consentimiento no hubiera yo dispuesto de lo que no puedo. Queda Eudoxia en libertad de decir sus sentimientos».

«Mis sentimientos, padre mío, dijo la modesta Eudoxia, no son otros que los vuestros. Estoy prometida a Maximio, y Maximio será mi esposo».

«¿Es ése por ventura el nombre de ese mendigo?», preguntó Scipión.

«Ese mismo, dijo Eudoxia».

«¡Ah! Perdonad, ilustre doncella, si compadezco vuestra desgracia, exclamó Scipión. ¿Preferir un vil mozo a quien pudiera sacaros del miserable estado a que os redujo la fortuna?»

«Cualquiera que sea mi estado, no tengo por qué envidiar en él a otros más ricos y más felices. Un pobre mozo puede hacer también feliz a la que no apetece ni honores ni riquezas, y que satisfecha de su presente fortuna sabrá acomodarse a ella. Debo, no obstante, pedir perdón de estos mis sentimientos, sobrado sinceros tal vez, a quien se declaró tan generoso bienhechor de mi padre necesitado y pobre. Mi reconocimiento, siendo igual al suyo, me obliga a confesaros que si el pobre Maximio no hubiera empeñado de antemano mi afecto y correspondencia a su generoso amor, fuera acreedor a mi mano y corazón el que os dignáis proponerme, y a que por lo mismo os quedo sumamente agradecida».

«En igual aprecio quedo a vuestras atentas expresiones, mas siendo así como decís no debo acarrearos ulteriores molestias. Os deseo ese colmo de dicha que os prometéis con ese pobre mozo. A Dios, Belisario».

Dicho esto, y recibido el saludo de Belisario, que excusó los deseos que tendría de aceptar su honroso partido con la palabra dada a Maximio, partió algo resentido, al parecer, juntamente con su hijo Mucio, el cual no dejó oír su voz ni aun para los saludos, que limitó a solos ademanes, aunque manifestó quedar muy prendado de Eudoxia, de quien no apartó jamás sus ojos. Este accidente dio motivo para nuevo discurso a Belisario, Eudoxia y Domitila después que partieron los Scipiones, bien ajenos de imaginarse que fuese capaz Mucio Scipión el mozo de usar con ellos de la baja venganza que usó, creyendo impedir con ella el casamiento de Maximio con Eudoxia, de la cual se iba muy prendado.

Dio ocasión para ello a Mucio el ser dependientes suyos y de su padre los vecinos labradores que prestaron la cama para Antonina. Esta particularidad, sabida de Mucio antes que llegase con su padre a tratar de su pretensión con Belisario, le sugirió la especie, después de partido, que a estorbar el casamiento de Eudoxia si mandaba a los labradores que recobrasen la cama con cualquier pretexto, pues quedando sin ella y no teniendo medios el pobre Maximio para proveer otro lecho semejante, sería obstáculo bastante para hacer mudar a Eudoxia de determinación, forzada de la necesidad y miseria.

Esta especie, extravagante y propia del corto alcance del joven Mucio, le obligó a separarse de su padre apenas salieron del huerto de Belisario, para poder ponerla en ejecución sin que su padre lo supiese; y así lo ejecutó, dando orden a los labradores para

que fuesen inmediatamente a traer la cama que habían prestado a Eudoxia, amenazándoles de despedirles si tardaban en obedecer, exigiendo al mismo tiempo de ellos que se guardasen de decir que lo hacían por orden suyo. Los sencillos labradores ejecutan lo que les fue mandado y acuden a la casa de Belisario para pedir la cama, que necesitaban pretextando la sobrevenida enfermedad a un hijo suyo. Eudoxia y Domitila les entregaron sin ningún disgusto ni sospecha la cama que les pedían sus dueños, y de que ellas no se habían aprovechado por haber usado siempre de la paja que encontraron en la estancia. Partidos los labradores, se pusieron a aderezar su pobre comida, no esperando en aquella mañana a Maximio.

Se encaminaba éste entretanto hacia la ciudad, trazando medios en su imaginación para entrar en su casa y sacar las alhajas que tenía sin que sus padres lo supiesen, pues aunque había prometido a Eudoxia y a Belisario que se presentaría a ellos para sosegar sus congojas, temía que los mismos estorbasen su casamiento si lo ejecutaba. Mas no cuadrándole ninguno de los medios que le ocurrían para poder entrar en su casa sin ser conocido, se hallaba sumamente perplejo a vista de la ciudad. Crecieron sus angustias ocurriéndole que no era posible que pudiese entrar en su casa con aquel traje de mendigo en que iba, porque habiéndole visto el esclavo Evanio en la casa de Belisario con aquel mismo traje lo reconocería y contaría a sus padres el hecho, con lo cual zozobraban mayormente sus intentos.

Tanto pensó que al fin le ocurre vestirse de labrador, acordándose que hallaría este traje en alguna tienda de Constantinopla y que lo podría comprar con el dinero que Scipión entregó a Belisario, y que Belisario le entregó a él para los gastos que ocurrían. Pero para ejecutarlo quiso esperar la noche, para entrar con mayor disimulo, meditando lo que debía decir a sus padres para ocultarles el verdadero motivo de su ausencia desde que los amotinados le sacaron de la cárcel, y cómo se debía de contener para que no le impidiesen la vuelta a la casilla de Belisario. Mientras iba él pensando en esto, Eudoxia y Domitila viéronse precisadas a aderezar la comida con los productos del huerto y comieron, amenizando Belisario aquellos pobres y escasos manjares con sus joviales razonamientos, de modo que parecía haber perdido enteramente la memoria de sus perdidos bienes y grandeza.

Acabada la comida, deseó ir con Eudoxia y Domitila a un pequeño bosque que hacía también porción de aquella otra hacienda, donde sentados todos tres, con el motivo de alabar Eudoxia y Domitila su sombría amenidad, comenzó a decir Belisario:

«Aunque no puedo gozarla como vosotras, me sucede lo mismo que esta mañana en el huerto, que me represento este bosque como uno de los más amenos y deliciosos que vi cuando disfrutaba de la vista. Con esto se puede disminuir la aflicción de su pérdida».

«Vuestros sentimientos, le dijo entonces Eudoxia, nos sirven, padre mío, de grande alivio y consuelo. No sé cómo lo pudisteis hacer para sobreponeros a tantos bienes perdidos con esa heroica serenidad e indiferencia».

«Te lo diré, hija mía, respondió Belisario; con la reflexión y con el desengaño que saqué de la experiencia de las cosas humanas. Verdad es que esto solo no basta para llevar con virtuosa resignación la pérdida de los honores, de las riquezas y de la vista. Pero mi ánimo, instruido de las desgracias de los mismos reyes que vencí, pudo sofocar la jactancia y presuntuosa satisfacción que probaba en la prosperidad. Así, humilladas y abatidas aquéllas al golpe de la adversidad, pude hacer caminar, por decirlo así, mis sentimientos con pie firme sobre las ruinas que no me oprimieron enteramente. De este modo llegué tal vez al mismo término a donde Domitila te guiaba con las reflexiones de la virtud y sabiduría, aunque por diverso camino, pues al cabo no es otra cosa la virtud, según creo, que la fortaleza de los sentimientos del ánimo con que nos sobreponemos a todos los objetos anhelados de las pasiones, a no ser que tenga que decir algo en contrario Domitila».

«No supiera yo hacer mejor definición de la virtud, dijo Domitila. Mas sin una alma grande y sin luces y vistas superiores, me parece que no es fácil al hombre adquirir esa heroica fortaleza e indiferencia que no acabamos de admirar en vos, y que tanto nos consuela y conforta».

«Si es así, continuó a decir Belisario, debo estar muy agradecido a quien se dignó infundir a mi alma esas luces y vistas superiores como don de la infinita sabiduría, la cual me suele dar materia de meditación algunas veces que me hallo solo o que tardo a dormirme, diciéndome a mí mismo: *Ahora que es de noche, todos los mortales son ciegos, o no ven como yo. Ellos pueden, bien sí, servirse de luz artificial, pero sin ella todos somos ciegos en las tinieblas de la noche.*

Las que yo padezco son continuas, pero por lo mismo dan mayor vigor a la luz de la imaginación, con la cual, levantándose mis pensamientos sobre todas las cosas de la tierra, los puedo poner más vivamente en la eterna providencia, que con medios incomprendibles rige las cosas de los mortales y los infinitos sucesos y accidentes de este mundo, aunque parezca que los abandone a los caprichos de la que llamamos fortuna, que reputamos adversa o propicia según son los efectos que experimentamos de su favor o, inconstancia, y que redundan en pérdida o en adquisición de aquellas cosas que deseamos los hombres y que engendran en nosotros aflicción o alegría.

Así quisiéramos avasallar las eternas miras de la providencia a nuestros deseos, persuadiéndonos el amor propio que hace cada cual un gran papel en la tierra y que somos acreedores a que la suerte atienda a nuestra dicha y tome particular empeño por ella. Hasta el pastor más desconocido en los solitarios valles pretende tener derecho igual a las favorables suertes de la fortuna como los más grandes y poderosos en las cortes y en las ciudades, donde parece que tiene sus aras. Hácense por lo mismo muy risibles las quejas y los lamentos, la tristeza y desolación de los desgraciados en los males y desdichas que impensadamente les sobrevienen, como si la providencia les hiciese injuria y agravio en dejarles caer en ellas.

De esta manera, mirándose solamente a sí mismos, pagados sólo de sí y de su existencia, en vez de reconocer en ella su pequeñez, su miseria y la insensatez de sus desvanecidas

pretensiones, les parece al contrario que todo debe obedecer a la importancia de su ser, que todo debe contribuir a su particular felicidad según les sugieren los deseos de su ambición y amor propio, sin echar de ver que, semejantes a los insectos, mueren y nacen como ellos y están sujetos por ley de naturaleza a todos los accidentes y combinaciones del orden del universo. El alma es inmortal y superior a las cosas terrenas, mas el cuerpo, a pesar de las preeminencias y perfección de que se jacta sobre el de los brutos, salió como el de éstos del lodo de la tierra y se animó al soplo del espíritu del Criador.

¿Qué mucho, pues, que un ser tan bajo, tan frágil y perecedero esté sujeto al choque de todas las cosas que lo rodean, impelidas de los accidentes adversos o favorables que, enlazados incompreensiblemente entre sí, las conducen al fin inevitable? ¿Y el hombre, miserable y vano, se atreverá a culpar la infinita sabiduría porque lo dejó expuesto a las siniestras contingencias, regidas de las causas inferiores a que su mano dio el primer impulso, y porque lo tratan como trata él mismo a la sabandija, que por antojo la estruja con su planta? Estas y semejantes reflexiones me obligan a sofocar las quejas y sacudir la tristeza en mi desgracia, contemplándola como cosa indispensable a quien vive en la tierra, sujeto ahora al bien, ahora al mal, que uno a otro se suceden.

Así, de la contemplación de la pequeñez y miseria de mi ser mortal paso a reflexionar sobre el ser eterno del alma, capaz de los heroicos sentimientos que forman la verdadera grandeza del hombre, tanto mayor cuanto más se sobrepone a las cosas que más anhelan y desean los mortales, y con cuanta mayor indiferencia y superioridad las mira. Pueden los demás reputarlo infeliz y miserable por verlo pobre y abatido, según el concepto que les hizo formar la ambición y la vanidad; mas Belisario, aunque ciego y pobre, arrojado a la sombra de este solitario bosque, semejante al topo que se abriga en esos ribazos, no debe reputarse por eso de inferior condición al mismo cuando lo aplaudían y acataban.

Un concurso propicio de accidentes me dio el mando de los ejércitos y victoriosas legiones, otra combinación siniestra de aquellos mismos me derribó del carro del triunfo y del asiento de la gloria para arrojarme a las tinieblas de la cárcel y al pie del suplicio. El favor de la fortuna dio cuerpo a la opinión y a la fama de mi nombre, mas la suerte adversa las hizo desvanecer del concepto de aquellos que antes me hubieran ofrecido a porfía sus haberes cuando no los necesitaba, y que ahora rehusaran tal vez mirarme a la cara. ¿Pero creéis que se haya trocado por eso o envilecido mi carácter, y que mi condición haya hecho mi ánimo inferior a lo que lo era antes en la grandeza y fortuna?»

«Si todos os vieran con mis ojos, padre mío, no se hubiera mudado, dijo Eudoxia, la opinión que formaron de vos».

«Siempre se midió la grandeza del hombre, dijo inmediatamente Domitila, por los honores y las riquezas; ninguno la mide por sus sentimientos. La apariencia es el manto de la farsa que la fortuna hace representar a los hombres en la tierra. Lo que ella hizo con vos, despojándoos del manto luminoso de la representación, tarde o temprano lo hace también la muerte con todos. Así el sabio desde su rincón contempla con risa compasiva la vana representación de los mortales, que sucesivamente desaparecen de ella...»

Interrumpió este discurso la llegada de la vecina labradora, la cual, arrepentida de haber quitado a Eudoxia, con falso pretexto aunque por orden de su amo, la cama, venía a excusarse con ella.

Eudoxia, luego que la vio comparecer, se levantó para manifestarle su reconocimiento. Contóle ella entonces el lance según había pasado, excusándose con el orden de su amo. Eudoxia la consoló diciéndola que la cosa no merecía que viniese a darlas satisfacción, pues estaba persuadida de su buen ánimo. Belisario, que oyó hablar a Eudoxia con una persona que llegó, preguntó quién era.

«Es Flacila, nuestra vecina, le dijo Eudoxia, que viene a disculparse de haberse llevado la cama».

«Bien venida, Flacila, sentaos también vos, venid acá, dijo Belisario; no hay nada que perdonar».

«Perdonad, Señor, sumamente lo sentí».

«Aquí no hay ya más señores. Todos somos honrados campesinos. Es éste un estado más antiguo que el de la señoría. Ea, dejémonos de excusas y entretengámonos en buena conversación».

«Podéis estar persuadido de nú sincera voluntad».

«Lo estoy, Flacila, lo estoy. No se hable más de la materia, pues es disgustosa para vos. Echémosla al olvido y decidme de dónde sois».

«De la villa de Anape, para serviros».

«¿De Anape sois? Mucho me alegro de saberlo. Si no me engaño, está vecina de esa villa la casa de campo que se le destinó al prisionero rey Gelimer por domicilio».

«Es así; allí vive aquel infeliz rey, a quien vos trajisteis cautivo a Constantinopla».

«¿Y lo llamáis infeliz? ¿Quién os parece que sea más infeliz de los dos, el rey Gelimer o yo?»

«Vos».

«¿Yo? Gustara de saber la razón».

«Porque él salió de la cárcel con la vista, se le destinó una granja magnífica y esclavos que le sirviesen, sin verse reducido como vos a necesitar de la ajena compasión».

«¿Lo visteis alguna vez?»

«Varias veces lo vi, ya solo, ya acompañado, pero siempre triste y abatido con la memoria de su perdido reino y por el presente estado de cautiverio a que la suerte lo redujo».

«¿Y os parece que yo, aunque privado de la vista y necesitado de la ajena compasión, esté tan triste como él?»

¡Oh, no, por cierto, ni de mucho! Antes bien, parece que no sentís vuestra gran desgracia y que os halláis bien en ella».

«No soy, pues, de mucho tan infeliz cuanto Gelimer, pues de mucho no estoy tan triste, y me hallo bien en mi desgracia».

«Mas no tenéis un palacio tan lindo como él ni esclavos como él tiene, ni estáis bien tratado, sino pobre».

«¿Según eso, ponéis mi infelicidad en no tener lindo palacio, ni esclavos, ni tratamiento?»

«Todos dicen que sois más infeliz que el rey Gelimer, atendida vuestra pobreza y vuestra ceguera».

«Veis, pues, cómo yerran todos en sus juicios, por cuanto él con todas aquellas cosas vive triste y melancólico, y yo paso sin ellas a lo menos con indiferencia. Deseara, sin embargo, que satisfaciérais a otra curiosidad que me viene. Es, a saber, cuál de las dos desgracias os fuera menos sensible, la mía o la de Gelimer, si la suerte os condenara a una de ellas».

«Antes escogiera la de Gelimer, aunque triste».

«Eso es prueba de que reputáis su presente estado más apetecible que el mío, dejándoos deslumbrar de la apariencia; porque, ¿qué felicidad puede ser el vivir triste en la abundancia y riqueza? ¿No es mucho mejor vivir alegre y contento, aunque ciego y pobre, que rey rico, triste y afligido?»

«No, por cierto».

«El engaño que padecéis me hace sospechar que no estáis contenta con vuestro estado de labradora, y que desearíais antes haber nacido rica ciudadana».

«¿Quién duda que valiera mucho más?»

«No sé si Eudoxia será de vuestro parecer».

«¡Ah! Flacila, padre mío, dijo Eudoxia, no sabe que las más ricas ciudadanas viven tal vez tan descontentas que llegan a envidiar a las más pobres labradoras».

«¿Eso es posible, señora?»

«No lo dudéis. Las riquezas, las galas, el atavío, las infunden una apariencia de ufana jovialidad que engaña a la vista y da tal vez envidia a las pobres labradoras, que las admiran porque no ven las interiores desazones y graves pesares de sus ánimos, que las acibaran su aparente felicidad y que las labradoras no padecen ni conocen, aunque exteriormente parezcan infelices».

«Si fuera así como decís, bien estuviéramos en el campo».

«Yo, a lo menos, me hallo más contenta en él que en la ciudad, y lo mismo creo que le sucede a mi amada Domitila; apreciamos más nuestro presente estado, aunque pobre, que el rico que perdimos».

«Así es, Eudoxia, dijo Domitila. Pero no extraño que le parezca imposible a Flacila, pues dudo que haya ninguno que nos crea sobre nuestra palabra».

«Si no lo viera confirmado con vuestra resignación y paciencia en tantos y tales trabajos, no lo pudiera creer. Por lo mismo me fue mucho más sensible el orden de mi amo de que os hice la confianza, por cuanto pudiera desmentir las demostraciones de compasión y de afecto a las cuales se hizo tan acreedora vuestra desgracia. Y para que veáis que no procedió por falta de voluntad, aquí tenéis estos pollos y estos huevos, que suplirán a la gratitud que conservo al precioso don de los pendientes que me regaló Domitila».

Eudoxia, que no advirtió en la entrega de los pendientes cuando se la hizo Domitila, sabiéndola ahora por la ingenua confesión de la labradora dio amorosas quejas a su amiga, diciéndola que perdonaba a su virtud aquella falta de confianza. Domitila respondió que no se acordaba ya más de los pendientes y que no su voluntad, mas el sentimiento que ella había manifestado cuando los entregaba la primera vez a Maximio, fue causa de la falta de confianza que ahora notaba. Agradeció, sin embargo, a Flacila el regalo que Eudoxia se excusaba de recibir y que aceptó la misma Domitila en atención de la misma Eudoxia y de Belisario, que sabido también el regalo por que preguntó se lo agradeció a Flacila, que se despidió de ellos contenta y satisfecha.

Volvieron inmediatamente ellos a su casilla, esperando que volviese de un momento a otro el deseado Maximio, por ser ya tarde. Mas como no le viesen comparecer cerrada ya la noche, desconfiaron enteramente de su llegada hasta el siguiente día.

LIBRO V

El atento e ingenioso Maximio, después de haber esperado que llegase la tarde cerca de la ciudad, pensando el modo como había de fingir a sus padres el motivo de su larga ausencia, entró en Constantinopla luego que lo imaginó y fue a proveerse del sayo de labrador que necesitaba para su ficción. Con él se encamina a la casa de sus padres, pero

sin darse a conocer sino al esclavo Evanio, a quien hizo llamar a este fin. Evanio, que lo amaba tiernamente y que estaba sumamente solícito por no saber su paradero, luego que le reconoció prorumpió en tiernas demostraciones de gozo, abrazándole y besándole como si fuese su recobrado hijo. Pero le contuvo Maximio diciéndole que importaba guardar gran circunspección en recibirle, por cuanto le iba la vida si llegaba a ser descubierto; que por lo mismo le rogaba fuese a prevenir de esto a sus padres antes de recibirlo.

Asustado con esto Evanio, reprimió su repentino júbilo y los ademanes con que lo manifestaba, dando cabida en su pecho a las temerosas dudas y recelos que le infundía y que sobremanera lo angustiaban, creyéndole de contado. Antes bien, sin informarse del motivo, fue inmediatamente a avisar a los padres de la llegada de su hijo en traje de labrador, diciéndoles al mismo tiempo el encargo que le hizo sobre la precaución y secreto que debían guardar en recibirlo, por cuanto peligraba su vida si llegaba a saberse su venida. Los padres, oído el impensado aviso, padecen el contraste del alborozo, del temor y de la consternación que al mismo tiempo les causaba. Impelidos sin embargo del gozo y del amor paterno, salen ansiosos a verle y a recibirle, aunque contenidos en parte de los temerosos recelos que sentían.

Mas no pudiéndose contener a vista de su amado hijo, cuya ausencia tantos afanes y desvelos les costaba, prorrumpen en mil afectuosas demostraciones, tanto más ardientes cuanto más se esforzaban en reprimirlas para no ser oídos. Le introducen luego en una secreta estancia donde, después de haber desahogado a su satisfacción los reprimidos afectos, le preguntan el motivo de su ausencia, en qué parte había estado hasta entonces escondido y por qué le iba la vida si se sabía su llegada. El advertido Maximio, echando de ver que había comenzado a prender en el ánimo de sus padres consternados el tramado ardid, le pone el complemento revistiéndose de congojas y temores, que no sentía pero que realzaban su traje de labrador y los ademanes tristes que hacía, diciendo así:

«¡Ah! Debí nacer bajo infausta estrella, pues desde que me reconozco hallé siempre invencibles contradicciones a mis deseos y tuvieron siempre fines desgraciados mis tentativas, especialmente en el de la salida de la cárcel, donde la altiva Antonina...»

El llanto interrumpió su narración, agitando con él mucho más el corazón de la madre, que ansiosa de oír lo que comenzaba a indicar Maximio comenzó a decir angustiada:

«¿Qué es, hijo mío, qué es lo que te aconteció? Acaba de sacarme del cruel afán que me causas».

«Apenas descerrajaron los amotinados (continuó a decir Maximio) las puertas de la cárcel, entran en ella con gran alboroto y vocería, poniendo en mis manos libres una espada, diciéndome que jurase sobre ella que vengaría la patria de sus traidores y violadores de la justicia y de la inocencia.

Como yo nada sabía del motivo de la sedición ni de las pretensiones de los amotinados, hice el juramento que exigían de mí. Me sacan inmediatamente de la cárcel con los otros

presos y me obligan a ser cómplice en sus desafueros, hiriendo a los que su ejemplo y voces me enseñaban que eran enemigos; y como cayese desgraciadamente en nuestras manos Mondomio, favorito del Emperador, ejecutamos en él las crueldades que habréis sabido, siendo yo el segundo que lo hirió mortalmente».

«Oh, cielo! ¡Oh, desventurada de mí!, exclamó la madre al oír esto. ¡Qué hiciste, desdichado Maximio!»

Diciendo esto deshacía en llanto. Su padre Septimio, sin prorrumpir en semejantes exclamaciones, aunque más consternado que su mujer, deseó saber de él cómo había podido escapar de las armas de Narsés y de la carnicería que los soldados hicieron en el pueblo sedicioso.

«Advirtiéndome luego yo mismo, continuó Maximio, la atrocidad de mi delito, me desvié de los amotinados, aconsejándome el horror mismo del hecho a salir de la ciudad y esperar en sus cercanías el éxito del motín. Mas luego que supe el estrago que hacían en los ciudadanos los llegados soldados de Narsés me alejé a toda prisa de la ciudad, y despojándome de mis vestidos pude tomar este sayo que compré de unos labradores, y me fui luego a otra parte distante donde logré entrar a soldada con un rico labrador. De allí vengo para sacaros de los afanes y aflicción en que os suponía estuviésteis, pero para volverme inmediatamente al mismo lugar, de donde no saldré más hasta que muera el Emperador».

Crecieron las congojas y el sentimiento de la madre con esta breve pero tan bien fingida relación. No pudo tampoco contener su llanto el afligido padre, conociendo el peligro que tenían así ellos como su hijo si se llegaba a penetrar su venida; no supo por lo mismo oponerse a la resolución de Maximio en partir inmediatamente, diciendo que para ello necesitaba de algún dinero y de tomar las pocas alhajas que le pertenecían. Vino bien en ello el sensible padre, y después que venció los sollozos y dolorosas oposiciones de su madre, arrancándose de sus brazos salió de la casa paterna para ir a recobrar en el soportal de un templo, donde pasó la noche, no cabiendo de gozo su corazón por el éxito feliz de aquella ficción, que le proporcionaba volver luego a su amada Eudoxia, cuya dulce memoria alivió la incomodidad de aquella noche.

Pasola en continuo desvelo pensando el modo cómo llevaría a la casilla los muebles de que se hallaban faltos y que eran necesarios a su casamiento y a la resolución en que estaba de vivir en aquella casilla con Belisario, especialmente las camas, que determinaba comprar al otro día con el dinero que le entregó su padre y con el que sacaría de las alhajas, que hacía cuenta de vender antes que tocar al dinero que le había entregado Belisario. Necesitaba a más de esto proveer instrumentos de labranza y todos los demás aperos que requería el cultivo del campo en su nuevo establecimiento, determinado a seguir vida de labrador para sustentar a Eudoxia y su familia con el trabajo de sus brazos.

Pensando esto y en la manera cómo podría conducir la carga a la casilla, le ocurrió que siendo utilísimo en una alquería un carro y un par de bueyes, los podría comprar a este fin y al mismo tiempo servirse de ellos para trasladar los muebles y los instrumentos de

labranza que había de comprar. Amanecido el suspirado día, antes de dejar la ciudad quiso recorrer las tiendas para ver si encontraba camas hechas y los demás muebles y utensilios que debía proveer, y habiéndolos hallado a su satisfacción los dejó apalabrados para pagarlos cuando viniese por ellos con el carro. La compra de éste y de los bueyes le parecía más ardua para hecha de pronto como deseaba, pero confió salir con ella en una de las alquerías en que estuvo el día antes de entrar en la ciudad.

La intrepidez y el ingenio son comúnmente favorecidos de la fortuna. Maximio, llevado de sus deseos, se presenta al dueño de aquella alquería en que había puesto las miras, hácele ver la necesidad en que se hallaba de comprar un carro y un par de bueyes con todos sus aderezos por comisión que tenía para ello de su amo, que acababa de quedar sin los suyos en el incendio de su establo; le añade que su necesidad era tan urgente que le daría lo que le pidiese, con cuyo precio podría él comprar otro carro a su satisfacción y otros mejores bueyes que aquellos que le vendiese.

Tentado el labrador de la oferta, condescendió con las instancias de Maximio, entregándole el carro y bueyes que deseaba y recibiendo el dinero que Maximio le entregó de buena gana, ansioso de la compra; partió con ella muy alegre aunque muy embarazado con la misma por falta de experiencia en su manejo. Suplió a ella el amor, que le hizo llegar felizmente a la ciudad, donde cargados los muebles que había apalabrado partió más ufano, satisfecho y contento sobre su carro que Belisario en el suyo cuando condujo en triunfo al cautivo rey Gelimer y su familia.

Alguna molestia le daba el haber gastado en toda aquella compra el dinero que le entregó su padre y parte del que conservaba de Belisario, a que no quería tocar; pero poniendo luego los ojos en sus brazos y en la preciosa e inagotable mina del campo, y la memoria en su buena Eudoxia, volvió a serenarse enteramente su ánimo y a alegrarse su corazón con el más puro júbilo, avivándosele las ansias de llegar a ella para darla aquella nueva prueba de su amor ardiente y de las atentas miras que llevaba en contribuir a la mayor comodidad y decencia que cabía en el estado pobre que había resuelto abrazar por afecto y pasión de la misma.

No menos solícitos estaban Belisario, Eudoxia y Domitila por su llegada, no viéndole comparecer tampoco aquella mañana en que lo esperaban, y entraron en sospechas de que sus padres le hubiesen impedido la vuelta. Ya casi desesperados de ella acudieron al huerto para proveer la comida, cuando oyeron el ruido de un carro que paraba a su puerta. Movidas de esta novedad acuden a ver lo que era y quedan sorprendidas de aquella carga, sin conocer a primera vista al boyero en traje de labrador, si él mismo no se diera a conocer al instante con la tierna demostración que hizo a Eudoxia, que no esperaba ver comparecer con sayo de labrador, aunque galán y lucido, a quien vio partir en traje de sucio y roto pordiosero.

Grande fue entonces su alborozo y el de Domitila, y no inferior el de Belisario cuando le dijeron lo que era y la carga con que llegaba Maximio. Animadas Eudoxia y Domitila de la tierna complacencia y satisfacción que la infundían los cariñosos desvelos de Maximio, manifestados en aquellos muebles e instrumentos que les traía, quisieron ellas mismas

ayudar a descargarlos con sus brazos, sin querer para ello llamar a los vecinos labradores, gustando de acomodarse a las circunstancias de su pobre situación y emplearse en aquel trabajo, en apariencia humilde, que pudieran excusar con sus flacas fuerzas.

Lectores delicados, no creo que reputaréis estas menudencias indignas de la pluma, aunque grosera; que retrata los virtuosos sentimientos de la hija de Belisario. El sabio pintó a la mujer fuerte hilando lana; yo a Eudoxia, doncella poco antes ilustre, trasladando con sus brazos, no acostumbrados a tales usos, el lecho en que debe descansar su padre ciego y desgraciado. No olvidada del todo de sus perdidos bienes y grandeza, ¿qué esfuerzo de heroicos afectos debía dar impulso a sus delicados y tiernos miembros? ¿Qué sublime resignación a las disposiciones de su suerte convenía que fortaleciese su ánimo para abrazar aquellas cargas, que parecía le indicasen que no esperase otra condición mejor en su vida que la que le ofrecía aquel pobre techo a donde las trasladaba, no con ánimo triste ni abatido sino con la más serena complacencia, animada, es verdad, del amor, pero del santo amor, que sin la fortaleza de la virtud no inspira tan heroicos sentimientos?

Aunque Maximio quiso oponerse a la resolución de Eudoxia y de Domitila en ayudarle a descargar las camas, debió ceder a su cariñoso empeño, ateniéndose al partido de cargar con los muebles más pesados, trasladándolos a los cuartos sobre sus hombros. Hecho esto con algún trabajo, atendió a dar recobro a los bueyes en un pequeño establo que había a las espaldas de la casilla, mientras Eudoxia y Domitila acababan de aderezar la comida. Belisario, informado de ellas de lo que Maximio había traído, no acababa de admirar la constancia del amor de aquel mozo, así en todo lo que hizo antes para merecer la posesión de Eudoxia como en lo que ahora hacía después de haberla merecido, manifestando su determinación en acomodarse a sus pobres circunstancias y en aliviárselas en cuanto las suyas se lo permitían, prefiriendo la vida de labrador a todos los empleos de lustre que hubiera podido obtener, atendida la nobleza de su familia.

Penetrado de estas reflexiones el ánimo de Belisario, no pudo dejar de manifestar su aprecio y gratitud a Maximio con las más tiernas demostraciones luego que se le presentó el mismo después de haber puesto en cobro sus bueyes. Agradecióselas Maximio, enternecido de las expresiones de aquel ilustre ciego, y luego se sentaron a la mesa, en que deseó Belisario oír el modo como había sido recibido de sus padres y como había comprado todos aquellos muebles. Hízole Maximio la relación, animándola con tales pinturas de las situaciones en que se halló y de los diversos afectos que hubo de sentir en el recibimiento y vista de sus padres, que hacía revestir de ellos a los apasionados oyentes que lo escuchaban con tanto interés, teniéndoles pendientes de su discurso.

Pero en vez de contarles el ardid de que se sirvió para ocultar a sus padres el verdadero motivo de su ausencia con la muerte de Mondomio, fingió otra relación, temiendo dar que sentir a Eudoxia y a Belisario si les contaba llanamente lo que dijo a sus padres. Ciñose su nueva ficción a decir que a fin de que aquéllos lo dejaran volver les había pedido licencia para ausentarse de la ciudad por algunos días mientras le obtenían la necesaria seguridad por parte de la justicia, informándose primero si se había liquidado su proceso, pues el temor de que le volviesen a poner en la cárcel de donde le sacaron los

amotinados le obligó a salir luego de Constantinopla y a ir vago y pordioseando por las vecinas aldeas mientras duraba el motín; que por lo mismo creía necesario volver a salir de la ciudad hasta que la misma justicia le asegurase su entrada. Que en fuerza de esto sus padre vinieron bien en que se ausentase y le entregaron dinero, con el cual había comprado aquellos muebles y el carro y bueyes que había traído.

Todos lo creyeron sobre su palabra, pero si no se verificaron los temores de Maximio en dar que sentir a Belisario y a Eudoxia diciéndoles la primera fingida relación que hizo a sus padres, no por eso aprobaron la segunda que les acababa de hacer a ellos, echando de ver que había querido eludir en su relación el que supiesen sus padres haber estado en la casilla con ellos y que volvía a la misma. Por lo mismo Belisario, a pesar de su tierno afecto y reconocimiento y de la promesa que le hizo de darle a Eudoxia por esposa, determinó diferir el casamiento o no efectuarlo si primero no lo sabían sus padres y si no venían bien en dar su consentimiento para ello.

Disimuló sin embargo su resolución por entonces para no afligir a Maximio ni agrazarle la suma satisfacción que manifestaba en la menuda relación que les hacía de su viaje y de sus compras, con las cuales le parecía haber allanado todos los obstáculos a su amor, lisonjeándose que éste le coronaría cuanto antes en el dispuesto tálamo del himeneo. Lleno de esta confianza, continuaba a disfrutar sobre mesa la suavísima compañía de Eudoxia, a cuyo lado estaba sentado reconociéndose ya esposo de la misma.

Solos vosotros, amartelados amantes, podéis comprender la suprema satisfacción y consuelo de Maximio, seguro ya de poseer a una doncella tan amable, no menos ilustre por su nacimiento que por la virtud que añadía tan sublimes realces a las tiernas gracias y hermosura de su linda presencia, viéndola, olvidada de sus antiguas comodidades y riquezas, resignarse con tanta modestia y blandura a su presente pobreza, acomodándose a ella con heroica fortaleza de ánimo, como también a las ocupaciones más humildes en que desdeñaran tal vez emplearse las mismas esclavas que antes tenía; estando seguro Maximio que en ellas y en su pobre situación le anteponía por esposo, con firme y sincero afecto, a los más ricos señores del Imperio.

Dejábase transportar el ánimo de Maximio del ternísimo afecto que le avivaba aquella persuasión, aunque ésta, por su singular modestia y recato, parecía no corresponder exteriormente con igual pasión a la que él la manifestaba con sus tiernas demostraciones, bien que contenidas no tanto de la presencia de Domitila cuanto del respeto y dulce veneración que le infundía el recato de Eudoxia, sin dar presa alguna a las lisonjas de la pasión de Maximio. Antes bien las convertía en un afecto más tierno y puro, dejando sólo lugar en su ánimo al satisfecho gozo y consuelo que sacaba de la vista de su amabilísima modestia, la cual exigía los más cariñosos afectos de su alma.

Disfrutó Maximio esta dulce complacencia al lado de Eudoxia hasta que Belisario llamó toda su atenta sorpresa con la relación que le quiso también hacer de la venida de los Scipiones, padre e hijo, y de la petición con que vinieron durante su ausencia. El tono jovial y festivo con que Belisario se lo contaba disminuyó en parte las congojas que le sobrevinieron al oírlo, y que se trocaron luego en mayor alborozo oída la negativa que así

él como Eudoxia dieron a los descendientes de Publio Scipión sobre la pretensión del casamiento, de que redundó mayor aprecio a la virtuosa constancia del fiel amor de la doncella y a la honradez y grandeza de ánimo de Belisario, que rehusaban un partido ventajoso en las circunstancias de su desgracia.

Este caso, avivando sumamente el reconocimiento de Maximio, le hizo prorrumpir en nuevas demostraciones de gratitud para con entrambos, hasta que la tarde ya entrada les acordó que debían poner en orden los muebles traídos, acomodándolos a las respectivas estancias en que debían ser colocados. Emplearon en esta ocupación el resto de aquella tarde, pudiendo así descansar Eudoxia en la nueva cama que había de servir de tálamo a su himeneo. A este fin la compró Maximio a más de las otras que debían servir separadamente para Belisario y para él antes que se efectuase el casamiento. Con esto durmieron todos con mayor comodidad y consuelo aquella noche.

Amanecido apenas el siguiente día, Maximio, a quien el amor y el cuidado de su nuevo oficio despertaron presto, fue el primero en levantarse para conducir sus bueyes al pasto, encaminándose con ellos al vecino bosque. Convidado allí del apacible silencio de la mañana y de la quieta amenidad de aquel sitio, se sentó al pie de uno de los fresnos que lo formaban, creyendo que tardarían a levantarse Belisario, Eudoxia y Domitila. La vista de aquellos frondosos y silenciosos árboles, de los bueyes que pacían la crecida yerba, y el canto de las aves que daban el alborada al día empeñó poco a poco su meditación, acordándole que Eudoxia con su casamiento le hacía dueño de aquel sitio y de todo aquel terreno, que aunque corto bastaba a su parecer para mantenerse.

En fuerza de esta ocurrencia se decía a sí mismo:

«¿Qué más puede desear un hombre en esta vida mortal que tener asegurado su necesario sustento, y por compañera una amable y virtuosa esposa? Éstas son las primeras necesidades de la naturaleza. Todo lo demás es consecuencia superflua de los deseos y antojos de las pasiones, fomentados de la ambición y de la vanidad; bueno en parte si se posee o si se consigue sin tanto afán y solicitud, pero no con riesgos y peligros de la vida como lo hacen los más. ¿Qué le aprovechó a Belisario adquirir tantas riquezas, tan grandes honores y tan gloriosas distinciones? Agravaron su desgracia, y si la fortaleza de su excelso ánimo no le hubiera dado noble aliento para sobreponerse a su adversa fortuna, le hicieran el hombre más infeliz y miserable de la tierra.

Verdad es que no acontecen a todos tales desventuras, y mueren los más en el seno de la gloria y grandeza que adquirieron o que heredaron; mas tampoco llegan a ser grandes y ricos todos los que aspiran a ello y lo procuran. ¿Cuántas veces sucede también, a aquellos mismos cuya grandeza envidiamos, que trocaren de buena gana su rico estado con el de un labrador honrado, envidiando a su turno la tranquilidad y quieto señorío del campo? A pesar de esto, no es de extrañar que ninguno de ellos deje el asiento de su grandeza y de sus estudiadas comodidades para acomodarse a las sencillas costumbres y vida del campo, porque a todos amedrenta la apariencia humilde, ni les es fácil sobreponerse a la vanidad que los avasalla. Antes bien, inducidos muchos de ella y de sus engañosos alicientes, dejan la quieta soberanía que gozan en sus aldeas, metiéndose en la

turbulenta carrera de la ambición para obtener los honores y los empleos a que aspiran a costa de mil disgustos y pesares.

¡Feliz mil veces aquel día en que el amor que la estimable Eudoxia suscitó en mi pecho llegó a consumir enteramente los deseos de distinguirme en cargos luminosos, pues libre así de los peligros y de las desazones que los acompañan me veo ahora sentado en este verde trono, aunque humilde, de la dicha pura, como lo es para quien sabe apreciarle! Porque, ¿qué señor, por grande que sea, prueba tan suave satisfacción y contento en sus adquiridos honores cuanto la que experimenta mi alma, mis sentidos y potencias en este ameno templo de la naturaleza, a quien sirven como de columnas de su frondoso edificio esos troncos, de techo majestuoso sus verdes copas, de cantores que ensalzan la divina omnipotencia del Criador estas aves con sus dulces cantos, de rica alfombra esta florida yerba en que pacen estos mansos bueyes que acrecientan mi pequeño señorío, lejos de la confusión y tumulto de las ciudades?

Aquí reina la paz suave, que aviva en mi pecho el aprecio de la resolución tomada de mi amor de desamparar la ostentación y fausto de la ciudad y de vivir, aunque pobremente, en compañía de mi buena Eudoxia. Aquí quedará tal vez sepultado mi nombre, sin títulos, sin honores, sin fama; pero al muerto, al cadáver yerto y frío del hombre más ilustre, ¿de qué le sirven tampoco todos sus adquiridos honores y timbres? Los heredan, bien sí, sus hijos o sus descendientes; pero con el fin de trasladar mi nombre a los que tarde o presto los tragará el olvido, ¿habré yo de exponerme a riesgos que harán, tal vez, desvanecer antes los anhelos de mi ambición?

No, Maximio, esos son los falsos alicientes de la vanidad, que prometen la dicha donde no se encuentra. Todos anhelan los haberes, las distinciones, la preeminencia sobre los demás, tal es la soberbia humana; mas todo eso ni satisface enteramente ni tranquiliza al corazón que lo disfruta. Aquí, no niego, habré de regar el suelo con el sudor de mi frente, esforzar mis fatigados brazos, endurecer mis atezadas manos con el trabajo, aguantar soles ardientes y rehacer mis exhaustas fuerzas con un pobre y parco alimento; mas sudaré para mantener a mi Eudoxia, a mis dulces hijos si los tuviere, no para manchar bárbaramente la tierra con la sangre de los enemigos o con la mía en la batalla.

Aguantaré los calores, los sentiré, mas podré recrearme libremente cuando se me antojare a la sombra de un árbol sin que el imperioso sonido de la trompeta me obligue a continuar la marcha a pesar de las inclemencias de los tiempos, sólo para ir a exponer mi pecho a la herida o a la muerte, o para darla por ajeno capricho. Endureceré mis manos en el cultivo de la tierra, pero para que me rinda mi honesta subsistencia y la de mi familia, no para abrir fosos y trincheras que habrían de ser tal vez mi sepulcro. Denodaré mis brazos y mi cuerpo en una provechosa y honrada fatiga, mas no en las evoluciones militares ni en los demás duros trabajos de la milicia, en que rara vez y raros consiguen los premios y los honores que se prometen.

Sudaré y trabajaré, pero sin serviles anhelos, sin dura dependencia y sin las demás importunas desazones e inquietudes que siguen a los empleos y cargos de lustre. Sudaré y trabajaré, pero, ¿qué rico ocioso en el seno de su ufana holgazanería se atreverá a decir

que es más dichoso, sin hacer nada más que lo que hacen las estatuas con resortes, que Maximio, que suda, que se afana y trabaja por el glorioso Belisario, héroe desgraciado del Imperio, y por su amable y virtuosa hija, que endulzará mis fatigas, que aliviará los males inevitables de la vida, y que con su virtud y amable consorcio pondrá el colmo a mi tranquila felicidad, sin todos esos vanos y desasosegados bienes que envío en hora mala?»

Esto iba diciendo consigo mismo Maximio, muy ajeno de esperar el precioso instante de ver comparecer a Eudoxia sola, sin Domitila y sin Belisario. No es posible expresar los dulces afectos que suscitó en su pecho la graciosa presencia de su amada en aquella soledad, a la sombra amena de aquel bosque y a la suave quietud del alba. Nada de cuanto puede pintarnos la imaginación hubiera podido causarle igual sorpresa ni tan gustosa cuanto la modesta y amable hija de Belisario. Alegrose también ella de encontrar a su fiel amante sentado al pie de aquel árbol frondoso, paciéndose delante de él, con quietud, los mansos bueyes.

Ella fue la primera en decirle:

«Maximio, suponía mi padre que hubieseis venido a apacentar los bueyes, y me envía a llamaros».

«Amada Eudoxia, aquí me tenéis embelesado de este amenísimo templo de la naturaleza, donde sólo echaba menos vuestra presencia».

«Muy de mañana os habéis levantado; mi padre os oyó cuando sacabais los bueyes del establo».

«El alba comenzaba a rayar en el horizonte. Pero doy por bien empleada mi madrugada, no solamente por la dulce contemplación en que estuve, sino también por la suma complacencia que me granjeé con ella de vuestra inesperada vista. Venid aca, Eudoxia, haced este día mucho más delicioso para mí con vuestra dulcísima compañía. Sentaos, reina de mi voluntad, en este blando asiento, que no tiene por qué envidiar a los dorados de los palacios, y disfrutad también por un poco la apacible amenidad de este sitio».

«Me sentaré por un instante para oír la contemplación en que estuvisteis. ¿Qué era, pues, lo que meditabais?»

«Estaba ponderando la gran ventura que me adquirió el amor con la feliz vida que me llevaré aquí en compañía vuestra».

«Tuvimos la misma meditación, y al mismo tiempo tal vez».

«¿La misma tuvisteis? ¡Ah! No sabéis, Eudoxia, cuánto regala a mi alma esa ingenua y no exigida declaración. Ella me asegura de la conformidad de nuestros genios y afectos, de donde dimana la firme y más dulce correspondencia. Pero no sé si habiendo vos tenido la misma meditación la tuvisteis también del mismo modo. Iba yo haciendo el cotejo de

la dicha que prometen a los hombres la ambición y vanidad en las riquezas, en los honores y en la ostentación, con la que promete nuestro presente estado, aunque pobre y humilde en apariencia. No sé, pues, si el amor sugirió esta misma meditación, y del mismo modo que yo la tuve».

«No podéis dudar, Maximio, del constante afecto que os profesé desde mis tiernos años».

«No sé si el vuestro fue siempre tan constante como el mío. ¡Ah, esto fuera querer pretender sobrado!»

«Siempre fue igualmente constante».

«Mas, ¿y el casamiento con Basílides?»

«¿Qué queréis significar con eso?»

«Que Basílides puso tal vez tregua a un amor que sin aquel estorbo hubiera podido prometérmelo siempre mío».

«¡Ah! ¡No sabéis cuánto costó esa tregua a mi corazón! La virtud sola recabó lo que no hubiera obtenido Basílides, aunque fuera el árbitro del Imperio».

«¿Tanto pudo esa cruel virtud? ¡Ah! Perdonad, Eudoxia, esa indiscreta expresión a mi amor, que no me dejó advertir que ese mismo costoso triunfo realza vuestros amables sentimientos. Permitid, prenda de mi dicha, que les dé con mis labios en esas manos el tributo que les debo».

«No por cierto, Maximio, no lo permitiré».

«¡Ah! Me desdije sobrado presto del título de cruel, de que casi me arrepentí de haberla dado».

«No es ser cruel el ser recatada».

«Es ser cruel el negarse con tal severidad a una inocente demostración del amor más puro. Si acaso se me negó por falta del debido acatamiento, aquí mismo de rodillas os ruego, Eudoxia, me permitáis este obsequio que os rinde vuestro prometido esposo».

«Maximio, me obligáis a romper un honesto y suave entretenimiento; o volved a tomar vuestro asiento, o si no, parto».

«No, no, hermosa Eudoxia. Basta la insinuación de vuestra voluntad para que Maximio, a pesar de la privación de lo que más deseaba, os obedezca rendido. ¡Ah! Vuelvo a tomar mi asiento puesto que así lo mandáis... Vosotras, solitarias plantas, solos testigos de mi sumisión, si acaso lo admiráis como admiráis el severo recato y modestia de Eudoxia, haced que vuestra asombrada admiración contribuya a la más pura felicidad de nuestros

corazones. ¡Ah! ¿Qué veo, triste de mí? ¿Queréis partir, Eudoxia? ¿No basta la palabra de Maximio para asegurar enteramente a vuestra virtud de mi tierno respeto?»

«Mi padre me espera y mi tardanza le tendrá tal vez solícito. Podemos encaminarnos juntos hacia casa».

«Vamos, pues. Mas ved ahí a vuestro padre, que viene con Domitila».

Era así que venía Belisario acompañado de Domitila, que fue el primero en decir antes de llegar a ellos:

«¿Dónde están mis hijos?»

«Aquí nos tenéis, Belisario, dijo Maximio, disfrutando esta amena soledad donde tratábamos de la dicha de nuestro pobre estado en cotejo de la pasada grandeza».

«Buen argumento es para el amor, aunque no sé si todo amor se acomodaría a vuestro cotejo. ¿Qué os parece, Domitila?»

«Lo que puedo decir es que el amor recaba a las veces lo que no consigue tal vez la virtud. Aquél hace bajar a algunos del estado superior en que les hizo nacer la fortuna a otro inferior y pobre. Pero a la larga engendra arrepentimiento como efecto de inconsideración, si no suple la virtud haciendo sobreponer el ánimo a los bienes exteriores y comodidades de que el amor se priva.

Por esto no es de extrañar que hallen tan grande oposición en el mundo los casamientos reputados desiguales, culpándolos tal vez con justa razón la vanidad y el interés, por cuanto raras veces o casi jamás efectúa la virtud tales casamientos. Y si esto llegase a suceder, pocos se persuaden que pueda la virtud suplir los bienes de que se halla falta en su pobreza, y que el mundo admira y aprecia en tanto grado.

Sufren por lo mismo y aconsejan tal vez los padres a sus hijos a que abracen antes un estado pobre y célibe en los claustros que un pobre casamiento, porque en éste se resintiera su vanidad, y la opinión que ennobleció la pobreza voluntaria en los claustros la suele vituperar en un casamiento, aunque virtuoso. No hay duda que la pobreza se consagra en los claustros a la deidad, que es el título que la ennoblece a los ojos de la ambición; ¿mas la virtud de los corazones amantes no puede consagrarse del mismo modo a la deidad en un santo casamiento, prefiriendo ellos con heroica fortaleza, y a la vista del mundo, el trabajo y los sudores de la industria para sustentarse?»

«Tal contemplo mi casamiento con Eudoxia, dijo Maximio, estando yo empleado en el cultivo del campo, y lo pensaba antes conmigo mismo sin ocurrirme esos claustros. Pero prescindiendo de todo eso, no sé que haya, a mi parecer, estado más apetecible y tranquilo que el de un labrador dueño de sus campos, aunque los cultive con sus propias manos, sin que tenga que ver en su dicha esa virtud que tanto encarecéis, pues sin ella

viviré del mismo modo aquí en el campo, libre de los disgustos, molestias y desazones que los ambiciosos experimentan en las ciudades».

«Atendido el carácter de las cosas humanas, no sé, dijo Domitila, que pueda el hombre gozar sin la virtud esa paz y dulce tranquilidad que aquí os prometéis. Convengo en que la vida del campo es preferible a los empleos y honores ciudadanos, teniendo mayor proporción para eximirse de los pesares y enfados que éstos traen. Mas sin las máximas de la ciencia moral soy de parecer, Maximio, que no se pueda disfrutar la dicha en el campo tan largo tiempo cuanto pensáis».

«¿Por qué no?»

«Lo diré. El ánimo se halla sosegado, satisfecho y contento cuando no siente ninguna cosa que lo disguste, entristezca y moleste. Aquí en el campo, no tienen, a la verdad, los labradores tales ni tan frecuentes causas de pesares y disgustos cuantas se padecen en las ciudades, mas no por eso faltan tampoco aquí ocasiones de graves y amargas pesadumbres y aflicciones.

No pretendo comprender entre ellas las que se originan de los males de que no puede eximirse la naturaleza humana, y que alteran o destruyen la paz y contento del alma. Nacen a más de aquéllos frecuentes disgustos en las familias, y suelen también ocasionar muchos otros los vecinos. El hombre en cualquiera parte está siempre rodeado de males que le acechan. ¿Veis, Maximio, este bosque que con su sombría y apacible amenidad nos recrea y embelesa la vista, estas ufanas y espesas copas que dan tan gustoso abrigo a las aves que nos consuelan con sus cantos, más allá aquellos panes que comienzan a trocar su verdor en la preciosa amarillez que os promete el sustento casi asegurado, esas parras cuyos racimos parece se quieren desprender con su peso para ofreceros su dulce licor, aquellos frutales que dejan asomar sus sazonados frutos, este día, finalmente, que con su pura luz regocija y ameniza la variedad de estas plantas, que contribuyen para hacer más apetecible la dicha del campo?

Pues toda esta hermosura y amenidad puede trocarse en motivos de graves pesadumbres y de la mayor aflicción si llega una nube a lanzar su granizo que lo arrase todo en un momento a vuestros ojos, sin dejar ni legumbre, ni yerba, ni hoja que llegar a vuestra boca, reduciéndoos a la mendicidad. ¿Qué será entonces de la dicha que siempre os prometáis tan segura en el campo?»

«¿Y os parece que me sería tan sensible mendigar por Eudoxia y por Belisario?»

«Si fuese así, dichoso vos. Pero advertid, Maximio, que suele el amor representar fácil de antemano lo que en el lance sólo puede hacer de algún modo llevadero la virtud, mucho más a quien no se acostumbró desde niño a tales ocupaciones y estado, ni echó sus hombros al grave peso de la necesidad».

«Según eso, ¿vuestra celebrada virtud es el supledichas de la vida?»

«Eso os lo puede decir Eudoxia tan bien como yo».

«No hay duda, dijo entonces Eudoxia, que sin las máximas de la sabiduría y sin el ejercicio y estudio de las mismas difícilmente puede resistir el ánimo al dolor y aflicción nacidos de las desgracias, especialmente de aquellas que padecen los labradores, que son de las que tratabais, y que sin la fortaleza de los sentimientos de la virtud no pueden dejar de amargar o destruir enteramente la dulce paz y felicidad que os prometéis, Maximio, en el estado que queréis abrazar. El ánimo cede naturalmente al mal que le desagrada y a la tristeza y abatimiento que se le sigue y le desazona. Conviene, pues, que se le fortalezca con las máximas de la filosofía moral, para no ceder fácilmente a los males que frecuentemente sobrevienen, ni abandonarse al dolor y pesares que ocasionan».

«Me confirmáis, dijo Maximio, que esa ciencia moral es el curalotodo. Mas, ¿cómo se aplica tal medicina?»

«Gustaré de satisfacer a vuestra pregunta: se aplica formándonos del mal y de la desgracia ideas diferentes de aquellas que comúnmente se forman los hombres, y que en vez de fomentar el temor de los males por venir nos acostumbremos a mirarlos con indiferencia. Para esto conviene sofocar primero los anhelos de la codicia, de la vanidad y de la ambición, el amor demasiado a las cosas propias y los temerosos recelos de que no nos sucedan las por venir a grado de nuestros deseos y esperanzas, porque de lo contrario se origina la falsa opinión que nos formamos de los males. Así, rectificada ésta y moderados aquellos afectos, se nos harán mucho menos sensibles las desgracias.

Las pasiones nos hacen concebir sumo aprecio a todos los bienes exteriores, los anhelan, los buscan, se desasosiegan por conseguirlos, se inquietan si les faltan, se desesperan si los pierden o si no les pueden alcanzar. La moderación, al contrario, o por mejor decir la moral filosofía, enseña al ánimo a poner su mayor aprecio en los bienes interiores cual es la paz del mismo, su sosiego, el señorío que puede adquirir de sus vanos deseos, esperanzas y temores; le enseña a mirar todos los bienes exteriores como préstamos de la fortuna, que ésta puede quitar, y a no inquietarse ni resentirse si después de poseídos los mismos los perdiere. Puede ahora vuestro corazón, enardecido del amor, mirar con menosprecio la pobreza y mendicidad en caso que la suerte llegase a talar los campos y destruir vuestras cosechas; mas no sé si permaneciera firme esa vuestra indiferencia si la suerte misma os matase los bueyes, incendiase la casa, os robase los comprados muebles, o lo que...»

«Basta, Eudoxia, basta; os entiendo con la sola insinuación. Eso prueba que el hombre, mientras vive en este valle de miserias, anda sujeto a disgustos y pesares inevitables en medio de la que reputa su mayor dicha».

«Eso mismo prueba también que conviene y es casi necesario al hombre el estudio de la filosofía moral, cuyo fin es la virtud, para hacer menos sensibles los males y pesares inevitables de la vida».

«Podéis, sin embargo, decir sobre eso lo que queráis, no me persuadiréis que la virtud recaea en disminuir el dolor y la aflicción del hombre en lo que vivamente siente».

«Si padeciéndolos vivamente os debéis hallar mejor no tengo más que decir; pues si despreciáis el remedio convendrá que Eudoxia, vuestra compañera, se arme también, a más de la conformidad necesaria en sus propios males, del sufrimiento y paciencia para soportar también el peso de vuestras acrecentadas inquietudes y desazones».

«Es decir, que Maximio, quiera que no, debe comprender ese estudio de la virtud».

«Ésa no se enseña ni se aprende por fuerza, sino cuando el hombre es niño. En el adulto, el auxilio de Dios y una inclinación y docilidad a los consejos y máximas de la sabiduría que destruyan poco a poco las preocupaciones de los siniestros afectos del ánimo, engendrados de las pasiones, y que fortalezcan los buenos sentimientos contra los adversos accidentes de la suerte, de modo que éstas no puedan alterar tanto la dulce tranquilidad del alma y la dicha de la vida, aquí en el campo también, donde no podrá permanecer tampoco sin la virtud».

«Amable Eudoxia, triunfáis de todos modos del corazón de Maximio. Lo veo, me rendiré... Pero los bueyes se salen del bosque, quieren sin duda beber. Voy a sacarles agua».

«¡Válgate Dios por los bueyes, que nos interrumpieron tan útil y gustosa conversación!, exclamó Belisario; pero en fin, tendremos hartas ocasiones para volverlas a emprender. Podemos volver a casa».

«Como queráis, padre mío, dijo Eudoxia».

La misma condujo de la mano a su padre, tratando del discurso que acababan de tener, en que se le comenzaron a dar lecciones a Maximio para perfeccionar los sentimientos de su excelente corazón, que se dejaba llevar de su intrépida franqueza y que lo induciría a cometer acciones que Eudoxia no aprobaba, como la de su ficción y engaño que usó con sus padres. Admiraban sin embargo el gusto y la propensión con que se empleaba en las humildes ocupaciones, aunque tan nuevas para él y tan ajenas de su nacimiento.

Sobre esto continuaban a tratar Eudoxia, Belisario y Domitila después de llegados a su casilla, cuando Maximio, recobrados sus bueyes, entró diciendo:

«No todo debe ser razonamientos de virtud. La vida exige también su sustento, y para ello conviene hallar medios y ponerlos en ejecución. Tenemos ya todos los necesarios instrumentos o los principales, y el precio de las cosechas que nos entregó Scipión, con que nos podremos mantener sin temor de que el granizo nos cause pesar por este año, teniendo ya el dinero en el bolsillo.»

«Queda por ver, dijo Belisario, si el que nos alargó el dinero viene a exigirlo de nosotros».

«No hay ya qué exigir. A contrato hecho, finiquito de querer».

«No hicimos tal contrato, hijo; Scipión puede venir a pretender el dinero que nos prestó».

«Si es así, yo soy de parecer que se lo devolvamos, aunque deba venir el granizo y la piedra. No quisiera retener el dinero de esos bellacos».

«Soy de contrario parecer, Maximio, porque haciéndolo así manifestaríamos nuestro orgulloso resentimiento, que fuera efecto de ingratitud al favor apreciable que nos hizo Scipión, con el cual nos sacó del ahogo en que nos hallábamos. Aunque su pretensión sobre Eudoxia y el hecho de su hijo Mucio indiquen miras opuestas a la beneficencia que usó con nosotros, debemos no obstante apartar de ella toda sospecha contraria, y abstenemos de darles títulos ofensivos que tal vez no les competen.

Por consiguiente no nos está bien tampoco añadir a nuestro desprecio el sonrojo de restituirle el dinero que tan generosamente nos entregó, no pudiendo tener entonces Scipión ninguna mira de interés. El mejor expediente me parece ser no tocar el dinero, para que en caso que venga a exigirlo se lo podamos devolver».

«Lejos estoy, Belisario, de oponerme a vuestra determinación, pero conviene que os advierta que si dejamos de servirnos de ese dinero, convendrá que pensemos en otros medios para que nos podamos sustentar hasta que las cosechas están en estado de venderse. Ni veo otro expediente para ello que el ir yo a ganar el jornal, ora sea en el cultivo del campo, ora carreteando con los bueyes».

«¡Ah, Maximio, conmueves sobremanera mi corazón! No en balde aborrecen tanto los hombres la miseria y la necesidad. Lo que ninguna pena me diera ejercitar por mí mismo me la causa el oír que quieres, hijo, ejecutarlo por mí».

«Ninguna pena os debe dar, pues no me la da a mí; antes bien, tendré complacencia de cultivar la tierra para sustentaros a vos y a Eudoxia. Sosegaos, Belisario; poco a poco, con la virtud que Eudoxia nos predicó, iremos dando asiento a las cosas, haciéndolas unas después de otras, corrigiendo las que se erraren y perfeccionando las bien hechas. El esfuerzo y la voluntad no faltan, que es lo principal. Tampoco suele faltar jornal a quien le busca, y desde luego voy a ello. El destajo en el campo no requiere gran estudio».

«No iréis solo, Maximio, dijo entonces Eudoxia; podrán también mis manos manejar el azadón».

Maximio, sumamente conmovido al oír la animada resolución de Eudoxia, exclamó:

«¡Ah, cómo tenéis valor para decirlo, si a Maximio le falta para oírlo sin conmoción! ¿Eudoxia jornalera, reducida a cavar la tierra con esas manos...? ¡Oh, cielo! No, no lo permitirá Maximio».

«Lo más lo hizo la suerte, lo menos lo podrá hacer la hija de Belisario. Haré lo que compete a mi presente estado y lo que exige la necesidad. La virtud ennoblece cualquier oficio, y la buena voluntad alivia cualquiera trabajo». «No iréis, pues, sola, Eudoxia, dijo Domitila; quiero participar también de ese honroso trabajo».

«Qué es esto, hijos, exclamó Belisario; ¿os queréis ir y dejarme aquí solo y abandonado a mis tinieblas?»

«No, padre mío, respondió Eudoxia. Vendréis con nosotros a donde encontremos jornal; allí descansaréis a la sombra de algún árbol mientras nosotros trabajaremos».

«Oh, fortuna!, exclamó el enternecido Belisario. ¿Estabas por ventura en acechanza de este momento para ver flaquear el ánimo de Belisario al contemplar la dura necesidad a que expones, no a él sino a su hija Eudoxia? Mas no, hija mía, antes que oponerme a esa noble resignación y fortaleza de sentimientos, los sigo; llevadme a algún ribazo del camino o alguna de las vecinas aldeas, donde pueda mendigar también mi sustento implorando la ajena conmiseración. A un ciego es sólo permitida y decente esta forzosa necesidad».

Así proseguían en este contraste de ternísimos afectos, acompañados de lágrimas que les sacaba no la fuerza de su desventura sino la compunción de sus corazones, cuando oyeron tocar a la puerta. Aunque Maximio se hallaba sumamente conmovido y con el llanto asomado a los ojos, acudió a ver quién era el que llamaba. ¡Mas cuál fue su sorpresa cuando vio ante sí a Lucio Scipión, que preguntaba por Belisario! El discurso que habían tenido poco antes de él le suscita la idea, a su vista, que viniese a exigir el dinero que les había adelantado. ¿Cómo podía imaginarse que fuesen más nobles y más generosas las intenciones con que llegaba aquel honrado anciano?

Le introduce sin embargo a la presencia de Belisario, aunque con modo seco y desabrido. Recibíole al contrario Belisario con atentas expresiones, rogando a Eudoxia le diese asiento. Scipión le acepta con urbanidad y lo agradece; luego comenzó a decir así:

«No creo que extrañaréis, Belisario, la venida de Lucio Scipión a vuestra casa después del descomedido proceder de mi hijo Mucio contra vuestra respetable hija Eudoxia. Debierais, antes bien, extrañar que haya tardado tanto en venir a daros la debida satisfacción, o por mejor decir a fin de quitar las sospechas que hubiera podido hacer recaer sobre mi buena voluntad y sobre mis sinceras intenciones. Mas sólo lo acabo de saber accidentalmente, lo que por lo mismo agravó mi pesadumbre y sentimiento».

«Oh, Scipión! ¿Qué es lo que me decís? Ese accidente no merece, le dijo Belisario, satisfacción ninguna. Vuestra beneficencia no deja lugar a sospechas contra vuestros nobles y desinteresados sentimientos».

«Tales puedo prometerme que fueron siempre los míos. Por lo mismo me fue mucho más sensible el bajo proceder de mi hijo, que no sé cómo llegó a perder el seso a tal grado que pensase poder obligar a Eudoxia a que le tomase por esposo poniendo tan leve e

indecoroso obstáculo a su establecido casamiento. Arrepentido sin embargo él mismo de un hecho tan ruin, lo llenó de vergüenza tal que me dijo no atinar el camino para venir a pedir os perdón. Mas si pude condescender con su justa vergüenza, no pude dejar de venir yo en persona a pedir os por él perdón, como os lo pido; pero para prueba de su arrepentimiento me suplicó hiciese a vuestra Eudoxia esta pequeña demostración. Espero, Eudoxia, que dignándoos aceptarla manifestaréis concederle el perdón que os pide por mi medio».

Eudoxia, encogida al ademán que Lucio Scipión le hizo presentándole un bolsillo, se retrajo con modestia diciéndole:

«Perdonad, Scipión. No necesita vuestro hijo de comprar, ni a mí me está bien el vender un perdón que le concediera de grado si me hubiese dado motivo para ello».

«Ninguno de esos títulos debe llevar, Eudoxia, esta demostración de la arrepentida voluntad de mi hijo, a quien vuestra recusación dejará ciertamente sonrojado. Ni creo os sufrirá el corazón tomar esta venganza aun de aquel que os agravió. A lo menos espero que si lo rehusáis aceptar en nombre de mi hijo, no lo desdeñaréis en nombre de un padre honrado y compasivo que os lo presenta.»

«Estoy sobrado persuadida de vuestra honradez y conmiseración. Y si es ésta la que da motivo para que me hagáis este generoso presente, no acertáis, Scipión, en el objeto que más que Eudoxia lo merece. Yo puedo ganar mi sustento con el trabajo de mis manos, sin aceptar demostraciones que no me competen».

«Perdonad, ¡Oh, ilustre y discreta doncella!, si no acerté en el objeto que con tan noble desinterés me indicáis. Belisario, la insinuación de vuestra hija creo que no me hará errar. Espero que dejaréis satisfecha la compasión que debo a vuestra desgracia».

«¿Qué es esto, generoso Scipión, qué me queréis?»

«Que os dignéis aceptar esta pequeña cantidad de dinero, igual a la que os entregué a título de compra de las cosechas».

«Aquélla, pues, fue a título de compra de las cosechas; y ésta, ¿qué título debe llevar?»

«Ésta quita el título a la primera y os hace dueño de disponer de una y otra como queráis».

«Oh, cielo! Me confundís, ¡Oh, magnánimo Scipión! Vuestra noble generosidad no deja ningún justo arbitrio a Belisario, pobre, ciego y desgraciado, para rehusar lo que de ningún modo aceptaría si vuestra singular beneficencia no tuviera empeñada de antemano mi eterna gratitud y reconocimiento. ¿Con qué expresiones os lo podré manifestar?»

«No recibo ninguna, Belisario. Mi mayor satisfacción es que os hayáis dignado recibir esa prueba de mi sincera voluntad. Esto me basta, y parto».

«Eudoxia, hija, suple por tu padre, que está sin vista, la gratitud que debo y que tú debes también a un don que has rehusado».

«Padre mío, no puedo suplir de mejor modo, viéndoos tan generosamente socorrido por tal bienhechor, que doblándole las rodillas y besando la mano benéfica que alivió vuestra pobreza; permitid pues, generoso Scipión, que reconozca en esa mano...»

Eudoxia, postrada de rodillas, decía esto alargando la mano para que Scipión le cediese la suya. Mas Scipión, aturdido, confuso y sumamente compungido de aquella demostración de Eudoxia, no sabía dónde volverse, diciendo:

«Eudoxia, ¿qué hacéis? ¡Cielo! No lo permitiré, me despedazáis el corazón. Alzaos».

«Permitid, le decía Eudoxia, que quite la nota del poco aprecio que hizo tal vez mi ánimo de vuestra beneficencia».

«Quitada está, quitada está, le decía Scipión medio sollozando; este llanto que me arranca vuestra gratitud y vuestra suma dignación os sean prueba del aprecio que me merece. Alzaos, os ruego, ilustre doncella, o si no me postro también de rodillas. ¡Ah, con tales sentimientos cómo podéis dejar de hacer mucho más ilustre vuestra desgracia que vuestra grandeza!»

Dicho esto, y besada la mano a Eudoxia sin que ésta pudiese besar la suya, partió Scipión, cayéndole las lágrimas de los ojos y dejando no menos enternecidos a Domitila y Maximio, presentes a aquella escena con que Eudoxia echó el sello al sumo y tierno amor que profesaba a su padre desgraciado. El enternecimiento de Maximio creció con la admiración que le causó la generosidad inesperada de Scipión, tan opuesta a lo que se figuró cuando le vio comparecer. En fuerza de esto, fue el primero en decir luego que salió Scipión:

«Ahora veo que la providencia mira también por nosotros. ¿Cómo podía esperar tal prueba de ello por tal mano y después de tal hecho?».

«Convendrá, Maximio, dijo Belisario, que vayamos a su casa a manifestarle nuestro tan justo reconocimiento».

«Eso haré yo de muy buena gana. Lucio Scipión se hizo acreedor a eso y a mucho más. Me acaba de hacer el hombre más venturoso de la tierra. ¿Qué decís, Eudoxia, de tan generosa beneficencia?»

«A la verdad, respondió Eudoxia, no la acabo de admirar. Ni me obligó tanto a postrarme de rodillas el motivo de sacarnos de la necesidad de ir a ganar el jornal, cuanto el de eximir a mi buen padre de ir a pedir limosna como deseaba».

«El cielo remunere tu buen corazón, hija mía».

«¡Ahora sí que me río de veras de todos los honores y riquezas de la fortuna! Veamos qué cantidad...»

«¡Cuidado Maximio, dijo Eudoxia, de engreiros con ella! ¿Por ventura no manifestáis sobrado aprecio al dinero? ¿Cuánta más pura satisfacción y consuelo nos hubiera acarreado esa misma cantidad si fueran pagas de jornales?»

«No, por cierto. ¿Cuántos jornales hubiéramos de haber hecho antes de llegar a juntar este dineral? ¡Bien haya mil veces la generosidad de Scipión! Pero para que veáis, Eudoxia, que no me dejo engreír de una vana jovialidad y que ésta no me borró la especie del granizo, sabed que mi mayor contento procede de las prudentes medidas que puedo tomar con este dinero para precaver las desgracias que nos pueden sobrevenir.

Los consejos de la virtud son buenos, no lo niego, mucho más cuando con ellos se alivian las desgracias, mas éstas no siempre se pueden desviar con solos virtuosos consejos, pues para esto conduce mucho más el no encontrarse el hombre desprovisto de medios, y especialmente de éste con que acaba de manifestar Scipión su ánimo incomparable, y que sugirió a mi gozo un plan de economía que voy a proponer. Es éste: que con aquella primera cantidad a que se dignó quitar Scipión el dudoso título que nos embarazaba, suplamos a los gastos de nuestra manutención entretanto que lleguen a su sazón las cosechas, pues ya no nos vemos necesitados ni a pedir limosna ni a buscar trabajo a destajo. No por eso pretendo eximirme de emplear mis brazos. Lo que no haré en campos ajenos lo ejecutaré en estos que nos pertenecen y que requieren también el cultivo. Así, sin tocar a esta otra cantidad que nos acaba de entregar, la tendremos de repuesto para que en caso que venga el granizo no nos veamos en angustias ni necesitados a vender las cosechas en cierne, ni a echar solamente mano de la virtud de la resignación. Ésta quedará también guardada para cuando nos falte otro mejor arbitrio. ¿Os agrada, Belisario, este plan? ¿Tenéis algo que oponer, amable Eudoxia?

«Mostráis, hijo, respondió Belisario, haber sacado doble provecho de los consejos de Eudoxia. Todo va bien, gracias al cielo y al generoso Scipión».

«Nada me queda que oponer, Maximio, dijo también Eudoxia. Sólo os debo acordar que puesto que ni Domitila ni yo entramos en ese plan económico, no por eso nos debemos tampoco eximir de la economía interior que requiere una familia. La ocupación del hogar nos deja hartas horas ociosas para la labor, y no tenemos ni materiales ni instrumentos para ejercitarla».

«No me había ocurrido eso. Iré a proveerlo sobre la marcha. Pero para eso será preciso defraudar algo de la cantidad que resolvimos tener de repuesto. No importa. A lo presente conviene que atendamos antes que a lo porvenir».

«Sin tocar a esa cantidad podemos suplir a ella con la venta del collar de perlas que me queda, pues me es alhaja inútil, no debiéndola ya llevar».

«¿Y por qué no? Ésa ha de ser vuestra gala el día que nos corone el amor en el altar del himeneo».

«No, por cierto, Maximio; es gala que no me compete. Desdijera de mi presente estado el adornarme con ella, y desdijera mucho más de la solemnidad del día de nuestro casamiento. Aquí la tenéis, llevadla a vender, y con lo que sacaréis de su venta supliremos a las cosas más necesarias que nos faltan. Las joyas y galas dicen sólo bien a los que les sobran medios para gastarlas».

«Permitidme, sin embargo, amada Eudoxia, que os advierta que no podéis disponer de esa joya sin el beneplácito de vuestro padre».

«Tenéis mucha razón. ¿Os parece bien, padre mío, que vendamos este collar de perlas que de nada nos sirve?»

«Haz, hija, lo que mejor te parezca, convente con Maximio».

«Mi parecer es que se venda, pero Maximio rehúsa convenir en ello. Quiere que se distinga la hija de Belisario, desgraciado y pobre, con esta sarta de huevos de concha a quienes hizo preciosos su sola rareza».

«¡Cuántos motivos para humillar mi pretensión! Uno solo bastaba, Eudoxia, para rendirme a vuestra declarada voluntad. Venga esa sarta de huevos, se venderá».

«Tomadla».

«¡Ah, si supieran los hombres el gran aprecio que adquiere este collar desdeñado de Eudoxia, cuánto más rico volviera a casa Maximio!»

Dicho esto, besó con tierno y respetuoso ademán el collar que Eudoxia le entregó, determinando ir a venderlo a la ciudad después de la comida. Aderezáronla Eudoxia y Domitila mientras Maximio fue a proveer lo que les faltaba. Dispuesta ya se sentaron a comer, libres sus corazones de los padecidos afanes de que les había sacado la liberalidad de Scipión, que renovaron en sus discursos mientras duró la comida. Acabada ésta, Maximio fue a uncir sus bueyes al carro, y convenidos en los materiales e instrumentos que les había de proveer para emplearse en la labor, partió para Constantinopla más triste y pesaroso Maximio que las otras veces, no sólo por dejar a Eudoxia sino también por haber de vender el collar precioso, a que se resistía pareciendo que presintiese su alma la desgracia que le había de suceder con su venta.

Poco después que partió Maximio, quiso Belisario volver al bosque, a donde lo acompañaron Eudoxia y Domitila. Allí, con el motivo de la complacencia que probaban en aquella apacible soledad, renovaron la conversación sobre la dicha de la vida del campo y de los labradores, en cotejo de la de los ciudadanos. Confirmose en ello Belisario, diciendo:

«A la verdad, ¡cuánto más dichoso hubiera sido yo si hubiese nacido labrador y ejercitado la labranza desde mis tiernos años en estos mismos campos, sin nombre, sin fama y sin honores! A lo menos no me hallara despojado de ellos después de haber padecido tantos afanes y peligros para alcanzarlos.

Paréceme, por lo mismo, que lo yerran todos aquellos que, nacidos entre la libre y amena frondosidad de los campos, ansían dejar la dichosa quietud de su estado para ir a encerrarse en las grandes ciudades, alagados de su ostentoso trato y de los ruidosos divertimientos que solicitaron sus desvanecidos corazones. Porque reconociéndose con alguna riqueza y nombre, que heredaron de sus mayores y que los hacen príncipes en las aldeas, se figuran que podrán igualar a los que lucen y hacen eco en las ciudades, sin echar de ver que en lugar de ir a ser aplaudidos, como se los pinta la vanidad, van sólo a ser tildados y tal vez escarnecidos, y a perder la soberanía de su rancia nobleza y la preciosa tranquilidad y paz del campo, para meterse en los forzosos disgustos y desazones que engendra el turbulento y malicioso trato ciudadano.

Alegran, a la verdad, a primera vista los divertimientos urbanos, la pompa y la ostentación, en que parece que los ánimos de los señores y de los ricos no caben de gozo y de satisfacción haciendo alarde de costosas galas, de modas, de gastos que dan tanto realce a la opinión de su nombre y riquezas, que solicitan las pasiones de los que los admiran dar aquellos tributos a la fortuna y a la gloria que los levantó sobre los demás. A esto añaden los concursos en las fiestas públicas como particulares, los juegos, las numerosas y lucidas visitas, los saraos y todas las demás cosas que dan alma y tono al trato y vida ciudadana con el lucimiento.

Todo esto, a la verdad, falta en el campo, y aquellos que lo probaron en las ciudades y se acostumbraron a ello creen que no puede haber contento donde aquello falta. De aquí nace la desvanecida opinión que forman de los labradores, llamándolos y creyéndolos infelices porque privados de urbanidad, de oficioso trato, aburridos de sí mismos, brumados de sus fatigas, reducidos al solo trato de las bestias y animales caseros, sin luces, sin conocimientos, sin crianza que agrava su miseria e infelicidad. Ni reparan en tratarles con desprecio si algunas veces se encuentran con ellos, siendo así que son los hombres más útiles a la patria, los más respetables por consiguiente, y me atreviera a decir los más nobles, por más que se altere al oírlo la necia presunción y vanidad.

Mas ¿queréis ver el aprecio que se merecen todos esos vanos divertimientos del trato de los ciudadanos y toda su ufana cortesía? Oídlo. ¿Os habéis hallado algunas veces en las magníficas concurrencias del circo, del teatro y en las demás fiestas en que todos quieren lucir a porfía? Mas, ¡cuán pocos son los que reparan en los móviles de su vano lucimiento y en el gran vacío y triste aturdimiento que dejan en el ánimo todos esos magníficos espectáculos, luego que sucede la quietud del retiro a su bullicio y boato! ¡Cuán pocos son los que se eximen de las solicitudes y congojas que causan las depuestas galas y vestidos con que lucieron, gastados antes de ser pagados, o que no se pagan tal vez sino con nuevos pesares y desazones, a pesar de la jovialidad y falsa risa que procuran ostentar, y que se convierte en más amarga tristeza!

No son solos estos disgustos y tristeza los que sacan de esos vanos divertimientos. Son muchos más los daños que causan al ánimo, nacidos de los medios viles y rateros de que se valen para distinguirse, de las miras sórdidas, maliciosas y faltas de honradez que llevan y con que se arruinan. Pero es más poderosa que todo eso la vanidad que los junta y la curiosidad que los arrastra a los concursos de ostentación.

Quien mira a bulto un grande espectáculo queda embelesado y sorprendido de complacencia al ver la brillante y magnífica apariencia que ostentan los concurrentes, la diversidad de los trajes, de los colores y gustos con que se adornan, la cantidad y el precio de las joyas y adornos con que lucen, las voces y gritos de alegría con que resuena el circo, y que hacen resaltar el embaído contento en los semblantes, de modo que al verlo no es de extrañar que exclame algún necio desvanecido: *¡Oh, bienaventurada cultura de los hombres, que supo producir un espectáculo tan admirable! Bajen los dioses del Olimpo a disfrutar lo que allí les faltaba. ¡Oh, buen Homero, ¿valía la pena de hacer bajar a Júpiter y a Juno sobre la cumbre del Ida para que admirasen el furioso enojo de Aquiles y el esfuerzo de Diomedes? Éste sí que es espectáculo digno de los ojos celestiales!*

La apariencia tal lo representa. Pero si vieran los ánimos de los que en junto forman este espectáculo, ¡oh, cuán lastimosa y miserable vista nos presentarían, cuán mentirosa su risa, cuán falso su contento! La carrera de los carros y caballos, el remedo del triunfo, su ostentoso aparejo y lucimiento, tienen, no hay duda, embobados y divertidos los ánimos, pero para agravar después mucho más sus corazones, siéndoles entretanto cebo de todas sus pasiones. Crecen de este modo las rivalidades y emulaciones de los poderosos que dan a gozar a otros lo que ellos no gozan, y lo que, a más de desperdiciar sus riquezas, les acarrea enfados, pesadumbres y molestias inseparables de la ostentación.

Se aviva así la envidia de los que, no siendo tan poderosos como aquéllos, no pueden ostentar ni lucir como ellos, lo que irrita y entristece sus fantasías y acrecienta su sentimiento y dolor y las quejas interiores contra la suerte que les hizo infelices por no poder hacerse admirar como ellos admiran a los más ricos. De aquí toman cuerpo las ansias por medrar y levantarse, que los inducen a tentar todos los medios y caminos para llegar a donde ven con envidiosa ambición llegados otros, fomento principal de las desvanecidas emulaciones del uno y del otro sexo en su ensalzado trato y comercio social urbano.

Puestas de este modo en impetuoso movimiento las pasiones, sofocan la sinceridad y honradez de sus ánimos y de sus afectos. Las fingidas amistades se truecan en mayores odios y rencores. Sus conversaciones sólo hallan pábulo en argumentos maliciosos, vanos e insulsos, en su trato embustero que les sujeta a continuas importunidades, que les acarrea amargas pesadumbres y les hace víctimas de sus estudiadas etiquetas. Se añade a esto las malvadas o maliciosas invenciones con que obran, las solapadas fuerzas y servicios que se venden y los engaños y traiciones que se hacen con sus falsas demostraciones, de que proceden otros infinitos daños y males que se ocasionan, necesarios frutos de esos jactados bienes de la urbana sociedad, tan celebrada y preferida a la honrada sencillez y a la dulce quietud de la vida del campo.

Pero, ¡cuán diferente espectáculo y cuánto más delicioso y agradable nos ofrece en él la naturaleza, a los que con ojos sabios lo contemplan! No entiendo indicar solamente este ameno ensanche de los campos, de la diversidad de sus verdes que tanto recrean el alma bajo las sombras placenteras de los árboles, amenizadas de los varios cantos de las aves, ni la silenciosa y dulce tranquilidad que aquí reina lejos del enfadoso ruido de las ciudades, de la tristeza que infunde la estrechez de sus calles y asombrados caseríos; hablo también de la suave paz y sosiego de los ánimos de los labradores, exentos de los estímulos de la ambición y de la vanidad, y lejos de los ejemplos que las fomentan.

Ellos, a la verdad, no prueban la ufana y altanera satisfacción que infunde el traje rico y costoso, ni las ansias de ser considerados y aplaudidos, pues esta misma falta es un bien verdadero para los que no la echan menos ni conocen los estímulos de la presunción ni la servidumbre del miramiento que aquélla requiere para llevar esa vana apariencia, y conservarla, no menos que los desvelos y cuidados que cuesta el mantenerla. Los labradores no ríen ni se hartan en opíparos convites, ni prueban los diversos gustos de los estudiados manjares ni de vinos forasteros, pero tampoco están sujetos a las dañosas consecuencias de la saciedad y destemplanza que se les siguen. Ellos no tienen tampoco mullidos y delicados lechos con ricos adornos, pero duermen más tranquilos y descansados sueños, aunque sea sobre desechados rastros.

Sudan, bien sí, y trabajan al resistero» de los soles más ardientes, pero acostumbrados al sufrimiento y a la fatiga sienten mucho menos sus trabajos que los ricos y ociosos el peso de su desidiosa holganza, aunque en el seno de la abundancia y de buscados placeres. Ellos no conocen lucidos concursos ni ostentosos divertimientos, pero tampoco se les da cosa alguna por no conocerlos, ni se apesadumbran y entristecen como aquellos que los echan menos con aflicción cuando les faltan.

Su exterior, desaliñado y pobre, manifiesta a la verdad la rústica crianza que tuvieron, pero en su exterior encogimiento se echa de ver la honrada sencillez y candor de sus corazones, exentos de la solapada malicia de los ciudadanos y de los fraudes y engaños que traman éstos, cubriéndola con las embusteras expresiones de su trato y cortesanía. ¡Oh, cuánto más felices fueran los habitantes de los campos si supiesen apreciar su estado, libre de todos los disgustos y molestias que son el acíbar de la vida urbana! Pero al sabio aprecio que les falta suple la naturaleza infundiendo en sus corazones un plácido y continuado contento, que es el cimiento de la dicha de la vida.

No ciñera a esto solo mi discurso, pero vosotras estaréis cansadas de oírme».

«No, padre mío, dijo Eudoxia, antes bien vuestro razonamiento queda corto a la complacencia y consuelo que me daba en oírlo, especialmente sacando de él mucho mayor aprecio del estado a que nos redujo la suerte, y mayores deseos de ejercitarme en el trabajo del campo si se me proporcionase ocasión de ello».

«Bueno sería, dijo entonces Domitila, poner en práctica vuestros deseos; a este fin me ocurre que pudiéramos ir a ejercitarnos en una especie de trabajo voluntario arrancando la

cizaña de los trigos, con lo cual comenzaríamos a experimentar nuestras fuerzas en las labores del campo».

«De muy buena gana me emplearía en ello, respondió Eudoxia, si no fuera por no dejar solo a mi padre».

«Nada importa eso, dijo Belisario, sabéis que a mis solas me entretengo con mis pensamientos, a quienes jamás les falta materia. Id a vuestro trabajo, que si no os trajere ganancia, os servirá de recreo y de mayor utilidad que mi discurso».

Eudoxia, oído esto, obedeció la insinuación de su padre y fue con Domitila a ensayar sus fuerzas en el propuesto trabajo. Sus manos delicadas, no acostumbradas a tales esfuerzos, se resintieron luego de los que hacían para desarraigar las crecidas yerbas y maleza; luego la molestia misma de aquel ejercicio y el embarazo que les daba la situación, metidas entre los espigados panes, aceleraron su cansancio después que juntó una brazada de malas yerbas. Y aunque volvió con empeño a la fatiga, hízole nueva traición el cansancio obligándola a que lo manifestase, como lo hizo diciendo a Domitila:

«No sé cómo me hubiera ido en este trabajo si lo hubiera debido hacer por necesidad para ganar el sustento».

«El cansancio, amada Eudoxia, dijo Domitila, hubiera sido necesario y natural, y lo que más es, os hubierais hallado muy embarazada en comenzar. Todas las cosas, aun aquellas que no requieren estudio, piden ejercicio y práctica. Sin ésta cede al peso más leve la más firme voluntad. No en vano os convidé a esta ocupación para que hicieseis en ella experiencia de vuestras fuerzas, pues siempre es gran ventaja el emplearse en estas cosas con buenos sentimientos, sin probar en ellas ficción o abatimiento de ánimo».

«Antes bien, os aseguro que ningún divertimento ciudadano me causara tan pura satisfacción y complacencia cuanta la que saco de este ejercicio, aunque inútil».

«¿Inútil lo llamáis? Lo parece, a la verdad, y se reiría de nosotras cualquiera que nos viese tan afanadas en limpiar un campo de su maleza, que se hizo refrán de las cosas más arduas. Pero a buena cuenta este ejercicio es la escuela de nuestras fuerzas, en que comenzarnos a enseñar nuestros cuerpos y ejercitarlos en la fatiga. A más de esto impedimos que las yerbas arrancadas se reproduzcan de sus semillas en el año siguiente, en daño del trigo que se ha de sembrar, y con ellas sacáis también el consuelo y satisfacción que decís, que yo reputo por no poco provecho. Parece también inútil, por otra parte, este trabajo, por cuanto nos ejercitamos en él por poco tiempo y es nada la maleza que hemos sacado en cotejo de la que dejamos; pero para quien no tiene otra cosa que hacer no es tan inútil esta ocupación, que podremos dejar para otro día si os halláis cansada».

«Algo cansada estoy, pero podemos descansar y volver después a nuestro trabajo».

«No tenemos necesidad de ello por ahora, a más que comienza a caer la tarde y vuestro padre querrá tal vez volver a casa».

«Vamos, pues, a encontrarlo».

Hiciéronlo así, y hallaron a Belisario sentado al pie del árbol donde le dejaron, en postura meditativa, la que él mudó luego que las oyó llegar para preguntarles cómo les había ido en su ocupación campesina. La respuesta de Eudoxia y de Domitila dio motivo para otro ameno discurso, en que se entretuvieron con gran consuelo en el bosque hasta que la oscura noche les hizo retirar a la casilla, lisonjeándose de ver llegar cuanto antes a Maximio con los materiales e instrumentos para la labor que le encargaron.

Con esta intención y deseos llegó entretanto Maximio a la ciudad en su carro, dirigiéndose a una tienda de un rico platero que le pudiese comprar luego las perlas, seguro de que sus padres no le conocerían aunque le encontrasen. En vez de ellos vio accidentalmente a su amigo Flavio, que fue el que le confió la desgracia de Belisario. Impelido del gozo que le dio su vista, no teniendo por qué recatarse de él, paró sus bueyes y se le descubrió, haciéndole sucinta relación de su ausencia, del lugar en que se hallaba fuera de la ciudad y de su tratado casamiento con Eudoxia y del motivo por que volvía, que era el de la venta del collar de perlas que Eudoxia le entregó.

Alborozado de su encuentro, prendado de la confianza que le hacía, quiso Flavio acompañarlo hasta la tienda del platero a donde se encaminaba, para tener el gusto de conversar con él, como lo hizo, deteniéndose en la misma tienda para ver el remate de la venta. Presentó Maximio a este fin al dueño el rico collar de perlas. Mas éste, sorprendido de ver aquella preciosa alhaja en manos de un villano, que tal parecía Maximio, entró luego en sospechas si sería aquella una de las joyas que días antes robaron a un senador, y de que la justicia hizo prevenir a todos los mercaderes para que denunciassen toda alhaja sospechosa que se les presentase en venta. Viose obligado el platero, en fuerza de esto, a dar parte de sus sospechas al tribunal, lo que pudo ejecutar valiéndose con otros pretextos de los mozos que tenía en la tienda, y haciendo esperar a Maximio sin que él pudiese sospechar cosa alguna hasta que los llegados alguaciles se le echaron encima y le prendieron, con gran sobresalto y susto de Flavio, que con él se entretenía.

No fue menor el asombro y triste aturdimiento de Maximio al verse atar sin saber el motivo por que lo prendían, y al verse poner atado sobre su mismo carro y llevado públicamente en él hasta la cárcel, sufriendo aquella ignominia con mucho mayor dolor acordándose de su Eudoxia y de su collar perdido.

Le esperaban aquel mismo día Belisario, Eudoxia y Domitila, muy ajenos de su desgracia, y no dudaron que llegase en el siguiente con los instrumentos y materiales. Pero desvanecidas sus esperanzas en aquel y otros días, comenzaron a entrar en sospechas de que le hubiese acontecido algún funesto accidente, o que sus padres le hubiesen hecho detener o impedídole la vuelta. Eudoxia sobre todo se dejó apoderar de todos los temores y tristes recelos que suele infundir el tierno amor en tales

circunstancias, mas a ninguno ocurría que el collar de perlas pudiera ser causa de tan penosa ausencia y de la desgracia que el mismo Maximio padecía.

Mostrábase muy solícito y afligido Belisario, por el grande aprecio y cariño que le había merecido y por el grande alivio y amparo que en él tenía, echando de ver a cada paso la falta que le hacía, especialmente hallándose solo con Eudoxia y Domitila, que por su carácter y circunstancias no podían suplir la falta de muchas cosas, ni con sus deseos solos ni con la fuerza de sus brazos delicados. Nada era la pérdida del carro, de los bueyes, del dinero y del collar, en que ninguno ponía su pensamiento en cotejo de la pérdida del solo Maximio, de sus atentos oficios y de su cariñosa diligencia, con que los sacaba de todos los ahogos y con que prevenía sus necesidades y menesteres, y nada de todo esto en cotejo de la correspondencia del tierno cariño de Eudoxia, a que ella había dado honesta y virtuosa soltura con la esperanza de su vecino casamiento.

No podía por lo mismo poner fin a sus lágrimas y desconsuelo, a pesar de los consejos de Domitila, que se esmeraba en aliviar su dolor y la fiera incertidumbre en que se hallaba viendo pasar varios días sin saber del paradero de su fiel amante y sin saber de quién valerse para salir de las tormentosas dudas que la angustiaban. Pudieran servirse de los vecinos labradores, como lo hacían en otras cosas sirviéndoles ellos con sumo afecto y cordialidad, ¿mas a dónde enviarlos para saber nuevas de Maximio sino a la casa de sus padres? Pero esto era cabalmente lo que no les estaba bien, aunque sugiriesen a los vecinos labradores alguna estratagemas para que sin nota se informasen si por ventura se hallaba detenido en casa de sus padres, y si ellos eran la causa de su ausencia.

Mas lo que Belisario y Eudoxia no se atrevían hacer en sus angustias lo hizo Flacila, ofreciéndose a ir a la ciudad para certificarles si de hecho se hallaba Maximio en casa de sus padres, pues ésta era su mayor sospecha, persuadiéndose que ningún otro accidente hubiera podido retardar tanto su vuelta sin hacerlas saber el motivo de su ausencia. No pudo dejar de manifestar Eudoxia su sumo aprecio al ofrecimiento de Flacila, abrazándola con lágrimas y agradeciéndola con tiernas expresiones tan singular servicio. Y aunque Belisario, a pesar de su reconocimiento, estaba indeciso de aceptar la oferta de la labradora por justos celos, venció la determinación de la misma, encaminándose a la ciudad a este fin, con que avivó la confianza de Eudoxia, a quien entretanto se le hacían siglos los momentos de la tardanza de Flacila.

Pero la vuelta de ésta sólo contribuyó para agravar mucho más su dolor, no pudiendo ya dudar por la relación que les hizo Flacila de que Maximio no se hallaba en casa de sus padres ni había puesto los pies en ella desde la última que estuvo disfrazado en labrador, según se lo había asegurado el esclavo Evanio, a quien se lo preguntó con el pretexto de venderle unos pollos que había llevado a este fin. Creció con esto el llanto y desconsuelo de Eudoxia y el sentimiento de Belisario, llegando casi a desesperar de volver a ver a Maximio, pues no sabían atinar ningún otro motivo de su ausencia, sin atreverse a poner dudas en los honrados sentimientos del mismo ni en la constancia de su amor. ¿Cómo era posible que recayese sospecha alguna ofensiva en quien tales y tantas pruebas les había dado de amor tan puro y tan desinteresado?

¡Ah, si ellos supieran que Maximio se hallaba preso! ¡Si tuvieran noticia del dolor y melancólica desesperación a que se había entregado su ánimo en aquel seno del oprobrio, de los continuos sollozos y lamentos con que hacía resonar sus negras paredes, repitiendo de continuo el dulce nombre de su amada Eudoxia entre aquellos horrores y tinieblas que agravaban su mortal abatimiento! Fiado sin embargo en su inocencia, no viendo en sí ningún delito digno de aquellas penas e ignominia sino el solo engaño que usó con sus padres, se persuadía que éstos, habiendo sabido que se hallaba con Belisario, le habían hecho prender. Esto confortaba su ánimo sin salir de sus penosas dudas, hasta que pasados muchos días fue llamado al tribunal. Allí, infiriendo por las preguntas que el juez le hacía sobre el collar de perlas que era éste el motivo de su prisión, aunque respiró aliviada su inocencia, se irritó mucho más contra su adversa suerte.

Temiendo no obstante las consecuencias funestas que pudiera tener su supuesto robo si no confesaba enteramente la verdad y todas las circunstancias que la acompañaban, dijo que había recibido aquel collar de la hija de Belisario para que lo vendiese, como lo podían confirmar la misma Eudoxia y Belisario. Declaró a más de esto que no era labrador como lo parecía el traje sino hijo de Septimio, de cuya casa se había ausentado en fuerza de la pasión que tenía a la hija de Belisario, a quien servía movido a compasión de su desgracia. Sorprendido el juez de la declaración de aquel supuesto reo, no dudó de la verdad de lo que decía, pero para certificarse quiso hacer presentar primero el collar de perlas al senador robado para que reconociese si era alhaja que le faltase.

Asegurado por el senador que aquellas perlas no le habían pertenecido, resolvió el juez pasar a las otras pruebas que le faltaban para corroborar la verdad de la declaración, es a saber si era el preso hijo de Septimio y si la hija de Belisario le había entregado el collar para vender. Para lo primero fue preciso hacer comparecer en el tribunal a Septimio, comunicándole antes el juez, en atención a su nobleza, el motivo por que era llamado. El triste y sensible padre, que vivía en continuas angustias por su hijo desde el día en que éste le contó el embuste de la muerte de Mondomio, temiendo que cayese en manos de la justicia, estuvo a punto de desfallecer de dolor cuando recibió el aviso del juez rogándole que se presentase a reconocer a su hijo preso.

Agravaba mucho más su fiero sentimiento la sospecha del feo delito sobre el supuesto hurto del collar que el juez le insinuaba, haciéndole estar indeciso si se presentaría a la cárcel para declarar reo a su hijo con su paterno testimonio. Mas siéndole forzoso obedecer, se encaminó trastornado de su dolor y angustias al tribunal, a que se presentó. Mas luego que reconoció a su hijo atado y traído como malhechor en el mismo traje de labrador con que se le presentó en su casa, no pudo resistir a la fuerza del sentimiento, que lo privó de repente de sentidos, sin poder contestar con la voz a lo que mejor que con ella confirmaba su desfallecimiento.

Dióle tiempo el juez para que pudiese volver en sí, y luego que confirmó ser aquél su hijo Maximio, se le dio libertad para que se restituyera a su casa, dejando allí mucho más consternado y afligido a Maximio, a quien llevaron otra vez al calabozo, faltando la declaración de Eudoxia y de Belisario sobre la entrega del collar para declararle enteramente inocente y darle la libertad. No pudiendo comparecer en el tribunal Eudoxia

y Belisario, por reputarse desterrados por el Emperador al sitio en que se hallaban, hubo de ir el juez en persona a tomarles declaración.

Tuvo entretanto harta ocasión Eudoxia para experimentar que los consejos y máximas de la virtud, aunque cuestan ponerse en práctica en las cosas más sensibles, contribuyen sin embargo para alivio de ellas. Así su corazón se había enteramente conformado con las disposiciones del cielo, desconfiada de volver a ver su perdido Maximio, cuando llegó el juez a la casilla preguntando por Belisario y por su hija Eudoxia. Cabalmente se hallaba ella delante de la casa, ocupada con Domitila y con la labradora Flacila en limpiar las legumbres que habían recogido. Belisario estaba cerca de ellas sentado sobre una piedra que había bajo un manzano, y apoyado en su bastón.

Reconoció luego el juez a Belisario, ni pudo dejar de compungirse a tal vista, pero no conocía a Eudoxia ni se podía imaginar que fuese la misma aquella a quien se lo preguntaba, empleada en aquella humilde ocupación. La llegada y vista inesperada del juez y su pregunta le infundieron luego algún temor atento a Maximio, y aunque algo turbada, respondió ser ella Eudoxia y que allí tenía a su padre Belisario. Disimuló el juez el enternecimiento y compasión que le causó la vista de una doncella poco antes tan rica y tan ilustre, forzada de la suerte a emplearse en aquel humilde trabajo, diciéndola que tenía que hablar con ella y con Belisario.

Eudoxia acudió entonces a prevenir a su padre y a darle la mano para conducirlo a la casa, donde sentados fue el primero el juez en preguntarles si había estado con ellos un mozo llamado Maximio. Necesitó Eudoxia de todo el esfuerzo de sus virtuosos sentimientos para no desfallecer a tal pregunta. Respondió Belisario haber estado con ellos algunos días, pero que no le habían vuelto a ver desde que se encaminó a la ciudad a vender un collar de perlas, única alhaja que le había quedado a su hija Eudoxia de su antigua fortuna. El juez, oído esto, preguntó a Eudoxia si, caso que viese el collar de perlas, le reconocería. A esta pregunta no pudo disimular Eudoxia el sobresalto, la turbación, los temores y dudas que padecía por el paradero de Maximio, sin saber acertar en lo que respondería al juez.

Éste, reparando la consternación de la doncella, la hubo de renovar la pregunta, a que satisfizo ella diciendo que le reconocería si lo viese. El juez le presentó entonces el collar, que conoció Eudoxia con angustiada sorpresa, diciendo ser aquel mismo el que le había entregado a Maximio. Mas aunque sentía vivísimas ansias de saber cómo había llegado a manos del juez, ni se atrevió a preguntarlo ni el juez la sacó de la acerba incertidumbre en que quedaba, sino que se despidió inmediatamente diciendo que puesto que lo reconocía por suyo, que allí lo tenía, que se sirviese de él. Con esto volvieron a suscitarse de nuevo en el pecho de Eudoxia los afanes y temores por su desgraciado amante, sospechando con razón que aquél podía haber sido causa que cayese en manos de la justicia.

A pesar, sin embargo, de sus afanadas dudas, nacían en su corazón las lisonjas de volver a verle, pues no en balde el juez se había tomado la pena de venir con formalidad a pedirles declaración, atento a Maximio y sobre la entrega del collar hecha al mismo. Veía Eudoxia, no sin asomo de gozo, confirmadas estas sus lisonjas por su padre Belisario, que

fomentaba mayores esperanzas que su hija de ver comparecer cuanto antes a Maximio, imaginándose una equivocación semejante a la que sucedió en la venta de las perlas, que sin duda dio motivo a su prisión por sospechas de que fuese hurto, atendida la belleza y grandeza de las perlas, llevadas a vender por un boyero cuando apenas el Emperador mismo tenía otras semejantes.

Mientras crecían con mayor gozo de Eudoxia estas sospechas, confirmolas el juez luego que llegó a Constantinopla dando la libertad al inocente Maximio, y haciéndole entregar el mismo carro y bueyes, en que quiso fuese públicamente conducido hasta la tienda del platero en que fue preso para hacer así más pública su inocencia, a que parece tener justo derecho el honor de todo reo preso por solas graves sospechas, y que le debe restituir toda bien regulada justicia.

Acabada la ceremonia, como estuviese sumamente ansioso Maximio de hallarse en su entera libertad para volar hacia su amada Eudoxia, atendió a esto solo dándose prisa en salir cuanto antes de la ciudad sobre su recobrado carro, sin atreverse a dejarse ver de sus padres, a quienes suponía sumamente resentidos después que su padre le vio aherrojado en la cárcel, aunque se hubiese publicado su inocencia. Pudo así llegar en poco tiempo al término suspirado y en hora que Belisario, Eudoxia y Domitila habían dejado la casilla y se encaminaban al bosque, de que distaban poco.

Eudoxia, que tenía siempre presente a Maximio, lisonjeándose de verlo comparecer cuanto antes, presintió que fuese el mismo al ruido del apresurado carro que oía, sin poderle ver por impedírselo los interpuestos árboles. Mas reconociéndole al instante por las voces que daba llamando a Eudoxia y a Belisario, acudieron desaladas a su encuentro Eudoxia y Domitila, sin acordarse una y otra, enajenadas del gozo, que dejaban solo y desamparado a Belisario. Maximio al verlas, sin esperar que parasen los bueyes salta del carro y corre a precipitarse en los brazos de Eudoxia, sin que ésta pudiese defenderse del abrazo que le dio llevado del ímpetu de su júbilo, diciendo:

«A tantas y a tan mortales angustias padecidas, permitid, amada Eudoxia, esta demostración del amor más constante y puro. Mas, ¿qué fue todo lo pasado en cotejo del consuelo y satisfacción presente?»

Con iguales expresiones, mal pronunciadas del sumo gozo que probaba, correspondió Eudoxia a su recobrado amante, que la dejó para ir a hacer demostración igual con Belisario, que de algunos pasos atrás lo llamaba, conociendo por sus voces y por la de Eudoxia que era él que llegaba. Abrazáronse estrechamente los dos, dándose los dulces nombres de padre y de hijo, con que mutuamente desahogaban el júbilo de sus corazones por su recobro. Luego entraron todos juntos en la casilla, deseosos de saber de él la desgracia que le había sucedido y la pérdida del collar. Hízoles él la relación, con que satisfizo a su ansiosa curiosidad y acabó de disipar de sus pechos las dudas y afanes que por tanto tiempo los habían angustiado, substituyendo en vez de ellos el sumo consuelo que experimentaban con su llegada.

LIBRO VI

Cuanto fueron más tiernas las demostraciones con que Eudoxia y Belisario manifestaron su amor a Maximio, tanto más creció la confianza del mismo y las ansias de poseer a su amada Eudoxia, de suerte que resolvió no dejar enfriar la memoria de sus padecidas penas sin hacerlas servir de medio para ver efectuado cuanto antes su casamiento. No quiso a este fin que llegase el siguiente día, sino que con el motivo de conducir a Belisario a su estancia, después de la alegre cena que tuvieron, le habló de esta manera:

«Fuera muy ajeno, Belisario, y no menos impropio de la confianza y seguridad que puse en la promesa que me hicisteis de concederme a Eudoxia por esposa, el renovar los títulos que pudiera yo alegar para hacerme reconocer por acreedor a una gracia tan singular. Joya tan preciosa cual es Eudoxia no reputaré jamás haberla merecido con mis servicios, sino por exceso de vuestra bondad y por la dignación con que quisisteis concedérmela por esposa. Pero prometida ya, permitid que alegue todas mis pasadas angustias y trabajos para que no dilate poner el colmo a mi mayor y más ansiada felicidad.

Todas las circunstancias de nuestro estado y de la situación en que nos hallamos hácense otros tantos intercesores de mis ardientes deseos. Habitamos bajo un mismo techo, permitiéndomelo la confianza que os dignasteis hacer de mis honrados sentimientos y de mi respeto para con Eudoxia, no menos que de la virtud de la misma. Mas esto cabalmente se convierte en mayor pena de la pasión, que tanto más arde y sufre cuanto de más cerca tiene el estimable objeto que la aviva sin llegar a poseerlo enteramente. A trueque de conseguirlo volviera a pasar de buena gana por toda la ignominia y oprobrio que padecí, si sólo de este modo pudiera obtenerla».

Iba a proseguir Maximio su discurso, pero Belisario le interrumpió diciendo:

«Hijo, yo no esperara a mañana a poner el colmo a vuestros deseos, ni para ello necesitara de elocuente razonamiento sugerido del amor, sino que desde el instante en que os quitasteis el disfraz de Damasio y en que os prometí a Eudoxia por esposa os la hubiera concedido, si debiera atender solamente a los impulsos de mi afecto reconocido. Mas éste no es el solo árbitro de mi voluntad. Mis mismos deseos deben estar sujetos a las conveniencias que nos imponen las leyes de la sociedad, de la patria y de la naturaleza. Ellas me advierten que sois hijo de Septimio y que dependéis de su paterno querer, el cual es anterior al vuestro y también al mío y al de Eudoxia. Puede ésta disponer de su corazón y yo confirmar su voluntad con la mía. Una y otra os son favorables. Tenéis ya mi promesa, y Belisario no la revocará jamás. Pero conviene, hijo mío, que obtengáis antes el beneplácito de vuestro padre».

«¡Oh, cielo! ¿Qué escucho?, exclamó Maximio con dolor, ajeno de oír tal proposición. Ah, Belisario, ¿cómo podía esperar yo de vuestra boca este funesto rayo?»

«Mas, ¿por qué, hijo?»

«¿Podéis ignorar la oposición que manifestaron mis padres a mi declarado amor para con Eudoxia, aun cuando ella se hallaba en su mayor fortuna, y queréis que condesciendan ahora con mi pretensión en la mayor desgracia y pobreza de vuestra hija?»

«Si ha de durar, pues, su oposición, Maximio, os lo digo con dolor, tampoco yo puedo permitir vuestro casamiento».

«¡Oh, día el más funesto para mí, cuando esperaba que fuese el más fausto y alegre de mi vida! ¡Ah, Belisario, cubrís de tinieblas mi corazón y amargáis cruelmente a mi alma!»

«¡Oh, Maximio! No sabes cuanto padece también mi corazón con este forzoso sacrificio que exigen de mi voluntad las leyes de la patria y de la naturaleza que os insinué».

«Mas esas leyes, ¿dónde están? La patria, autorizando mi edad competente, concedió el derecho a mi corazón para que se determine a la elección del objeto que más me agrade. Otra no es tampoco la ley de la naturaleza que solicita mi pasión. Aunque ésta y aquella me sometan a la autoridad y voluntad de mis padres, no por eso les dan también el derecho de oponerse a la elección, cuyo derecho conceden las mismas a los hijos».

«El derecho de la elección es de éstos, no hay duda; mas debe quedar subordinado a la aprobación de los padres. Éstos deben ser los jueces de aquella. La pasión no puede ser juez en causa que la interesa y deslumbra».

«En causa en que debe tener parte el amor y el dichoso estado de los hijos, éstos solos deben ser los jueces de ella».

«El amor, Maximio, no conoce siempre su verdadero bien y felicidad, aunque tal lo parezca. La pasión se engaña por lo común en sus propias elecciones, especialmente en las que son más libres».

«Y cuánto más no se engañan, y más comúnmente, la vanidad, el interés y la ambición de los padres en los casamientos de sus hijos? ¿Cuántos de éstos se ven víctimas sacrificadas al antojo de sus padres, que forzaron su elección haciendo al amor de los hijos dependiente de sus vanas etiquetas y caprichos? Si debe ir a razones, no esperéis, Belisario, que quede en ellas corto el elocuente amor de Maximio».

«Las razones sirven, no hay duda, para convencer al entendimiento, pero deben callar ellas ante la primera de las leyes, cual es la subordinación de los hijos a los padres».

«Nada tiene que ver la autoridad de los padres sobre la honesta elección de sus hijos en el casamiento. Podrán bien, sí, valerse de su autoridad para impedir la ejecución, mas serán responsables de sus fatales consecuencias, ni podrán jamás forzar la voluntad interior de los hijos, ni su inclinación ni afecto».

«Ni es posible tampoco, si de grado no se convence y se somete la voluntad. Ésta es cabalmente la obligación de los hijos».

«¿Obligación debe ser someterse a lo que el amor repugna?»

«¿Y a las leyes del cielo no repugnan las pasiones?¿Se habrán de eximir por eso de someterse a ellas y de obedecerlas? En fin, perderemos el tiempo en disputas. Breve, pues; venid con el beneplácito de vuestros padres, y Eudoxia será vuestra».

«¡Ah, por qué no me mandáis antes purgar la tierra de sus monstruos y pasar a nado, no ese vecino estrecho de Abido, como Leandro, sino el ancho mar en que Jove abrió a Europa el temible y ondoso sendero! Esto me fuera más fácil que obtener el consentimiento de mis padres a mi casamiento con Eudoxia. Mas ya que a fuerza de imposibles debo llevar adelante mi amor, tentaré de hacer lo que de mí exigís. ¿Pero podré saber cuál será el premio que ha de obtener su ejecución? Si mis padres se niegan, ¿cuál será entonces vuestra determinación?»

«La heroica constancia de vuestro amor obtendrá tal vez lo que ahora os parece imposible».

«Mas, si es tanta mi desventura que no consiga de ellos lo que tan fácil os parece, ¿qué decidiréis?»

«No debo acrecentar la desconfianza que manifestáis. Belisario es honrado, no faltará a su honradez».

«¡Oh, infeliz de mí! Os entiendo, Belisario. ¡Cruel destino el de Maximio, hecho el dechado mayor en la tierra de la constancia y fidelidad del amor!...»

Dicho esto, prorrumpe en llanto y se ausenta de la estancia, dejando solo a Belisario en la suya y haciendo resonar con sus sollozos la casilla. Eudoxia y Domitila, que no se habían acostado todavía, conmovidas de aquellos repentinos sollozos y lamentos acuden afanadas a saber la causa a la estancia de Belisario, que les dijo el motivo. Eudoxia, sumamente enternecida, sintió impulsos a consolar al lloroso Maximio y unir sus lágrimas con las del mismo; pero detenida de su modestia, sofocó los impulsos de su ternura sacrificándolos a su decoro. Suplió por ella Domitila, la cual, temiendo que la resentida pasión de Maximio le indujese a algún arrojó, aconsejó a Belisario a que fuese a consolarle. Vino bien Belisario en lo que Domitila le aconsejaba, y conducido por la misma se sentó junto a la cama en que Maximio se había tendido, continuando en sus inconsolables lamentos.

Belisario, asiéndole de la mano le dijo:

«¿Qué viene a ser esto, Maximio? ¿A qué fin esta pueril aflicción?»

«¡Oh, Belisario, no queráis agravar la desesperación en que me veo y que vos mismo causasteis! Abandonadme, os ruego, a mi dolor y a mis crueles penas. Mucho más piadosa será para mí vuestra crueldad que estas demostraciones y que los inútiles consejos con que pretenderéis en vano darme algún consuelo».

«Maximio, hijo mío, ¿es posible que nazcan tales expresiones de vuestro noble corazón y que vuestro pecho ceda tan fácilmente a un inconsiderado sentimiento?»

«¿Inconsiderado lo llamáis? Y qué mal peor, aunque sea la misma muerte y los horrores del calabozo en que me vi, pudierais acarrearne que el hallar pretextos tales para negarme lo que tan solemnemente me tenéis prometido después que... ¡Oh, desventurado Maximio!»

«Hijo, lo que te tengo prometido te lo vuelvo a prometer. Eudoxia será tuya o no lo será de ningún otro».

«¡Ah, no me dejo deslumbrar de palabras especiosas cuando se exigen de mí hechos tan imposibles para no alcanzar jamás lo que a tal coste se me promete!»

«¿Hecho imposible llamáis el obtener el consentimiento de vuestros padres? Eres su hijo, Maximio, y creo que no serán ellos tan crueles como pensáis, ni vos hijo tan descomedido con ellos. Nada os debiera costar un paso tan justo. Si después de dado se niegan ellos a vuestra honesta pretensión, tendréis entonces motivo para abandonaros a vuestro sentimiento. Mas antes de saber su voluntad, paréceme un desacierto el entristecerse y desesperarse tanto como lo hacéis, anticipándoos una aflicción que no tiene motivo asegurado y cierto sino en vuestro engañado concepto; y a más de esto sois causa de que Eudoxia lllore y se entristezca».

«¿Eudoxia llora, y yo soy el motivo de su llanto? ¡Oh, lumbreras del cielo! ¡Ah, no podáis, Belisario, encontrar alivio más eficaz a mi dolor y desesperación!»

«Venid, pues, a consolarla».

«No es posible resistir a tan delicioso envite. Aquí me tenéis».

Diciendo esto dejó Maximio la cama, y conduciendo él mismo a Belisario fueron a la estancia donde se hallaba Eudoxia con Domitila. Maximio, al verla en ademán triste y dolorido, se la inclina en postura respetuosa y la dice con ternura que si la obstinación que acababa de manifestar a la declarada voluntad de Belisario era causa de su sentimiento, venía a borrarla con nueva determinación de rendirse a su insinuación más leve, y que así la declarase.

Eudoxia, sin descomponer su aspecto triste y serio, le respondió que se había dejado llevar de sus desacertados sentimientos, mal aconsejados de su pasión. Que no era la sola voluntad de sus padres la que ponía estorbo a su casamiento, sino también la nota del engaño que había usado con ellos, y cuya memoria renovada la tenía desazonada y afligida por cuanto desacreditaba la honradez y entereza de su corazón, que sólo podía purgar pidiendo perdón a sus mismos padres de tal proceder.

Conmovido mucho más Maximio de esta nueva y terrible pretensión de Eudoxia, aunque se le hacía mucho más sensible, respondió sin embargo que había prometido obedecer a

lo que insinuase y que la mantendría la palabra; que, antes bien, la pondría entonces mismo en ejecución si la noche le permitiese ponerse en camino, pero que la vería cumplida al día siguiente.

Belisario dio entonces en tono festivo las gracias a Eudoxia por haber recabado con dos palabras lo que él no había podido con mil razones, y dándoles las buenas noches se retiró con Maximio, resuelto a cumplir al otro día con la promesa, que fue causa de la desasosegada noche que pasó, temiendo que sus padres se negasen a su petición. Amanecido el siguiente día y levantados todos, se despidió de ellos para ir a verse con sus padres como había prometido, y diciendo a Eudoxia con los ojos empañados del llanto que iba a darle la mayor prueba de cuantas hasta entonces le había dado de su constante y ardiente amor, que sola su voluntad manifestada podía darle esfuerzo para ejecutar tan sensible separación, luego, profiriendo una dolorosa exclamación contra su cruel destino, se salió precipitadamente llorando y tomó a pie el camino de la ciudad.

Pero al paso que se iba acercando a ella fatigaba su fantasía pensando el mejor modo como pudiera salir bien de aquella empresa, la más terrible de cuantas hasta entonces había acometido; y aunque su pensamiento acostumbrado a tramar engaños le aconsejaba urdir otro igual entonces, lo desechaba como cosa reprendida y afeada por Eudoxia, pues tan grande fue la impresión que hizo en su ánimo el justo y honesto reproche de su amada. Resuelto, pues, a proceder con sinceridad, que no le sugería medios a su satisfacción, esperaba que su misma obediencia le sacaría felizmente de aquel lance y que sus padres cederían a sus ruegos. Mas al estar ya cerca de su casa, le acometió tal repugnancia de llegar a ella que estuvo a punto de volver atrás, recurriendo a sus embustes.

Representósele vivamente la indignación de su padre por haberle visto preso en la cárcel por ladrón, el desfallecimiento al verle atado, la ficción que había usado con él de la muerte de Mondomio, y finalmente todo lo que más podía acobardarle y retraerle para que no se presentase a él. Pero por otra parte lo retraía mucho más la falta de la palabra dada a Eudoxia de pedir perdón a sus padres, el no saber qué decirles a ella y a Belisario si volvía sin haber cumplido con su promesa, y la negativa que seguramente tendría del mismo y de Eudoxia acerca de su casamiento, que al contrario podía esperar ver efectuado si sus padres, apiadados de su desgracia, venían bien en perdonarle lo pasado y en consentir en su matrimonio.

Los vivos impulsos que le dio esta lisonja hízole atropellar con todos sus reparos y dio consigo en el zaguán; viéndole allí accidentalmente un esclavo hizo que llamase a su fiel Evanio. Llegado apenas éste le reconoce, pues llevaba el mismo traje de labrador que antes, y le dice muy afligido:

«¡Oh, Maximio! ¿Qué habéis hecho? ¿A Evanio debía tocar el dolor de haceros saber el orden que nos dio a todos vuestro padre de no recibirnos de ningún modo, antes bien de echaros de casa si comparecierais?»

Dicho esto prorrumpe en llanto, dejando aturrido a Maximio, que no sabía qué responder a tan impensada y cruel intimación. ¡Oh, Eudoxia, a qué terrible lance expuso tu virtud a tu fiel amante!

A su aturrido sentimiento y confusión sucedió sin embargo la confianza que un hijo arrepentido no podía dejar de poner en el amor paterno, que le hizo esperar poder merecer con su llanto el perdón de su padre. Para esto deseó saber de Evanio si sus padres se hallaban en casa. Oyendo que se encontraba sola su madre, nada le pudo contener para que no tomase la escalera y penetrase en las estancias de su madre hasta presentarse a la misma. Sorprendida ésta y conmovida de la vista repentina de aquel mozo labrador, pues no le permitió conocer luego a su hijo la turbación, le dijo muy alterada:

«¿Qué queréis? ¿A quién buscáis?», y llama al instante a una de sus esclavas.

Aunque se acobardó a vista de su madre alterada la atrevida confianza de Maximio, no le faltó aliento a su respeto para ponerse de rodillas como lo hizo, y levantando las manos la dijo:

«¡Oh, madre mía! ¿No reconocéis a vuestro hijo, el infeliz Maximio?»

Cómo pintar los encontrados afectos y movimientos que caracterizaron de repente el corazón de la madre; la sorpresa, el amor, la indignación, el desdén, el enojo trocado en cruel frialdad que señoreó a los demás sentimientos y con que, oído apenas el nombre de su hijo y reconocídole en aquel traje, le respondió, ya levantada de su asiento:

«No tengo ningún hijo llamado Maximio; os engañáis, mozo. Cualquiera que seáis, volved a salir por donde vinisteis. Nada tenéis que ver aquí».

A tantos rayos disparados a una de la boca de una madre no pudo resistir el sensible corazón de Maximio, y hubiera desfallecido si el sobrevenido llanto no hubiera contribuido a desahogar su dolor, diciendo entre sollozos:

«¡Oh, madre mía! ¿No reconocéis al arrepentido Maximio, que os pide perdón con el más tierno y respetuoso rendimiento? El amor de hijo es el que me trajo a obtener de vuestra materna piedad el perdón que os vuelvo a pedir con estos ardientes sollozos».

Mientras esto decía sollozando Maximio, le lanzaba la madre terribles miradas llenas de acerba indignación, y sin darle respuesta dijo a la esclava que compareció a su llamamiento:

«Intimid a ese mozo atrevido que se guarde de volver a poner los pies en esta casa».

Esto dicho, vuelve la espalda y entra en otra estancia que cerró tras sí, dejando en su humilde postura al triste Maximio, que en vano imploró su piedad con los brazos levantados, pero desistió luego que la esclava le dijo que no tenía que esperar piedad de sus padres, que le habían desheredado.

«¡Ah, lo veo!, dijo Maximio. ¡Mas no quiera el cielo tratarles como tratan ellos a su hijo, que otra cosa no les pide que el perdón de sus desaciertos!»

Dicho esto se sale poniendo su memoria en Eudoxia, resuelto de volver a ella en derechura para hallar algún alivio a su dolor, y si le desechaba también ésta, darse la muerte. Con esta determinación sale exasperado con paso violento de las estancias, baja la escalera sin acordarse ni de Evanio ni de su padre, cuando al tiempo de ir a salir del zaguán se encuentra con su padre Septimio, que entraba en casa. A su inesperada vista cúbrese al instante de tinieblas el ánimo de Maximio, mas casi sin advertir en lo que hacía, impelido de la confianza de su amor filial, postrase de rodillas en el suelo a los pies de su padre, y con las manos sobre el pecho, en ademán muy humilde y llorando le dice:

«¡Oh, padre mío! Tenéis a vuestros pies al arrepentido Maximio, a quien acaba de desechar su propia madre, negándole el perdón que sólo la pedía como os lo pido también a vos, padre mío».

Fuese efecto de la sorpresa o de lo que debía hacer el padre, viendo repentinamente ante sí de rodillas a su hijo se paró un instante, mirándole sin desplegar sus labios. Mas luego, determinado en su indignación y desprecio, puso la mano en la faltriquera, y sacando una moneda, como limosna que se da a un mendigo desconocido no se la entregó en las manos sino que la dejó caer en el suelo y prosiguió su camino, dejando a Maximio más horriblemente consternado y confuso en aquel acto de cruel y desapiadada misericordia que su misma madre en el arrogante desprecio que le manifestó.

A vista de esto nació en el ánimo de Maximio un vivo resentido despecho mezclado de enojo y de indignación, que le enjugó el llanto. Procuró sin embargo sufocarlo, en fuerza del respeto y amor que tenía a quien debía su ser. Mas reconociéndose luego oprobriosamente desamparado de su padre, que continuaba en subir la escalera, se levanta despechado, y desdeñando recoger la moneda que le tiró en el suelo sale de la casa y de la ciudad, tomando el camino de la casilla de Belisario, que regaba con sus rabiosas lágrimas arrojando quejas contra los que le habían tratado peor que si le fueran extraño enemigo.

Pero luego la imagen de Eudoxia se le presentó a la mente como sol que disipó las tinieblas de su horrible confusión y de su rabioso sentimiento, y que avivando su confianza le hacía apresurar el paso, lisonjeándose que el mismo cruel desdén y desamparo de sus padres contribuiría para que ella y Belisario se apiadasen de él y de su desventura. Con estas lisonjas continuaba su camino mientras Eudoxia le esperaba solícita por el éxito de su ida a la casa de sus padres. Aunque Maximio se esforzó en disimular el sentimiento que traía, tomando de prestado una aparente jovialidad para no afligir a Eudoxia, pero no iba acompañada como las otras veces de los transportes de alborozo y vivo consuelo que manifestaba cuando se le presentaba de vuelta.

Por lo mismo nacieron en el corazón de Eudoxia afectos encontrados a su vista, mas predominó la complacencia de verlo otra vez y la confianza que le daba de traer buen

despacho, no por otro motivo que por verle de vuelta. Confirmó él mismo Maximio esta lisonja diciéndola con alegre despejo:

«Eudoxia, Maximio es vuestro. Ninguna cosa impide ya a mi amor la posesión que tanto me costó».

Creando de contado Eudoxia por estas expresiones que sus padres hubiesen condescendido a su casamiento, aunque por otra parte le parecía imposible, deseó que la sacase de estas dudas, rogándole contase el modo cómo sus padres le habían recibido cuando se les presentó. Esto mismo mostró también desear saber y oír Belisario.

Convirtiose entonces de repente la fingida alegría de Maximio en no esperado llanto, en que prorumpió con sorpresa de Eudoxia y de Belisario, diciendo entre sollozos:

«¡Oh, Belisario, no le queda otro padre a Maximio que el padre de Eudoxia Espero que no desecharéis a quien tantas pruebas os dio de su amor y de su ardiente ternura».

Belisario, a pesar de la sorpresa que le causó el llanto de Maximio, le respondió:

«Siempre te miré como hijo, Maximio; ¿por qué quieres que ahora te deseche? ¿Qué significa ese discurso?»

Maximio respondió, continuando en su llanto:

«Mis padres me han desheredado y echádome de su casa, ni quieren saber más de mí. No me queda en la tierra otro amparo que vos ni otro bien que Eudoxia. Si éste pierdo, si vos me desamparáis también, no me queda otro expediente que la muerte para poner fin a una vida que sin vos y sin Eudoxia me será aborrecible».

«Tus padres te han desheredado y echádotte de su casa? Cuéntame cómo ha sido».

Por el tono de admirada compasión con que Belisario le preguntó esto, echando de ver Maximio que el padre de Eudoxia no estaba ajeno de condescender con sus deseos, le contó con confianza más enérgica el desdeñoso y cruel recibimiento de sus padres con todas las circunstancias que lo acompañaron. Penetrado de compasión Belisario, no menos que Eudoxia que le oía en triste silencio, le abrió inmediatamente los brazos diciéndole:

«Ven acá, hijo, ven al seno de Belisario, que te ha sido y te será siempre padre, en premio de tu constante y sincero amor. Y puesto que tus padres no quieren saber más de ti, no debo ya diferir mi promesa, y con ella el cumplimiento del gozo a tus deseos. Eudoxia, hija mía, ven acá también, deja que entregue tu mano a Maximio, que tan merecida la tiene. Aquí tienes, Maximio, a tu esposa. Belisario te da prenda con ella que te será buen padre, aunque pobre y desgraciado».

¿Quién sabrá expresar la súbita mutación de la mayor aflicción que probaba Maximio en el más vivo y sublime gozo que le infundió Belisario con aquella inesperada demostración, con que ponía el colmo a la suspirada felicidad del amante de su hija? ¿Ni quién la tierna y dulce sorpresa de ésta al oír a su padre que la llamaba para declararla esposa de Maximio con la entrega de su mano?

Maximio, enajenado de alborozo, exclama:

«¡Oh, cielo, nada, nada más me queda que desear en la tierra! ¡Oh, momento el más dichoso de mi vida! Testigo este tierno llanto que me saca mi sumo reconocimiento a la mayor prueba de vuestro amor con la mano de Eudoxia que beso y adoro, postrado aquí de rodillas ante el padre que me la entrega».

«Ea, pues, consolaos, hijos míos; deja, Maximio, que te manifieste también con este abrazo mi gozo y los deseos que alimento de vuestra más pura y constante fidelidad. Éste es tu esposo, Eudoxia; tu padre te lo entrega seguro de que su amor y tu virtud suplirán a las riquezas de que me despojó la fortuna, y en que no os puedo dejar heredados. Vanos fueran todos otros consejos, y así levantaos, hijos, y comencemos a tomar las disposiciones para que cuanto antes se celebre solemnemente vuestro casamiento».

No pudo contener Eudoxia el llanto que le exigieron el gozo y ternura que le causó el amoroso y breve discurso de su buen padre, a quien agradeció aquella prueba de su cariño, interrumpiéndola las expresiones de Maximio con que no acababa de manifestar su sumo reconocimiento y gozo a Belisario y a la misma Eudoxia, a quien abrazó luego Domitila dándole sus más tiernos parabienes acompañados de lágrimas de júbilo y de complacencia.

Maximio, fuera de sí de contento, fue inmediatamente a la aldea más vecina para prevenir lo necesario a la celebración de su casamiento, que determinaron solemnizar al siguiente día, convidando para ello a los vecinos labradores, de quienes habían tenido tantas muestras de afecto y de compasión. Comparecieron éstos en la casilla antes que amaneciese, para acompañar los esposos a la vecina aldea. Estaban ya todos levantados; con esto, se encaminaron alumbrados del resplandor de la luna, que con su dulce claridad parecía envidiar el gozo de aquella comitiva. Eudoxia no llevaba otro adorno nupcial que el rico collar de perlas salvado del naufragio de su grandeza y del riesgo y desgracia que había corrido de nuevo, poniéndoselo por complacer a su esposo Maximio.

La misma quiso también tener la complacencia de conducir por su mano a su ilustre padre hasta que llegaron al templo donde se efectuaron sus desposorios, no sin declarada ternura y llanto de todos los presentes a vista de las sagradas ceremonias, acordándoles éstas que aquella doncella, que poco antes hubiera visto su casamiento solemnizado con la mayor pompa y con las aclamaciones y honores del pueblo y de los grandes del Imperio, en nada ahora se diferenciaba de una pobre labradora, aunque ella prefiriese su presente estado al de sus perdidos honores y riquezas. Acabada la ceremonia, fue el primero Belisario en abrazar a sus hijos; recibieron luego los parabienes de los

circunstancias y volvieron a su casilla, donde se renovaron con mayor libertad y ternura las demostraciones de su mutuo contento.

Pareció que la fortuna, arrepentida de su cruel inconstancia, esperaba la ejecución del casamiento de Eudoxia y de Maximio para hacer entera prueba de sus heroicos sentimientos, y en recompensa de su virtud y constancia en los trabajos padecidos hacerles probar de nuevo su favor, lo que rara vez acontece. Ni quiso retardarles el consuelo que podrían probar, sino que se valió de Flavio, aquel mismo amigo de Maximio que fue el primero en comunicarles la desgracia de Belisario, para participarles también las disposiciones de la corte en favor del mismo. Nada sabía Flavio del efectuado casamiento de Maximio con Eudoxia, aunque había sabido su vuelta a la casilla después que salió de la cárcel declarado inocente; mas como este mismo caso de su prisión, divulgado en Constantinopla, dio tanto que hablar en ella, así de él como de Eudoxia y de Belisario, dio también ocasión a Flavio para oír decir a sus padres que el Emperador estaba persuadido de la inocencia de Belisario y resuelto a devolverle cuanto antes sus honores y riquezas.

Oído apenas esto, nada pudo contener a Flavio para no ir a participar a Maximio esta alegre noticia, que tanto le podía consolar, como también al mismo Belisario y a su hija Eudoxia. Muy ajeno estaba Maximio de ver comparecer a su amigo Flavio, habiendo ya puesto en olvido la ciudad, empeñado solamente su ánimo en su presente estado campesino y en lo que exigía de sus industriosos desvelos la dignidad de esposo de Eudoxia, la cual acababa de poner el colmo a su dicha. Fue por lo mismo mejor su sorpresa viendo comparecer a Flavio, que después de haberle abrazado le dice la fausta noticia que traía.

Maximio, transportado de gozo, no quiso diferírsela a Eudoxia y a Belisario, haciendo que la oyesen de boca del mismo Flavio. Agradeciéronsele aquellos ilustres desgraciados sin manifestar otro alborozo por ella que aquel que debían a la atención del que se había tomado aquel trabajo para participársela. Belisario había resuelto acabar sus días en el campo aunque la fortuna le restituyese su antigua grandeza y honores, prefiriendo en su corazón aquel apacible estado de vida campesina al bullicio de la ciudad y a las molestias y disgustos de la corte, de la cual acababa de recibir tan terrible desengaño. Tuvo motivo con esto Flavio de admirar sus sentimientos en aquella pobre situación y alojamiento en que lo veía, no menos que el amor de Maximio en preferir aquella vida humilde en compañía de Eudoxia al noble estado en que le hizo nacer la fortuna, aunque no muy rico. Dióle no obstante los parabienes por su casamiento con Eudoxia, y a todos dejó en esperanzas de que se mudase su suerte.

Partido Flavio, Belisario, que estaba muy ajeno de fomentar tales esperanzas y que deseaba llegase el momento para ir a manifestar a Scipión la gratitud que conservaba a su beneficencia, le acordó a Maximio la obligación en que estaban, y con la cual les era forzoso cumplir cuanto antes. Remitiéronlo para el siguiente día, ajenos de encontrar la novedad, que oyeron con sorpresa y sentimiento, de haber muerto su hijo Mucio de resultas de una caída de caballo que le derribó en un foso. Sintió sumamente Belisario esta inesperada nueva, que le tuvo suspenso y dudoso si le haría avisar de su llegada,

temiendo agravarle su dolor. Mas movido de los deseos de consolarle si podía, le hizo pasar el recado de su llegada.

Aunque el afligido Scipión no se dejaba ver de ninguno, luego que oyó la llegada de Belisario mandó fuese acompañado a su estancia. Estaba en ella el mismo a obscuras y la hacía resonar de sus sollozos, especialmente cuando llegó a él Belisario, conducido de Maximio, a quienes fue el primero a decir, llorando amargamente:

«¡Oh, Belisario, soy el hombre más infeliz de la tierra! ¡Acabo de perder al hijo único que tenía, en quien se acaba enteramente la familia de los Scipiones, después de haber subsistido de padres a hijos por tiempo inmemorial! ¡Oh, qué golpe funesto! ¡Oh, desdichado de mí! ¡Esto debía tocarme a mí, ver acabada una familia tan antigua!».

De esta manera proseguía Lucio Scipión lamentándose de su suerte, haciendo recaer su dolor sobre la extinción de su familia, que mil veces repetía sin casi mencionar el amor de su hijo. Belisario, después de haber dejado que desahogase su sentimiento le dijo:

«Tomo toda la parte que debo en vuestro justo dolor, ¡Oh, generoso Scipión!, reconocido sumamente como lo estoy a vuestra singular beneficencia. Hubiera deseado venir antes a manifestaros mi agradecimiento, mas no lo pude hacer no teniendo quien me acompañase. Lo hago sólo ahora en que puedo, aunque sumamente afligido por la desgracia de vuestro hijo Mucio, de que nada sabía».

«¿Cómo? ¿No llegó a vuestra noticia la muerte de mi hijo Mucio Scipión?»

«No, ciertamente. Sin duda, los vecinos labradores se recataron de dármela para no afligirme ni agravar mi desgracia, que si no me engaño, es algo más dolorosa y sensible que la vuestra».

«¡Ah! Belisario, ¿qué decís? No, no sabéis lo que es perder un hijo único en quien se acaba para siempre una familia ilustre».

«No perdí a la verdad ningún hijo único, pero perdí mis riquezas, los honores y la vista, y me hallo sin ella reducido a la miseria y pobreza, que hubiera sido más terrible si vos no me hubierais socorrido».

«¡Terribles males! ¡Grande desgracia a la verdad! Pero permitid que os diga que nada tiene que ver con la pérdida de un hijo único y con la extinción de una familia como la mía».

«La mía no será de mucho tan ilustre como la vuestra, pero se acaba también conmigo, y mucho antes se acabaron las familias de Régulo, de Fabricio, la del gran Pompeyo, las de los Césares, la de Trajano, la de Teodosio y las de los mayores hombres del mundo. Nada hay duradero en la tierra; las mismas ciudades, los más fuertes y soberbios edificios caen y desaparecen del sitio que ocupaban. Es lástima, no hay duda, que se acabe vuestra familia; pero me parece que debierais sacar antes motivo de algún consuelo que tan

grande aflicción por lo mismo que ha durado tanto, llevando vos en ella tantas ventajas a las de los hombres más ilustres que duraron tanto menos. Yo me figuré siempre que mi familia comenzase y acabase conmigo. Ni nuestros mayores ni nuestros descendientes somos nosotros. Para vos, para mí se acaba el mundo cuando acabamos. ¿Qué interés tan grande podéis tener en que dure o no vuestra familia después de vuestra muerte?

«¡Ah! Tenéis razón, Belisario. A las veces una palabra sola desengaña más que mil razones. Pruebo gran consuelo en oírlos, y por lo mismo gustaría que quedaseis aquí conmigo por algunos días. Vuestra compañía me serviría de gran alivio y consuelo en la triste soledad en que me veo».

«Si debiera ser así, me alegraría de poder contribuir a vuestro alivio, para manifestaros en ello mi reconocimiento, pero temo que un ciego os será antes de embarazo que de consuelo».

«No lo creáis, Belisario, antes bien me haréis en ello un singular favor y gracia, que os pido».

«Ea, pues, Maximio, podéis ir a casa y avisar a Eudoxia de mi quedada con el generoso Scipión».

«¿Maximio se llama ese mozo?»

«Maximio se llama, y acaba también el pobre de padecer una desgracia semejante a la vuestra. Sus padres le han desheredado, y cual lo veis, es hijo de Septimio, de familia senatoria».

«Oh, cielo! ¿Qué decís? ¿Hijo de Septimio? ¿Y éste le ha desheredado?»

«Así es».

«¡Ved los accidentes de este suelo! Vuestra desgracia y la mía, Maximio, podían repararse de algún modo dejándoos yo heredado en mis bienes y tomando vos mi apellido de Scipión».

«Desde ahora mismo, dijo el alegre y sorprendido Maximio, quiero llamarme Maximio Scipión, aunque no me dejéis sino parte de vuestra hacienda».

«No, no, toda entera, para que podáis mantener el lustre de tal nombre».

«El cielo os lo remunere; tanto mejor para mí y para mi esposa Eudoxia, que estará muy ajena de esperar esta fortuna».

«¿Cómo? ¿Eudoxia es vuestra esposa? ¿No me dijisteis, Belisario, que la queríais casar con aquel mendigo que os servía de lazarillo?»

«Cabalmente, aquel roto mendigo que visteis era este mismo Maximio, que aquí veis vestido de labrador y que tomó aquel disfraz para servirme en mi desgracia y merecer a Eudoxia con su constante amor».

«No extraño ya, pues, que me la negaseis para mi infeliz hijo Mucio, cuya muerte... ¡Ah, perdonad si su renovada memoria renueva también mi llanto y mi dolor!»

«Os debe ser sensible tal pérdida. Mas puesto que queréis declarar heredero vuestro a Maximio, os debéis hacer cuenta de haber encontrado en él al hijo perdido, pues os puedo asegurar que no degenerará de tal padre y bienhechor».

«Así lo espero; pero ya que habéis resuelto quedar aquí conmigo, y que Maximio se halla casado con vuestra hija Eudoxia, pudiera también volver aquí con ella, pues así no quedaría en pena la misma por vuestra ausencia, y yo tendría el consuelo de disfrutar su amable compañía».

«Como queráis, Scipión, pues es siempre nuevo favor que añadís a los que tengo ya recibidos».

«Voy, pues, volando, dijo Maximio, a satisfacer a vuestros deseos, ¡oh, generoso Scipión!, para traer cuanto antes a Eudoxia».

Dicho esto, parte Maximio, fuera de sí de contento por aquella repentina e inesperada fortuna, que le avivaba las ansias de llegar cuanto antes a la casilla para comunicársela a Eudoxia. Pero llegado a ella, no encontró ni a Eudoxia ni a Domitila. Sorprendido de aquella novedad las buscó en el huerto y en el bosque, las dio voces por los vecinos campos, todo en vano. Acudió a la casa de los vecinos labradores, donde sosegó sus temores el viejo labrador diciéndole que su hija Flacila se las había llevado a la dehesa real, que estaba algo distante, a donde había de ir ella a ver una hermana suya, mujer que era de uno de los jardineros de aquel sitio, y que sabiendo que él y Belisario se habían ido a la aldea a ver a Scipión, quiso Flacila aprovecharse de aquel entretiem po para conducir las a los reales jardines.

Era así que Eudoxia y Domitila, importunadas de las instancias de Flacila, que les dijo estar vecino aquel sitio, se habían ido con ella, persuadidas que Belisario tardaría en volver aquella mañana. Todas ignoraban que se hallase cabalmente el Emperador en aquel sitio, a donde dejó de ir después que hizo edificar un palacio magnífico cerca de la playa del mar Euxino, y en sitio mucho más delicioso que aquel donde entonces se hallaba. Sea que el Emperador Justiniano fuese a él accidentalmente, o con intención de hacer que se le proporcionase el encuentro con Belisario con el motivo de aquella cercanía, pareció que la fortuna hiciese servir la determinación de Flacila para resarcir sus agravios, conduciendo a Eudoxia a aquel sitio y proporcionándola el encuentro con Justiniano.

Debía pasar ella, Domitila y Flacila por un espeso bosque comprendido en aquel real sitio, para llegar a la habitación del jardinero a donde se encaminaban. El Emperador

acababa de salir solo y sin acompañamiento, queriendo solazarse con libertad por aquel bosque que estaba inmediato a su palacio, Convidado allí de la caída de una fuente que se despeñaba con grato murmullo bajo la sombra de altos fresnos, se sentó junto a ella, donde desahogaba su ánimo de los graves cuidados del Imperio con aquellas dulces imágenes de la naturaleza, que le hacían tal vez envidiar la suerte de aquellos que gozaban aquella deliciosa quietud que recreaba a su augusto pecho; y viendo llegar aquellas tres labradoras deseó usar con ellas de la familiaridad que le permitía el sitio y el traje casero y de confianza que llevaba, de modo que no pudiera ser conocido por Emperador.

Luego, pues, que iban a pasar por cerca del lugar donde estaba sentado, fue el primero en decirles:

«¿Muchachas, a dónde vais por aquí? Debéis venir de lejos, pues os veo acaloradas».

«De algo lejos venimos, respondió Domitila, y vamos a ver a Faustino, jardinero de este sitio».

«No le encontraréis. Acaba de pasar por aquí con su mujer, y por aquí volverán a pasar. Sentaos aquí entretanto, y descansad bajo esta deliciosa sombra».

Oído esto por ellas, consultan mutuamente en sus rostros lo que debían hacer, y mostrándose todas deseosas de aceptar el envite de aquella persona que no conocían, lo ejecutan, diciendo Domitila:

«Nos podemos sentar entre tanto».

El Emperador fijando entonces en ella los ojos, y en Eudoxia, les dirigió la palabra, diciendo:

«No parece que vosotras dos seáis labradoras».

«Si no lo parecemos lo somos, responde Domitila, gracias a la fortuna que nos proporcionó este honesto y quieto estado, aunque humilde».

«¿Gracias le dais por haberos reducido a estado de labradoras? No lo comprehendo; ¿pues qué erais antes?»

«Yo soy viuda de un oficial que sirvió al Emperador bajo las órdenes de Belisario en la guerra de África contra Gelimer, en que perdió la vida. Y esta mi buena amiga es hija del mismo Belisario».

«¿Hija de Belisario?»

«Del mismo».

«A la verdad, quedo sorprendido... ¿Y su nombre?»

«Eudoxia», respondió la misma entonces.

«¿Dónde dejasteis a vuestro padre?»

«Fue a dar gracias a un rico aldeano que le socorrió y alivió su pobreza».

«¿Tan necesitado se hallaba?»

«Tanto, que nos vimos en estado de ir a mendigar nuestro sustento».

«¡Ah, quién lo hubiera creído jamás de un hombre tan singular! A la verdad experimentó muy ingrata a su fortuna».

«No lo extrañéis; quien experimenta sus favores está también expuesto a probar sus crueles reveses».

«Mucho debisteis sentir la pérdida de vuestros bienes, de vuestros honores y comodidades».

«Ninguna cosa de esas echamos menos en nuestro estado presente de pobreza. Antes bien, vivimos más quietos y contentos en ella que en la grandeza que perdimos y en los palacios que habitábamos».

«Doncella, me interesa vuestro discurso. Por lo mismo me permitiréis que os diga que no sé comprender cómo podáis vivir más contentos en la pobreza que en la riqueza y abundancia, mucho más teniendo Belisario, vuestro padre, tantos haberes como dicen que adquirió con sus victorias».

«La virtuosa resignación en la desgracia y la constancia del ánimo en padecerla suplen a todos los bienes perdidos. De su falta puede sacar el alma más pura satisfacción que aquella que infunden naturalmente las riquezas a quien las posee».

«No acabo de admiraros. Dudo que vuestro padre Belisario se explique así, especialmente acerca del Emperador, que le condenó a esa pobreza en que os veis».

«Os puedo asegurar que jamás oí de su boca queja alguna contra el Emperador. Su ánimo es mayor que su pérdida grandeza y honores para que se abatiese a quejarse de haberlos perdido, aun con su propia hija. Su misma ceguera y pobreza le hacen más respetable en su desgracia que coronado de laurel sobre el carro del triunfo en que presentó al Emperador al cautivo Gelimer y su familia. Lejos de quejarse del Emperador, no me acuerdo habérselo oído nombrar jamás».

«Mucho es, después que hizo al Imperio tan señalados servicios y que el Emperador se los pagó tan mal, pues oí decir que le hizo privar de la vista».

«Es así, pero mi padre conocía muy bien al mundo y a la corte, y lo que más es, la inestabilidad de las cosas humanas, para dejar de prever el exceso de los males a que le podía condenar la fortuna, y para extrañarlos después de venidos sobre su corazón, aunque honrado e inocente».

«Mas el Emperador, ¿se certificó de su culpa, antes de condenarle a la cruel privación de la vista y de todos sus bienes?»

«Nada de todo eso interesa ya a mi padre, ni creo que se cuide tampoco de ello, sino que atiende a acabar sus días en la tierra con tranquilidad de ánimo, pasándolos con fuerte resignación en su estado presente».

Diciendo esto Eudoxia, advirtió que llegaba a pasar cerca de donde estaban Maximio, con paso muy apresurado, sin reparar él que estuviese allí Eudoxia y Domitila, medio encubiertas de la frondosidad que rodeaba el sitio de la fuente, hasta que Eudoxia, admirada de verle, interrumpió su discurso con el Emperador para llamarlo, diciéndole:

«Maximio, Maximio, ¿qué sucede, qué es de mi padre, dónde le dejáis?»

Maximio repara entonces en ella y se acerca, diciéndola con transporte de gozo, sin hacer caso del Emperador que estaba allí con ellas:

«Albricias, Eudoxia, albricias. Lucio Scipión acaba de declararme heredero, en vez de su hijo Mucio que murió.

El mismo nos espera en su casa, donde quedó vuestro padre Belisario. Desde que mis padres me desheredaron, parece que la fortuna se esmera en colmarme de favores».

El Emperador, admirado de la llegada de aquel lindo mozo, que aunque en traje de labrador no lo parecía, y que hablaba con tal confianza con Eudoxia, extrañó por lo mismo oír que le hubiesen desheredado sus padres, y movido a curiosidad le dijo:

«¿Vuestros padres os han desheredado? ¿Por qué motivo?»

Pero Maximio, ansioso de volver cuanto antes con Eudoxia, sin querer perder tiempo en dar respuesta cabal al Emperador, que le pareció algún rico aldeano de aquellos contornos, le respondió:

«Eso es largo de contar, y no hay tiempo que perder. Vamos Eudoxia, que Scipión y Belisario nos esperan».

«Venís cansado, según parece, dijo entonces Eudoxia; por lo mismo, descansad un poco. Esperamos a Faustino y a su mujer, y pueden tardar poco en llegar».

«Descansemos, pues, un poco. A la verdad estoy reventado. El ansia de daros cuanto antes la noticia de la herencia de Scipión me hizo apresurar el paso. Él quedó pasmado

cuando supo que era yo aquel mismo mendigo que servía de lazarillo a Belisario, y se maravilló mucho más al oír que era hijo de Septimio y marido vuestro».

Mucho más maravillado el Emperador al oír esto, le volvió a decir a Maximio:

«¿Hijo sois de Septimio, y estáis casado con Eudoxia? Según eso debéis ser aquel mismo Maximio a quien pocos días hace pusieron en la cárcel en Constantinopla por el supuesto hurto de un rico collar de perlas».

«Ese mismo soy, como veis declarado inocente de ese hurto».

«¿Y qué se hizo el collar de perlas? Oí decir que era precioso».

«El juez, certificado que pertenecía a Eudoxia, se lo devolvió, y ella lo tiene.»

«¿Lo tenéis ahí, Eudoxia? Mucho lo deseara ver».

«Aquí lo tengo», respondió Eudoxia; y sacándolo de la faltriquera en que lo llevaba se lo presentó al Emperador, el cual, admirado de ver la grandeza de aquellas perlas, dijo:

«Precioso collar es, por vida mía. De buena gana lo compraría si me lo quisieseis vender».

«No es collar para vos, respondió entonces Maximio, vale mucho más de lo que os pensáis».

«Eso no lo debéis decidir vos, sino el dinero. Por ahora me hallo sin él, pero si lo quisieseis traer mañana, os contaré todo el precio que me pidáis, sea cual fuere. Os esperaré en este mismo lugar. Si queréis prenda de mi palabra, ahí tenéis este bolsillo, que servirá de socorro para Belisario, por cuya desgracia me intereso».

Sorprendido Maximio de la generosidad de aquella persona que no conocía, y que le presentaba el bolsillo para socorro de Belisario, lo creyó otro Scipión, y lo recibió diciéndole:

«El cielo remunerere vuestra beneficencia. Se lo entregaré a Belisario, y mañana vendremos a traeros el collar».

Mas Eudoxia, penetrada de reconocimiento para con aquella persona que socorría a su padre, quiso manifestarle su gratitud diciéndole, en ademán de ofrecerle el collar para que lo aceptase:

«El collar aquí lo tenéis; quedaos con él y os servirá de prenda de mi reconocimiento a la generosidad que os habéis dignado de usar con mi buen padre».

«No, no, traedlo mañana, y me daríais mayor complacencia si trajeseis también a vuestro padre, a quien deseo conocer. Fuera yo mismo en persona a verle si no me detuviese aquí un negocio importante. Mañana os esperaré en este mismo sitio y a la misma hora; quedad con Dios».

Decía esto el Emperador puesto ya en pie para partir luego, como lo ejecutó queriendo evitar la vista del jardinero, a quien vio venir de lejos, para que no le descubriese a Eudoxia y a Maximio, a quienes deseaba ocultarse puesto que no le habían conocido, dejándoles sorprendidos con la generosidad que acababa de usar con ellos. Llegó luego la hermana de Flacila con su marido, con quienes no quiso Maximio detenerse, deseoso de volver a casa de Scipión, como lo hizo en compañía de Eudoxia, de Domitila y Flacila, encaminándose primero a la casilla para conducir a Eudoxia y a Domitila en el carro con sus bueyes, que habían quedado en el establo y que quiso llevar también consigo, no teniendo quien cuidase de ellos.

Unciolo, pues, al carro, y colocadas en él Eudoxia y Domitila partieron para la aldea de Scipión, que les esperaba con no menor solicitud que Belisario, los cuales se alegraron de su llegada y de oír el encuentro que habían tenido con aquella persona que tan generosamente les había socorrido. El agradecido Belisario mostró deseos de ir a dar las gracias a tal bienhechor que quería conocerle, remitiéndolo para el siguiente día y hora que les había insinuado. Tuvo motivo de complacerse Eudoxia por las sinceras demostraciones que le hizo Scipión, ofreciéndole su casa y hacienda como si fuese propia, pues la reconocía como hija. Agradecióle ella el exceso de tan grande beneficencia, con que ponía fin a la desgracia de su padre Belisario, sacándole de las estrecheces y necesidades, y juntamente a ella y a su marido Maximio.

El sabio no preferirá la mendicidad y pobreza a una honesta medianía, pero si a ella le redujere la suerte la llevará con fuerte resignación y constancia, aunque se halle mejor con una decente conveniencia que con la falta de lo necesario para el sustento de la vida. No de balde, pues, se consolaba Eudoxia con la generosa acogida de Lucio Scipión, que le ofrecía su casa y sus haberes, destinados ya en herencia por adopción a su marido Maximio; mas en vez de abandonarse como éste al excesivo contento y júbilo por ello, contenía al contrario su complacencia con el freno de la moderación, acordándose siempre de la incertidumbre de la posesión de los bienes de este suelo, expuestos a perderse de un momento a otro.

Fue también de grande alivio para el doliente Scipión la llegada a su casa de Eudoxia y de Maximio, cuya vista borraba en parte la memoria de su perdido hijo Mucio. Mas como habían dado palabra de comparecer al otro día en el bosque y de conducir a Belisario, no se pudo oponer a su ida, obteniendo que se quedase con él Domitila, que no era esperada, para que le ahorrara el atender a los cuidados caseros mientras ellos volvían. Vino también en ello de grado Domitila para complacer al buen viejo que se lo rogó, y ellos partieron en el mismo carro de Maximio, y conducidos de sus bueyes, que él se complacía de regir, mereciéndole particular afición y cariño como principales medios de su subsistencia, como también por los afanes que le había costado su compra.

Llegaron así al bosque y al lugar donde ya los estaba esperando el Emperador, en el cual advirtiéndolo Maximio, sin conocerle, paró los bueyes y bajó del carro para dar la mano a Eudoxia y a Belisario. Conmoviéndose sumamente el Emperador al ver a aquel ciego ilustre reducido por él a tal estado de pobreza bajando a tientas del carro y necesitado de ajena mano para llegarse a él. Disimuló, sin embargo, su conmoción y la ternura que le causó viendo a la hija que conducía a su padre por la mano, mientras Maximio desuncía los bueyes para que paciesen por aquel recinto del bosque. Luego que Eudoxia y Belisario se acercaron al Emperador, fue éste el primero en darles la bienvenida, a que ellos correspondieron.

Eudoxia dijo entonces a su padre ser aquella persona con quien hablaban la que le había generosamente socorrido el día antes. Belisario, oído esto, le dirigió la palabra diciéndole:

«Os agradezco, amigo, la generosidad que habéis querido usar conmigo ausente, la que al tiempo que me acarrea suma complacencia me deja con el sentimiento de no poder conoceros, por cuanto ni Eudoxia ni Maximio me supieron decir quién sois, ni mi ceguera me permite conoceros. No queráis negarme a lo menos el consuelo de saber vuestro nombre».

«Nada importa que lo sepáis, respondió el Emperador. Me basta saber que hayáis aceptado mi buena voluntad, y que vuestro reconocimiento me haya proporcionado el gusto de conoceros, como mucho lo deseaba atendido al gran renombre que os adquirieron vuestras victorias».

«Ese gran renombre, amigo (pues no sé qué mejor nombre daros), bien podéis ver en lo que ha parado».

«Ah, lo veo! ¡A la verdad fue bien injusto para con vos el Emperador!

«Antes bien, es digno de compadecer. Los jueces no son injustos, porque condenan y obran según las delaciones que se les hacen».

«Mas hay delaciones tales que llevan en sí mismas la falsedad manifiesta. Por tal reputo la que se os hizo de querer alzaros con el reino de Italia».

«Todo eso, amigo, lo olvidé ya; nada me puede interesar ya en esta vida más que mi buena hija Eudoxia y su marido Maximio».

«Sin embargo, me parece que os debiera interesar también vuestra inocencia y vuestra pérdida fama».

«Sin la satisfacción de mi propia inocencia fuera yo el hombre más infeliz y miserable de la tierra. Es ella sola la que no me deja ser tal. Mi fama creo que no se perderá tan fácilmente como pensáis».

«No lo digo por las victorias alcanzadas, sino por lo que os imputaron de querer os alzar con el reino de Vitiges».

«¿Y puedo dar mejor justificación de no haber soñado en pretenderlo que el no haberlo ejecutado? Me bastaba para ser rey el haberlo querido ser. Si Belisario no lo fue es sólo porque no quiso. Un ánimo honrado, aunque fuerte, no será jamás usurpador».

«No obstante, según me dijeron algunos oficiales, desobedecisteis a los órdenes del Emperador, que os mandó hacer la paz con Vitiges, y vos continuasteis la guerra, tomando a Rávena y haciendo en ella prisionero al mismo rey Vitiges y su familia».

«No me dieron tiempo para justificarme de esa acusación. Estaba para dar el asalto a la ciudad cuando me llegaron, o por mejor decir, cuando me entregaron las cartas del Emperador. Hice entonces lo que otro general en iguales circunstancias: diferí abrir el pliego hasta después de la victoria».

«¿Cómo es, pues, que el Emperador dio crédito a estas imputaciones, y os condenó por ellas sin oírlos?»

«La respuesta a eso sólo os la puede dar el Emperador».

«Grande debió ser vuestro resentimiento contra el mismo, por privaros, siendo inocente y no siendo oído, no sólo de vuestros honores y riquezas sino de la vista también, y por condenaros a la mendicidad».

«Ciertamente que en ello no me hizo un gran beneficio, pero nada de todo eso debe extrañar el que como yo es llevado de la fortuna a la cumbre de la mayor gloria. Desde allí nos amenaza más ruidosa caída. ¿Y qué dijerais, amigo, si todo eso lo padecí porque quise y porque preferí mi cierta condenación a la nota de la usurpación del reino, que tan fácil me era conseguir?»

«Mucho me interesara que me aclaráseis eso».

«Lo aclararé yo, dijo entonces el impaciente Maximio, que hacía rato los oía sin hablar, después que desunrió los bueyes. La desgracia de Belisario la supe yo mucho antes que él llegase a Constantinopla, y si él no la supo la debió a lo menos sospechar».

«¿Vos supisteis la desgracia de Belisario? Me parece imposible», le dijo el Emperador.

«Ahí veréis cómo van las cosas. Las saben antes los que más imposible parece que las sepan».

«¿Y cómo lo supisteis?»

«Oh, eso sí que no lo sabrá ni aun el mismo Emperador, aunque lo quisiese saber! Fue un secreto que me confió un amigo mío, y que ha de quedar depositado para siempre en mi pecho».

«Pero si el Emperador deseara saberlo, bien creo que se lo descubriríais».

«No, por cierto. A más de que fuera gran bajeza en el Emperador el querer saber un secreto confiado por un amigo, pues me obligaría a cometer una traición y a faltar a mi palabra».

«¿Y qué dijera el Emperador si os oyera?»

«Si pensase como debe, me tendría por honrado y fiel amigo».

«De ese mismo parecer soy yo. Y no dudo que si oyese él mismo a Belisario como yo le oí, le restituyese su gracia».

«Os aseguro, dijo Belisario, que nada de todo eso me interesa. Jamás vi mejor la vanidad de todos esos bienes y honores que después que me faltó la vista. Contento y satisfecho ahora en el estado a que me redujo la suerte, no anhele salir ya de él, mucho menos después que vos y el generoso Scipión me lo hicisteis mucho más llevadero con vuestra beneficencia».

«Pero lo que no deseáis para vos, lo debéis querer por vuestra hija Eudoxia».

«Me hallo igualmente contenta que mi padre, dijo Eudoxia, en mi presente situación. Aunque no puedo negar que me holgaría de que el Emperador le restituyese su sola gracia, sin honores y sin riquezas».

«Si es así, pudiera yo ser el medianero».

«¿Vos el medianero?»

«Pues qué, ¿os parece que no lo pueda ser?»

«Fuera menester tener con él una gran privanza»

«¿Y no la pudiera yo tener, o valerme de algún medio para ello? Os dije ayer que deseaba comprar el collar de perlas, como os lo compraré. Con el motivo, pues, de hacer de él un regalo a la Emperatriz Teodora, ¿no pudiera interceder por vuestro padre Belisario, haciendo ver su inocencia?»

«Son muy de apreciar vuestros deseos, mas no es tan fácil como os parece la ejecución».

«¿No? Quiero probarla. Vamos a casa; quiero daros prenda con el precio de las perlas, que os haré entregar. Belisario, dad acá la mano, quiero usurpar a vuestra hija Eudoxia este piadoso oficio».

«Como queráis».

«Esperad, dijo entonces Maximio ya levantado, que ponga mis bueyes al carro, pues no los quiero dejar a la ventura en esta dehesa, y así podéis venir todos en el carro, si vuestra casa está algo lejos.»

«Habrá quien cuide de ellos, respondió el Emperador. Vamos todos juntos y a pie, pues estamos cerca de mi casa».

«Vamos en hora buena, dijo Maximio, aquí quedan carro y bueyes sobre vuestra palabra».

Dicho esto se encaminan todos, conduciendo el Emperador de la mano a Belisario, queriendo compensar con esta demostración honrosa los males a que le había condenado. Continuaba a conversar con el mismo por el camino, acompañándoles Eudoxia y Maximio, muy ajenos de pensar que aquella persona fuese el mismo Emperador. Éste, que desde el día antes esperaba a Belisario, lo tenía dispuesto y combinado todo para el honor que le quería hacer, ignorando los cortesanos sus intenciones. Llegados al palacio, Eudoxia y Maximio comienzan a asombrarse viendo a los guardas hacer tales acatamientos a la persona con quien iban. Creció su admiración cuando, entrados ya en el palacio, acudieron los grandes a reverenciarle a porfía.

Maximio, reconociendo entonces al Emperador, comenzó a temblar acordándose de lo que acababa de decirle con tanta libertad en el bosque. Eudoxia, que también lo reconoció entonces, aunque sentía haberle tratado con tanta familiaridad sin conocerle, tenía por otra parte motivo de complacerse viendo que hacía tan grande honor a su padre Belisario, a quien continuaba en llevarle por la mano. Mas éste, que nada veía, ni sabía en qué lugar se hallaba, continuaba en hablar con el Emperador con la misma familiaridad y confianza que por el camino y en el bosque, hasta que el Emperador, estando ya presentes los cortesanos, les preguntó si conocían aquel ciego. Todos a una responden afirmativamente, dándole el título de augusta majestad.

Reconociendo entonces Belisario al Emperador, exclamó, atónito, sorprendido y confuso:

«¡Cielos! ¿Dónde me hallo? ¿No fue por ventura el Emperador el que se dignó conducirme aquí? Eudoxia y Maximio, sacadme de esta mi asombrada incertidumbre».

«Sí, Belisario, le respondió el Emperador, fue el Emperador mismo el que se entretuvo con vos en el bosque, y el que os condujo aquí por la mano y a vista de estos sus vasallos para declararos inocente y resarcir de algún modo los males que os hizo padecer, por haber dado fácil oído a sus malos consejeros. Aunque tarde, tengo no obstante la dulce satisfacción de hacer justicia a vuestro mérito sin par y a vuestra fidelidad».

Belisario, oído apenas esto, postrose de rodillas diciendo:

«Señor, la suma dignación que acabáis de usar conmigo recompensó sobrado los males y desgracia de Belisario. De buena gana volviera a pasarla a trueque de probar la suma complacencia y gozo que redundan en mi ánimo de vuestra augusta bondad y clemencia. No creo tener por qué arrepentirme de los sentimientos que os manifesté sin conocerlos. Segura mi conciencia del respeto y de la estimación que os conservó mi ánimo a pesar de la contraria suerte, espero de vuestra augusta piedad que sólo tendréis que perdonarme la libertad y confianza que no me hubiera tomado si no me hubiese faltado la vista».

«Alzaos, Belisario, le respondió el Emperador, asiéndole él mismo de la mano. Nada queda por perdonar sino el orden que privó de la vista a mi más ilustre y glorioso vasallo. Ojalá que la autoridad que os restituye vuestros honores y bienes pudiera también manifestar su poder en restituirlos la vista. El daño no es sólo vuestro, lo es también del que os lo causó a vos, a sí mismo y al Imperio».

Luego, dirigiendo la palabra a Eudoxia, que estaba sumamente confusa y enternecida:

«Y vos, virtuosa Eudoxia, quedáis acreedora a la beneficencia del Emperador por el desinterés con que quisisteis entregarle vuestro precioso collar. Tengo ya dado orden para que os sea recompensado, como también para que vuestro marido Maximio no pierda sus bueyes ni eche menos la honradez del Emperador sobre sus secretos».

La enternecida Eudoxia agradeció con lágrimas al Emperador su suma bondad y clemencia para con ella y para con su padre, y el turbado y atónito Maximio se postró de rodillas para pedirle perdón de su atrevimiento. El Emperador le hizo levantar y puso el colmo a su beneficencia haciendo que Belisario, Eudoxia y Maximio le siguiesen a Constantinopla en su comitiva, habiendo enviado órdenes el día antes para que les dispusiesen la propia casa que antes habitaban, y les fuesen restituidas sus haciendas y honores. Así entraron en ella todos tres, asombrados de aquella impensada y repentina mudanza de la fortuna, que tan al vivo les representaba en aquel hecho su inestabilidad.

Divulgose luego por toda la ciudad la llegada de Belisario y de su hija Eudoxia en la comitiva del Emperador, que le había restituido su gracia y sus perdidos honores y grandeza, y acudieron a porfía señores y plebeyos a manifestarles su contento y a darles los parabienes por su mudada suerte. Agradecían Belisario y Eudoxia tales demostraciones, con voluntad y sincero aprecio, pero sin dejarse deslumbrar de aquellos obsequios y favor presente, que no borraba de su memoria la padecida desgracia. Sólo Maximio disfrutaba con toda el alma de aquellos honores, alegrándose con ellos su amor por haber acertado en la elección de tal esposa y por la constancia con que venció todos los obstáculos que se oponían a su pasión ardiente, la cual parecía obtener ahora de todos ellos el triunfo más cumplido.

Estaban entretanto muy solícitos Lucio Scipión y Domitila por no ver comparecer en todo aquel día a Belisario, Eudoxia y Maximio. No pudiendo sosegar tampoco la noche en que los esperaban sin tener noticia ni aviso alguno de los mismos, resolvieron ir los dos al

siguiente día al mismo sitio donde sabían los había de esperar la persona que había socorrido a Belisario. Llegados con gran solicitud al bosque, como supiesen el caso acontecido con el Emperador, que había restituido su gracia a Belisario y conducídole consigo a Constantinopla, se pusieron inmediatamente en camino de la ciudad, ansiosos de congratularse con ellos.

Sorprendiéronles de hecho con su inesperado arribo, por cuanto Eudoxia, no olvidándose de su amada y fiel amiga, acababa de enviarla un mensaje para participarle la novedad que les acontecía y para que fuese cuanto antes a Constantinopla. Fue con esto mucho más gustosa su llegada, dándose mutuamente las más tiernas pruebas de su constante y virtuoso cariño las dos amigas y compañeras. No fueron menores las demostraciones que se hicieron Scipión y Belisario, y las que le hizo también Maximio, a quien había declarado heredero suyo. Contribuyó esto para que Scipión aliviase su ánimo del duelo y tristeza que conservaba por la muerte de su hijo Mucio, complaciéndose sumamente por la nueva fortuna de Belisario, la que hacía mucho más dulce y agradable la compasión que le había manifestado en su desgracia y las generosas demostraciones con que había procurado aliviársela.

Faltaba para colmo del consuelo de Eudoxia que los padres de Maximio restituyesen también en su gracia a su hijo. Los deseos que tenía de probar cumplido gozo con tal reconciliación le sugirieron valerse de Scipión para que fuese a interceder con sus padres. Aceptó de muy buena gana este encargo Scipión, y pasó inmediatamente a casa de Septimio, que estaba enfrente de la de Belisario. Esta misma intermediación les había proporcionado el saber no solamente la llegada de Belisario sino también la de su hijo Maximio, casado ya con Eudoxia y cortejado del Emperador, lo que trocó enteramente los ánimos de sus padres para con él; pero avergonzados y confusos ahora por el cruel tratamiento y desapiadados modos con que habían recibido a su hijo, no osaban ser los primeros en manifestarle los deseos que tenían de verle y abrazarle.

Se lo proporcionó la llegada de Scipión, que entrando en su casa les hizo avisar que tenía que comunicarles dos importantes noticias. Ellos, sospechando lo que era, le reciben inmediatamente, y juntos los tres fue el primero en decirles que sabía que tenían un hijo llamado Maximio, a quien habían echado de su casa y desheredádole, y a quien él había acogido en la suya y adoptádole por hijo y heredero. Que el mismo, habiendo casado con Eudoxia, hija de Belisario, había venido con ellos a su antigua casa y había sido atendido del Emperador.

«¡Quién se lo había de pensar!», exclamó la madre oyendo esto.

«Veis, pues, continuó a decir Scipión, que no conviene que los padres se desnaturalicen con sus hijos como lo hicisteis vosotros por tan frívolos motivos. La fortuna puede hacer felices a los que hizo desgraciados, y es malo atender antes a ella que a los efectos y sentimientos de la naturaleza. No quisisteis saber de vuestro hijo pobre, lo echasteis de vuestra casa porque no le queríais ver casado con la desgraciada hija de Belisario, y ahora creo os tendréis a grande honra el devolverle vuestra gracia y paterno cariño».

«Bien se pueden recibir tales lecciones, dijo entonces Septimio, de quien quiso acoger a Maximio y declararle su hijo y heredero; por lo mismo háceseme más gustosa vuestra mediación para devolverle la gracia que me pedís y que deseo. Aquí me tenéis, Scipión, pasaré con vos a casa de Belisario para abrazarle».

«No os está bien, Septimio, dijo entonces la madre, el ir vos a casa de Belisario. Como padre debéis esperar que venga vuestro hijo Maximio a pedirnos la gracia que desea».

«¡Ah, Dantila!, exclamó Septimio oída su pretensión, ¿no vino ya el mismo Maximio a pedirnos esa gracia que cruelmente le negamos? Ved aquí el poder de la vanidad y de la ambición; pobre y amante de Eudoxia lo desechamos y desheredamos y ahora, honrado del Emperador, nos tenemos a mucho el reconocerle por hijo. Vuestras antiguas etiquetas con Antonina envolvieron insensiblemente mis sentimientos y me indujeron a degenerar de padre con Maximio. ¡Cuán bárbaramente lo traté cuando se me postró de rodillas! Mas, ¿para qué pierdo tiempo en quejas que me retardan el momento de abrazarle? Estoy con vos, vamos allá».

Dicho esto se levanta Septimio y se encamina con Scipión a casa de Belisario, dejando mortificada a su mujer Dantila, aunque no menos deseosa de ver a su hijo Maximio. Éste, que estaba esperando las resultas del encargo de Scipión, luego que le vio venir con su padre Septimio salió su encuentro y se precipita en los brazos de su padre, llevado de la ternura de su afecto y del consuelo que le causaba su venida. Septimio, estrechándole a su seno le decía llorando:

«Perdona, hijo mío, perdona el cruel exceso a que arrastró a tu padre la vanidad, pues la desmintió la naturaleza en el corazón paterno. La misma te vengó de nuestro proceder indigno».

Decía Maximio, llorando también, que no le quisiese mencionar más tales cosas, sino que le dejase disfrutar de la entera complacencia y dulce satisfacción que le restituía con su devuelto cariño.

Usó Septimio de las mismas expresiones de arrepentimiento con Eudoxia y con Belisario, que quisieron salir también a su encuentro y le introdujeron en sus estancias, donde quedaron borrados los antiguos disgustos y quejas, substituyendo en vez de ellas los más afectuosos cariños con motivo de su próspera fortuna. Tardó poco a confirmarlas Dantila, madre de Maximio, que no pudo sosegar quedando sola en su casa sin ir también a reconciliarse con su hijo y con Eudoxia, con cuya venida se renovaron las lágrimas y las expresiones de sentimiento por lo pasado, dándose mutuamente nuevas prendas de permanente amistad y de cariñosa benevolencia. El corazón de Eudoxia, casi insensible al gozo por su restituida grandeza y honores, gozaba sumamente de la reconciliación de los padres con el hijo, que era lo único que le quedaba por desear.

Mas el Emperador Justiniano, no satisfecho de las honrosas demostraciones que hizo a Belisario, quiso dar también testimonio público de su inocencia enviándole a llamar por medio de dos señores principales de su corte. El pueblo, sabido esto, llenaba las calles,

curioso de ver aquel ilustre y desgraciado ciego devuelto a la gracia del Emperador, y con el murmullo de sus voces y con las continuas expresiones de cerca manifestaba el tierno alborozo que todos probaban y que les merecía su cambiada fortuna.

El Emperador, que esperaba a Belisario en medio de su espléndida y lucida corte, luego que llegó a su presencia fue el primero en decirle:

«No es fácil, ¡oh, fiel e ilustre Belisario!, que pueda precaver siempre el que gobierna las malignas insinuaciones de los que, abusando de la confianza del Príncipe, atienden antes a las miras particulares de sus malvadas pasiones que a los derechos de la justicia y a la gloria del Imperio. Mas si yo, inducido de sus perversos consejos, creí sostener tales derechos y gloria en vuestra desgracia, esta misma exige de mí que, conocida la verdad de vuestra inocencia, dé público testimonio de ella a todo mi pueblo restituyéndoos mi amistad, mi estimación y gracia, y con ella todos los bienes y honores de que logró injustamente despojaros la envidia».

Belisario, oído esto, respondió:

«Señor, vuestra piedad augusta pone el colmo a la satisfacción de mi reconocimiento. Mas puesto que os dignasteis exceder en honrarme con tal demostración, ésta realzará siempre la grandeza de vuestros piadosos sentimientos. Vuestra gloria y la del Imperio me interesaron siempre mucho más que mi fortuna. Mi desgracia no consiguió disminuir ni mi concepto ni mi aprecio de vuestra clemencia y justicia; ni éstas creo que tuvieron parte en lo que fue antes efecto de mi adverso destino que de vuestra voluntad. De hoy en adelante Belisario ciego no echará ya menos la luz del día. ¿Qué cosa más estimable pudieran ver mis ojos en la tierra que lo que acaban de oír mis oídos?»

No le dejó pasar adelante el Emperador, diciéndole que si la falta de la vista le impedía conducir ejércitos, no le impediría el ser su consejero en el gobierno, para lo cual le había llamado a la corte. Belisario, que enseñado de la desgracia anhelaba solamente su retiro y sosiego, oyó con algún disgusto el nuevo honor con que quería condecorarle el Emperador. Manifestole, sin embargo, el aprecio que hacía de tal honra, pero le rogó quisiese dispensar a su edad de un peso que no podían llevar sus fuerzas, y que le permitiese ir a pasar los pocos días que le quedaban de vida en la quietud del campo, que era lo que sólo competía a un ciego inválido y trabajado, y lo que sólo ansiaba.

Tales fueron sus respetuosas instancias que el Emperador se vio precisado a condescender con ellas, dándole todos los honrosos cargos de cuyo ejercicio le eximía. Agradeció Belisario este favor con vivas expresiones y se despidió para volver a su casa, como lo hizo entre las aclamaciones del pueblo que concurría a darle los parabienes y a manifestarle el sumo aprecio y concepto que conservaba a la memoria de sus gloriosas hazañas. Recibióle con mayor satisfacción y más cumplido gozo Eudoxia, Domitila, Maximio y el buen Scipión, a quien Belisario manifestó luego la gratitud que conservaba a sus favores haciéndole un precioso regalo y ofreciéndole la granja que había determinado ir a habitar, en caso que quisiese ir a vivir con él, o bien que si gustaba de quedar en la ciudad le hacía dueño de la propia casa, que dejaba. Agradecióle Scipión sus

generosos ofrecimientos, pues quería volver a cuidar de sus haciendas, prometiéndole de ir a pasar con ellos algunas temporadas en la granja que había escogido para su morada.

Estaba ésta sita en un paraje delicioso sobre la playa del mar Egeo. El vasto terreno que dominaba servía antes de la desgracia de Belisario de deleite y de ostentación, sin particular utilidad en sus varios vergeles y bosquecillos que le hermozeaban, y en las costosas fuentes y estatuas que le servían de magnífico adorno. Nada de todo esto podía ya empeñar la modestia de Belisario. Aunque no eran inferiores en magnificencia otras granjas que poseía y que se le devolvieron, prefirió ésta por su mayor salubridad y por estar más distante de Constantinopla. Eudoxia, Maximio y Domitila fueron sus solos compañeros, llevando consigo pocos esclavos que le sirviesen, no queriendo ya dar cosa alguna a la ostentación en aquel delicioso asilo de su deseada tranquilidad, que le hizo tan apreciable su adversa fortuna.

La misma contribuyó para consolidar la ternura y constancia de los amores de Eudoxia y de Maximio y para que éste se prestase a las máximas y consejos de la virtud, luego que su vivo genio, no encontrando obstáculos que vencer, se tranquilizó con la posesión de su amable esposa, que cada día se le hacía mucho más estimable y que con sus callados ejemplos de moderación y dulzura, antes que con sus consejos, perfeccionaba insensiblemente los sentimientos de su marido. ¿Cómo podía dejar de ser bueno Maximio en tal escuela, ni echar menos los honores que les devolvió la fortuna y que él pospuso a la quietud del campo? Así, mientras otros, inducidos de los ciegos anhelos de la vanidad y de la ambición, desamparan sus antiguos solares por ir a gozar del trato y divertimientos en las ciudades, Eudoxia y Maximio, instruidos de la desgracia, buscaron en el campo su más deliciosa y apreciable morada, lejos de los continuos disgustos y mareos de la sociedad, vacía de sólido provecho y llena de disgustos y congojas.

¡Cuán dulce era para Eudoxia aquel tranquilo estado de vida en la posesión de su buen Maximio, en compañía de su glorioso padre y de su amada Domitila! Así presentó la virtud en Eudoxia, a todas las doncellas susceptibles de honesta enseñanza, un ejemplar digno de imitación por sus virtuosos sentimientos, que preservaron su corazón de la vanidad y engreimiento en sus riquezas y abundancia, y le fortalecieron para llevar con resignación y fortaleza la pérdida de todos sus honores y grandeza.